

¿Tendrá el amor
la fuerza suficiente
para vencer a un
océano de distancia?

A.M. Silva

A un
Clic
de mi destino

A.M. Silva

Título: A un clic de mi destino

Primera edición enero de 2020

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Corrección: Lector Cero

Maquetación: RachelRP

Contenido

Sinopsis

Ainhoa es una joven cordobesa de veintisiete años a la que le ha tocado enfrentarse demasiadas veces a la pérdida de seres queridos.

Temiendo que esta situación se repita, acepta la petición de su abuela de descubrir el paradero del hombre que la abandonó estando embarazada hace más de medio siglo.

Su búsqueda la llevará a los Estados Unidos, donde encontrará algo más que la verdad.

Luke es un ranchero *sexy* y conquistador que tiene a la mitad de la población femenina de Boise, en Idaho, suspirando por él. Es feliz con su vida y no tiene la menor intención de cambiarla.

Aunque quizás su opinión varíe después de una accidentada casualidad.

¿Podrán dos caminos divergentes confluir en uno solo? ¿Tendrá el amor la fuerza suficiente para vencer a un océano de distancia?

Capítulo 1

Los dos últimos años no estaban siendo fáciles para Ainhoa. Su madre había fallecido de cáncer y su abuela Begoña, el único familiar que le quedaba, se encontraba muy alicaída. La pérdida de su hija Leire de forma tan inesperada le había quitado las ganas de seguir luchando.

Ainhoa ya no sabía qué hacer para que recuperara la vitalidad. Había tenido que encerrar el dolor en lo más profundo de su alma para aliviar el sufrimiento de su abuela y no iba a permitir que se dejara morir.

—Abuela, no pongas esa cara. Ha pasado casi un año desde la muerte de mamá y ya va siendo hora de que volvamos a la normalidad. —Begoña palideció al escuchar las palabras de su nieta, pero Ainhoa no pensaba dar marcha atrás—. Arréglate porque dentro de nada tus amigas estarán llamando a la puerta.

—No me apetece hacer el paripé con esas cotillas entrometidas. Las voy a echar a escobazos —protestó enfurruñada como una niña pequeña.

Ainhoa contó hasta diez y se armó de paciencia. Además, debería de tener mucha para conseguir su objetivo. Estaba segura de que las amigas de su abuela conseguirían devolverle la alegría. Eran divertidas y se lo pasaban en grande jugando a las cartas, haciendo ganchillo o leyendo novelas de alto contenido erótico. Las muy pillinas estaban en un club de lectura y se habían vuelto adictas a ese género. Ella había intentado participar en alguna de sus reuniones, pero la vetaron por no cumplir uno de los requisitos básicos: ser mayor de sesenta.

Por ese motivo venían hoy sus amigas. Había hablado con la presidenta del club y le había pedido que hicieran la reunión en su casa, donde vivía con Begoña. Había comprado el libro elegido para la quincena y lo había dejado en la habitación de su abuela, debajo de la almohada. Y el estado en el que se encontraban sus castigadas páginas evidenciaba que lo había leído más de una vez. Tenía la fea costumbre de doblar las esquinas de las hojas para marcar la lectura, algo que irritaba a su nieta hasta unos límites inimaginables. Le había regalado marcadores de varios modelos y colores, sin embargo, todos acababan olvidados en el cajón de la mesita de noche.

—Abuela, ya está todo dispuesto en el comedor. Creo que hay bebida y comida suficiente. Por favor, intenta pasártelo bien. Hazlo por mí —le pidió Ainhoa a la vez que le daba un afectuoso abrazo.

Begoña mantuvo una sonrisa forzada en los labios hasta que la vio

desaparecer tras la puerta de entrada.

El vacío que tenía en el pecho era inmenso. Ni todo el amor que sentía por su nieta era capaz de aplacarlo. Su vida no había sido fácil y su hija era el motor que la impulsaba a seguir funcionando. Llevaba más de medio siglo peleando contra las adversidades que, en su caso, no habían sido pocas.

Todo empezó cuando tenía dieciocho años. Iñaki Bermúdez, su prometido y un vizcaíno de Ispaster como ella, decidió migrar a los Estados Unidos persiguiendo el sueño de hacer fortuna en el Oeste americano como muchos de sus antepasados.

En aquella época Iñaki trabajaba en una embarcación transportando mercancías por todo el mundo. En uno de los viajes su carguero desembarcó en Nueva York y algunos de sus compañeros decidieron saltar de la embarcación de forma clandestina. En el momento le pareció algo temerario, sin embargo, en la larga travesía de vuelta a casa un sentimiento de esperanza empezó a forjarse dentro de él. Tenía familiares que habían emprendido ese camino en los años veinte y no les había ido mal. Se convenció de que esa era la oportunidad que necesitaba para poder ofrecerle una vida mejor a la mujer que amaba.

Al regresar a casa comentó con Begoña lo que le había sucedido y la persuadió de que esa era la solución para sus problemas. Se marcharía durante unos años y ahorraría todo lo que pudiera. Cuando volviera se casarían, se comprarían la casita de sus sueños y empezarían a formar la familia numerosa que tanto deseaban.

Pero sus planes no se cumplieron. No volvió a saber nada de él. La dejó sola, destrozada y embarazada. El timbre de la puerta sonó, liberando a Begoña de sus dolorosos recuerdos.

Mientras ella recibía a sus invitadas, su nieta se dirigía a la casa de su novio, Gonzalo. La relación de Ainhoa no atravesaba su mejor momento. El estrés emocional que había sufrido en los últimos dos años a causa de la enfermedad de su madre y, posteriormente, de su muerte habían provocado que mirara a su novio con otros ojos. Algo dentro de ella le gritaba que era en los momentos de crisis cuando uno realmente conocía a la persona que tenía al lado. Y lo que había descubierto acerca de su novio la había decepcionado sobremanera.

Llevaban cinco años como pareja. Incluso habían pensado comprarse un piso de forma conjunta porque el matrimonio entraba en sus planes de futuro. Pero nada salió como habían planificado. De la noche a la mañana la madre de Ainhoa se puso enferma y se vio obligada a cerrar el negocio que regentaba, una coqueta peluquería que, además de representar el esfuerzo de toda su vida, era su única fuente de ingresos.

Al principio su madre pudo ir tirando con lo poco que tenía

ahorrado. No obstante, los meses fueron pasando y los gastos aumentaban al mismo ritmo que avanzaba su enfermedad. Su abuela, que vivía con ellas desde el fallecimiento de su padre, tuvo que contribuir con su modesta pensión para que pudieran comer y seguir pagando las facturas. La situación era dramática y Ainhoa hizo lo único que estaba en sus manos para paliarla: abandonó el piso que compartía con su novio y volvió a casa.

Su ayuda económica y personal permitió que su progenitora sobrellevara su dolencia con entereza, además de proporcionarle la tranquilidad de haber cumplido su misión: convertir a su hija en un ser humano con principios y valores sólidos, los mismos que le habían inculcado a ella.

Sin embargo, la decisión de Ainhoa provocó una grieta en su relación con Gonzalo, una grieta que, con el transcurso de los meses, se fue convirtiendo en un profundo abismo.

—Cariño, ya va siendo hora de que retomemos nuestros planes. Juan deja el piso el mes que viene y quiero que vuelvas a vivir conmigo —le dijo con voz mansa entre beso y beso.

Ainhoa todavía tenía las neuronas fuera de órbita debido al brutal orgasmo que acababa de experimentar. Su novio no destacaba por su aparato amatorio; no obstante, lo que le faltaba en centímetros lo suplía con sus habilidades orales.

—¿Tenemos que hablar de este tema ahora? —Se sentó en la cama y se tapó con las sábanas.

—Sí. Sé que son decisiones difíciles, pero hay que afrontarlas. He pensado que lo mejor es que vendas tu piso. Podríamos comprar un dúplex, tú pagarías tu mitad y yo asumiría el resto de la hipoteca. Mientras tanto, seguimos viviendo aquí y compartiendo el alquiler.

Ainhoa lo miró boquiabierta. Su desconcierto era tan grande que las palabras no le llegaban a la boca.

—No digas nada. Sé que estás pensando en tu abuela y tengo la solución. Después de vender el piso, la ingresaremos en una residencia. Ya está muy mayor y su salud empieza a flaquear. Allí estará bien atendida por profesionales.

Ainhoa se destapó y se levantó de golpe, y de forma abrupta empezó a recoger las prendas de ropa que horas antes habían quedado esparcidas por toda la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido por su reacción.

—Largarme de aquí. Además de imbécil, también eres ciego —gritó a la vez que luchaba con los cordones de sus botas de estilo militar.

—No te has puesto así por lo de tu abuela, ¿verdad? ¿Acaso pensabas que viviría con nosotros?

—Desde luego que contigo no. Mi abuela seguirá viviendo conmigo, en mi casa.

Ainhoa había tenido ya una muestra de su insensibilidad cuando le detectaron la enfermedad a su madre. Le había dolido su comportamiento, aunque entonces no tuvo fuerzas para enfrentarse a él y decirle lo egoísta y cruel que estaba siendo. Pero esto se había acabado, jamás abandonaría a su abuela, y menos en el estado en el que se encontraba. Sería enviarla directa a la tumba.

Gonzalo no tenía corazón y ella no podía seguir con una persona así. Amaba a su abuela y no la cambiaría por ningún pene. Bueno, en su caso, un micropene.

Se dirigió al salón decidida para recuperar su bolso y las llaves de su coche.

—Como salgas por esa puerta puedes dar por terminada nuestra relación —dijo con voz amenazante. La había seguido desde la habitación y ni siquiera se había preocupado por vestirse, se encontraba como Dios lo trajo al mundo.

Ella lo ignoró y abrió la puerta. Antes de cerrarla lo miró y le dedicó una peineta. Luego pegó un portazo que retumbó por el silencioso y frío pasillo.

Se sentía aliviada. Estaba segura de que había tomado la decisión correcta. Jamás podría ser feliz con una persona tan materialista.

Ainhoa llevaba un buen rato dando vueltas sin rumbo. Debido a su carácter solitario o a la pérdida de su progenitor a la temprana edad de diez años, o tal vez por la suma de ambas, había levantado a su alrededor una coraza que solo unos pocos habían conseguido franquear. Ahora se daba cuenta de lo sola que estaba, las escasas y frágiles amistades que tenía se habían ido apartando a medida que la enfermedad de su madre avanzaba.

Únicamente le quedaba su abuela y haría todo lo que estuviera en sus manos para devolverle la alegría. Deseaba que sus últimos años en este mundo fueran felices. Ya había sufrido lo suficiente y se merecía un descanso. En realidad, ella también lo ansiaba, su existencia tampoco había sido un camino de rosas.

Las agujas del reloj avanzaban y, cuando quiso darse cuenta, llevaba más de una hora vagando por la ciudad.

Sin ser consciente había aparcado delante de su bloque, algo poco usual porque era una zona de difícil estacionamiento. Tras unos minutos de duda, se bajó del coche y se dirigió al portal con pasos cansados. Una vez delante de la puerta de su casa procuró no hacer ningún ruido, eran las once de la noche y su abuela debería de estar recién acostada. Y a pesar de su curiosidad por saber cómo le había ido la reunión con sus amigas, no se veía en condiciones de enfrentarse a su mirada inquisitiva. Necesitaba un poco de tiempo para asimilar su ruptura.

Se dirigió al baño que estaba en el pasillo de manera sigilosa. El

otro se encontraba en la habitación de su madre, y por el momento no había conseguido reunir el suficiente valor para trasladarse a su espacioso y luminoso dormitorio, prefería seguir en su apretujado cuarto con vistas al sombrío y mohoso patio.

Después de deshacerse de la ropa se metió en la ducha. Le urgía desprenderse del olor a sexo de su cuerpo y, de paso, de la huella de Gonzalo en su vida. Habían sido cinco años de relación durante los cuales nunca se había parado a analizar sus sentimientos. Se había dejado llevar por la comodidad de tener pareja. Ahora se daba cuenta de que se habían engañado mutuamente. Ella por pereza a relacionarse con gente nueva, él por tener a alguien con quien compartir los gastos. «Qué pérdida de tiempo», pensó mientras se enjabonaba.

Pasados unos minutos, el olor a coco de su gel de baño empezó a impregnar el ambiente y una agradable sensación de bienestar recorrió su esbelto cuerpo. Mientras se enjuagaba el pelo, abrió los ojos y dirigió su mirada a la densa espuma blanca que luchaba por deslizarse a través del desagüe. Quiso creer que representaba a todos sus males.

Enfundada en su mullido albornoz y con una toalla enrollada en la cabeza, se dirigió a su habitación. Se sentía limpia y ligera, parecía que se había quitado una tonelada de las espaldas. Tras frotar su cabello con la toalla de forma enérgica se dispuso a secarlo con el secador. Una vez eliminada toda la humedad, se colocó delante del espejo de pie que se encontraba al lado de la ventana, paralelo a su cama y a su mesita de noche. Con parsimonia desató el cinturón de la prenda y concentró su mirada en la mujer que se reflejaba en el cristal. Era mona, con su pelo castaño oscuro colgando sobre los hombros, sus expresivos ojos marrones que contrastaban con su cremoso y blanco cutis, y su perfecta y angelical sonrisa. Una sonrisa que despistaba a los incautos sobre la verdadera naturaleza de su carácter. No era muy alta, ciento sesenta y cinco centímetros distribuidos en un armonioso y sensual cuerpo. Su piel estaba tonificada y se podían apreciar las horas que le dedicaba al gimnasio.

Sonrió satisfecha a la imagen que proyectaba y, después de embadurnarse el cuerpo con su crema preferida, se puso unas braguitas y se metió en la cama. Mañana sería un nuevo día y, como dice el refrán, «a otra cosa, mariposa».

Y así fue, se despertó llena de energía. Se vistió con esmero y se aplicó un suave maquillaje, le gustaba la naturalidad. Cogió su bolso y las llaves de su coche, y se fue en dirección a la cocina. El agradable olor a café que inundaba sus fosas nasales anunciaba que su abuela ya estaba despierta. Miró la hora en el móvil y se dio cuenta de que no podía satisfacer su curiosidad en estos momentos. Iba con la hora

justa.

—Buenos días, abuela —dijo al tiempo que le depositaba un suave beso en la mejilla.

Begoña la miró de arriba abajo y, arqueando una ceja, le preguntó:

—¿Por qué vas vestida así? Nunca te has puesto tacones para ir al trabajo. ¿Acaso te has peleado con tu novio y vas en busca de otro?

Ainhoa la observó con admiración. Su abuela era más lista que el hambre. No dejaba pasar una y la conocía mejor que nadie.

—Me he levantado de muy buen humor y me apetecía estrenar zapatos —contestó sin ocultar la sonrisa.

—¿Te crees que soy tonta, niña? Suéltalo ya. Sabes que no te dejaré tranquila hasta que me lo cuentes —dijo decidida.

—He dejado a Gonzalo. Somos muy diferentes y jamás sería feliz con él. —Se llevó la taza de café a la boca y lo sopló antes de dar un pequeño sorbo. Era lo único que tomaba recién levantada. El desayuno lo disfrutaba más tarde junto con algunos compañeros de trabajo—. Tengo que irme, abuela, más tarde hablamos. Estoy deseando saber cómo te fue ayer.

—¿Estás bien, mi vida? —preguntó nerviosa.

—Sí, no te preocupes. Tendría que haberlo hecho mucho antes.

Begoña la miró con escrutinio y luego asintió con un leve movimiento de cabeza.

Capítulo 2

Ainhoa trabajaba en una tienda de telefonía móvil en un centro comercial. No le apasionaba su empleo pero, con los estudios que tenía, tampoco podía aspirar a algo mejor. Le hubiera gustado hacer Administración de Empresas o Derecho Internacional, aunque, a sus veintisiete años se sentía muy mayor para terminar el bachiller y empezar una carrera universitaria.

«Lo que debería de hacer era dejar de poner excusas e intentarlo», se recriminó mentalmente. Había visto a ancianos sacándose la carrera de Medicina. No había límite de edad para estudiar mientras el coco funcionara. Lo sabía de sobra, sin embargo, algo le impedía salir de ese limbo, siempre ocurría algo que la frenaba. Ahora mismo estaba centrada en su abuela, no podía desatenderla, se estaba dejando llevar por el dolor. Lo había visto en su mirada, en su alma. Y por más que la amara y se preocupara por ella, se estaba dejando morir.

Marga, su compañera de trabajo, la interrumpió, liberándola así de sus ensoñaciones.

—Estás muy guapa hoy. ¿Te viene a recoger Gonzalo?

Ainhoa no pudo evitar soltar un gruñido. Marga era exasperante y la ponía de los nervios. No soportaba que siempre intentara ser agradable con ella.

—Vale, vale. Ya veo por tu cara que no quieres hablar del tema. Anda, vamos a desayunar. Me he enterado de algo que creo que te gustará saber.

La miró con interés. Marga no solía inventarse chismes.

—Aquí no —dijo en voz baja. La cogió del brazo y la sacó de la tienda.

Una vez alcanzada una distancia prudencial del local, Marga miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie las pudiera escuchar. Luego le soltó la bomba.

—Van a echar a dos de nosotros.

—¡Qué dices! —exclamó Ainhoa en voz alta—. ¿Cómo que nos van a e…?

Marga le tapó la boca con la mano antes de que completara la frase.

—No grites. No quiero que nadie más se entere.

Ainhoa no daba crédito. El volumen de ventas era brutal y en los últimos meses se había incrementado de forma significativa. Ella y sus cuatro compañeros apenas tenían tiempo para respirar. ¿Cómo iban a trabajar con dos empleados menos? Suponiendo que ella no fuera una de las agraciadas. No, esto no podía estar pasando.

—¿Cómo te has enterado? ¿Estás segura de lo que dices? —preguntó, por fin, saliendo de su estupor.

—No te puedo contar por qué lo sé, pero siento informarte de que es cierto. Al final del mes dos de nosotros engrosaremos la cola del paro.

Siguieron hablando mientras desayunaban o, por lo menos, lo intentaban porque habían perdido el apetito. En los tiempos que corrían saber que tal vez al mes siguiente ya no tendrías trabajo era aterrador. Marga le rogó que mantuviera el tipo, tenían que poner una sonrisa en los labios y conseguir cerrar el mayor número de contratos posibles. Tendrían que lograr ser el número uno en ventas.

Consiguió terminar la jornada laboral sin perder la sonrisa, pero se sentía agotada. Parecía que le había pasado por encima una apisonadora.

Al entrar en su casa, un silencio abrumador la envolvió. A esa hora su abuela solía tener el televisor encendido, le gustaban los programas de cotilleos. No entendía muy bien dónde estaba la gracia, pero Begoña se partía de risa. Para Ainhoa eran un montón de histéricos que solo sabían mentir y pegar voces. La buscó por el piso y la encontró sentada en la pequeña terraza del salón. Tenía una caja sobre las rodillas y miraba ensimismada un trozo de papel que sujetaba fuertemente entre las manos.

—Hola. ¿Qué estás haciendo? —preguntó con cariño acercándose a ella, arrastrando una silla para sentarse a su lado. En ese momento vio que se trataba del recorte de una revista.

Su abuela seguía sin reaccionar y volvió a preguntar:

—¿Qué es esto, abuela? ¿Me dejas verlo? —pidió haciendo el amago de coger el trozo de papel.

Begoña la miró por fin. Había tanto dolor en su mirada que su nieta sintió que se le encogía el corazón.

—Tu madre murió sin saber que tu abuelo estaba vivo —susurró y Ainhoa vio cómo una solitaria lágrima caía sobre el papel.

Las palabras de su abuela la dejaron con la boca abierta. Sin poder contener la curiosidad por más tiempo, estiró el brazo y, con cuidado para no romper el recorte, se lo quitó de las manos. Era un reportaje de alguna revista. Arriba, en negrita y con letra grande, ponía: *Jaialdi, International Basque Cultural Festival*. En el centro de la página había una foto de una pareja vestida con los tradicionales trajes vascos; al fondo, en las gradas de lo que parecía un estadio, varias personas sentadas. De la mayoría no se podían apreciar sus facciones, con excepción de un señor mayor, que estaba en el plano de la fotografía, al que se veía perfectamente. Tenía el pelo canoso peinado hacia atrás, sus ojos verdes y su mirada penetrante le hicieron pensar en su madre,

eran del mismo color. Apartó esos pensamientos de su cabeza y siguió con su escrutinio. Sus labios eran finos e imprimían dureza a sus rasgos. Su piel estaba tostada por el sol y las arrugas surcaban su rostro. Todavía conservaba un cierto atractivo y se podía intuir que había sido un hombre muy guapo de joven.

Pero de ahí a que fuera su abuelo… Era un disparate. La última vez que Begoña lo vio, él tenía veinte años. Era imposible que lo reconociera después de tantos años.

—Abuela, estás confundida. Este no puede ser el abuelo. ¿Te acuerdas de que tu suegra te contó que había muerto a consecuencia de la caída de un caballo?

—Esa mujer me odiaba. Desde que vi esta foto en una revista que estaba en la consulta del oncólogo de tu madre estoy segura de que me mintió. Tu abuelo no está muerto y dudo mucho que sepa que tuvo una hija. —Su voz estaba compungida por el dolor—. Me arrepiento de no haberle mostrado este recorte a tu madre, estaba muy enferma y no quise desestabilizarla. —Tocó la hoja con dedos trémulos—. Se parecía muchísimo a él: los mismos ojos, la misma nariz recta y elevada… Dios, no puedo morirme sin saber qué sucedió. ¿Por qué no regresó a por nosotras? ¿Por qué me abandonó a mi suerte? Tengo que saberlo.

Su voz era apenas un susurro y Ainhoa no pudo detener las lágrimas. Ambas se abrazaron y se dejaron llevar por la pena que las invadía.

—Abuela, tienes que olvidarlo. Es muy poco probable que sea el abuelo. Además, tu suegra no te mentiría en algo tan grave. No te hagas más daño pensando en eso.

—No lo entiendes, tu abuelo me amaba y era un hombre honorable. Jamás me hubiera abandonado, y menos sabiendo que iba a tener un hijo suyo. —En ese momento su abuela cuadró los hombros y la sujetó de las manos con firmeza—. Sé que es una locura lo que te voy a pedir, pero necesito que vayas a Boise, en Idaho, a buscar a tu abuelo. Si fuera más joven y no tuviera pánico a volar iría yo misma —dijo con determinación.

Su nieta la miró como si le hubieran salido dos cabezas. ¿Cómo que se iría al otro lado del océano a buscar a un hombre que seguro llevaba muerto desde hacía más de cincuenta años? Su abuela había perdido el juicio.

—No me mires con esa cara que no estoy loca. He estado dándole vueltas y es algo que debería de haber hecho hace mucho tiempo. Ayer lo comenté con mis amigas en la reunión y todas me apoyaron. Hemos pensado en todo.

—Abuela, para el carro. No me puedo ir al otro lado del mundo a buscar a una persona que ya está muerta.

—No está muerto, ¿me oyes? No vuelvas a repetirlo. Entiendo que lo que te estoy pidiendo es demasiado, pero no digas que está muerto. Porque no lo está —concluyó irritada. Al levantarse tiró la caja al suelo.

Ainhoa no quería alterarla. No obstante, no sabía si darle la razón como a los locos o intentar convencerla de que aquello era un despropósito. Si de verdad estaba vivo, lo más probable era que no quisiera saber nada de su abuela ni del hijo que tuvieron. Quizás por eso su suegra le contó que había fallecido.

También cabía la posibilidad de que la mujer le hubiera dicho que estaba embarazada de otro y por eso él no volvió a buscar a Begoña. En realidad, esta suposición no era descabellada. Su suegra nunca creyó que el bebé fuera de su hijo. Cuando se enteró de que estaba en estado, la echó a la calle. Su abuela se vio sola, sin dinero y embarazada de tres meses.

—Tranquilízate, abuela. No debemos precipitarnos, ya seguiremos hablando del tema con más calma. De acuerdo —le dijo con voz suave.

—Estoy muy tranquila, y no creas que conseguirás engatusarme para que deje el asunto. Comprendo que no puedas ayudarme. Sé que lo que te pido supone un gran sacrificio para ti, tendrías que dejar tu empleo, irte a un país lejano. Pero tienes que entenderme, necesito respuestas. Si tuviera suficiente dinero contrataría a un detective —añadió con pesar.

—Abuela, tienes que ser razonable, yo no puedo dejar toda mi vida solo por una foto. Necesitaría más evidencias que avalaran esta locura.

«Joder, qué estoy diciendo. Debo de estar más loca que ella para darle pie con esta historia».

Su abuela la abrazó y la llenó de besos.

—Sabía que podía contar contigo. Nunca me has defraudado. Ya verás cómo todo va a salir bien. En esta caja están las fotos de mis amigas de la juventud; también está la correspondencia que intercambiamos cuando abandoné el pueblo. Hay datos de la familia de tu abuelo. Su tío y varios primos suyos también emigraron a Boise, puedes empezar a buscar por ahí. ¿No dicen que todo está en las redes? Con lo lista que eres descubrirás hasta lo que desayunan por las mañanas.

«Madre mía, madre mía, en la que me he metido. A ver cómo salgo de esta», pensó mientras le sonreía.

Ainhoa intentó desviar el tema a la reunión del día anterior y durante un rato lo consiguió. Begoña y sus amigas se lo habían pasado en grande comentando el libro y poniéndose al día de los cotilleos. El problema estaba en que había decidido sincerarse con ellas, les contó su historia y les enseñó la foto. Ahora era imposible detener este

disparate, todas la apoyaban y cada una tenía una idea más descabellada que la anterior.

Cuando Ainhoa se fue a acostar tenía la cabeza como un bombo. Estaba segura de que tendría pesadillas esta noche. Y lo peor era que su abuela no le daría tregua mientras no empezara a investigar. Ella no tenía cuerpo para eso ahora. En estos momentos lo único que le preocupaba era quedarse sin trabajo.

Su móvil sonó y la liberó de su ensimismamiento.

—¿Diga? —contestó despistada.

—Ainhoa, cariño, espero que ya no estés enfadada conmigo. Sé que lo de tu abuela no estuvo acertado, pero yo te amo y no quiero que sigamos peleados por eso. Lo solucionaremos, nena —dijo Gonzalo con voz melosa.

«Lo que me faltaba. ¿Este tío es imbécil o qué?», pensó mientras miraba el teléfono sin saber qué responderle.

—Gonzalo, creo que ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar. No encajamos, queremos cosas muy diferentes. Es mejor dejar las cosas como están.

—Así, sin más, vas a tirar a la basura todo lo que tenemos por una tontería —gritó fuera de control.

—Eh, tontería no, estamos hablando de mi abuela, que es la persona más importante para mí. —Respiró profundo y contó hasta diez para no mandarlo a la mierda—. Mira, estoy cansada, he tenido un día espantoso. Lo mejor es que no sigamos por este camino, no quiero decir cosas de las que me arrepentiré después.

—Ya, ahora lo veo todo muy claro. Eres una hija de puta, estás utilizando mi desafortunado comentario para dejarme. ¿Sabes qué? Me alegro de no tener que seguir viendo esa cara de amargada que tienes. —Cortó la comunicación enfurecido.

Ainhoa se quedó con la palabra «gilipollas» flotando en la punta de la lengua. Decidida marcó su número con la intención de decirle todo lo que pensaba sobre él pero, en el último instante, desistió. No merecía la pena. En el fondo no dejaba de tener algo de razón: lo hubiera dejado de todas formas.

Hablar con su ex la había desvelado. Como no podía quitarse de la cabeza la historia de su abuela, cogió la caja y analizó su contenido. Empezó a leer una carta de una tal Uxue, que estaba fechada el quince de febrero de mil novecientos sesenta y cuatro, un año después de la partida de su abuela del pueblo. La mujer se sentía indignada con lo que había pasado, no podía entender por qué la suegra de su amiga no la había ayudado al enterarse de que estaba embarazada. Y, lo que era aún peor, además de no ayudarla la había calumniado delante de todo el pueblo. Su amiga lamentaba mucho no haber podido echarle una mano, su esposo se había creído la versión de la madre de Iñaki y no

le permitió acogerla en su casa.

La carta era desgarradora y Ainhoa terminó de leerla entré lágrimas. Ella conocía los hechos, su abuela se los había contado infinidad de veces. Sin embargo, su doloroso recuerdo quedaba enmascarado por el profundo amor que sentía por Iñaki y por su hija. Era como si todo lo demás no tuviera importancia, como si mereciera la pena pasar por un calvario solo por tener la oportunidad de vivir un gran amor. Su abuela contaba la historia a través de la memoria de su corazón, y este eliminaba los malos recuerdos.

El cansancio la venció. Guardó la carta en la caja y la metió debajo de la cama. Se quedó dormida al instante.

Los días fueron pasando y Ainhoa estaba cada vez más obsesionada con el contenido de la caja. Empezó a creer que había una pequeña posibilidad de que su abuelo estuviera vivo. Otra cosa es que fuera inocente. Por mucho que todos dijeran que sería incapaz de abandonar a su abuela, y menos embarazada, no se fiaba.

Ahora le tocaba contrastar los hechos. Tenía que encontrar la manera de ponerse en contacto con alguna amiga de su abuela, si es que seguían vivas, o con algún familiar de su abuelo. También le valía algún conocido del pueblo que tuviera familia en Boise.

No iba a ser una tarea fácil, pero ya no podía dar marcha atrás. La posibilidad de encontrar a su abuelo le había devuelto la alegría a Begoña, que parecía haber rejuvenecido diez años.

—Joder, Ainhoa. Como no espabiles ya sabes lo que te va a pasar. Es el tercer cliente al que no le haces caso. Solo te ha faltado enviarlos a la competencia —la reprendió Marga en voz baja.

—No seas exagerada. Solo querían unas fundas y ha dado la casualidad de que no las teníamos —se justificó con lo primero que le vino a la cabeza.

—Ya, y yo me chupo el dedo. ¿Qué te pasa? Estás muy rara. ¿Te has peleado con Gonzalo? Es eso, ¿verdad?

Ainhoa puso los ojos en blanco y la dejó hablando sola. Esa era una de las cosas que no aguantaba de Marga. No soportaba que nadie se inmiscuyera en sus asuntos.

—Eh, no me dejes hablando sola. Solo quería ayudar. Ningún tío merece que llores por él.

Ainhoa gruñó y, sin poder controlar su carácter, le contestó de mala leche:

—No estoy llorando por él ni por nadie. Y, para que te enteres de una vez por todas, lo he dejado yo.

—Ah, vale. Mejor así. La verdad es que Gonzalo no me gustaba mucho para ti, demasiado blando. Tú necesitas un hombre que te pueda hacer frente. Me entiendes, ¿no?

—Lo que yo necesito es que te calles. Madre mía, me pones de los nervios —dijo mirándola con mala cara. Pero cuando Marga apretó los labios e hizo el movimiento de cerrar con llave la boca no pudo aguantar más y le sonrió.

Llevaban cuatro años trabajando juntas y siempre la había considerado solo una compañera de trabajo. Ya era hora de que aceptara que era más que eso, era su amiga. La única que le quedaba. Y no porque hubiera puesto su granito de arena, al contrario, había hecho todo lo posible para apartarla.

Era buena chica y merecía su confianza. Había que dar el paso y ahora le tocaba a ella mover ficha. No pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios. Con lo entrometida que era se volvería loca cuando le contase el motivo de su falta de atención.

Esperó a que terminara la jornada laboral y, mientras tomaban una cerveza y picaban algo en un bar cercano al centro comercial, le reveló todos los detalles del rocambolesco suceso que la tenía tan enajenada.

—Jo, qué historia más triste. Tenemos que ayudar a tu abuela a encontrar a su amor. Tienes que enseñarme la foto, quiero conocerlo. Dios mío, qué emocionante, imagínate que lo encuentras y descubres que todavía la sigue amando. Tenemos mucho trabajo, hay que localizar a ese hombre.

Ainhoa se estaba partiendo de la risa, parecía que le habían echado polvos de picapica en el asiento. No paraba quieta, hablaba, gesticulaba, se levantaba, se volvía a sentar. Empezaba a no estar segura de haberla hecho participe de la búsqueda de Iñaki. «Madre mía, la que se me viene encima», pensó mientras pagaba la cuenta. A ver cómo sobrevivía a los próximos días.

Capítulo 3

Begoña estaba que no cabía en sí de felicidad, todo lo contrario que su nieta. Ainhoa temía que el resultado de la búsqueda de Iñaki la llevara a la tumba. Todas las conjeturas que había hecho no eran favorables. Estaba segura de que el sinvergüenza de su abuelo había encontrado otra mujer en América y había dejado tirada a su abuela. Puede que no supiera que estaba embarazada. Por las cartas de sus amigas había podido comprobar el alcance de la maldad de su suegra, le había hecho la vida imposible. Menos mal que ya estaba muerta, porque si no ella misma la borraría de la faz de la tierra. Se le encogía el corazón al pensar en todo lo que había pasado.

Avergonzada por las mentiras de su suegra y dolida porque todos la apoyaban, su abuela decidió irse a Bilbao con los pocos recursos que tenía. Pensaba que no tardaría en encontrar trabajo. Pero no fue así. Pecando de ingenuidad, cuando le preguntaban si tenía hijos les contestaba que estaba embarazada. Así se le escaparon todas las oportunidades de encontrar empleo. Los días fueron pasando y sus recursos se agotaron. Sin nadie que la auxiliara, acabó viviendo en las calles, donde estuvo a punto de morir de inanición. Comía lo que encontraba en los contenedores de basura o lo que le daban algunas almas caritativas.

Su suerte cambió cuando su barriga empezó a hacerse visible. Al verla pedir en la puerta de un supermercado, una mujer le ofreció trabajo en su casa. Tuvo que trabajar como una mula hasta el día que dio a luz. Así siguió hasta que su hija cumplió los cinco años, momento en que la familia empleó a la niña en las labores de la casa como si fuera una adulta.

Temiendo por Leire, con los pocos ahorros que tenía Begoña decidió marcharse a Andalucía. La cocinera de la casa era cordobesa y la había ayudado a encontrar un trabajo de interna; a la familia no le importaba que tuviera una niña. Era un matrimonio de mediana edad con un hijo con necesidades especiales. Con el paso de los años la pareja se encariñó de la pequeña y la trataban como si fuera de su sangre; lo mismo le sucedió a su abuela, que cuidada del chaval como si fuera suyo. Con una carga psicológica tan grande no era extraño que se apoyaran los unos en los otros.

Gracias al valor de su abuela, su madre pudo disfrutar de una vida cómoda. Se casó con Francisco Romero, su padre, y fueron muy felices. Hasta que un fatídico accidente le segó la vida cuando ella solo tenía diez años. Una vez más, sus vidas dieron un vuelco. Su progenitora se sumió en una profunda depresión y su abuela, que ya

estaba a punto de jubilarse, se fue a vivir con ellas. Begoña se ganó su admiración y se convirtió en su referente. Por lo visto, las mujeres de su familia estaban destinadas a encontrar el amor y perderlo, además de a enfrentarse a duras pruebas. Quizás por eso era tan dura con los demás, tenía miedo. Sin embargo, con la muerte de su madre se había dado cuenta de que cada instante contaba y de que lo que tuviera que pasar, pasaría, te gustara o no.

Su abuela la liberó de sus cavilaciones.

—Ainhoa, ya está aquí tu amiga y las demás no tardarán. Apúrate, niña —le gritó desde el salón.

—Acabo de salir de la ducha, abuela. No tardaré.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar en cómo había cambiado la situación. Llevaba años queriendo asistir a las reuniones de su abuela y nunca se lo había permitido. Y hoy, tanto ella como Marga, participarían. La historia de su abuela había revolucionado a todas.

Se estaba poniendo el sujetador cuando su amiga irrumpió en su habitación.

—Hola —saludó eufórica—. *Wow*. ¿Esa es la ropa interior que te pones para reunirte con un puñado de ancianitas? Madre mía, no quiero ni pensar en lo que te pondrás cuando sales de caza —la chinchó al tiempo que se desplomaba sobre su cama.

Y pasó lo inevitable. Ainhoa cerró los ojos al escuchar el crujido. Cuando los volvió a abrir, Marga estaba con las piernas para arriba.

—Eso te pasa por tonta. ¿Cómo se te ocurre saltar así en mi cama?

—Joder, ¿cómo iba a imaginar que tenías una cama de mierda? —dijo sin aliento a causa del esfuerzo realizado para incorporarse—. Jo, no puedo. Ayúdame —imploró con las manos tendidas.

La situación era hilarante y Ainhoa no pudo contener la risa al ver los frustrados intentos de su amiga por levantarse.

—Deja de reírte y ayúdame de una puñetera vez —gritó embargada por la impotencia.

Su amiga se apiadó de ella y, todavía sin recuperarse de las risas, se acercó y le extendió una mano. Cuando empezó a erguirse apoyó la rodilla en el borde del colchón para que volviera a su posición original. Pero se desequilibró y ambas acabaron en el hueco que se había formado. Se miraron a la cara y se partieron de risa. La situación no podía ser más disparatada. Pero estaban equivocadas. En el momento en el que Begoña entró en la habitación, y encontró la cama rota y a su nieta prácticamente desnuda encima de su amiga, se armó el caos.

—Virgen santísima, habéis roto la cama. ¿Qué estabais haciendo, niñas?

Se puso lívida como consecuencia de la idea que empezó a rondar

en su cabeza. No podía ser, no estaba preparada para que su nieta cambiara su orientación sexual, por lo menos de momento. Necesitaría unos días para asimilarlo, no, mejor unos meses.

Las chicas no paraban de reírse y Begoña, azorada por lo que creía que había pasado, dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Eh…, dejad de hacer cochinadas que mis amigas os están esperando en el salón. Después podéis seguir por donde estabais. Aunque tenéis que darme tiempo para hacerme a la idea.

Las chicas se quedaron a cuadros cuando comprendieron el significado de sus palabras y, al hacerlo, volvieron a reírse hasta quedarse sin fuerzas.

—Jolines, tu abuela piensa que estamos liadas. Qué mente más calenturienta tiene, ¿no? —dijo Marga soltando otra carcajada—. Pero no va a ser posible. Por muy buena que estés te falta algo muy importante entre las piernas que a mí me gusta muchísimo —añadió con cachondeo y volvió a soltar otra carcajada.

—Déjate tonterías y salgamos de aquí —se apresuró a decir.

Tras llamarla aburrida, Marga se prestó a ayudarla. Y entre las dos consiguieron impulsarse hasta arriba y sentarse sobre la cama. Se arrastraron con cuidado hasta que pudieron poner los pies en el suelo.

Una vez a salvo, Ainhoa le pidió a su amiga que la esperara con las demás y que, de paso, aprovechara para aclarar el malentendido.

Al entrar en el salón, por la cara de alivio de su abuela supo que el tema estaba zanjado.

—Ven, niña, siéntate aquí. Estamos deseando saber qué habéis descubierto hasta el momento.

Ainhoa sonrió a su abuela y se sentó donde le indicaba. Y bajo la atenta y expectante mirada de las ancianas, se dispuso a exponer los resultados de la investigación. Resultados muy satisfactorios, porque con la ayuda de la amiga de Begoña habían conseguido ponerse en contacto con una prima suya que todavía vivía en Ispaster. Esta, a su vez, las puso en contacto con su sobrina Irune, que vivía en Boise, una mujer muy amable que enseguida se ofreció a ayudarlas. De momento le habían enviado la fotografía con los datos personales de Iñaki y estaban a la espera de respuesta.

La noticia fue una sorpresa para todas y su abuela empezó a llorar de la emoción.

—Abuela, nada de lágrimas. No quiero que te ilusiones demasiado. Puede que no consigamos nada —dijo su nieta preocupada. Empezaba a dudar de si estaba haciendo lo correcto. Cada vez era más consciente de que en la cabeza de su abuela solo había una respuesta posible: Iñaki seguía vivo y continuaba enamorado de ella.

—No te preocupes, Ainhoa, todo va a salir bien. Lo sé —dijo con seguridad mirándola con sus ojos acuosos.

Las demás empezaron a hacer preguntas y a enumerar variopintas causas del porqué de su desaparición, desde que estaba sin memoria por haberse caído del caballo hasta que había sido abducido por extraterrestres; también hubo una muy retorcida que apuntó que, al estar ilegal en el país, lo habían obligado a trabajar para la mafia y por eso no había podido regresar.

Un rato después, Ainhoa le susurró a su amiga:

—¿Qué te parece si salimos pitando de aquí? Necesito emborracharme.

Su amiga no se hizo de rogar y al instante siguiente ya estaban en la calle. La zona donde vivía Ainhoa estaba repleta de bares y escogieron una terraza que estaba en frente de su bloque, así podría saber cuándo se marchaban las amigas de su abuela.

—¿Qué vas a hacer si las noticias no son las que espera Begoña? —inquirió Marga.

—No me quedará más remedio que mentirle. ¿Has visto cómo está? No debería de haber iniciado esta locura. Yo solo quería que ella volviera a sonreír.

—No adelantemos acontecimientos. Esperemos a ver qué nos dice la sobrina de la prima de Uxue.

Tres horas después volvía a su casa achispada. Habían pasado un rato entretenido, incluso coquetearon con unos chicos que estaban sentados en la mesa de al lado. Bueno, más bien ella, porque intuía que Marga tenía algo escondido por ahí.

Su abuela ya se había recogido en su habitación. Y al entrar en la suya se acordó de que la cama estaba rota. Había llegado el momento de superar otro obstáculo. Se dirigió a la habitación de su madre decidida y, una vez cambiadas las sábanas, volvió a su cuarto a por su almohada y su portátil. No tenía sueño y pensaba buscar información sobre el Jaialdi.

Escribió en el buscador «vascos en Boise» y, al dar un clic, le aparecieron varias entradas. Se decidió por la primera y pinchó en «Idaho: vascos en el Far West». Para su sorpresa ahí estaba la bendita foto de su supuesto abuelo ocupando la primera plana. Se podía apreciar cada trazo de su rostro y sus ojos, sin duda, recordaban a los de su madre. Leyó el reportaje por si este revelaba el nombre de los integrantes de la imagen, pero solo aportaba información sobre las actividades del festival, la cantidad de participantes y la implicación de todos los vizcaínos que vivían allí; por lo visto, todos los que dirigían el evento lo hacían de forma voluntaria.

A medida que leía, se interesaba más. Era sorprendente lo que había conseguido esta comunidad. Los Basque-Americans, como eran llamados, habían conseguido tener en pleno corazón de Boise, la capital y principal ciudad de Idaho, una manzana entera dedicada a

homenajear la historia, la cultura y la identidad vascas. Dos restaurantes, una tienda de ultramarinos —The Basque Market— que también hacía las veces de bar-degustación, un museo —The Basque Museum and Cultural Center—, un frontón y el The Basque Center, oficialmente denominado Basque Block, considerado el punto de encuentro por excelencia de la comunidad vasca.

La siguiente información le llamó la atención. Decorando el pavimiento de algunas calles se encontraban rosetones con los apellidos de los inmigrantes que habían llegado a Idaho. A lo mejor allí estaba el apellido de su abuelo, aunque no perteneciera a la primera generación. Según su abuela emigró en los sesenta, casi cuarenta años después de que lo hicieran sus parientes.

Todo sería fascinante si no fuera por el miedo que sentía por la posible decepción que se llevaría su abuela al final de la historia. ¿Cuántas posibilidades había de que Iñaki siguiera amando a su abuela? Con esa pregunta dando vueltas en su cabeza se quedó dormida.

Los días fueron pasando y seguían sin tener noticias de Irune. Su abuela empezaba a perder la sonrisa. Como no le llegara alguna novedad pronto tendría que inventarse algo. Al final estaba ocurriendo lo que tanto había temido. Estaba a punto de llamar a Marga para que le echara un cable, era muy buena maquinando excusas. Sin embargo, antes de que cogiera su móvil, este sonó. Era su amiga.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no mira tus *e-mails*? Irune te ha enviado no sé cuántos correos. Joder, no te vas a creer lo que ha descubierto. Vas a flipar. Mejor te lo cuento en persona. Nos encontramos en el bar ese que hay cerca de tu casa. Chao. —Colgó sin esperar respuesta.

El corazón de Ainhoa latía desbocado. No sabía si pegar saltos de alegría o retorcerle el cuello a su amiga en el momento en el que la tuviera delante. «¿Cómo podía existir una persona tan exasperante?», gruñó a la vez que se vestía con lo primero que encontró a mano.

Se sentó en la terraza que hacía esquina con su casa y, mientras esperaba, pidió una Coca-Cola. Aprovechó ese tiempo para revisar la carpeta de *spam* por si los mensajes hubieran ido a parar allí, pero estaba vacía. Sentía que le iba a dar algo. Como tardara un minuto más se quedaría sin uñas.

Cuando la vio llegar gritó, lo que llamó la atención de los demás clientes.

—La próxima vez que me cuelgues te mato.

—Relájate, nena. Te va a dar un infarto como sigas así.

—Deja de decir tonterías y ve al grano.

—¡Joder, qué carácter! —Le hizo una seña al camarero.

—Ni se te ocurra —gruñó Ainhoa al percatarse de su intención. Como no le dijera de una puñetera vez lo que había pasado la iba a despellejar viva.

—Compruébalo tú misma. —Le entregó el móvil y se dispuso a pedir una cerveza al guaperas que se había acercado para atenderla. Estaba sedienta.

Ainhoa estaba tan emocionada que incluso le temblaban las manos. Respiró hondo y empezó a leer. De inmediato se dio cuenta del fallo que había cometido: había puesto hotmail.com y su dirección era hotmail.es. Resuelto el dilema, concentró su atención en el mensaje. Según lo que había averiguado Irune, el hombre de la foto era un ranchero que vivía en las afueras de Boise y se llamaba Iñaki Bermúdez.

—Se llama Iñaki, como el abuelo —murmuró mirando a su amiga.

—Es que es tu abuelo. Sigue leyendo.

Volvió la vista a la pantalla y se quedó de piedra al ver que estaba casado y que tenía un hijo de la misma edad que tendría su madre si estuviera viva, cincuenta y seis años. «Joder, el viejo no perdió el tiempo. Sus espermatozoides llegaron antes que él», pensó indignada. No podía contarle esto a su abuela. Se sentía tan decepcionada que perdió el interés por la noticia. No obstante, su amiga insistió en que continuara.

Una vez más centró su atención en el escrito. Su tío, mejor dicho, su medio tío, estaba casado y vivía en Boston.

—Vaya, mi familia no hace más que crecer —manifestó con una mueca de disgusto.

Marga soltó una risita, lo que le indicó que todavía le saldrían más parientes de la chistera. Y no se equivocó. Su tío había tenido una hija, estaba soltera pero tenía un hijo adolescente de catorce años. Ambos vivían en Boise con su abuela. A Irune le había resultado extraño y al indagar descubrió que su abuelo se llevaba fatal con su mujer. Llevaban más de veinte años viviendo separados, aunque no pudo saber a ciencia cierta si estaban divorciados.

—Madre mía, qué culebrón. Si junto la historia de mi abuela con la del abuelo escribo un *best seller*. —Buscó con la mirada el rostro de su amiga —. Y eso que todavía no he llegado al final.

—Te dije que ibas a flipar. Esa mujer es mejor que Sherlock Holmes o todos en ese pueblo son unos cotillas. Porque solo ha faltado que nos contara el tipo de calzoncillos que usa tu abuelo.

Ainhoa sonrió, su amiga había cogido carrerilla. Sacudió la cabeza y posó los ojos en la pantalla de nuevo.

Su abuelo había sufrido un accidente hacía un año, lo que lo llevó a aislarse de todos. No recibía visitas ni llamadas, le comentaron que había estrellado el teléfono contra la pared. No salía del rancho por

ningún motivo. Un vecino le hacía la compra y le enviaba tres veces a la semana a una señora para que le cocinara y le limpiara la casa. Le hizo gracia enterarse de que, cada dos por tres, el buen hombre debía buscar personal; al parecer, su abuelo tenía un carácter de mil demonios. «Vaya, he encontrado el gen perdido», pensó dibujando una media sonrisa en los labios mientras ponía su atención en la lectura.

Para Irune lo más grave de su aislamiento era que no hacía las sesiones de fisioterapia que le habían indicado y que, por ese motivo, había quedado incapacitado. No tenía constancia de si su caso era reversible. Por lo visto, su familia pasaba de él.

—¡Joder! —exclamó y siguió leyendo.

Capítulo 4

Las siguientes líneas no aportaban nada nuevo, eran solo apreciaciones. Irune le decía que su abuelo estaba solo y necesitaba cuidados especiales y mucho cariño. Se atrevió a sugerirle que fuera personalmente a averiguar qué era lo que le pasaba, antes de que fuera demasiado tarde. Al final se ponía a su disposición para lo que necesitara y le decía que, si se decidiera a ir a visitarlo, tendría las puertas de su casa abiertas.

—Quiere que vaya a verlo. ¿Cómo me voy a ir a Estados Unidos? —manifestó tras unos segundos de reflexión—. Yo no puedo dejarlo todo para ir detrás del hombre que hizo que mi abuela comiera el pan que el diablo amasó y padeciera tantos sufrimientos.

Estaba enfadada consigo misma por sentir empatía por un hombre que no se lo merecía. Él nunca se había preocupado por saber qué había sido de su abuela ni de si la había dejado preñada. A lo mejor se enteró por la bruja de que iba a ser padre y por eso no volvió. Su cabeza era un lío y tenía los sentimientos encontrados.

—Te entiendo, Ainhoa. También me sentí así cuando me enteré. Él ha rehecho su vida y, por la edad de su hijo, lo hizo nada más llegar a Boise. Pero no sabemos lo que ocurrió. —Dio un trago a su cerveza y la miró con perspicacia—. He estado pensando, ¿y si la bruja le contó que tu abuela había muerto? Ella era la encargada de recibir y enviar las cartas, pudo haberles mentido a los dos —concluyó con seguridad.

Ainhoa se vio obligada a darle la razón. Y, una vez más, su corazón se ablandó. Le daba pena que estuviera tan solo, ellas también lo estaban y comprendía su dolor. Pero poco podía hacer, miles de kilómetros los separaban.

—Ahora tengo que buscar una buena excusa para la abuela. No le puedo decir que se ha muerto porque, si no, la mato de tristeza. Y como le cuente que está casado y que tiene hasta un bisnieto, ¡apaga y vámonos! —Se mordió el labio inferior con fuerza—. Joder, maldita la hora en la que me metí en este embrollo. Ya me veo cruzando el charco.

—Sí, yo también. Tu abuela no se conformará con menos. Pero míralo por el lado bueno. Dentro de unos días no tendrás nada que hacer, podrás usar tu finiquito para comprar los billetes. ¡Upss, se me ha escapado!

—¿Qué broma es esta, Marga? No tiene ninguna gracia —le contestó enfadada. Pero al ver el arrepentimiento reflejado en sus ojos, supo que era verdad —. ¿Cómo lo sabes? Hostia puta, ¿te estás acostando con el gerente? —preguntó elevando la voz sin poder

evitarlo.

—Sí. Lamento no habértelo contado antes, me daba vergüenza confesarte que me estaba acostando con un hombre casado.

Ainhoa no salía de su asombro. Ambas noticias eran malas y no sabría decir cuál de las dos la había afectado más.

—Así que me quedaré sin trabajo —dijo al fin. Quería a su amiga y no la juzgaba. Estaría a su lado para lo que necesitara.

—Lo siento, me enteré ayer por la noche. —Hizo una pausa como si no supiera cómo continuar—. ¿Me perdonas por no haberte contado lo de Max?

—No hay nada que perdonar. ¿Lo quieres? —preguntó preocupada.

—Es complicado. No consigo dejarlo, estoy enganchada.

—No hace falta que te explique que ese tipo de relación no suele terminar bien.

Su amiga asintió con la cabeza al tiempo que desviaba la mirada avergonzada. Le había dolido que no confiara en ella, pero la entendía. Solo esperaba que no sufriera.

Esa noche, en la penumbra de su nueva habitación, Ainhoa se sentía inquieta debido a los últimos acontecimientos. Ahora era oficial, había trasladado todas sus cosas al cuarto de su madre. Había cambiado las cortinas, el cabecero y las mesitas de noche. Poco a poco estaba haciéndola suya. Sabía que si se dejaba llevar por el corazón perdería el control de su vida una vez más. Ojalá pudiera encontrar una salida que no hiciera sufrir a su abuela.

Al día siguiente, Marga acudiría a su casa y entre las dos le contarían la verdad a Begoña, bueno, una verdad maquillada. En la versión *light* no habría ni esposas, ni hijos, ni nietas, ni mucho menos bisnietos, solo un hombre iracundo y necesitado de cuidados médicos que vivía aislado en su rancho.

La hora de la verdad había llegado. Su amiga estaba a punto de llegar y su abuela se encontraba sentada en su sillón haciendo ganchillo, ajena a lo que iba a suceder dentro de unos minutos.

—Hija, ¿quieres dejar de cambiar de canal? Me estás poniendo nerviosa. —La miró por encima de sus gafas.

—Es que no encuentro nada que me guste.

—Pues apaga la tele y ponte a hacer ganchillo. Es divertido, ya verás cómo te relajas.

—Ya lo he probado una vez. ¿No te acuerdas lo que pasó? —Su abuela soltó una risita.

—Es verdad, ya ni me acordaba. Mi amiga pensó que estabas poseída por el demonio cuando empezaste a clavar la aguja en el cojín como si fueras una asesina en serie. Madre mía, la que se armó. Por

poco no llama al cura para exorcizarte.

Ainhoa sonrió y sin poderlo evitar rememoró el episodio. Estaban en un taller de ganchillo en la parroquia del barrio. Ella tenía doce años y justo ese día había pillado al chico que le gustaba besándose con su archienemiga. Tenía un cabreo monumental y, para empeorarlo, su madre la había obligado a que acompañara a su abuela a la iglesia.

El timbre sonó, provocando que pegara un salto del sillón.

—Ya era hora. Siempre que dices unos minutos tardas una hora.

—Hola a ti también. —Pasó a su lado y se acercó a Begoña para depositarle un suave beso en la mejilla —. Hola, abuela.

—¿Abuela? —inquirió Ainhoa ocultando su sonrisa tras una mueca de disgusto.

—Me ha adoptado, ¿no lo sabías? —alardeó guiñándole un ojo.

Ainhoa conocía muy bien a Marga, sabía que era una distracción para ir preparando el terreno. Siempre hacía payasadas antes de dar la estocada.

—No os peleéis, niñas. Mi corazón es grande y cabéis las dos —dijo sonriente al recibir mimos de ambas.

Se miraron y Ainhoa asintió con la cabeza. Había llegado el momento.

—Abuela, tenemos que contarte algo. Ayer recibimos noticias de la sobrina de la prima de Uxue —dijo su nieta haciendo una pausa.

—Y son muy buenas noticias —agregó Marga.

—Era él, ¿verdad? Mi Iñaki sigue vivo. Lo sabía, lo sentía aquí. —Se dio dos palmaditas en el pecho mientras las lágrimas empañaban su mirada—. Quiero saberlo todo, niñas. Por favor, no me ocultéis nada.

—No pensábamos hacerlo, Begoña —afirmó su amiga liberándola de conjurar una falsa promesa.

—Abuela, tenías razón desde el principio, el hombre de la foto es el abuelo. —Begoña soltó un aullido de dolor y ya no pudo contener las lágrimas—. Shhh, no llores, abuela, tienes que calmarte. —Ainhoa la acunó en sus brazos.

—Piensa en tu salud, Begoña. No querrás que te suba la tensión, ¿verdad? —Marga se acercó y la cogió de las manos—. Si te pones mala no podremos contarte nada más.

Ainhoa gruñó por la amenaza de su amiga. Su abuela llevaba más de cincuenta años sufriendo y era imposible que toda esa pena acumulada no aflorara.

—Me calmo, me calmo. ¿Ves?, ya estoy calmada —Se liberó de los brazos de su nieta y se limpió las lágrimas con un pañuelo.

—Así me gusta, Begoña. Te traigo un vasito de agua.

Marga salió corriendo en dirección a la cocina mientras abuela y nieta intercambiaban una mirada llena de amor.

—Lo hemos encontrado, mi vida. Ya no estarás sola cuando yo me vaya.

—No digas tonterías, abuela. Ahora que lo has encontrado tienes más motivos para seguir viviendo.

—Tienes razón, tesoro. —Apoyó la palma de la mano en la mejilla de su nieta.

Su amiga llegó con el vaso de agua y, tras ver que Begoña se había tranquilizado, le contaron todo lo que consideraron conveniente. Ella las colmó de preguntas, muchas de las cuales no tenían respuesta y otras tantas que no pensaban contestar por protegerla. Al final su reacción fue la que habían esperado.

—Tienes que ir a verlo, Ainhoa. Te necesita. Por favor, mi niña. Sé que está muy lejos, pero solo nos tiene a nosotras —imploró, y otra vez la emoción la embargó.

—Abuela… —la interrumpió.

—Por favor, mi vida. Tienes que ir. No tendré paz sabiendo que está solo y enfermo —volvió a suplicar desesperada.

—Abuela, tranquilízate. Lo he pensado, llegué hasta a planteármelo. No obstante, no es tan simple. Yo no me puedo ir y dejarte aquí sola. Tampoco sabemos por qué no regresó. Puede que no le interesemos —dijo y se arrepintió al ver el sufrimiento estampado en su cara. Aunque sabía que era lo correcto, no podía dejarse llevar por el corazón. Ese hombre bien podría recibirla con una escopeta.

—No tienes que preocuparte por mí. Marga se quedará conmigo, ¿verdad, hija?

—Pues claro que sí, abuela. Estoy harta de compartir piso con un putón verbenero —dijo tan pancha.

—Controla esa lengua, niña, o te lavo la boca con jabón.

Ainhoa no sabía si reír, llorar o pegarle un par de hostias a Marga. Había albergado una pizca de esperanza de que su abuela fuera razonable, esperaba que aceptara otras opciones menos drásticas para ponerse en contacto con Iñaki, por ejemplo, un telegrama, una carta o, incluso, una paloma mensajera. Ahora, gracias a la loca de su amiga, esas posibilidades no tendrían cabida.

—Dios mío, jamás pensé que viviría para ver este día. —Begoña se levantó y empezó a caminar por el salón—. Tenemos que empezar a preparar tu viaje, hija. Vas a necesitar dinero, no sabemos cuántos meses tendrás que quedarte. Mañana me llevarás a empeñar mis joyas y, si me lo permites, empeñaré también las de tu madre, creo que será suficiente para que te puedas apañar por un tiempo.

—¿Estás contenta con lo que has provocado? —Ainhoa fulminó a Marga con la mirada.

—Lo he dicho sin pensar. Aunque, de todas formas, tu abuela no aceptaría otra opción. Estoy segura de que, si te negaras a ir, superaría

su pánico a volar e iría ella misma. No hay poder en este mundo capaz de detenerla.

No le quedó más remedio que estar de acuerdo. Nada ni nadie conseguiría detener a su abuela. Era un hecho. En cuestión de días saldría en busca del abuelo. Esperaba que tanto sacrificio mereciera la pena.

Aprovechó la intención de su abuela de vender las joyas para contarle que dentro de unos días se quedaría sin trabajo y que, con el dinero del paro y el finiquito, podría costearse el viaje. Su abuela se lo tomó como una señal divina y empezó a rezar agradeciéndole a Dios el milagro. Ainhoa no sabía quién estaba peor de la cabeza, si Begoña por creer que su amor habría resistido al paso del tiempo o ella por dejarse llevar por una quimera inalcanzable. Porque en el fondo era lo que anhelaba, deseaba que aquella historia tuviera un final feliz.

En los siguientes días, Ainhoa se vio engullida por una vorágine de acontecimientos. No tuvo la oportunidad de analizar ni pensar en nada. La habían echado del trabajo y había hablado con Irune, que estaba encantada de recibirla en su casa. Su amiga ya había empezado a llevar cosas a su casa, según ella para ir aclimatándose. Menuda elementa estaba hecha, pero había aprendido a quererla y su abuela la adoraba. A saber qué harían las dos solas, no quería ni pensarlo.

Ahora se encontraba delante del portátil a un clic de confirmar su vuelo. Después de ese simple gesto ya no habría marcha atrás. Mantuvo su dedo en suspensión un buen rato, no era capaz de presionarlo. Tenía sudores fríos y el pánico la dominaba. Transcurrió el tiempo y tuvo que refrescar la página y volver a introducir los datos.

Con el dedo anular sobre el ratón, respiró hondo, cerró los ojos y clicó, sellando así su destino. Y, por increíble que pareciera, se sentía liberada. La sensación de impotencia que la había mantenido en vilo los días anteriores se había disipado al instante. Por fin podría pegar ojo.

Dejó el portátil a un lado y se entregó a los brazos de Morfeo.

Se despertó con el insistente sonido del despertador. Odiaba a ese trasto. En realidad, no sabía por qué no cambiaba la hora, ya no necesitaba madrugar. Sin embargo, tenía muchas cosas que hacer antes de partir. Su vuelo saldría en una semana, precisamente el uno de agosto, y todavía no tenía maleta. Necesitaba por lo menos dos de gran tamaño. No podía permitirse comprar ropa allí y debía de estar preparada para los cambios de temperatura que se presentarían en los tres meses que pensaba quedarse.

Esperaba que ese tiempo fuera suficiente para acercarse a su abuelo y descubrir lo que realmente había pasado. En un primer momento no

le diría quién era, primero tendría que descubrir por qué abandonó a su abuela. Y para lograrlo usaría el as que tenía bajo la manga, su parecido con Begoña. Había heredado su color de pelo, sus ojos y su sonrisa. El parecido lo trasladaría a otra época y estaba segura de que conseguiría acceder a él a través de ese recuerdo. Se iba a quedar con la boca abierta.

Tuvo la oportunidad de leer una de las cartas que él le había enviado, según su abuela las demás eran muy íntimas. Estaba impregnada de amor en cada letra, un amor de esos que te quita el aliento, que te hierve la sangre y que te calienta el alma. El amor que todos buscan y que solo unos pocos encuentran. Puede que ya no la amara, aunque, como dice el refrán: «donde hubo fuego, cenizas quedan».

Capítulo 5

Ainhoa estaba terminando de vaciar su armario para seleccionar la ropa que se llevaría cuando escuchó un revuelo en el salón. Salió corriendo por el pasillo llena de curiosidad y se quedó con la boca abierta al ver a todas las amigas de su abuela entrando por la puerta cargadas de bolsas de regalos. La más pudiente de la pandilla llevaba dos maletas enormes envueltas con un gran lazo rosa.

Marga también entraba en ese momento con varias bolsas de su pastelería preferida. Su abuela lloraba de la emoción, al parecer ella no era la única a la que habían pillado desprevenida.

—¡Sorpresa! —gritó Marga—. Todas querían aportar su granito de arena. Se sienten parte de la historia.

—Estoy sin palabras. Nunca me habéis abandonado, incluso cuando os dejé de lado por el dolor que sentía por la muerte de mi Leire. Jamás os lo podré agradecer lo suficiente. —Begoña se abrazó a ellas. Su nieta tardó un poco en reaccionar; una vez lo hizo, les dedicó unas sinceras palabras.

—Gracias a todas, me voy tranquila sabiendo que mi abuela tiene unas amigas tan estupendas. Sé que no la dejaréis sola. Sois increíbles.

Abrazó a cada una de ellas hasta llegar a Marga.

—No podría hacer esto sin tu ayuda. Te quiero, amiga.

—Jo, no quiero llorar. Te echaré de menos.

—No me voy a ir para siempre, serán solo tres meses. ¿Crees que voy a dejarte a la abuela solo para ti?

—La tengo en el bote, has perdido tu reinado —chinchó.

Ainhoa puso los ojos en blanco y, con una falsa mueca de disgusto, se dispuso a poner la mesa. Marga era un poco exagerada y había traído comida para un batallón.

Horas después, el salón de su casa parecía el escenario de una batalla campal. Había papel de regalo por todas partes y las amigas de su abuela debatían de forma entusiasta sobre los próximos acontecimientos. Algunas apostaban a que Iñaki cruzaría el charco para recuperarla; otras, más prudentes, votaban a que le escribiría pidiéndole perdón. Ainhoa se conformaba con que le permitiera acercarse.

Mas tarde, en la tranquilidad de su habitación, contemplaba sus regalos. Habían sido muy generosas con ella. Le obsequiaron de todo, desde cosméticos a ropa interior y zapatos, además de dos maletas enormes, que eran justamente a las que les había echado el ojo en El Corte Inglés, pero que, debido a su elevado precio, jamás las hubiera podido comprar.

La semana pasó volando y por fin llegó el día de la partida de Ainhoa. La noche anterior había hablado largo y tendido con su abuela. La había amenazado con volver de inmediato si no se cuidaba. Marga se encargaría de ponerla al día sobre el estado de salud de su abuela. Había hecho que le prometiera que la avisaría de cualquier recaída, por insignificante que fuera. Begoña era su prioridad.

—Dame un abrazo, mi niña. Estaré rezando para que todo vaya bien. Ten un poco de paciencia con Iñaki, es muy cabezota. Y mantenme informada de cada paso que des, ¿de acuerdo?

—Tranquila. Os mantendré informadas. Pero, ya sabes, cuídate o me vuelvo en el primer vuelo. —La achuchó entre sus brazos y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no llorar como una Magdalena—. Te quiero mucho, abuela.

—Como no la sueltes, me quedaré sin abrazo. Están llamando a tu vuelo —protestó Marga limpiándose las lágrimas —. Vete tranquila, la cuidaré mejor que si fuera la mía. Ya sabes, a mí me ha tocado la bruja del cuento —dijo Marga soltando una carcajada que contagió a todas.

Con una sonrisa impresa en los labios gracias a las ocurrencias de Marga, Ainhoa se alejó sin mirar atrás. Temía arrepentirse y quedarse en tierra.

Le quedaban un total de veinte horas más o menos de vuelo, con dos escalas, una en Zúrich y otra en el Aeropuerto Internacional de San Francisco, donde cogería otro, de una hora y cuarenta y cinco minutos de duración, hasta Boise. Sentía vértigo solo de imaginar el tiempo que pasaría en el aire hasta que consiguiera llegar a su destino final.

Una vez en el avión buscó su asiento. Le había tocado ventana y no podía estar más contenta, ahora era solo cruzar los dedos para que no le tocara un metomentodo de compañero. No tenía ganas de ser simpática, pensaba leer un rato y escuchar música hasta llegar a Zúrich. Después, con suerte, dormiría hasta San Francisco.

Aunque sus planes se truncaron. Lo supo cuando una mujer con un bebé de alrededor de un año y con cara de estar al borde de un ataque de nervios se sentó a su lado. Si hubiera podido, se habría tirado por la ventanilla.

Nada más saludarla le pidió que le sujetara al crío para que pudiera poner sus cosas en el portaequipajes. El niño la miraba con sus ojitos lagrimeantes, al parecer había estado llorando. Ella le sacó la lengua y él le sonrió con sus dos dientecitos, era mono. Y más mono sería si se mantuviera todo el trayecto calladito, algo de lo que dudaba mucho por el temblor que estaba empezando a formarse en su labio inferior. Como mami tardara un minuto más, desataría el caos. En este

momento se acordó, desesperada, de que no había traído tapones para los oídos.

La madre se sentó y a Ainhoa le faltó tiempo para tirarle al niño encima. La mujer sonrió y le dio las gracias. Ella refunfuñó lo que parecía un «de nada» y cogió su libro para dejarle clara su intención. Estaba siendo antipática, sí, estaba siendo egoísta, probablemente. Pero estaba dejando su vida en suspenso para ir al rescate de su abuelo desaparecido, se merecía un descanso.

Por suerte, el chiquitín se durmió y pudo llegar a su primer destino sin percances. Estaba de tan buen humor por haber pegado una cabezadita que, incluso, se ofreció a sujetarle el bebé para que la mujer pudiera sacar sus cosas. Mientras recogía su maleta le preguntó cuál era su destino y al escucharle decir San Francisco la cara de la mujer se iluminó. Estuvo a punto de soltar una palabrota, pero consiguió controlarse a tiempo y mantener una sonrisa de circunstancias en los labios. Le devolvió su *regalito* y le deseó un buen viaje.

Después de una hora y veinte minutos de espera, subió a su nuevo avión. Era más espacioso y esperaba poder estirar las piernas. Buscó su asiento y, una vez más, le había tocado la ventana. Se sentó y aguardó impaciente a su compañero. No tardó en aparecer, era un hombre de mediana edad que la saludó con cordialidad. Respiró aliviada mientras curioseaba a su alrededor. No había niños a la vista. Se puso el cinturón y cogió su libro, tendría un ratito de lectura hasta que todo se tranquilizara y las luces se apagaran.

El silencio llegó pero, al contrario de lo que se esperaba, no pudo dormir. Su mente estaba frenética. Y por más que se decía que ya no había tiempo para los arrepentimientos, no podía evitar sentir pánico ante lo desconocido. En estos momentos no veía ningún punto positivo en toda esa locura. No entendía cómo se había dejado llevar, su abuela no era objetiva y no debía de haber contribuido en sus devaneos. Ahora estaba en medio de la nada, a saber a cuántos pies de altitud, sin ninguna oportunidad de escapatoria. Sentía que estaba empezando a hiperventilar. Se levantó y fue al servicio, se lavó la cara y empezó a pasear por el pasillo del avión. Se encontró con la madre y el niño en la cola, ambos estaban dormidos. Ese era su castigo por haber sido tan antipática.

Mas tranquila y con el rostro de su madre en la mente, regresó a su asiento. ¿Qué opinaría ella de todo esto? Ainhoa sonrió y tuvo la seguridad de que estaría haciendo lo mismo que ella. Volando a lo desconocido para encontrar a su padre y exigirle respuestas. Con esa certeza se relajó y se dejó llevar por el cansancio.

Se despertó por la mañana, poco antes de que empezaran a servir el desayuno. En tres horas estaría en San Francisco. Su corazón se

aceleró.

Las tres horas siguientes pasaron en un suspiro. El desembarque fue estresante, los controles en la aduana fueron exhaustivos y la trataron como a una mierda. Deberían de hacerles lo mismo en España, a ver cómo les sentaba.

Todavía le quedaban dos horas de espera y las aprovechó para acicalarse un poco. Estaba hecha un asco.

Por fin se encontraba en el último tramo de su viaje, a solo una hora de Boise. Por increíble que pareciera estaba tranquila, o tal vez fuera que su mente estaba embotada por la agotadora odisea.

Una vez en posesión de sus maletas, se dirigió a la puerta de desembarque. Creía que sería capaz de reconocer a Irune, habían intercambiado varias videollamadas y sus tatuajes no pasarían desapercebidos; menos aún el *piercing* que tenía en el labio inferior. Era tres años mayor que ella, trabajaba como arquitecta, estaba casada con un bombero y no tenían hijos. Cuando le dijo la profesión de su marido, su mente calenturienta al momento pensó en sus amigos macizos; esperaba que tuviera un compañero guapo y disponible. Algo tendría que hacer allí para pasar el tiempo, no iba a estar todo el día persiguiendo a su abuelo.

No veía a la chica entre la multitud, pero pudo divisar un cartel con su nombre. Se abrió paso entre el gentío apresurada y la llamó. Detrás del cartel apareció una preciosa mujer que la recibió con una genuina sonrisa.

—Bienvenida, Ainhoa. Eres mucho más guapa en persona —la saludó en español y ella se lo agradeció.

Necesitaría una buena noche de sueño para que sus neuronas volvieran a hacer sinapsis. Se defendía muy bien en inglés gracias a que su madre se había empeñado en que estudiara en una academia de idiomas desde pequeña; además, pasaba sus vacaciones en un campamento de verano de habla inglesa. Pero como le diera por hablarle en euskera estaba perdida.

Ella le había comentado que la comunidad vasca de Boise intentaba mantener la lengua viva y que era muy raro encontrar a alguno que conservara el español, ya que sus descendientes solo habían tenido contacto con el euskera y el inglés.

—Gracias, Irune. Que me digas que estoy guapa después de veintidós horas de viaje me levanta el ánimo. Estoy que no puedo con mi alma.

—Sé que estás agotada, pero lo mejor para combatir el *jet lag* es que resistas toda la tarde sin dormir. Una buena ducha y te sentirás mejor. Además, tengo novedades para ti.

Ainhoa sabía que ella estaba en lo cierto; sin embargo, se sentía tan cansada que no tuvo fuerzas ni para preguntarle de qué información

disponía. Solo quería cerrar los ojos y dormir, por lo menos, una semana.

La vegetación le llamó la atención y mantuvo la vista en el paisaje.

—Hay muchos árboles. No me lo imaginaba así —dijo sin perder detalle.

—Boise también es conocida como «la ciudad de los árboles». Ahora mismo acabamos de entrar en mi vecindario, North End, situado en el extremo norte de la ciudad. Aquí podrás encontrar una gran diversidad cultural, más que en cualquier otro barrio, además de todo tipo de tiendas. Y allí, a tu derecha, hacen el mejor helado casero del condado.

Ainhoa estaba encantada, era realmente precioso.

—Ya hemos llegado —dijo al tiempo que aparcaba delante de una preciosa casa de madera, pintada en azul y blanco, con el tejado a dos aguas. Una casa típica americana, como la mayoría de la barriada, sin medianeras, rodeada por un césped bien cuidado.

—Tienes una casa preciosa —alabó mientras entraban en el gigantesco salón. Es bien sabido que a los americanos les gusta todo a lo grande. Las puertas, las ventanas, todo era enorme. Pensaba que su apartamento tenía un tamaño aceptable pero, si lo comparaba con esa casa, vivía en una caja de zapatos.

—Ven, te voy a enseñar tu habitación. Si quieres, dúchate primero, después te enseñaré el resto de la casa.

Ainhoa la siguió por el amplio pasillo hasta que la hizo pasar a una agradable habitación en tonos verde agua y blanco. Era muy luminosa y estaba pulcra y ordenada. Se notaba que su profesión estaba impresa en cada rincón de la vivienda.

—El baño está justo en frente y he dejado en el armario todo lo que pensé que podrías necesitar. Si te falta algo, me lo pides. Quiero que te sientas como en tu casa —dijo con una amable sonrisa en los labios.

—No tengo palabras para agradecértelo, no quisiera causarte tantas molestias.

—No es ninguna molestia. Lo hago encantada. Te dejo para que puedas refrescarte. Te sentirás mejor.

Ainhoa no podía sentirse más agradecida. Irune había cuidado cada detalle, incluso había puesto flores frescas y unas velas perfumadas en el alféizar interior de la ventana. Dejó a un lado la decoración y, sin perder más tiempo, cogió algo cómodo de la maleta, rebuscó en el armario que le había indicado su anfitriona, y se dirigió al cuarto de baño con sus pertenencias y una esponjosa toalla. El baño, como no podía ser de otra manera, era enorme, de un blanco impoluto.

Casi pegó saltitos de alegría al sentir la cascada de agua caliente sobre su espalda. La alcachofa de la ducha era cuadrada y estaba empotrada en el techo. Era una gozada. Una vez limpia y renovada, se

secó y se vistió en el propio cuarto de baño. Dejó su ropa sucia en el cesto y colgó su toalla en el toallero eléctrico que estaba en la pared. Dio un repaso para comprobar si había dejado algo fuera de lugar y salió en busca de Irune.

Siguió el pasillo por donde habían venido y la encontró sentada en el sofá en el acogedor salón.

—Tienes mejor cara. —Le sonrió.

—Ahora me siento persona —le respondió mientras le devolvía la sonrisa. Se sentía a gusto con ella, como si se conocieran de toda la vida—. Tu casa es increíble y la ducha para morirse de envidia.

Irune soltó una carcajada y le dijo que la entendía. Había residido en España y sabía que los metros cuadrados de una vivienda normalita en Estados Unidos no podían compararse con los de una casa española.

Aprovechó ese momento para enseñarle cada rincón y, a la vez que lo hacía, le iba narrando trozos de su vida. Su marido era de Boise y la casa había pertenecido a sus abuelos. La heredó y la habían ido reformando poco a poco. Se llamaba Phil y, por lo que pudo apreciar en la foto que estaba en la habitación principal, era muy apuesto. También se enteró de que ese fin de semana no lo conocería, había ido a ayudar a sofocar un incendio en un pueblo cercano.

Por último le enseñó la cocina, donde le había preparado previamente unos sándwiches. Ambas se sentaron a la mesa. Eran las tres de la tarde e Irune tampoco había comido.

—Qué hambre tenía. La comida que sirven en los aviones sabe a serrín —dijo antes de pegar un buen bocado.

—Si quieres te puedo preparar algo más sustancioso.

—No, de verdad. Con esto tengo más que suficiente. —La detuvo con la mano al ver que se levantaba —. Gracias de corazón, lo que estás haciendo por nosotras no tiene precio.

Capítulo 6

—Es que la historia de tu abuela me llegó al alma. Me ilusiona formar parte de ella. Hablando de eso. Como te he comentado antes, tengo novedades —dijo acaparando toda su atención—. ¿Te acuerdas de que te conté que era un vecino quien ayudaba a tu abuelo? Pues bien, me he tomado la libertad de hacer algo y espero que no te molestes. —Se levantó y abrió uno de los cajones del armario de la cocina. Al sentarse tenía un recorte de periódico en las manos—. Ayer, leyendo las noticias, me topé con esto y, como no podía hablar contigo, me hice pasar por ti y contesté el anunció.

Ainhoa la miraba desconcertada. Parecía que le estaba hablando en griego.

—Perdona, no me estoy explicando. Luke, el vecino de tu abuelo, buscaba una persona para cuidarlo. No sé lo que sucede, pero no le duran más de una semana. Así que llamé y dije que estaba interesada. Al parecer está tan desesperado que ni quiso entrevistarme. Me contestó que el trabajo era mío, o sea, tuyo. Empiezas el lunes.

—¿Qué? —Ainhoa se atragantó con el zumo de manzana —. ¿Este lunes? ¿Pasado mañana? —No estaba preparada para conocer a Iñaki tan pronto. El pánico la invadió.

Al ver su desconcierto y la palidez que se reflejaba en su angelical rostro, Irune se apresuró en decir:

—No tienes por qué hacerlo. Lo llamo y le cuento que has tenido, bueno, que he tenido un problema familiar y que no voy a poder ir. Asunto arreglado. Ya buscaremos la manera de que te acerques a él.

—No, no lo llames. Es que ha sido todo muy repentino y, para ser sincera, no sé si estoy preparada para conocerlo —dijo con voz queda —. Tengo miedo de lo que pueda descubrir, la abuela no lo soportaría.

En realidad, ella también se llevaría un buen chasco.

—Te entiendo, pero cuanto antes lo descubras, mejor para ti, más tiempo tendrás para tratarlo y disfrutar de él. Y si resulta que no quiere saber nada de vosotras, pues aprovechas que ya estás aquí y disfrutas de unas buenas vacaciones Yo estaré encantada de enseñarte Boise. —Una sonrisa traviesa se formó en sus labios—. Incluso tengo a los solteros del cuerpo de bomberos peleándose por conocerte.

—Cuenta, cuenta, para eso estoy preparadísima —dijo provocando una carcajada en la chica—. No me da ningún miedo lo que pueda descubrir —añadió con segundas deseando saber más.

El tema de su abuelo se quedó aparcado a un lado y se entretuvieron hablando de algo mucho más agradable, bomberos macizos. Por lo visto, cuando su marido comentó con algunos de sus

compañeros que alojaría a una chica española en su casa, ya no le dieron tregua. Según ella, había algunos que realmente merecían la pena.

Estuvieron toda la tarde charlando, pero cuando Irune se percató de que se le estaban cerrando los ojos, la invitó a dar un paseo por el barrio. Había mucho que ver en la zona y Ainhoa necesitaba entretenerse para no caer en la tentación de quedarse dormida.

Se encontraban por Hyde Park, cerca de la popular heladería que le había señalado a su llegada. Como ya era la hora de la cena y había varios restaurantes por la zona, decidieron quedarse a comer.

Su anfitriona se decantó por el 13th Street Pub and Grill. El sitio era acogedor y la comida tenía buena pinta. Lo único que la echaba para tras era la hora. A pesar de que el sándwich que había comido ya era historia, cenar a las siete de la tarde le parecía un disparate. Prefirió no hacer ningún comentario, cuanto antes se adaptara a sus costumbres, mejor. Siguiendo las sugerencias de Irune, se decidió por una ensalada de remolacha asada con pistachos, queso de cabra y cerezas deshidratadas aliñada con una vinagreta balsámica de cereza; y, de segundo, brocheta de pollo a la parrilla con salsa de maní.

Todo estaba delicioso. O tal vez era la agradable compañía de Irune la que hacía que lo fuera. En este momento se dio cuenta de que no había llamado a su amiga. Le había enviado un mensaje desde el aeropuerto de San Francisco avisando de su llegada, porque deseaba tranquilizar a su abuela lo antes posible. En el mismo mensaje prometió que la llamaría más tarde, cuando estuviera instalada. Pero había estado tan absorta por las novedades que se había olvidado completamente. Miró su reloj y calculó la diferencia horaria. En España eran las cinco y cuarto de la madrugada, no podía llamarla a esa hora. Marga la iba a matar.

Debido al cansancio que se reflejaba en el rostro de Ainhoa decidieron volver a casa. Y en cuanto su cabeza tocó la almohada, cayó rendida.

A la mañana siguiente se levantó renovada. Tenía mucho que hacer, pero lo primero era llamar a su abuela y a su amiga. Por suerte, por tener antigüedad su operadora le brindaba *roaming* gratuito de por vida en Estados Unidos.

—Por fin, mala amiga. Estaba a punto de no hablarte más en la vida —se quejó Marga nada más coger el teléfono.

—Perdona, ayer no era persona. Y cuando quise acordarme ya era de madrugada allí —se justificó.

Estuvieron un rato hablando de su largo viaje, de lo bien que la había recibido Irune y le describió lo poco que había visto de Boise. También le contó que iba a trabajar para Iñaki. Su amiga chilló de

alegría y la amenazó de muerte si no la llamaba para contarle todos los detalles. Después habló con su abuela y le fue difícil contener las lágrimas. Nunca se había separado de ella; además, después de la muerte de su madre, su vínculo se había hecho más fuerte.

—Me cuesta creer que mañana estarás cerca de él. Me hubiera gustado verlo por última vez —manifestó melancólica.

—Abuela, no hables como si te estuvieras muriendo. A lo mejor cuando vuelva me lo llevo conmigo. Nunca se sabe —dijo sin creerlo realmente, solo para levantarle el ánimo.

Tras hablar con Begoña, se duchó y se fue al encuentro de su anfitriona. El olor a café la condujo hasta la cocina.

—Buenos días. ¿Qué tal te encuentras? ¿Has podido dormir bien?

—Hola, buenos días. Como un tronco. La cama es muy confortable. Gracias. —Le sonrió y se acercó con la intención de ayudarla—. ¿Me dejas que te eche una mano?

Con mucha insistencia consiguió que le permitiera poner la mesa. Sus gustos coincidían y no tuvo que molestarla demasiado. Una tostada con tomate y aceite acompañada de un café con leche era más que suficiente para ellas.

Mientras disfrutaban del desayuno planificaron las actividades del día. Como Ainhoa empezaría a trabajar el lunes, decidieron ir al rancho para que conociera el camino. Irune le prestaría una motocicleta que no utilizaban para que pudiera desplazarse.

A la vez que le enseñaba el vehículo, le explicó por encima las leyes de tráfico y le preguntó si se había sacado el permiso de conducir internacional. Lo había hecho por la insistencia de su amiga Marga y, ahora, se lo agradecía.

Al pensar que tendría que coger la moto se puso algo nerviosa. Llevaba años sin montarse en una pero, como sería siempre el mismo tramo y lo conocería previamente, se tranquilizó. Además, era como andar en bicicleta, una vez aprendido nunca se olvidaba.

El rancho estaba a solo veinte kilómetros de Boise y el paisaje era maravilloso; en cierta forma, por las montañas circundantes, se parecía a los que se veían en las películas antiguas de vaqueros. La diferencia era que allí la zona era menos agreste. Había mucho verde y a lo lejos se podían divisar algunos lugares de cultivo, además de animales. Según le había comentado Irune, los rancheros se dedicaban mayormente a la cría de ganado o a cultivar forraje que servía de alimento para los animales de los ranchos vecinos o de otras localidades de Idaho.

Habían llegado justo a la entrada principal. Un enorme portón de hierro oxidado con una herradura a cada lado. Arriba, una maltrecha placa de madera que desafiaba a las leyes de la gravedad. Se acercó intentando descifrar el nombre del rancho, aunque le fue imposible. El

paso del tiempo lo había borrado.

Decidieron que era mejor no acercarse tanto y dieron marcha atrás.

—Está todo muy deteriorado, creo que tu abuelo lleva muchos años sin atender el rancho —comentó mientras ejecutaba las maniobras necesarias para sacar el coche del caminito de tierra.

—Quizás esté pasando por un mal momento económico —dijo Ainhoa mirando con pena la casa que se veía al fondo. Se encontraba en un estado lamentable, como todo lo demás.

—No lo creo. Los pastos colindantes son de tu abuelo y están arrendados a otros rancheros. Además, su mujer, que vive en la ciudad, tiene un alto nivel económico. —La miró dubitativa—. Estoy empezando a arrepentirme de enviarte a trabajar aquí. ¿Y si él no está bien de la cabeza? Te puede hacer algo —manifestó preocupada.

—Lo descubriremos mañana. No voy a echarme atrás.

—Prométeme que tendrás cuidado. Estaré pendiente del teléfono por si necesitas ayuda.

Por la noche no pudo pegar ojo debido a la conversación que había tenido con Irune frente a la casa de su abuelo. ¿Y si realmente estuviera loco? Podría pegarle un tiro, en Estados Unidos incluso los fantasmas iban armados. Con ese pensamiento atormentándole la cabeza estuvo dando vueltas en la cama hasta bien entrada la noche.

Había llegado el momento. Se encontraba delante del portón mirando la cadena que lo cerraba con un par de vueltas. Parecía que estaba en una película de terror y a cada instante miraba a su alrededor por si Jason Voorhees surgía de la nada con un machete ensangrentado. «Madre mía, lo que es capaz de hacer una mente dominada por el miedo», pensó al tiempo que apartaba la sujeción.

Tras pasar se aseguró de volver a cerrarlo, se subió a la moto y venció los pocos metros que la separaban de la casa.

Un perro que estaba encadenado la recibió con sus ladridos. No era tan feroz como quería aparentar y después de unas cuantas carantoñas ya le estaba moviendo la cola.

—Qué bonito eres y qué pelo más suave tienes —dijo a la vez que le acariciaba el lomo.

En ese instante sintió que alguien la miraba y se giró en dirección a una de las ventanas abiertas del salón. No había nadie. Caminó hasta el porche buscando el timbre y, como no lo encontró, lo llamó por su nombre al tiempo que daba tres toquecitos en la puerta.

Esta se abrió de golpe y la furia personificada se manifestó delante de sus ojos.

—¿Es que eres una descerebrada? ¿Cómo se te ocurre acercarte a un perro encadenado y enfurecido? ¿Por qué crees que está atado? Ojalá te hubiera arrancado la mano por entrometida, así aprenderías a

no meterla donde no debes. —La miró con desprecio—. No sé por qué Luke insiste en enviarme inútiles cada dos por tres. No sabéis hacer nada, no me gusta como cocináis y, más que limpiar, lo único que hacéis es desordenarlo todo. Además, no necesito a nadie —bramó mientras maniobraba su silla de ruedas y se adentraba en el salón.

Ainhoa se quedó paralizada con la boca abierta. Podía estar incapacitado pero la lengua le funcionaba de maravilla. Estaba en *shock*.

—¿A qué esperas para entrar? ¿Vas a quedarte ahí mirándome como una atontada?

Esa fue la gota que colmó el vaso. Si él tenía mala leche, ella también, y bien que podría haber heredado su carácter de él.

—El único idiota y atontado que veo aquí es usted. Y no me extraña nada que las anteriores no hayan vuelto. Hay que estar muy necesitada para aguantarle —dijo cruzándose de brazos y sin mover un paso. No pensaba entrar si no se disculpaba. Le daba igual su misión.

La miró de arriba abajo y ahora quien tenía la boca abierta era él. Su sonora carcajada le provocó un vuelco en el corazón. Se miraron sin que ninguno cediera un milímetro, cada uno analizando a su contrincante. Ainhoa supo el momento exacto en que él le encontró el parecido con su abuela. La sonrisa que estaba empezando a formarse en sus labios se paralizó y su mirada se perdió en el tiempo. Estuvo un rato así y, de repente, volvió a enfocarla y se acercó con la silla. La volvió a mirar con escrutinio y después preguntó:

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, soy española —contestó sin bajar la guardia.

Él se puso lívido y volvió a preguntar con una voz apenas audible:

—¿De qué región de España eres? ¿Cómo te llamas?

Ahora estaba segura de que le había recordado a su abuela.

—Me llamo Ainhoa y soy de Córdoba, Andalucía —respondió poniendo atención en su reacción. Parecía una mezcla de decepción y alivio.

—¿Y por qué has venido desde tan lejos? —volvió a preguntar sin apartarse de la puerta.

—He venido por tres meses en un intercambio cultural, para perfeccionar mi inglés —le soltó la respuesta que había ensayado por si alguien le preguntaba qué estaba haciendo allí.

—Bien, pasa. Es bueno tener a una compatriota cerca. Espero que sepas preparar una tortilla española como Dios manda —dijo sin más y se apartó para que pudiera entrar.

Estuvo a punto de exigirle que se disculpara por los insultos que le había proferido, pero se acordó de la recomendación de su abuela y se calló.

Ainhoa entró y recorrió la estancia con la mirada, estaba mejor conservada que el exterior. Los muebles eran de madera maciza y cuero. Del techo colgaba una lámpara hecha de cuernos de ciervo entrelazados. Era una obra de arte, la pena era que tantos animalillos hubieran tenido que morir para confeccionarla. Pudo constatar que, a pesar de sus protestas, las mujeres que habían estado allí anteriormente habían hecho su trabajo.

—Te voy a enseñar dónde está todo. Y te pediría que no cambiaras nada de sitio. La anterior se creía que estaba en su casa y hacía lo que le daba la gana. Haz lo que yo te diga y no tendremos problemas.

Era el colmo de la arrogancia, alguien tenía que bajarle los humos a este cascarrabias.

—Muy bien. Haré lo que pueda cuando me trate con educación y respeto —le soltó sin poder morderse la lengua. Solo esperaba que no se le cruzaran los cables y la echara.

Se preparó para una sarta de insultos. Sin embargo, lo que escuchó fue una sonora carcajada.

—Eres una deslenguada. ¿Tu madre no te ha enseñado a respetar a los mayores? —preguntó en un tono severo contradiciendo lo que reflejaba en su cara.

—Mi madre está muerta —le rebatió con dureza. Le dolía que hablara así de su madre, de su hija. Una hija que nunca conocería.

Él no hizo ningún comentario y se limitó a mostrarle dónde estaban los productos de limpieza y el cuarto de la colada.

Capítulo 7

Pensar en su madre la descentró de su objetivo. Mientras realizaba las tareas que él le había encargado, a pesar de que merodeaba a su alrededor, no aprovechó la oportunidad para estrechar lazos. Intuía que ese no era su comportamiento habitual. Sentía curiosidad por ella por su parecido con Begoña. Había sucedido lo que había previsto.

Llevaba tres horas limpiando sin parar cuando su abuelo se acercó y le dijo:

—Ya has limpiado lo suficiente por hoy. ¿Por qué no paras y me preparas esa tortilla?

—Claro. Me había despistado. No estoy acostumbrada a este horario —contestó en un tono amable, casi cariñoso.

Él la acompaño a la cocina y la observó en silencio. Ainhoa se estaba poniendo nerviosa con su escrutinio. Tenía que relajarse. Era imposible que supiera quién era ella.

—¿Con cebolla o sin cebolla?

—Sin cebolla. Ni se te ocurra cometer ese sacrilegio —respondió sonriendo.

Ainhoa lo miró y una sensación de calor le inundó el alma. Su abuelo todavía estaba de muy buen ver. Sus ojos eran de un verde impresionante, como los de su madre, solo que él tenía la piel tostada por el sol y eso hacía que brillaran como dos faroles.

—A mí también me gusta sin cebolla —comentó despistada a la vez que ponía las patatas para freír.

—Cuéntame cosas sobre ti. ¿Tienes novio?

La pregunta sonó con tanta naturalidad que ella ni se lo pensó y contestó con la verdad. Cuando quiso darse cuenta le estaba dando un repaso a su exnovio. Y así siguió un rato, hablando del trabajo que había perdido, de su amiga Marga, de su madre que había muerto. Era fácil hablar con él, aunque quizá debería cerrar la boca. El plan no era ese.

—¿Usted tiene familia?

—Llámame Iñaki. Sí, tengo familia, si es que a eso se le puede llamar familia. Tengo una exmujer a la que no puedo ni ver, un hijo que no me perdona que no me hable con su madre, una nieta que está más perdida que una gamba en el desierto y un bisnieto adolescente, con eso te lo digo todo.

Ainhoa se dobló de la risa. No por su desgracia familiar, pero ese dicho nunca lo había escuchado y, sumado a la descripción de sus parientes, era imposible no reírse.

—Perdona, no me estoy riendo de tus problemas familiares. Es que

lo de la gamba me ha hecho mucha gracia. Perdona —volvió a disculparse.

Él también sonrió y ella se sintió aliviada. No quería que se rompiera la armonía que habían alcanzado.

—Ya está. ¿Te preparo una ensalada para acompañar? —inquirió al tiempo que daba la vuelta a la tortilla.

Le preparó la ensalada y, tras encontrar un mantel individual, puso la mesa.

—¿Almuerzas conmigo? Casi nunca tengo a nadie con quien compartir las comidas.

Ella tragó saliva por el tono desolado de su voz. Parecía un milagro que solo unas horas después de conocerlo estuviera sentándose a su mesa.

—Claro. Me encantaría —dijo y acercó otro plato más.

Siguieron hablando como viejos conocidos. Incluso la ayudó a recoger la mesa. Algo increíble en un hombre que apartaba a las personas como si fueran moscas. Todavía le quedaba una hora y decidió dar un repaso a la cocina, todo bajo su atenta mirada.

Había llegado la hora de irse y, tras ponerle comida y agua al perro, se despidió de su abuelo con la mano. Él la miraba con pesar desde el porche, como si tuviera miedo de que no volviera.

—Hasta el miércoles —dijo confirmando sus sospechas.

Se estaba poniendo los cascos, así que le enseñó el pulgar hacia arriba. Derrapó en la grava al girar la moto de forma brusca. Creyó haber escuchado un gruñido o algo parecido, aunque no podía asegurarlo.

El trayecto era corto y en quince minutos estaba en la casa de Irune. Ella y su marido no llegarían hasta las seis. Le envió un mensaje para decirle que todo había ido bien y que ya se encontraba sana y salva en su casa. Abrió la puerta con la llave que le había dado y agradeció ese tiempo de privacidad. A pesar de lo hospitalaria que era, se sentía fuera de lugar, y esa tarde, con Phil de vuelta, sería todavía peor.

Lo primero que hizo fue meterse en la ducha. La disfrutó como si el cambio climático no existiera.

Luego aprovechó para llamar a España y contarle las novedades a su abuela y a su amiga. Se quedaron alucinadas. Creían que tardaría semanas en conseguir acercarse. Aunque Begoña opinaba lo mismo que ella: su receptividad se debía al parecido físico de ambas.

Un rato después de charla, notó que su amiga estaba un poco decaída y, tras presionarla, consiguió que se abriera.

—Max va a ser padre. Me contó que su relación no pasaba por un buen momento y ahora resulta que va a ser padre. ¿Te lo puedes creer?

Ainhoa se lo creía, vaya si se lo creía. Era un sinvergüenza que solo estaba utilizando a su amiga. Esperaba que ahora se diera cuenta y lo dejara.

—Cariño, esta relación no te conviene. Él acaba de demostrarte que no es de fiar.

—Lo sé. Iba a dejarlo, pero lloró diciendo que había sido un error, que no había sido planeado. Que me quiere. Y yo no sé por qué cojones me dejé llevar.

—Tal vez fuera conveniente que buscaras otro trabajo. Sería más fácil para ti olvidarlo.

—Sí, a lo mejor lo hago. Ya hablamos, ¿vale? Cuídate.

—Tú también. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Chao.

La conversación con Marga la dejó preocupada. Si estuviera allí, el impresentable ese se iba a enterar, lo despellejaría vivo. Solo esperaba que ella fuera lo suficiente fuerte para salir de esta.

Sin nada que hacer encendió la tele que, generosamente, Irune había instalado en su habitación. No tardó en sentir cómo sus párpados se cerraban. La tensión vivida por la mañana y no haber dormido casi nada la noche anterior le estaban pasando factura. Se quedó dormida y horas más tarde se despertó con el sonido de pasos y voces en el salón. Miró el reloj y masculló una maldición. Eran casi las siete y había dormido más de dos horas. Se lavó la cara y se ató el pelo en una coleta, estiró su camiseta para que recuperara la forma y bajó siguiendo el sonido que venía de la cocina.

—Hola, dormilona. Estaba a punto de llamarte. Ven, que te quiero presentar a mi marido. —La llevó hasta el patio trasero, donde él preparaba verduras a la brasa.

—Por fin te conozco. Mi mujer lleva semanas hablándome de ti y de tu abuela. —La envolvió en un fuerte abrazo. Era enorme, su cabeza apenas le llegaba a la barbilla.

—Encantada de conocerte, Phil. Muchas gracias por acogerme en vuestra casa. —Le sonrió un poco intimidada por su tamaño.

—Es un placer. Espero que todo salga bien —le dijo mientras sacaba las verduras.

Hacía una temperatura agradable y decidieron comer en el patio. Mientras cenaban les contó cómo había sido su primer encontronazo con el viejo cascarrabias, que al final era como el perro, ladraba pero no mordía.

Los dos formaban una pareja encantadora. Y a pesar de lo intimidante de su tamaño era un hombre educado y considerado. Estaba todo el tiempo pendiente de su mujer. Se los veía muy enamorados.

Después de ayudarlos a recoger la mesa, prefirió darles intimidad y

se retiró a su habitación. Él había estado de viaje y lo más normal era que quisieran recuperar el tiempo perdido. Solo esperaba que las paredes no fueran finas, iba a ser embarazoso mirarlos a la cara después.

Mientras Ainhoa leía concentrada en su habitación, a las afueras de la ciudad Luke se preguntaba intrigado por qué Iñaki todavía no lo había llamado para despotricar contra la pobre muchacha que él le había enviado. Ya ni las entrevistaba, le daba vergüenza verles la cara sabiendo a lo que iban.

Aunque no tenía alternativa. La familia de Iñaki no se preocupaba por su salud, puede que los hubiera espantado con su mal carácter. Pero no siempre había sido así. Lo recordaba de cuando era crío y acompañaba a su padre siempre que iba a su casa. Lo trataba con cariño e, incluso, le regaló un potrillo. Su padre lo apreciaba mucho.

Se había ido del rancho cuando tenía catorce años. A su madre no le gustaba la vida en el campo y, tras divorciarse de su padre, se marchó con ella a vivir a Portland. La relación con su padre siguió siendo buena, a pesar de que se veían en contadas ocasiones.

Cuando cumplió los veinticuatro, su padre le pidió ayuda con el rancho. Estaba mayor y no podía con todo solo. En ese momento tenía un trabajo que odiaba. Trabajaba en la banca, se sentía asfixiado con sus trajes caros y sus modales impecables. Necesitaba volver a sentirse libre, a ponerse lo que le diera la gana y a pegar cuatro gritos cuando estuviera estresado. Así que no se lo pensó demasiado, dejó su empleo y se mudó al rancho con su progenitor. Gracias a esa decisión pudo conocerlo mejor y estar a su lado en los últimos momentos de su vida. Había fallecido hacía un año en una estampida, la misma que dejó a su vecino en una silla de ruedas. Todavía no habían encontrado al hijo de puta que realizó los disparos que provocaron la tragedia. Quizás por eso, y a pesar de las negativas de Iñaki, lo seguía ayudando. De alguna manera se sentía unido a él, ambos vieron cómo sus vidas se truncaban ese día.

Al principio se estaba dejando morir. Tuvo que pelear duro para conseguir una persona que lo ayudara. Empezó probando con una interna, pero la echó de su casa la primera noche cuando ella se acercó para ayudarlo con el aseo. Entonces le adaptó la vivienda para que pudiera ser lo más independiente posible. No había perdido la movilidad solo que, tras la cirugía y debido a que no había seguido las recomendaciones médicas, no tenía fuerza en las piernas para mantenerse de pie. Después del fracaso con la interna, probó a enviarle a alguien que le cocinara y le hiciera las tareas del hogar.

Ahí fue donde empezó su calvario. Las empleadas no le duraban más de una semana. Y pasaba su tiempo disculpándose con las que se

habían ido y entrevistándose con las que empezarían. Ahora ya ni las entrevistaba, tampoco les pedía referencias, tenía un anuncio permanente en el periódico. Contrataba a la primera que lo llamaba. Por eso estaba preocupado. Iñaki no le había telefoneado para despotricar de la nueva y tampoco cogía el móvil. ¿Y si esta vez se hubiera topado con una asesina? A lo mejor lo había dejado inconsciente para robarle.

Soltando un improperio, canceló su cita para follar y cogió las llaves de su camioneta. A sus veintinueve años, y con su metro noventa de puro *sex appeal*, no había mujer que se le resistiera.

—Iñaki —llamó y entró sin esperar respuesta. El ruido de la camioneta y los ladridos del perro eran suficientes para alertarle de su presencia—. ¿Dónde estás, viejo? —Preocupado por no obtener respuestas, siguió adentrándose en la casa. Lo encontró en el porche trasero ensimismado mirando a las montañas—. ¿No me has oído llegar?

—Ah, hola. Estaba distraído. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó sin despegar la vista del paisaje.

—Como no me has llamado para que echase a la nueva asistenta ni me cogías el teléfono, he llegado a pensar que te había enviado a una asesina. He venido a comprobar si estabas vivo.

Soltó una carcajada y Luke se quedó de piedra. Llevaba años sin escuchar ese sonido saliendo de su boca.

—No me has enviado a ninguna asesina, me has enviado a un ángel —contestó manteniendo la sonrisa.

—Joder, no me lo puedo creer. Tiene que ser un bellezón para haber obrado el milagro de aplacar tu mal genio.

Esperaba que el flechazo fuera recíproco y que el romance durara mucho tiempo. Necesitaba un respiro.

—Es preciosa, tiene una sonrisa que te derrite el alma. Es inteligente, atrevida, bueno, un poco loca también. ¿Te puedes creer que la encontré acariciando a Hulk? Casi me da algo. La llamé de todo, pensé que saldría corriendo del susto. Pero la muy descarada me hizo frente y me puso en mi lugar —dijo orgulloso—. Además, prepara la mejor tortilla española que he probado nunca.

Luke estaba sorprendido y, a la vez, preocupado. A lo mejor sí que estaba un poco loca. Porque para acercase a ese perro habría que ser tonto o estar chiflado. Desde que su amo se encontraba en una silla de ruedas tuvieron que encadenarlo, ya que no dejaba que nadie se acercara a la casa. A más de uno le dio un susto de muerte. Él era el único que podía manejarlo. Bueno, por lo visto ya no.

—No sabes cómo me alegro. Eso de tener que buscarte una asistenta cada dos por tres me estaba volviendo loco. —Sonrió y le dio una palmadita en la espalda.

—Eso es porque eres un entrometido. Yo no te he pedido nada —manifestó haciéndose el ofendido.

—No seas gruñón. Sabes que te aprecio y lo hago con gusto. —Se acercó al tiempo que sacaba un sobre del bolsillo trasero de sus vaqueros—. Antes de que se me olvide, aquí tienes las facturas del mes pasado.

Iñaki lo abrió y lo miró con atención, frunciendo el entrecejo.

—¿Tanto has tenido que pagarles a esas incompetentes?

—Es que a alguna tuve que indemnizarla. A ver si te portas bien ahora que has encontrado a la candidata perfecta —dijo con segundas mirándolo divertido al ver cómo desmenuzaba las facturas entre gruñidos y muecas de disgusto.

Desde el accidente le arrendaba sus tierras y todos los gastos referentes a su salud y alimentación se los descontaba. Bastante tenía con buscarle empleadas para que, encima, tuviera que pagarles. Como nunca salía del rancho, y para que no tuviera una gran cantidad de dinero en la casa, habían acordado que él se aseguraría de los pagos y luego se lo deduciría del arrendamiento; el restante lo ingresaba en la cuenta corriente de Iñaki. Para que no hubiera ningún malentendido, cada mes le presentaba las facturas y el recibo bancario con la transferencia.

—Bueno, ya que sé que estás vivo, te dejo con tus cuentas. A ver si mi cita de esta noche todavía está disponible.

—Eso, aprovecha mientras puedas. Porque cuando encuentres a la adecuada ninguna otra te servirá.

Luke se despidió con la mano y se fue sin preocuparse por sus palabras. Estaba seguro de que todavía disfrutaría mucho antes de encontrar a su media naranja.

Capítulo 8

El miércoles había llegado y otra vez se encontraba delante de la casa de su abuelo. Esperaba que pudieran seguir donde lo habían dejado. No le gustaría tener que bajarle los humos.

Dejó su moto aparcada en el lateral de la casa y aprovechó para acercarse al perro, que ladraba y saltaba implorando su atención.

—Hola, precioso. Mira lo que tengo para ti. —Lo acarició al tiempo que le entregaba su regalo, un hueso—. Te gusta, ¿eh? Ya ni me haces caso —dijo poniendo una sonrisa en los labios al ver que el animal la ignoraba para disfrutar de su golosina.

Al girarse se topó con la mirada severa de su abuelo. Se encontraba en el porche y la miraba como el primer día. Se hizo la despistada y lo saludó con una deslumbrante sonrisa.

—Buenos días, Iñaki. ¿Qué tal te encuentras hoy?

Él la seguía mirando con el semblante serio, aunque le contestó con suavidad:

—Buenos días. No quiero que te acerques a Hulk, es muy temperamental y puede hacerte daño. Ha atacado a varias personas.

—Pero si es inofensivo —argumentó sin dar crédito.

—No me lleves la contraria, niña. Si te pido que no te acerques, tú no te acercas.

Ainhoa no podía enfadarse, se estaba comportando como su abuela. Incluso la llamaba «niña».

—De acuerdo, nada de acercase a Hulk —prometió para no alterarlo. Pero estaba claro que no pensaba cumplirlo—. Bueno, pues vamos al lío.

Otra vez lo tuvo merodeando a su alrededor. Y siempre que se le presentaba una oportunidad, la acribillaba a preguntas. Y ella aprovechaba para sacarle información con el fin de cumplir su misión.

—¿Tienes algún familiar que no sea andaluz? Tu nombre es euskera. Quizás tengas un pariente vasco en tu árbol genealógico.

La pregunta la dejó ojiplática. Realmente pensaba que su parecido con Begoña no era una casualidad. Dudó un instante, no quería mentirle. Pero todo se estaba precipitando y no sabía cómo actuar. Lo mejor sería contraatacar con otra pregunta.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso te recuerdo a alguien?

Su voz tembló al terminar de formular la pregunta. A pesar de ser conocedora de la respuesta, la palidez de su piel lo delataba. Solo esperaba que se abriera con ella.

—Sí, soy de Ispaster, un pequeño municipio de la provincia de Vizcaya. Vine aquí en los sesenta en busca de una vida mejor, como

muchos de mi pueblo lo habían hecho con anterioridad. —Su mirada se volvió triste y perdida—. Tenía una novia allí, ¿sabes? Tú me recuerdas a ella —añadió con un hilo de voz y Ainhoa tuvo que sentarse de la impresión. Estaba a punto de conocer su versión de los hechos.

—¿Y qué ha sido de ella, de tu novia?

—No lo sé —contestó en voz queda y se alejó de ella con un brusco giro de la silla de ruedas.

—Iñaki, espera. ¿Qué ocurre? —preguntó apresurada al ver escapar su oportunidad de descubrir la verdad.

—No quiero hablar del tema. Necesito estar solo.

Ainhoa lo vio alejarse compungido por el dolor. Se había quedado estática de la impresión. Sea como fuere, su abuelo no la había abandonado por gusto. Estaba segura. Puede que la bruja de su madre también le mintiera a él.

Estuvo el resto de la mañana pensando en qué hacer. Varias veces estuvo a punto de entrar en la salita a la que se había retirado para contárselo. Pero daba marcha atrás diciéndose a sí misma que no debería de precipitarse. Lo mejor sería consultar con la almohada.

A la hora de la comida todavía seguía encerrado en la habitación. Puso la mesa y decidió ir a llamarlo. Dio tres toquecitos en la puerta y, al no obtener respuesta, la abrió con cautela. Y allí estaba él, delante del gran ventanal con vistas a la montaña, perdido en sus pensamientos. Tuvo ganas de abrazarlo y llamarlo abuelo.

—Iñaki, perdona. Hmmm… la mesa está puesta.

Se dio la vuelta y con la cabeza agachada se dirigió a la puerta. Ella tuvo que apartarse para que pudiera pasar. Se le encogía el corazón al verlo así. Estaba decidido, le contaría todo, aunque no hoy. Esperaría a que recuperara el ánimo.

El resto del tiempo lo pasó haciendo bromas y contándole anécdotas de su infancia. No tenía la misma gracia que su amiga Marga, pero estaba funcionando y poco a poco la tristeza fue abandonando su rostro. Incluso sacó su mal carácter al acordarse de cómo manejaba la moto, y le hizo prometer que iría más despacio. Estuvo de acuerdo y aprovechó para sacarle otra sonrisa.

—Eres muy mandón. Pero como tienes edad para ser mi abuelo, te voy a hacer caso —completó la frase con una sonrisa y le depositó un beso en la mejilla—. Hasta el viernes —añadió satisfecha al ver su tímida sonrisa.

Aunque, sin saberlo, había conseguido más que eso, había conseguido que se alegrara de no haberse quitado la vida con un tiro entre ceja y ceja.

Ainhoa tenía la mente a mil por hora. La vida de los tres estaba a punto de pegar un giro de ciento ochenta grados. Tan concentrada

estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que una camioneta entraba por el camino que daba acceso al rancho de su abuelo. Tras escuchar el bocinazo salió de la carretera en un acto reflejo. Todavía no había cogido velocidad, pero no pudo mantener el equilibrio y cayó sobre un matorral.

El arbusto amortiguó la caída y, con la excepción de su orgullo, no había sufrido ningún daño. De repente sintió que apartaban la motocicleta como si fuera de juguete.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Luke preocupado tras quitarle la moto de encima. Le extendió la mano y esperó impaciente a que la cogiera.

Ella miraba con la boca abierta al magnífico ejemplar masculino, de más de metro noventa, que la había echado de la carretera y que ahora la contemplaba ansioso. Parpadeó un par de veces para estar segura de que no era una alucinación. «Joder, es el hombre más *sexy* que he visto jamás», pensó mientras se quitaba el casco y le cogía la mano, que seguía tendida.

—Eh… gracias. —Le lanzó una de sus sonrisas.

Luke la miró de arriba abajo, era preciosa y tenía una sonrisa que quitaba el aliento. Seguramente era alguna turista despistada, no era la primera vez que se metían por el camino equivocado. Pero a esta no la dejaría escapar.

—¿Te has hecho daño? —inquirió controlando las ganas de hacerle un reconocimiento. Se sentía protector con ella.

A Ainhoa le estaba costando trabajo concentrarse en sus palabras. Olía muy bien y tenía unos labios carnosos que invitaban a pecar, a pesar de la barba. A ella nunca le habían atraído los hombres que la llevaban, pero en él era natural, no un artificio de la moda; le daba una aire misterioso, viril, embriagador. Además, estaba en armonía con su pelo ligeramente largo.

Él la observaba interrogante y en ese momento se dio cuenta de que se había quedado ensimismada mirándolo. Tenía que darle una respuesta que no la dejara con el culo al aire. Seguro que él era consciente del efecto que causaba en las mujeres.

—No, por suerte he elegido bien dónde caerme —contestó enseñándole el matorral y, sin pretenderlo, se le escapó una risita tonta. No podía evitarlo. Estaba coqueteando con él de forma descarada.

—Me alegro de que tengas criterio. —Le devolvió una media sonrisa que hizo que el corazón de la chica latiera desbocado—. Por cierto, me llamo Luke.

Se llevó una enorme sorpresa y por poco no se le descolgó la mandíbula. Pensaba que el vecino de su abuelo era un viejecito. Sería divertido ver la cara que pondría cuando le contase que era la

asistenta que había contratado.

—Ainhoa, encantada de conocerte. —Volvió a aceptar la mano que él le tendía y, con una sonrisa divertida en los labios, esperó a que él hiciera la conexión. Como no decía nada y era muy humillante para ella seguir contemplándole como si fuera el último hombre sobre la faz de la tierra, se puso el casco y se giró para coger su moto. Con ella ya en marcha, se despidió—. Bueno, ya nos veremos por ahí.

Luke se quedó como un tonto viéndola marcharse. Había perdido el norte en el momento en el que ella le había lanzado aquella sonrisa traviesa. Era como si supiera algo que él desconocía. Y cuando se dio la vuelta para subirse en su motocicleta, su culo perfecto le abdujo los sentidos; ya solo podía pensar en llevársela a la cama.

Pero por ser un completo imbécil y pensar con su polla, había perdido la oportunidad. Ella solo era un puntito lejano en la carretera y lo único que sabía de la chica era su nombre.

—¡Hostia puta! —Soltó un improperio al darse cuenta de que se trataba de la asistenta de Iñaki.

Eso no podía estar pasando. ¿Cómo podía estar tirándole los tejos? Pero si tenía edad para ser su nieta. Seguro que había interpretado mal sus palabras. Enfurecido se subió a su vehículo y, pisando a fondo, se dirigió a la casa de su vecino. Pensaba esclarecer el asunto.

Frenó delante de su puerta y subió los escalones que daban al porche de dos en dos. Sin preocuparse, y de forma impetuosa, entró sin llamar.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿Por qué me miras con esa cara desquiciada?

—¿Desquiciada? Todavía no has visto nada. ¿Quieres explicarme por qué me diste a entender que estabas pretendiendo a Ainhoa? Si puede ser tu nieta.

Iñaki no podía creérselo. Pero pensaba divertirse un rato.

—¿Cuándo te di yo a entender eso? —inquirió inocente.

—Quizás cuando sonreías como un tonto o cuando no dejabas de piropearla. Que si era preciosa, que si tenía una sonrisa que derretía el alma, que si era inteligente y bla, bla, bla. Sí, creo que fue justo ahí —concluyó sin poder ocultar su enfado.

—Veo que la has conocido —dijo poniendo su mejor cara—. ¿A que tenía razón en todo lo que dije? Aunque no te equivoques, muchacho, aquí el único que está pillado eres tú. Quién me lo iba a decir. —Rio con sorna.

Luke sintió que le ardía la sangre de la vergüenza. Había hecho el ridículo y el viejo, por supuesto, no iba a perder la oportunidad de echárselo en cara. Malhumorado por su metedura de pata, se dio la vuelta sin despedirse y salió pegando un portazo.

Se dirigió a su rancho sin dar crédito a lo que le había pasado. ¿En

qué momento de su vida se había vuelto gilipollas? «Como el viejo le diga algo, lo mato», pensó al tiempo que se bajaba del coche y se dirigía al establo. Necesitaba trabajar para olvidarla, para olvidar esa sonrisa que se había quedado grabada en su retina.

Ainhoa había llegado a casa eufórica. Estaba a un paso de contarle a Iñaki que era su abuelo; además, se había topado con el hombre más *sexy* que había conocido, estaba para comérselo. La pena era que no iba a tener la oportunidad de catarlo. Sus tres meses en Estados Unidos se reducirían a un par de semanas. En cuanto su abuelo supiera la verdad y obtuviera sus respuestas, lo pondría en contacto con Begoña; a partir de ahí, la historia les pertenecería solo a ellos dos.

Se pegó una ducha rápida y se echó crema por todo el cuerpo. La caída le había dejado un moretón de tamaño considerable en la parte interna del muslo. A pesar de lo aparatoso que se veía no le dolía. No entendía cómo no se había dado cuenta antes. Sería el efecto Luke, este hombre la sacaba de su órbita. Sacudió la cabeza para borrarlo de su mente, se vistió con algo confortable y llamó a casa.

—Hola. ¿Qué tal las cosas por ahí? —preguntó Ainhoa intentando ocultar su euforia. No sabía con qué estado de ánimo encontraría a su amiga.

—Hola. Bien, te hice caso y tuve una conversación con Max. Bueno, más que una conversación lo amenacé con contárselo todo a su esposa si no me dejaba en paz. Tenías que haber visto su cara, por poco no se desmaya. El muy cínico me imploró para que no dijera nada. ¿Te lo puedes creer? Unos días atrás me imploraba para que no lo dejara y ahora se acuerda de su mujercita.

Ainhoa escuchaba con atención las palabras de Marga. No le gustaba para nada esa historia. Max no era trigo limpio, seguía pensando que lo mejor era que se buscara otro empleo.

—Espero que cumpla pero, si se te acerca siquiera un milímetro, prométeme que te buscarás otro trabajo.

—No te preocupes, de todas formas, ya lo estoy buscando. Hablemos de algo más interesante.

—Prepárate. Vas a flipar.

Se pasaron más de una hora hablando. Su amiga también opinaba que debería contárselo. ¿Para qué permitir que siguiera sufriendo si ella tenía la clave para que todos fueran felices? No se imaginaba a su abuela volando a los Estados Unidos debido a su miedo, y mucho menos a Iñaki volviendo a España, pero la tecnología estaba ahí y ambos podrían encontrar la paz que habían perdido hacía más de medio siglo. Y ella podría volver a casa y recuperar su vida. Cuando colgó se dio cuenta de que no le había contado nada a Marga sobre el

macizo. Casi lo prefirió, total, no llegarían a nada.

Más tarde, mientras cenaba, compartió las últimas novedades con Irune y su marido. Los dos escuchaban expectantes, deseosos de conocer los próximos capítulos. Era como si se tratara de una telenovela.

El jueves se estaba convirtiendo en una tortura. Necesitaba hablar con su abuelo y no sabía si podría esperar hasta el día siguiente. Intentó hacer deporte. Irune tenía un pequeño gimnasio en el sótano. Sudar no había conseguido tranquilizarla. Se puso a leer, sin éxito. Probó con la tele y nada. Su mente era un hervidero y estaba a puntito de subirse por las paredes. Por último, salió a dar un paseo por el barrio. Entró en cada tienda que encontró por el camino y volvió a casa horas más tarde con las manos llenas de *souvenirs* y completamente agotada.

Nada más poner la cabeza en la almohada, cayó rendida.

Al día siguiente había puesto el reloj más temprano de lo normal y cuando sonó se levantó con el primer toque. Se vistió con sus vaqueros preferidos, se puso una camiseta blanca y completó el *look* con una camisa Lee de cuadros multicolor. Un poquito de maquillaje y estaba lista. Era un día especial y quería que su abuelo la viera guapa. Una vocecita en su interior soltó una carcajada y no tuvo otra salida que reconocer que se estaba arreglando para impresionar al macizo.

Pasó del desayuno, ya lo haría con su abuelo. Por suerte nunca se encontraba con el matrimonio por las mañanas ni al mediodía. La verdad era que la convivencia estaba siendo mejor de lo que esperaba.

Capítulo 9

Ainhoa aparcó su moto como en los días anteriores, pero sintió que algo no iba bien. El perro emitía un ladrido quejumbroso a la vez que intentaba soltarse para entrar en la casa.

Tuvo miedo. Estaban en el medio de la nada y dudaba de si alguien la escucharía si pidiese auxilio. Su única arma era su amigo canino así que, sin pensarlo, lo liberó. Nada más soltarlo salió disparado como una flecha en dirección al porche. La puerta no estaba cerrada y se abrió cuando el animal apoyó sus patas sobre ella. Con el corazón en la mano subió los escalones y entró siguiendo al pastor alemán.

Al entrar en el salón encontró a su abuelo en el suelo. La silla estaba volcada y él intentaba ponerse de pie utilizando la fuerza de los brazos. Su fiel compañero le lamía por todas partes mientras movía la cola alegremente.

—Abuelo —dijo sin darse cuenta—. Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —Se agachó a su lado y puso la silla en su posición—. Tengo que llamar a alguien para ayudarte, yo sola no te puedo levantar.

—No hace falta, niña. No estoy inválido, solo me fallan las fuerzas. Acércame esa silla —pidió apuntando con el dedo.

Ainhoa siguió sus instrucciones y, sorprendida, vio cómo se levantaba y se sostenía de pie algunos segundos antes de dejarse caer en la silla de ruedas.

—¿Qué ha pasado para que te cayeras?

—Estaba probando a dar unos pasos más largos y calculé mal a la hora de sujetarme. Estoy bien.

—Podrías haberte roto algo. No puedes hacer esto solo, necesitas la ayuda de un profesional.

En ese momento se dio cuenta de que no sería tan fácil volver a casa como ella se imaginaba. Había que solucionar el problema de movilidad de su abuelo antes de partir. Y por la palidez que reflejaba su cara sospechaba que se había hecho daño en la caída. Lo mejor sería no revelarle la verdad hoy, esperaría unos días. Ahora lo importante era su salud y sabía lo que tenía que hacer.

—No necesito a nadie. No seas pesada. Bastante tengo con Luke —gruñó retirándose del salón y escapándose a su habitación. Si creía que eso la detendría lo llevaba claro.

—Pues, te guste o no, nos vamos al médico. Ahora. Eres mi responsabilidad y si te pasara algo podría ir a la cárcel por estar trabajando de manera ilegal y sin la cualificación necesaria para cuidar a personas mayores.

—Eso no pasaría, no les contaría que eres mi cuidadora —rebatió con firmeza.

—No estoy dispuesta a jugármela. O te vienes conmigo al médico o te buscas otra asistenta —dijo contundente y pudo apreciar cómo lo invadía la duda—. No tengo toda la mañana —presionó un poco más.

—De acuerdo, lo haré por ti, porque yo no lo necesito. Pero hay un pequeño problemilla. —Sonrió victorioso—. No creo que ir en moto sea conveniente para mi salud.

Ainhoa tuvo que controlar la risa, era igualito que su abuela. Buscaban cualquier excusa para no ir al médico.

—No te preocupes. De eso me ocupo yo.

Por suerte le había pedido el teléfono de Luke a Irune. Había sido una casualidad que lo hiciera justo al descubrir que el vecino de su abuelo no era ningún vejestorio. «Eso no se lo cree ni el más tonto, guapa», pensó mientras cogía el móvil y marcaba el número con el nombre de «macizo».

A unos pocos kilómetros de allí, Luke le echaba una bronca a uno de sus trabajadores. Llevaba dos días con un humor infernal, había tenido que sacrificar una vaca preñada que se había despeñado por un barranco por culpa de un peón inepto. Además, no podía quitarse de la cabeza a cierta morena.

—Luke, no sé si te has dado cuenta, pero te está sonando el móvil —le advirtió su capataz, que ya estaba harto de escuchar aquella musiquita.

—Y a ti qué te importa —gritó por encima de su hombro y espoleó el caballo para que avanzara.

—Necesitas un polvo, muchacho. No hay quién te aguante.

Luke lo escuchó y tuvo ganas de darse la vuelta para echarle a la calle. Si fuera cualquier otro trabajador lo hubiera hecho. Pero él era prácticamente de la familia. El maldito aparato seguía sonando y decidió contestar.

—¿Qué quieres? —preguntó de malos modos sin saber de quién se trataba.

—Hola, soy Ainhoa. Ehm… Te he pillado en mal momento, ¿verdad? —se justificó tras el inesperado recibimiento.

Luke hizo una mueca de disgusto y apartó el teléfono. Había deseado escuchar su voz y, cuando tenía la ocasión, metía la pata. Era para matarlo.

—Perdona, no tenía idea de quién era. Tuve un problema con un proveedor y pensé que era él —soltó lo primero que se le vino a la cabeza—. Pero me alegro de que me hayas llamado —añadió en un tono meloso.

Ainhoa sonrió atolondrada al escuchar sus palabras. Sin embargo, se puso colorada como un tomate al ver la cara de incredulidad de su

abuelo. Por un momento había olvidado el motivo de la llamada.

—Necesito llevar a Iñaki al médico y, como no tengo coche, pensé que no te importaría llevarnos.

—¿Qué le ha pasado?

—Cuando llegué esta mañana estaba tirado en el suelo, se había caído de la silla. Dice que está bien, aunque no me fío.

—Oye, niña, más respeto, que te estoy escuchando —protestó su abuelo indignado. Ella puso los ojos en blanco y siguió esperando su respuesta.

—Voy para allá, no tardo nada.

—Ya viene —dijo sin poder ocultar la sonrisa.

Su abuelo frunció el entrecejo y la miró con escrutinio.

—¿Qué? ¿Por qué me miras con esa cara?

—Ya, ya veo por dónde van los tiros. Tú lo que querías era ver a Luke, eso del médico son patrañas.

—¿Qué dices? La caída te ha afectado más de la cuenta —dijo enfadada. Con tal de no ir a la consulta se inventaba cualquier historia. No podía negar que le atraía el macizo; bueno, a ella y a todas las mujeres del planeta. Había que estar ciega para no desearlo —. Reconozco que es muy guapo, pero de ahí a que quiera tener algo con él hay un camino muy largo.

Su abuelo sonrió como si estuviera confabulando algo.

—Tú tampoco le eres indiferente.

El corazón de Ainhoa dio un vuelco y una punzada de deseo recorrió su cuerpo.

—¿Te ha comentado algo? —inquirió con voz suave.

—Si te olvidas de la idea de llevarme al médico, te lo cuento. ¿Hay trato?

—Buen intento, Iñaki. Aunque prefiero preguntárselo a él —dijo sonriente.

En este preciso momento oyeron los ladridos del perro y ella se acordó de que lo había soltado. Salió disparada pensando que el animal podría estar haciéndole daño a alguien. Lo encontró lamiéndole la cara o, por lo menos, intentándolo. Al parecer a él no le gustaban las muestras de cariño caninas. Parecía que le estaba murmurando algo.

—¿Quién ha sido el inconsciente que te ha soltado? —refunfuñó Luke al tiempo que le ponía la cadena al animal.

Tendría que hablar seriamente con Iñaki, ese perro era peligroso y podría hacer daño a Ainhoa. Tenía ganas de verla nuevamente, en realidad tenía ganas de muchas cosas. Y en todas ella acababa desnuda en su cama.

Escuchó que alguien se acercaba y se dio la vuelta. Y ahí estaba, más guapa de lo que recordaba. Iba a reprocharle que hubiera soltado

a Hulk, estaba seguro de que había sido ella, pero cuando le sonrió ya no pudo pensar en nada más que no fuera en besarla.

—Hola —dijo Ainhoa sin poder evitar que sus miradas se entrelazaran. No había una célula de su cuerpo que no clamara por él. Resultaba abrumador—. Has llegado rápido. Iñaki ya está preparado —dijo rompiendo el hechizo.

Luke se sintió aliviado. Había estado a punto de cometer una locura. Nunca unos labios le habían parecido tan tentadores. Se moría por lamerlos, por mordisquearlos, por chuparlos.

—Hola. Todavía no me puedo creer que hayas convencido a este viejo gruñón para ir al hospital. —Le sonrió de medio lado y se acercó para susurrarle al oído—: Tienes que contarme cuál es tu secreto.

Ainhoa se estremeció y sintió un calor que le inundaba el vientre. Eso ya no era una simple atracción sexual, eso era la antesala de una erupción volcánica. De esas con truenos, rayos y fuegos artificiales. Madre mía, estaba perdida.

Luke se apartó con una sonrisa de satisfacción en los labios, él no era el único que estaba afectado. Había sentido cómo su respiración se aceleraba por su cercanía. La cogió de la mano y la indujo a seguirlo hasta la casa. Necesitaba sentir su contacto y de momento se conformaba con ese tan inocente. Ella no dijo nada y lo acompañó dócilmente.

Antes de entrar en el salón, él le soltó la mano y ese gesto no le pasó desapercebido a Ainhoa, no le había molestado. Si no hubiese tenido las neuronas borrachas, ella misma se habría liberado.

Al ver a Luke, Iñaki opuso resistencia, pensando que la chica se sentiría cohibida al tenerlo presente. Pero se dio cuenta enseguida de su equivocación, porque ella no abandonaba su postura autoritaria. Hubiera pasado por encima de cualquiera con tal de cumplir su cometido.

Una vez en el hospital, tardaron en atenderlo. Después le hicieron una serie de pruebas. No había sufrido ningún daño en la caída, aunque tenía la tensión muy alta y decidieron tenerlo unas horas en observación.

—Bueno, me imagino que tienes mucho trabajo en el rancho. No hace falta que te quedes esperando —dijo Ainhoa sin poder evitar mirarlo a la boca, deseaba sus besos. La tensión que había entre ellos iba en aumento con cada segundo que pasaba a su lado.

—El trabajo en el rancho puede esperar. Aprovechemos la espera para conocernos un poco —sugirió mirándola con intensidad.

Todo en ella le fascinaba y le resultaba imposible controlar sus impulsos. Nunca había estado tan desesperado por llevarse a una mujer a la cama como lo estaba en ese momento. Parecía un adolescente con las hormonas descontroladas.

—¿Y para qué quieres conocerme? —preguntó sin pensarlo y, al ver el deseo reflejado en sus ojos, un cosquilleo le recorrió todo el cuerpo.

—Creo que sería poco caballeroso por mi parte si te respondiese. —Sonrió al ver su reacción. No había connotación sexual en su pregunta, pero él no quiso perder la oportunidad de provocarla.

Estuvieron un rato hablando de nimiedades y, mientras lo hacían, no perdían ninguna oportunidad de tocarse. Eran pequeños roces inocentes, otros no tanto, era como si un imán tirara de los dos. En un momento dado ambos se quedaron en silencio, perdidos en sus pensamientos, procesando y poniendo orden en sus sentimientos, a lo que cada uno había despertado en el otro.

—¿Tienes un novio esperándote en España? —preguntó con voz suave invadiendo su espacio personal.

Ainhoa no se esperaba aquella pregunta y se lo quedó mirando con la respuesta bailando en la punta de su lengua. Su cercanía la atolondraba.

—Voy a tomar tu silencio por un sí —dijo con voz calmada mientras se quitaba una pelusa inexistente de sus vaqueros desgastados. Su actitud relajada contradecía la visible tensión de sus hombros.

—No, no tengo novio ni nada parecido —respondió por fin y la sonrisa de satisfacción que recibió a cambio le aceleró el corazón.

—Bien —murmuró a la vez que la acariciaba con la mirada. Ainhoa no podía romper el hechizo. Se sentía subyugada por el poder sexual que él desprendía.

—Ya podéis pasar a ver al paciente. —Una enfermera los liberó de la tentación. Habían estado a punto de besarse.

—Ya era hora. ¿Dónde os habíais metido? El médico ya me ha dado el alta —protestó malhumorado.

Los dos se miraron y Ainhoa se puso colorada. Habían estado tan centrados el uno en el otro que, probablemente, los habían llamado por el altavoz y no se habían enterado.

La auxiliar de enfermería ayudó a Iñaki a sentarse en la silla y les entregó el sobre con las recomendaciones médicas. Ainhoa lo abrió y leyó el informe. Tras las pruebas realizadas, y teniendo en cuenta el historial de su abuelo, lo enviaban a un traumatólogo. Según el doctor el pronóstico era favorable y su total recuperación solo dependería de él.

Eran la seis de la tarde cuando salieron del hospital. De camino al rancho barajaron la posibilidad de detenerse para cenar en el pueblo, Luke y Ainhoa estaban hambrientos. No obstante, Iñaki opuso resistencia, se encontraba con un humor de perros por la factura del hospital. Su nieta se había quedado lívida en el momento en el que vio la cuenta de dos mil ochocientos cincuenta y cuatro dólares que había

tenido que pagar, y eso que él tenía un seguro de salud privado. Se sintió culpable por haberle obligado a ir. La comparación con su país fue inevitable y se avergonzó por no valorar más lo que tenía.

Ya en el rancho, ella quiso quedarse a pasar la noche con él; pero, fue imposible, los echó de su casa.

—Me tenéis harto los dos, fuera de aquí. No necesito niñeras.

—Pero tu tensión… —intentó argumentar Ainhoa sin éxito.

—Mi tensión está perfecta y seguirá así si os pierdo de vista. Fuera, fuera de mi casa. Quiero estar solo.

No hubo manera de hacerle entrar en razón. Por lo menos había conseguido que diera un primer paso hacia su recuperación.

—Eres un buen amigo, Iñaki tiene suerte de tenerte —dijo dirigiéndose a su moto. Deseaba llegar a casa, estaba hambrienta—. Sé que estarás pendiente de él. Si pasa algo me avisas, ¿de acuerdo?

Luke la observaba ponerse el casco mientras se acercaba a la motocicleta. Todo parecía ir a cámara lenta y una sensación de *déjà vu* lo dominó. Dejándose llevar por un impulso, se acercó a ella y la retuvo sujetándola por el antebrazo.

—Espera. ¿Por qué no vienes a cenar conmigo? Me imagino que estarás tan famélica como yo.

Ainhoa lo miró sorprendida. Después de un día tan largo no se esperaba una invitación como esa. Y por su ardiente mirada estaba claro cuál sería el postre. Por un momento pensó en rechazarla. ¿Para qué buscarse problemas si pronto regresaría a España? Por otro lado, ¿cuándo volvería a tener la oportunidad de acostarse con semejante espécimen? Solo con imaginar ese cuerpo fibroso y musculoso moviéndose sobre ella le entraban ganas de gemir. Sí, estaba decidido, iba a disfrutar del momento.

—Te lo imaginas bien —respondió devolviéndole la mirada—. Será mejor que te siga —añadió montándose en la moto.

—Sí, nena, sígueme. —Le dedicó una sonrisa torcida de esas que quitan el aliento.

El motor se caló y Luke tuvo ganas de golpear con la cabeza en el volante. Estaba nervioso, le había lanzado el guante y ella lo había cogido. Sabía a lo que iban y por primera vez en su vida se sintió inseguro. Intentó apartar esas bobadas de su cabeza. Él era un amante apasionado, generoso, dominaba ese arte. Además, con la conexión que existía entre ellos iban a incendiar el rancho.

Redujo la velocidad y accionó el intermitente de la derecha al llegar al desvío que conducía a su finca. Miró ansioso por el retrovisor para comprobar si todavía lo seguía. Era un momento crucial, había tenido tiempo para pensar y podría haberse echado atrás.

Y no se equivocaba en su planteamiento. Ainhoa, al ver que llegaban, estuvo tentada a pasar de largo. Él era amigo de su abuelo,

se seguirían viendo después, no era lo mismo que un «aquí te pillo, aquí te mato» y si te he visto, no me acuerdo. Iñaki pronto conocería la verdad y no quería que, por culpa de un polvo, ambos perdieran la amistad. Había que dejar las cosas claras desde el principio. Al final giró a la derecha y lo siguió.

Aparcó al lado de su camioneta, donde él la esperaba con una sonrisa que le provocó un vuelco en el corazón.

—Por un momento he pensado que te habías perdido por el camino —dijo cogiéndola de la mano y guiándola hasta la entrada.

Ella echó un vistazo a su alrededor y se quedó alucinada con las dimensiones de su casa. Era enorme. Estaba construida con troncos de madera y piedra, con amplios ventanales de cristal. La cabaña impresionaba por su tamaño y robustez, pero los elementos que la rodeaban, como el esplendoroso atardecer tintado de naranja y rojo, el extenso bosque y las imponentes montañas, la relegaban a un segundo plano.

—*Wow*. El paisaje es impresionante.

—Sí, es un privilegio vivir en un lugar así. Ven, después te enseñaré todo.

Ainhoa lo siguió gustosa. Había cosas más importantes que hacer que mirar la naturaleza. La primera, cenar; había que coger fuerzas para el maratón que se avecinaba. Se estremeció solo de pensarlo.

Capítulo 10

El interior era rústico y funcional. Se parecía a la casa de su abuelo. Maderas nobles y cuero, lo único que desentonaba era la colosal chimenea de piedra. Todo lo contrario de la moderna cocina, de acero inoxidable y mármol. Se sentó en la isleta y observó cómo él sacaba varios táperes de la nevera, algunos los abría y los olía. Empezó a preocuparse, a ver si en lugar de orgasmos iba a tener una intoxicación alimentaria.

—Si quieres te ayudo a preparar una ensalada —dijo esperanzada.

—No te preocupes, hay mucha comida preparada, lo que pasa es que la cocinera del rancho nunca pone etiquetas y tengo que adivinar lo que estoy comiendo.

Seguía concentrado abriendo los envases y ella, como no se fiaba, se excusó en ayudarlo para asesorarse. Se quedó tranquila al ver que todo estaba en perfecto estado y tuvo que darle la razón, algunos de los preparados no se podían reconocer por su apariencia e instintivamente los olfateaba para identificarlos. Se decidieron por un estofado a la jardinera, que acompañaron con un exquisito vino tinto.

Durante la cena la conversación se mantuvo amena y variada, hablaron de sus pasatiempos, de sus gustos musicales, de la oferta turística de Boise y, a pesar de las miradas cargadas de erotismo, ninguno verbalizó lo que sus cuerpos clamaban. Era como la calma que precedía a la tormenta.

Una vez terminaron, ella se ofreció para ayudarlo a recoger la mesa, pero él no se lo permitió. Aprovechó para ir al servicio a refrescarse.

Se lavó los dientes como pudo, se olió las axilas e hizo un repaso mental de su ropa interior. Gimió de disgusto. Por suerte se había hecho un retoque de la depilación con láser justo antes de viajar; de lo contrario, se tiraría por la ventana. Ser mujer era un asco: había que someterse a un verdadero ritual antes de un encuentro íntimo mientras que a ellos les daba igual presentarse como un oso peludo oliendo a macho ibérico. Sin lugar a dudas, no era justo.

Se miró en el espejo una última vez y salió a su encuentro.

Luke la esperaba impaciente en el salón. Al sentir su presencia se acercó, la cogió de la mano y, sin decir palabra, subió las escaleras que llevaban al segundo piso. La llevó a una gran terraza que comunicaba con varias habitaciones, entre ellas la suya. Ya no podía esperar más. Necesitaba tenerla o se volvería loco.

—¿Estás segura? —preguntó pegándola a su cuerpo.

Ainhoa gimió al sentir la dureza de su miembro en el vientre.

Nunca había estado tan dominada por el deseo.

—Sí —susurró acercándose todavía más a él. Lo miró a los ojos y se pasó la lengua por sus resecos labios.

Él la cogió por los glúteos y la alzó para que le envolviera las caderas con sus piernas, al tiempo que su lengua invadía su boca con ímpetu. La llevó a su habitación y la depositó al lado de su cama. Sus labios estaban húmedos e hinchados por sus besos. La apartó unos centímetros y la miró de arriba abajo, era tan preciosa. Necesitaba contemplar ese cuerpo que le había tentado como ningún otro.

—¿Me dejas que te desnude? —pidió con un tono enronquecido.

Ainhoa ahogó un gemido al sentir el toque suave de sus dedos. Sus manos ascendieron lentamente por su espalda hasta alcanzar el cierre del sujetador, lo abrió con maestría y ella sintió cómo sus pezones se endurecían al estar expuestos a su ardiente mirada.

—Joder, nena, tiene unos pechos preciosos —susurró a la vez que le pasaba la punta de los dedos por las aréolas morenas. Ella tembló y, de manera inconsciente, arqueó la espalda, ofreciéndole los senos. Se moría por sentir sus dientes sobre ellos.

Luke atendió encantado a su súplica y se llevó un pezón erizado a la boca. Ella volvió a gemir, su cuerpo respondía de manera primitiva. Su lengua y sus dientes le hicieron perder el juicio, pero en el instante en el que su mano se deslizó por su vientre y se metió en sus braguitas, gruñó su nombre.

—Luke…

—Dios, qué mojada estás.

Otra vez su boca tomó posesión de la suya, ahora con más intensidad. Sus dedos se abrieron paso entre sus pliegues, en busca de su clítoris. Usó el pulgar para estimularlo mientras el dedo medio se deslizaba en su interior. Ainhoa jadeó y él absorbió sus gemidos.

—No te contengas, nena, quiero que te corras. —Necesitaba que estuviera bien preparada para él.

Agregó un segundo dedo, lo que provocó que ella perdiera el control. Sus caderas empezaron a contorsionarse en busca de más profundidad.

—Luke —gimoteó cuando él abandonó su boca para abarcar con los labios uno de sus pezones. Lo presionó entre los dientes y, a continuación, tiró con suavidad de la dura carne. El orgasmo llegó rápido e implacable, dejándola como masilla entre sus manos.

—Eres deliciosa —susurró con voz ronca y ella miró fascinada cómo él lamía sus dedos empapados por sus fluidos. Le pareció sumamente erótico.

Él volvió a apoderarse de su boca a la vez que la tumbaba de espaldas sobre la fría sábana de algodón. Ella se preguntó en qué momento la colcha y los almohadones habían desaparecido. No tuvo

mucho tiempo para buscar una respuesta porque él se estaba desnudando delante de sus ojos. Su cuerpo estaba muy marcado, probablemente por el arduo trabajo del rancho. Solo le faltaba quitarse el bóxer y, cuando lo hizo, su boca salivó. Sin darse cuenta abrió las piernas en una clara invitación.

—No tienes ni idea de lo jodidamente *sexy* que estás así, tumbada en mi cama, lista para mí. —Recorrió su cuerpo con la mirada y en ese momento se dio cuenta del enorme moretón que tenía en la parte interna del muslo—. ¿Te duele? —inquirió tocando la zona con extremo cuidado.

—¿Qué?

—Te hiciste daño en la caída. ¿Te duele mucho? —Siguió acariciando y besando su piel dañada mientras esperaba respuestas.

—No. Olvídalo y vuelve a lo que estabas haciendo —protestó a punto de entrar en erupción.

Él atendió su petición y siguió deslizando su lengua hasta la unión de su sexo, donde dejó un suave mordisco que la hizo jadear de deseo. Con una sonrisa ladeada en los labios gateó sobre el colchón y se posicionó sobre ella.

Ainhoa sintió cómo la punta de su miembro presionaba su entrada y su cuerpo tembló de anticipación, necesitaba sentirlo en lo más profundo de su ser. Pero él estaba dispuesto a llevarla a la locura tomándose su tiempo, restregándose y empapándose con sus fluidos.

—Luke —gimió al sentir su pene deslizándose en su interior, llenándola de una manera casi dolorosa.

—Tan apretada… —murmuró y la miró con los ojos nublados por la pasión.

Empezó a moverse con lentitud, entrando y saliendo, una y otra vez, con una cadencia torturante destinada a enloquecerla de placer. Su cuerpo temblaba por el esfuerzo de contenerse. Sin romper el ritmo elevó el torso y sujetó las manos de ella por encima de su cabeza, y poco a poco fue acelerando sus embestidas, transformándolas en un dulce vaivén. Los gemidos, los susurros y los besos se mezclaron rompiendo el silencio de la noche.

Ella no tardó en alcanzar un demoledor orgasmo y, mientras su cuerpo convulsionaba por los incontrolables espasmos de placer, gritaba su nombre. Al sentir cómo su vagina le comprimía el pene, Luke se abandonó a un frenesí desconocido y enloquecedor. Instantes después, con un gruñido gutural, alcanzó el clímax. Se dejó caer sobre ella teniendo el cuidado de no aplastarla. Nunca se había sentido tan unido a una mujer después del sexo como en ese momento.

Ainhoa recuperaba el aliento todavía turbada por la intensidad del éxtasis. Había sido tremendo y quería más, una noche no sería suficiente. Se asustó por el rumbo que estaban tomando sus

pensamientos y los apartó a un lado.

—¿Estás bien? —preguntó Luke en un susurro al tiempo que le apartaba un mechón húmedo de la cara.

Reuniendo el valor necesario abrió los ojos y su corazón martilló en su pecho al ver su sonrisa llena de promesas pecaminosas.

—Quiero más —murmuró deslizando las manos por su espalda hasta detenerlas en su prieto trasero.

Él soltó una carcajada a la vez que saltaba de la cama y la cogía en brazos.

—Me tomaré tu reacción como un sí —añadió apoderándose de sus labios mientras él caminaba hasta el baño.

Lo hicieron de todas las formas posibles, duro y caliente, lento, casi inmóviles. Se sintieron por completo, se perdieron el uno en el otro hasta la extenuación.

Ella se despertó a la mañana siguiente con el peso de un fuerte brazo sobre su cintura. Tardó unos minutos en situarse y, al hacerlo, una sonrisa perezosa inundó sus labios. Había sido la mejor noche de su vida. Luke era un amante excepcional. Sería difícil encontrar a otro que lo superara. Estaba jodida, muy jodida.

—Buenos días, preciosa —saludó a la vez que se pegaba a ella hundiendo la nariz en su cuello, aspirándola, impregnándose de su olor, un olor que lo volvía loco.

—Buenos días —respondió melosa dándose la vuelta para contemplarlo—. ¿Qué hora es? —preguntó mirando hacia el ventanal.

—Hora de levantarse. —Sonrió travieso pegándole un suave cachete en el culo.

—Pero si es de noche —protestó tapándose con las sábanas.

—Hay que apurarse si quieres ver el amanecer más espectacular de tu vida. —Se levantó como Dios lo trajo al mundo y accionó el interruptor a media luz. Luego la destapó.

Ainhoa temía abrir los ojos por la claridad cegadora de la bombilla, pero una suave luminosidad inundó la habitación. Miró a su alrededor y lo vio de pie al lado de la cama en toda su gloria.

—Creo que no necesito salir de aquí para ver el mejor amanecer del planeta. —Sonrió con picardía dándole un repaso de arriba abajo.

—Joder, nena, no me hagas eso. Sé buena y vístete. —Sus ojos se oscurecieron al mirarla, pero se dio la vuelta y se vistió con lo primero que encontró—. No creo que mi ropa te quede bien, pero puedes encontrar algo en los dos cajones de arriba.

Ella se levantó cuando se vio sola en el dormitorio. Se dirigió al cuarto de baño desnuda y se dio una ducha rápida para espabilarse, eso de madrugar no era lo suyo. Con la toalla envolviendo su cuerpo buscó en el mueble que él le había indicado y sonrió al ver su

contenido. Sacó un bóxer negro y se lo puso; le quedaba grande, aunque era eso o sus braguitas del día anterior. Cogió también unos calcetines. Se vistió y se acicaló lo mejor que pudo.

Lo encontró en la cocina, esperándola impaciente. Sin decir nada, la cogió de la mano y la sacó al exterior. Caminaron por un sendero de tierra durante unos quince minutos hasta que alcanzaron la suave colina. Luke tendió sobre el suelo una manta y la invitó a sentarse delante de él. Ainhoa se encajó en el hueco de sus piernas y se apoyó en su torso, momento en el que sintió cómo la envolvía con sus brazos para protegerla de la fría brisa que soplaba.

—¿Preparada para el espectáculo? —preguntó con voz queda mientras apoyaba la barbilla en su hombro.

Ainhoa hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, se había quedado sin palabras por la exuberancia del paisaje. Disfrutaron del momento en un armonioso silencio, solo interrumpido por el despertar de la naturaleza. Acompañaron ese momento mágico con una humeante taza de café y unos bollos de canela que él había llevado.

—Es… es difícil de catalogar tanta belleza —dijo Ainhoa abrumada. No era solo el entorno lo que la estaba afectando.

—No existe otro lugar así. Jamás podría alejarme de estas tierras. —Abarcó toda la extensión del terreno moviendo la mano de un lado a otro—. No sería feliz en ningún otro sitio.

Él acababa de dejar las cosas claras, como las había querido dejar ella antes del encuentro sexual. Ella estaba de paso y tampoco podía, ni pretendía, abandonar a su abuela y su país. No tenían futuro como pareja. Lo sabía y lo entendía, aunque no pensaba que le dolería tanto escuchar la verdad de su boca.

—Te entiendo. Yo tampoco podría dejar atrás lo que amo —dijo melancólica. Su abuela era lo único que le quedaba y nunca la abandonaría. Bueno, ahora también tenía a Iñaki.

Luke se tensó. A pesar de no tener ninguna pretensión con ella, le molestó que estuviera unida a su país. Le había dicho que no tenía novio, pero eso no significaba que no estuviera enamorada de alguien. En este momento sintió una imperiosa necesidad de saber cuánto tiempo estaría allí.

—¿Qué te ha traído a Boise? ¿Eres familiar de algún vasco que vive por aquí?

No quería mentirle. De todos modos, se enteraría de que era la nieta perdida de su amigo cuando le contara la verdad a Iñaki. Sin embargo, su abuelo tenía el derecho de ser el primero en saberlo.

—Vine a resolver un asunto familiar y estoy viviendo en la casa de una amiga de mi abuela. —Era el mejor resumen que le podía hacer.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —su respuesta no había saciado su curiosidad.

—No estoy segura, pero no más de tres meses, que es el plazo de la visa.

Ambos se quedaron perdidos en sus pensamientos y llegaron a la misma conclusión. Habría que aprovechar cada instante.

Luke la tumbó sobre la manta y la besó con una pasión desenfrenada mientras la desnudaba con habilidad. Se apartó un instante al toparse con su ropa interior y no pudo evitar sonreír. Solo ella conseguiría que aquella prenda tan antimorbo lo pusiera duro como una roca.

—¿Te gusta mi modelito?

—Me gusta más lo que está debajo —respondió con voz ronca a la vez que le dejaba un reguero de húmedos y abrasadores besos.

Comenzaron en su cuello y fueron bajando lentamente por sus pechos hasta llegar a su entrepierna. Él necesitaba sentir su calor, necesitaba paladear su embriagadora esencia. Necesitaba verla retorcerse de placer bajo sus manos, bajo su boca, bajo su polla…

Capítulo 11

Ainhoa entró en la casa de Irune con una sonrisa de oreja a oreja. Intentó no hacer ruido para que no la vieran. Tenía una cara de recién follada que sería difícil de ocultar. No tuvo suerte y se la encontró de frente en el pasillo.

—Hola, guapa. ¿Qué tal tu abuelo? Hemos estado preocupados.

Su pregunta hizo que se ruborizara hasta límites insospechados. Solo se había acordado de su abuelo en el camino de vuelta a casa. Iba a parar para verlo, pero sería difícil de explicar por qué seguía con la misma ropa del día anterior.

—Mejor, ha sido solo un susto. Lo bueno fue que conseguí que se comprometiera a seguir con el tratamiento —respondió sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Me alegro mucho. Te dejo descansar que debes de estar agotada. Hemos quedado esta tarde con uno de los compañeros de Phil, están impacientes por conocerte. Pero si estás muy cansada lo dejamos para otro momento —indagó sin poder ocultar el entusiasmo.

—No, perfecto. Una siestecita y estaré como nueva.

Entró en su habitación y se tiró en la cama. Estaba molida. Luke era una máquina sexual y la había mantenido en las nubes gran parte de la noche y la mitad de la mañana. Tendría que andarse con cuidado, resultaría fácil enamorarse de él. No solo por lo que saltaba a la vista, sino por cómo era por dentro. Poseía todas las cualidades que ella admiraba en un hombre. Estaba jugando con fuego. Puso la alarma para las cinco de la tarde, se desnudó y dejó que la somnolencia la envolviera.

A la hora estipulada se levantó, se duchó y se vistió con discreción. No salía con intención de cazar, solo deseaba pasárselo bien y mantener a Luke lejos de su corazón.

Irune había decidido llevarla al The Basque Market, el mercado vasco, un lugar de encuentro y socialización de una comunidad que había conseguido destacar en la sociedad local sin perder sus raíces. El local también era muy valorado y apreciado por todo el pueblo, independientemente de su nacionalidad.

Dentro de la variedad degustativa del mercado, se decantaron por las tapas. Y una vez instalados en el bar, Phil sacó su móvil para enviarle un mensaje a su compañero.

—Imagínate si te enamoras. Has venido a encontrar el amor perdido de tu abuela y encuentras el tuyo. Sería emocionante —comentó encantada sonriéndole a su marido, que miraba a la pantalla del teléfono con atención mientras escribía.

El dichoso amigo no tardó en llegar. Se llamaba Jeffrey, era rubio, de ojos azules, buena estatura y se notaba que practicaba deporte, estaba fornido. En otro momento Ainhoa hubiera estado encantada de tener una cita con él; sin embargo, en ese preciso instante lo único que se le ocurría hacer era compararlo con Luke. No podía evitarlo y el muchacho salía perdiendo.

Unas copas después, el ambiente se fue animando y el bombero mostró su vena cómica, ella se estaba partiendo de risa con él. Era un alivio poder mantener a Luke fuera de su cabeza durante un tiempo.

Lo que ella no se imaginaba era que el ranchero estaba más cerca de lo que se creía.

—Luke, te estamos hablando. Contesta —pidió Gorka, su capataz, un vizcaíno de segunda generación cuyo hijo trabajaba de camarero en el local. Por eso era muy frecuente que él y algunos trabajadores del rancho se reunieran allí.

Él había salido para desconectar y dejar de pensar en Ainhoa. Habían follado como conejos, pero su cuerpo seguía clamando por el suyo. Su olor se había instalado en su sistema y lo necesitaba como si fuera una droga. Estaba bien jodido.

Y lo pudo comprobar en ese mismo instante. Había pensado que estaba teniendo alucinaciones viéndola en todas partes; sin embargo, no se equivocaba, era ella. Estaba sentada con una pareja y un rubiales que se le estaba acercando demasiado para su gusto. Intentó desviar la mirada y volvió su atención a sus compañeros.

—¿Qué me estabais diciendo?

—Te estaba preguntando si es verdad que Iñaki va a vender su rancho. Me extrañó que no lo supieras.

—¿De dónde has sacado esa patraña? —preguntó olvidándose de la chica.

—Del hijo pequeño de Bud —afirmó. Lo sabía de primera mano, estaba en el banco cuando lo escuchó hablar con el director.

—Está mintiendo. Iñaki nunca se ha planteado venderlo y, si lo hiciera, yo sería el primero en enterarme.

—Aquí hay gato encerrado. Te lo digo yo. —Su hermano había trabajado para el ranchero y sabía de lo que era capaz.

Tendría que hablar con Iñaki del tema para que estuviera preparado. No entendía dónde querían llegar con esa mentira.

Una vez más, sus ojos buscaron a Ainhoa. El rubiales estaba cada vez más pegado a ella. No podía consentirlo, tenía que hacer algo para apartar a esa rata blanca de ella. Pero ¿qué podía hacer? ¿Con qué derecho podía reclamarla? Conocía la respuesta: ella era suya. Por lo menos mientras estuviera allí. Sin pensarlo mucho, se excusó con sus amigos y se dirigió al grupo.

—¡Ainhoa! ¡Qué sorpresa encontrarte por aquí! —dijo con un tono

de falsa inocencia.

Ella se había girado al escuchar su nombre y, cuando vio a Luke ante sus ojos, se quedó con la boca abierta. Si antes le había parecido tremendamente *sexy* usando apenas unos simples vaqueros desgastados, ahora era perjudicial para su paz mental. No podía pensar con claridad.

—Eh… hola —reaccionó a tiempo y salvó la situación haciendo las debidas presentaciones. Irune lo miraba sin poder esconder su admiración.

—Encantada, Luke. Pensaba que eras un poco más mayor. —Soltó una risita y miró a Ainhoa de forma interrogante. No le había dado tiempo a comunicarle ese pequeño detalle—. Nos encantaría que te sentaras con nosotros, ¿verdad, Phil? —Buscó la complicidad de su marido que, hasta ese momento, había estado reticente.

—Claro. Siéntate con nosotros. —Luke le sonrió ignorando la tensión. Se veía a la legua que el tal Phil quería emparejar a su compañero de trabajo con su chica. Pues, sintiéndolo mucho por el chaval, no se lo iba a permitir.

No perdió el tiempo y se sentó al lado de Ainhoa, acercándose más de lo debido. Además, por si eso fuera poco, apoyó el brazo en el respaldo de su silla. Solo le faltó decir: es mía. Ella miraba la escena sin dar crédito, preguntándose quién era ese gilipollas y qué había hecho con Luke.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó entre dientes.

Luke la miró y vio la furia reflejada en sus ojos. Si hubieran estado solos seguro que lo habría llamado de todo. Y con razón, se había pasado tres pueblos. Había vivido esa situación varias veces pero a la inversa, eran las mujeres las que marcaban territorio, y él, por supuesto, huía despavorido. Esa posibilidad lo aterrorizó; sin embargo, la de dejar el campo libre para el rubiales le revolvió las tripas.

—Perdona, me he pasado un poco. Me iré después de un rato para no hacerles el feo. —Sonrió al ver que su semblante se suavizaba. Aunque duraría poco, porque dentro de nada haría algo mucho peor.

Ainhoa lo miraba mordiéndose la lengua, no quería montar un numerito delante de todos. Por lo menos había reconocido su comportamiento de macho alfa fracasado y se había disculpado. Pero su manita seguía allí, a escasos centímetros de su cuello, provocándola, burlándose de ella y de la necesidad que tenía de que la tocara.

La tensión del ambiente se había disipado e incluso Jeffrey volvió a ser él mismo. Phil y Luke descubrieron que estaban emparentados en una rama lejana de la familia de su madre. Un rato después, Luke la miró fijamente y ella entendió que había llegado el momento de que se retirara.

Se despidió de forma correcta, desplegando su magnetismo, al tiempo que ella retenía el aliento a la espera de que se fuera para respirar aliviada.

—Ainhoa, ¿podrías acompañarme un momento? Quisiera comentarte algo sobre la salud de Iñaki —dijo sin inmutarse y, como ella no reaccionaba, volvió a insistir—. Será solo un instante.

Todos la miraban expectantes y no tuvo otra alternativa que seguirlo. Lo acompañó en silencio mientras contaba hasta diez para no explotar. Una vez en la calle, la cogió de la mano y la guio hasta el aparcamiento que estaba a dos minutos en W Grove ST. Su camioneta estaba allí y al acercarse abrió la puerta para que ella entrara. Se dio la vuelta y se preparó para la tormenta.

—Es que eres imbécil, ¿o qué? ¿Te crees que solo porque hemos follado un par de veces tienes algún derecho sobre mí? Me has puesto en evidencia delante de mis amigos y por tu culpa tendré que dar muchas explicaciones.

Él la miraba fascinado, tenía carácter y le encantaba. Además, estaba preciosa gesticulando, gruñendo y hablando a la velocidad de la luz.

—Te voy a besar —susurró mirándola con los ojos oscurecidos por el deseo.

—En tus sueños. Estás mal de la cabeza. Me largo —dijo a la vez que abría la puerta del coche. Sin embargo, antes de que alcanzara a poner un pie fuera, él la retuvo en sus brazos.

—Te dije que te iba a besar y lo haré. Después hablaremos —prometió en un tono sensual.

Ainhoa lo miraba con rabia, rabia hacia sí misma por desear que la besara. Intentó liberarse, pero era imposible. Impotente vio cómo se acercaba y se odió todavía más por ser tan débil. Se merecía que le pegara una patada en los huevos y ella solo quería que le quitara la ropa. Él fue consciente de su lucha interna, se sentía mal por presionarla, aunque no tanto como para dejarla escapar.

—No nos niegues esto. Sé que lo deseas tanto como yo —murmuró con los labios pegados a los suyos.

Ella gimió y perdió el control cuando él deslizó su lengua por el contorno de sus labios, momento que aprovechó para adentrarse en su boca. Se besaron, se lamieron, se mordisquearon, se entregaron a un beso embriagador.

Era una sensación desconocida para Ainhoa, nunca había perdido el control de sus emociones. Se acordó de su amiga Marga y se preguntó si era así cómo se sentía con Max. La entendía. Ahora mismo le daba igual que estuviera casado, que fuera un cura o un ser de otro planeta, lo único que le importaba era lo que estaba sintiendo. El aire empezó a escasear y, jadeantes, se separaron.

—¿A qué estás jugando, Luke? —preguntó mirándolo a los ojos.

—A ser sincero y a decir la verdad —respondió con voz queda mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—. Te deseé desde el primer momento en que te vi, pensé que me saciaría al acostarme contigo. Pero no fue así, y cuando te vi con el rubiales…

—Se llama Jeffrey —lo interrumpió sin poder aguantar la risa.

—Bien, pues eso, Jeffrey, el rubiales. Lo vi acercarse demasiado y se me cruzaron los cables. Sé que no ha estado bien y lo siento.

—¿De verdad que lo sientes? —preguntó sin creérselo.

—De haberte apartado de él, no, pero de imponerme sobre ti, sí. No soy así. —La miró a los labios, que estaban hinchados por sus besos, y sin poder controlarse los mordisqueó, provocando que ella gimiera—. Y como sigo deseándote, y sé que tú también me deseas, te propongo que pasemos juntos el tiempo que te quedes aquí. Tú y yo solos. Nadie más —añadió y esperó impaciente su reacción. Necesitaba esa promesa para no volverse loco.

Ainhoa procesó sus palabras. Era cierto que ella lo deseaba y la idea de pasar con él todo el tiempo que durara su estancia en Boise era demasiado tentadora. El único problema era que tenía miedo a enamorarse, él la trastocaba de una manera peligrosa. Aunque, por otro lado, saber que su romance tenía fecha de caducidad la ayudaría a mantener los pies en el suelo. Ambos habían sido claros, ninguno podría ser feliz dejando su patria atrás. Más que a su tierra, ella lo que no podía abandonar era a su abuela.

—De acuerdo. Pero nada de numeritos de macho alfa fracasado —puntualizó muy seria—. Ahora tengo que irme —añadió al ver que se acercaba a besarla.

—Prometo portarme bien —dijo antes de depositar un suave beso en sus labios—. Te acompaño hasta el otro lado de la calle. —Y antes de que pudiera decir nada ya la había cogido de la mano y la guiaba fuera del aparcamiento. Al acercarse a la esquina, la volvió a besar—. Adiós, nena. Dile al rubiales que ya tienes dueño —la provocó guiñándole un ojo.

Ella gruñó haciéndole la peineta y, con el sonido de su carcajada, se giró y se preparó para enfrentarse a las miradas inquisitivas de sus amigos.

La velada siguió su curso sin que nadie dijera nada. Pero sabía que era solo cuestión de tiempo que Irune saltara sobre ella con una sarta de preguntas. Y no se equivocó. Bastó con poner un pie en su casa y perder a su marido de vista para que el interrogatorio empezara.

—Qué calladito te lo tenías, ¿no? ¿Cuándo lo conociste?

Ainhoa sació su curiosidad y ella se abanicó al escuchar su relato.

—Madre mía. Si le hubieras dicho que no pensaría que estabas mal de la cabeza. Está tremendo. —Suspiró con teatralidad antes de

proseguir—: Los compañeros de Phil no tienen nada que hacer. —Sonrió y salió de su dormitorio, dejándola sola con sus pensamientos.

A la mañana siguiente se despertó con una sensación de felicidad desconocida. Se sentía guapa, *sexy* y llena de vitalidad. Decidió llamar a casa, tenía mucho que contarles a Marga y a su abuela. Había que ir preparando a Begoña para lo que se avecinaba. Si su intuición era correcta, dentro de poco estarían hablando por una videollamada.

—Estoy deseando que le hables de nosotras, Ainhoa. Siento en mi corazón que sufre, como yo sufro por él —dijo con la voz embargada por la emoción.

Su intuición era correcta. Y, contra todo pronóstico, la historia de amor de su abuela había sobrevivido al tiempo. Anheló sentir algo cercano a eso.

—No quiero que te alteres, abuela. Piensa en tu salud.

—No te preocupes, mi niña. Estoy preparada para lo que sea, llevo toda mi vida esperando este momento. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea y Ainhoa tragó saliva. Le estaba costando controlar sus emociones—. Prométeme que estarás con él hasta que se recupere del todo.

—Abuela, ya te expliqué que su recuperación puede que sea lenta. Y mi visa no me permite estar más de tres meses. Pero no te preocupes por eso, Luke se encargará de que siga con su tratamiento.

—Ese Luke estará chocheando y ni se acordará de él —protestó.

—Te equivocas, abuela. Tiene veintinueve años y está en pleno dominio de sus facultades.

—Ah, ¿y es guapo? —preguntó curiosa.

—Sí, abuela, es guapo —respondió ocultando las ganas de decirle que era el hombre más *sexy* que había visto jamás.

Su abuela intentó sonsacarle información, pero se mantuvo firme. Como desconfiara de algo, se montaría una película romántica en su cabeza y ya no habría quién la parara.

—Hija, te paso con Marga antes de que haga un agujero en el suelo de tanto caminar de un lado a otro.

Ainhoa sonrió y se preparó para la Gestapo. Su amiga le sacaría hasta los detalles más íntimos.

Capítulo 12

El lunes por la mañana, Ainhoa se levantó más temprano de lo normal, estaba ansiosa por ver a su abuelo. Esperaba que esta vez no surgiera ningún contratiempo, quizás debería tomarle la tensión antes de soltarle la bomba. Una vez más se esmeró con su vestuario, aunque esta vez la elección de su ropa interior no tenía nada que ver con su abuelo.

Iñaki la esperaba en el porche con una humeante taza de café entre las manos. Parecía de buen humor, eso era una buena señal para sus planes.

—Buenos días, Iñaki. —Le sonrió de forma cariñosa. Era raro, apenas lo conocía pero sentía una conexión especial con él, como si lo conociera desde siempre.

—Buenos días, niña. Hay que tener cuidado con estos trastos. —Señaló la motocicleta—. ¿Por qué no te compras un coche?

—No te preocupes, voy con mucho cuidado —dijo siguiéndolo hasta el salón.

—Claro, y por eso casi te matas el otro día al salir de la carretera.

No podía creérselo, Luke le había contado lo de la caída. Se iba a enterar cuando lo viera.

—Será chivato —murmuró entre dientes mientras se dirigía a la cocina.

El café que había preparado su abuelo olía de maravilla. Se sirvió una taza y volvió al salón. Por lo visto, la charla iba a empezar antes de lo previsto.

—No sé qué te ha contado Luke, pero fue una caída sin importancia.

—Eso dijo él. —Sonrió de forma enigmática.

En ese momento se acordó de la conversación que habían tenido el día de la consulta.

—¿Qué me ibas a contar el otro día sobre Luke?

—Te lo iba a decir a cambio de que no me llevaras al hospital. Pero como no fue así, descúbrelo por ti misma —dijo y la dejó sola con la contestación en la punta de la lengua.

Impotente, Ainhoa lo vio entrar en su refugio, una salita con unos ventanales impresionantes. Cuando estaba allí no le gustaba que lo molestaran. El momento de las confesiones había pasado y decidió dedicarse a sus quehaceres. A la hora de la comida tendría otra oportunidad.

Sin embargo, el universo no quiso que fuera así. Una hora más tarde escuchó los ladridos del perro y, segundos después, el sonido del

motor de un coche. Su corazón pegó un salto y salió corriendo para recibir a Luke. Por más que había intentado no pensar en él, había sido inútil. Su cuerpo tenía ciertas necesidades y no se cansaba de recordárselo.

Su decepción fue visible al llegar al porche. No era la camioneta de Luke la que se asomaba por el camino, era un Mercedes de alta gama. Esperó con una inquietante curiosidad y se sorprendió al ver a una mujer emperifollada saliendo del coche. Sus miradas se encontraron y pudo apreciar lo operada que estaba. Sería imposible precisar su edad. Por cómo la miraba se dio cuenta de que no se llevarían bien.

—Hola —dijo intentando mantener la sonrisa en los labios.

—¿Eres la nueva chacha? —La miró de arriba abajo con desprecio —. A ver cuánto aguantas —dijo al tiempo que subía los escalones, pasaba a su lado y entraba en la casa como si fuera suya.

—Oye, ¿dónde crees que vas? A Iñaki no le gusta que lo interrumpan en su descanso —dijo poniéndose delante de ella para cerrarle el paso.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Por qué no te vuelves a tu país de mierda?

Ainhoa se quedó estupefacta con el ataque gratuito de la mujer. Se estaba preparando para replicar, pensaba dejarla por los suelos, cuando Iñaki apareció de forma intempestiva, arrollándola casi con la silla.

—¿A qué has venido, Sharon? —preguntó avanzando por el pasillo sin detenerse, provocando que la mujer tuviera que retroceder.

—¡Qué grosero eres, querido! Estos no son modos de recibir a tu mujer. —Sonrió con cinismo.

—No eres bienvenida, Sharon. Lárgate.

—Tan caballeroso como siempre. —Se acercó al sillón y, sin esperar invitación, se sentó—. Estaba preocupada por ti. Me he enterado de que has estado en el hospital por una caída. Si mi nieta no fuera amiga de Luke no lo hubiéramos sabido. No puedes seguir así, te he dicho miles de veces que con tu edad no puedes vivir solo ¿Piensas hacerme caso alguna vez?

—Corta el rollo, Sharon. Ambos sabemos que mi salud te importa una mierda. Así que no me colmes la paciencia y di de una puñetera vez a qué has venido.

Ainhoa se había quedado olvidada en el pasillo y escuchaba el intercambio de hostilidades sin saber qué hacer. Para salir de la casa o ir a la cocina tenía que pasar por el salón y no quería que la arpía la acusara de cotilla. No entendía cómo su abuelo había podido casarse con semejante mujer. Era una estúpida clasista y xenófoba. Decidió que lo mejor era quedarse donde estaba y prestar atención a la contestación de la bruja. Además, había mencionado algo que le

interesaba muchísimo: Luke era amigo de su nieta. Y eso no auguraba nada bueno.

—He encontrado un comprador para el rancho. Tú ya no tienes edad ni salud para llevarlo y nuestro hijo tampoco está dispuesto a dejar su vida en Boston para mudarse aquí. Lo mejor para todos es que lo vendamos.

Su abuelo soltó una carcajada que le puso los pelos de punta.

—Sabes perfectamente que el rancho es mío, solo mío. No tenéis ninguna participación en él. Me he desprendido de todo lo demás para librarme de ti.

—Ya, pero al final saliste ganando. Los terrenos se han revalorizado mucho en los últimos años y el rancho vale diez veces más. Además, tu hijo lo heredará todo dentro de unos años. ¿Qué más te da ayudarlo ahora? Necesita capital para ampliar la empresa y la venta del rancho es la solución perfecta.

Ainhoa estaba boquiabierta. Esa mujer era veneno puro.

—No es mi hijo. ¿Y quién te ha dicho que heredará algo? A lo mejor lo dejo todo para obras de caridad.

—No digas tonterías. Claro que es tu hijo, lo creaste y lo amaste como tuyo. No pagues con él el rencor que me tienes a mí. No sería justo.

—Un poco tarde para que me digas esto, ¿no crees? Lo pusiste en mi contra y me odia.

—¿Qué querías que hiciera? Le ibas a contar que no eras su padre. No me dejaste otra opción.

Se hizo un silencio eterno. Ainhoa se estaba comiendo las uñas de los nervios. Intuía que la separación de Begoña e Iñaki tenía mucho que ver con esa mujer.

—Mira, Sharon, me tienes hasta los cojones. Si tanto quieres ayudar a tu hijo, deshazte de una de tus propiedades. Conmigo no cuentes. Ahora vete por donde has venido y no vuelvas nunca más; si lo haces, te recibiré con una escopeta.

—Eres un maldito hijo de perra. No sé dónde tenía la cabeza cuando me enamoré de ti.

Se oyó el repiqueteo de sus tacones sobre el suelo de madera a medida que se alejaba. Ainhoa aprovechó ese momento para acercarse al salón. La puerta estaba abierta e Iñaki se dirigía al porche. El perro ladraba de forma desquiciada y, pese a que el ruido era ensordecedor, pudo escuchar con claridad el ultimátum que su abuelo le dedicó a Sharon.

—Otra cosa, por si acaso tienes la tentación de quitarme de en medio. He dejado especificaciones muy claras en mi testamento. Como mi muerte no sea natural no heredaréis ni un centavo de dólar.

No oyó su réplica, solo la risa victoriosa de su abuelo y el sonido

del motor que se distanciaba poco a poco. Dudó un instante pero, al final, decidió acercarse. Prefirió no decirle nada, solo puso la mano en su hombro y la apretó de forma suave, insuflándole ánimos y comprensión.

—Siento que hayas tenido que presenciar algo tan desagradable —se disculpó avergonzado.

—Vamos dentro. Te prepararé un té. —Esperó hasta que la siguió y se dirigió a la cocina. Mientras calentaba el agua cogió el tensiómetro para tomarle la tensión. El médico había dicho que la subida había sido puntual y quería asegurarse—. Perfecto, creo que la tienes mejor que la mía.

—De eso no me cabe la menor duda. Vuestra generación está defectuosa —dijo inflando el pecho. Luego se puso serio y la miró a los ojos—. Debes de pensar que soy un idiota por haberme casado con semejante mujer.

—Un poco. —Le sonrió arrugando la nariz—. No te pega. ¿Por qué lo hiciste? —Contuvo la respiración esperando la respuesta.

—No tuve otra opción. —Se quedó un rato mirando el vacío, flagelándose con sus recuerdos—. Dejé a la mujer que amaba con toda mi alma en España para venir aquí en busca de una vida mejor. Un par de años y conseguiría el dinero necesario para que pudiéramos casarnos y cumplir nuestros sueños. Ella no quería que viniera. —Hizo una pausa al atragantarse con las emociones—. Me lo imploró, pero yo soy cabezota y, cuando se me mete algo en la mollera, no hay vuelta atrás.

Ainhoa le atrapó la mano y la apretó con suavidad. Sabía que eran recuerdos dolorosos.

—Me fui primero a Nevada. Un tío de mi padre se había establecido allí y le había ido muy bien. Bueno, eso era lo que nos había contado pero, al llegar, la realidad que me encontré fue otra. El rancho era una parcela de unos dos mil metros cuadrados y las pocas cabras que poseía eran su inmenso rebaño de ovejas. Sin embargo, no me di por vencido y me dirigí a Boise, que era mi segunda opción. Aquí me encontré con una comunidad vasca bien arraigada, que había preservado las costumbres y se mantenían unidos. No fue difícil encontrar trabajo y una semana después de mi llegada estaba trabajando en el mayor y más productivo rancho de la zona.

Ella quiso darle un respiro y se levantó para servirle otra taza de té. También le puso un platito con unas galletas de jengibre que había hecho con anterioridad. Volvió a sentarse y una vez más cogió su mano entre las suyas.

—Gracias —susurró con voz queda y, tras devorar unas pocas pastas, siguió con su relato—. A los pocos días de haber empezado me crucé con Sharon, su padre me había pedido que le ensillara el

caballo. A partir de ese día, siempre me lo pedía a mí. Si hubiera sido listo me habría dado cuenta de que allí había gato encerrado. Los días se transformaron en semanas y establecimos una relación de cordialidad.

»Ella no hablaba euskera ni yo inglés, pero ambos nos defendíamos en español. Nos hicimos amigos y nos contábamos nuestras cosas. Yo le hablaba de mi prometida y de lo mucho que la amaba, y ella de los planes de boda que su padre le tenía preparados. Era agradable y reconfortante tener a alguien con quien desahogarte.

»Después de cinco meses de estar aquí, y de dos sin noticias de casa, recibí una carta de mi madre en la que me contaba que mi prometida había abandonado el pueblo sin dejar ni siquiera una dirección. Me volví loco, no podía creer que ella me hubiera abandonado.

—No te abandonó —dijo Ainhoa sin poder contener las lágrimas. Su abuelo la miró extrañado—. Por favor, sigue.

—Esa noche me emborraché y, al despertarme a la mañana siguiente, tenía el cuerpo desnudo de Sharon pegado al mío. No me acordaba de mucho, solo de haberla besado. Pero ella me tranquilizó diciendo que había sido consentido y que no me preocupara. Seguimos siendo amigos y al mes siguiente le comenté que estaba pensando dejarlo todo para volver a España.

»Necesitaba saber qué había pasado con Begoña, no me conformaba con las palabras de mi madre. Entonces todo se precipitó y mi vida cambió para siempre. Sharon me confesó que estaba embarazada y que no permitiría que la abandonara en ese estado. Lo había planeado todo.

—Dios mío, no me lo puedo creer. ¡Te obligó a casarte con ella estando embarazada de otro! —Se tapó la boca para ahogar un gemido. Su madre había crecido sin padre por culpa de una arpía caprichosa y manipuladora.

—Sí. Esa misma tarde su padre me encañonaba con la pistola y me obligaba a casarme con su hija. No me quedó más remedio que resignarme. Begoña me había abandonado y tendría un hijo inocente que no se merecía pagar por el error de sus padres. Así que me dejé arrastrar por las circunstancias. Treinta y seis años después descubrí que no era mi hijo —dijo con la voz entrecortada por las lágrimas—. Me quedé sin la mujer que amaba más que a mi propia vida, me quedé sin los hijos que soñaba con tener a su lado, me quedé totalmente solo.

Ainhoa ya no podía más y lloraba a moco tendido. Se abrazó a él y lo miró a los ojos. Había llegado el momento de que la historia volviera a su curso. Así tendría que haber sido desde el principio.

—No estás solo, abuelo. Nos tienes a nosotras. La abuela te sigue

amando. A pesar de que le contaron que habías muerto, nunca perdió la esperanza de encontrarte —confesó impulsada por la emoción. Él seguía abrazándola, consolándola, parecía que sus palabras no le habían afectado. Hasta que, de forma abrupta, se deshizo de su abrazo.

—¿Qué me estás contando, Ainhoa? Dime que lo he entendido bien y que no es un sueño —pidió con la voz entrecortada.

—Es real, soy nieta de Begoña. Le dijeron que habías muerto, pero en su corazón nunca se lo creyó. Hasta que vio una foto tuya en una revista, en un reportaje sobre la fiesta vasca, esa que se realiza cada cinco años. Había varias fotos de los participantes y en una de ellas salías tú.

Él la miraba embelesado y con sus dedos trémulos le acarició el contorno de su rostro.

—Eres igualita a ella. Cuando te vi por primera vez subiendo las escaleras del porche pensé que estaba teniendo una alucinación. —Cerró los ojos un instante—. Dios mío, era la primera vez que participaba en el *Jaialdi,* es increíble, casi un milagro. Cuéntamelo todo, cuéntame si fue feliz en su matrimonio, si tuvo muchos hijos como deseaba, cuéntamelo todo. —Su voz tembló y las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas.

En ese momento, Ainhoa se dio cuenta de que él no había asimilado todo lo que ella le había dicho.

Capítulo 13

—La abuela nunca se casó y solo tuvo una hija, mi madre —contestó con cautela—. Cuando viniste a los Estados Unidos, dejaste a la abuela embarazada. —Su cara se tornó lívida, y en el momento que se llevó la mano al pecho pensó que estaba teniendo un infarto—. Iñaki, ¿estás bien? ¿Sientes algún dolor? Por favor, dime algo.

—Estaba embarazada. La dejé sola y embarazada. Dios, ¿por qué?, ¿por qué? —un grito desgarrador salió de su garganta y Ainhoa sintió cómo le rasgaba el alma. No dejaba de sollozar y de decir incoherencias. Necesitaba calmarlo o se pondría enfermo.

—La abuela me envió aquí para darte una alegría. Si te ve así se va a cabrear mucho conmigo.

Sus palabras consiguieron sacarlo de la congoja en la que se estaba consumiendo. Estuvieron un buen rato hablando de su abuela, de su vida actual, no pensaba remover el pasado, sería muy doloroso para él. También evitó hablar de su madre. El destino les había jugado una mala pasada, pero tenían que agarrarse a los momentos felices y seguir adelante.

Se tiraron toda la mañana hablando, incluso mientras hacía la comida su abuelo seguía demandando información. Habían podido aclarar muchas cosas, entre ellas la implicación de su madre en su separación. Si ella le hubiera enviado las cartas que Begoña le había escrito, la historia hubiera sido diferente.

La muerte de su madre estaba en el aire; sin embargo, ninguno de los dos hizo ningún comentario. Ainhoa sentía que ese duelo lo querría pasar con Begoña. Lo respetó, demasiadas emociones había tenido que soportar en una sola mañana. Volvieron a hablar de Sharon y del acuerdo que alcanzaron tras el divorcio. Su silencio había sido el precio que tuvo que pagar para librarse de ella. Nadie sabría la verdad, lo había prometido. También le comentó que, tras descubrir la verdad, su mujer manipuló a toda la familia en su contra. Quería apartarlos por si él se iba de la lengua en algún arrebato. Su nieta era la única que le hablaba y lo visitaba en contadas ocasiones.

Pasado el dolor inicial, la emoción le dominó. Parecía un niño pequeño esperando a de Papá Noel. Deseaba ver a su abuela, hablar con ella. De momento usarían su teléfono para comunicarse, después hablaría con Luke para que le pusiera internet y le comprara un móvil. Realmente parecía un milagro que hubieran podido llegar hasta ese punto.

—Tendré que hablar con Luke para que consiga todo. —Su rostro se iluminó al pensar en él.

Iñaki la miró con las cejas arqueadas y, con una sonrisa de oreja a oreja, le comentó:

—Me gusta Luke para ti, es un buen hombre, de esos que ya no hay. Pero no le pongas las cosas fáciles, tiene a todas las mujeres del pueblo detrás de él.

Ainhoa se puso colorada como un tomate al pensar en lo fácil que había sido para él llevársela a la cama. Su vergüenza duró solo un instante. Ella era una mujer moderna y práctica, se habían acostado porque ambos lo quisieron, era solo sexo y daba igual quién había seducido a quién.

—No te hagas ilusiones, abuelo. Él tiene su vida aquí y yo tengo la mía en España.

Esas palabras fueron como un jarro de agua fría para su abuelo. Se arrepintió de haberlas pronunciado, aunque no hizo nada para remediarlo, era una realidad a la que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse. No podía detener su vida, su misión estaba cumplida. O casi.

—¿Le contarás a Luke que soy tu nieta? —preguntó desviando un poco el tema.

—A él y al mundo entero. Me has dado la mayor alegría de mi vida. Has sido muy valiente dejándolo todo atrás para venir a buscarme. Estoy muy orgulloso de ser tu abuelo —respondió y fue imposible controlar la emoción.

Pasaron el resto de la mañana hablando de Begoña, de la época en la que se conocieron y de lo mucho que se amaban. Su abuela nunca había compartido con ella esas vivencias, seguramente porque le dolían demasiado.

Casi eran las dos de la tarde, horario en el que terminaba su jornada. Aunque ahora no necesitaba fingir ser la asistenta para estar con su abuelo, podría ir y venir a su antojo.

—Debo irme, quiero llamar a la abuela y contarle todo con calma. Mañana me pasaré y podrás hablar con ella —dijo depositando un cariñoso beso en la mejilla—. Vas a estar bien, ¿verdad?

—Sí, hija. Ahora más que nunca tengo motivos para seguir peleando. Vete tranquila.

Luke llevaba toda la mañana deseando ver a Ainhoa, necesitaba sentirla entre sus brazos, besarla, olerla. Era una necesidad primitiva, inexplicable. Intentaba autoconvencerse de que era debido a la novedad, pronto se saciaría y recuperaría el control de su vida. Pero mientras ese día no llegara, haría lo único que podía, pasar cada instante a su lado.

Estaba saliendo de la ducha cuando escuchó pasos en su habitación. Su sonrisa se iluminó al pensar en su chica. Sin embargo, la mujer que

estaba sentada en su cama era otra. ¿Qué diablos hacía en su dormitorio?

—Hola, Luke.

—¿Qué haces aquí, Gia? —preguntó en tono frío anudándose la toalla en las caderas. Había entrado desnudo para sorprender a Ainhoa y el sorprendido había sido él.

La conocía desde que eran críos y habían estado muy unidos. Pero con la separación de sus padres se fueron distanciando hasta perder todo el contacto. Una vez retornó al rancho, volvieron a encontrarse y reanudaron su amistad. Amistad que se vio resquebrajada cuando él cometió la gilipollez de acostarse con ella.

—¿Así recibes a los viejos amigos? —inquirió mirándolo con deseo.

—Gia, ya hemos tenido esta conversación. No estropeemos nuestra amistad. —Le dio la espalda y se dirigió al vestidor—. Preferiría que esperaras abajo.

—Y si no lo hago… —dijo con voz sugerente acercándose al vestidor.

—Gia —respondió tajante mirándola con reproche.

A ella no le quedó más remedio que bajar, no había que tensar la cuerda demasiado. Luke era muy obstinado y, cuando se le metía algo en la cabeza, era difícil convencerlo de lo contrario. Debería tener paciencia, era un hombre sexualmente activo, pronto caería y entonces se encargaría de que fuera solo suyo. Mientras tanto lo esperaría en el salón como una niña buena.

Él se vistió a toda prisa y bajó las escaleras del primer piso de dos en dos. Deseaba despacharla lo antes posible para ver a su chica. Pensaba sorprenderla a la salida del rancho.

—Gia, me pillas en un mal momento, tengo un poco de prisa —dijo alto y claro al encontrársela con dos copas de vino en la mano.

—Sharon te envía un saludo. La llamé cuando me contaste lo del hospital y esta mañana ha pasado por el rancho para ver al abuelo, está muy preocupada por él. Me dijo que le inquietaba que su asistenta no estuviera cualificada para cuidarlo —insinuó como si no fuera con ella.

Pero la realidad era otra. Su abuela la había llamado para pedirle que averiguara todo lo que pudiera sobre la chica que estaba cuidando a Iñaki. No le había gustado y le parecía que era una aprovechada. Ella no pensaba mover un dedo, pero cuando le comentó que era joven y muy guapa todas sus alarmas saltaron.

A Luke no le había gustado el tono empleado por su amiga y menos aún que Sharon metiera sus narices donde nadie la llamaba.

—Pues dile a tu abuela que puede dormir tranquila, Iñaki está en buenas manos. —«En las mejores», pensó para sus adentros sin poder ocultar la sonrisa—. Además, está encantado con ella. Nunca lo había

visto tan feliz.

—Me ha contado que es extranjera.

—Sí, es española —contestó exasperado volviendo a consultar la hora. Faltaba poco para que Ainhoa saliera y, si no se daba prisa, no la pillaría.

—No te entretengo más. Espero que podamos quedar a tomar algo esta semana. Así me cuentas todos los detalles. Ahora me pasaré a ver al abuelo.

Luke no le respondió. La situación se complicaba. Tendría que andar con cuidado, lo mejor sería dejarle las cosas bien claras por más doloroso que fuera.

Mientras Luke acompañaba a Gia hasta su coche, Ainhoa los sorprendió despidiéndose. Había dejado el rancho de su abuelo con la intención de irse a casa, pero en el último momento se dejó llevar por su corazón y cambió de camino para darle una sorpresa. Y la sorpresa se la estaba llevando ella al ver a una exuberante mujer en actitud cariñosa con su chico. Los miró con atención buscando algún signo que pudiera indicar que eran amantes. En ella no encontró nada sospechoso; sin embargo, el pelo mojado de él hizo que lo viera todo rojo.

—¿Interrumpo algo? —gruñó entre dientes al tiempo que se acercaba a la pareja.

—No, nena —respondió con una media sonrisa en los labios. Su chica estaba celosa y parecía un volcán a punto de explotar. Había que hacer algo para tranquilizarla o estaría en serios problemas—. Ya se iba. Pero, antes, deja que te la presente —añadió tirándole de la mano para que se acercara—. Ainhoa, ella es Gia, la nieta de Iñaki. Gia, Ainhoa.

Se quedó un instante mirándola con la boca abierta. Esa era su prima, la usurpadora. Intentó no sentir rencor hacia ella; a fin de cuentas, no era culpable de nada. Bueno, sí, de hacerle ojitos a su chico. Se le veía el plumero.

Recuperó la compostura como pudo y le tendió la mano. La chica, a pesar de disimular poniendo una sonrisa de anuncio en los labios, no la engañaba. Pudo sentir el resentimiento emanando de su piel al tocarla. Era recíproco, y no solo por los celos que había sentido al verla abrazada a Luke, sino por haber ocupado en el corazón de su abuelo un lugar que, si no hubiera sido por las mentiras y manipulaciones de Sharon, le pertenecería a ella.

—Encantada —le dijo y Ainhoa le devolvió el saludo con una sonrisa forzada.

Temía abrir la boca y enviarla a la mierda como había hecho su abuelo con Sharon. La Barbie oxigenada sabía que estaba celosa y aprovechó la oportunidad para provocarla. Se lanzó una vez más a los

brazos de su chico y, como si eso no fuera suficiente, le susurró con voz insinuante que esperaba su llamada. Ya podía esperar sentada, Luke era suyo, solo suyo.

No la perdió de vista hasta que vio que su coche desaparecía tras la nube de polvo. Se dio la vuelta para mirarlo y le entró la mala leche al verlo sonreír como si fuera el rey de la selva.

—Borra esa sonrisita de la cara, porque la escena que he visto me pareció muy sospechosa.

—Ah, ¿sí? ¿Se puede saber en qué basas tus sospechas? —preguntó manteniendo la sonrisa.

—Pues en que vas a visitar a tu chico y lo encuentras recién duchado y abrazado a una Barbie oxigenada que lo mira como si fuera un helado de chocolate.

Él no pudo aguantarse y estalló en una carcajada. Le había hecho gracia que la llamara Barbie oxigenada y, en cierta forma, estaban a la par con los celos. Él había llamado rubiales a Jeffrey. Al final eran más parecidos de lo que se creían.

—No sé qué te hace tanta gracia. Creo que me voy, me habéis cortado el rollo —dijo y se dirigió hacia su moto.

No había llegado a dar dos pasos cuando él la cogió por la cintura y se la subió a los hombros como si no pesara nada.

—No vas a ningún lado, preciosa. Me estaba arreglando para ir a verte cuando llegó Gia —se justificó omitiendo la parte donde ella se lo encontró desnudo en su habitación.

—Puedo ir caminando —pidió. Como respuesta recibió un cachete en la nalga. Eso la cabreó sobremanera, provocando que le gritara—. Ponme en el suelo, idiota.

—No, así es más divertido —respondió con voz ronca al tiempo que llegaba a su habitación y la tiraba sobre su cama.

Ella se preparó para la guerra, aunque al ver que se desabotonaba la camisa cambió de opinión. No era tan tonta como para perderse el polvo del siglo por una tontería. Ya lo sacaría de sus casillas más adelante.

Él le quitó las botas de montaña Timberland y después tiró del tobillo, arrastrándola hasta que su culo tocó el borde de la cama. Con maestría se deshizo de sus vaqueros y de sus braguitas; a continuación, deslizó las manos por el interior de sus muslos, abriéndola para él, y dejándola expuesta a su oscura y hambrienta mirada. Se arrodilló entre sus piernas y se volvió loco con su aroma.

Le pasó la lengua por su sexo, emborrachándose con su esencia y provocando que soltara un gemido de excitación. Estaba deseosa por sentir su boca en el centro de su placer. Pero él tenía otros planes y la incorporó para liberarla de las incómodas prendas. Una vez que la tuvo completamente desnuda, le cogió el rostro entre las manos y le

devoró la boca, compartiendo con ella su propio sabor.

Tras un instante interminable, Luke abandonó sus labios y le pidió en un susurro enronquecido:

—Desnúdame.

Ella se incorporó gustosa, su mano picaba por sentir el tacto de su piel, por trazar con la punta de los dedos sus marcados abdominales.

Deshizo uno a uno los botones de la camisa, luego la deslizó por sus hombros y dejó que cayera de forma descuidada al suelo. Le depositó un reguero de besos ardientes desde el hueco de su clavícula hasta la línea de sedoso vello oscuro que se perdía bajo la hebilla del cinturón. Le dio un mordisco y se deleitó con el temblor de su cuerpo.

—No te detengas, nena. Quiero sentir el calor de tu boca en mi polla.

Las sucias palabras de Luke provocaron que su respiración se acelerara y que el placer recorriera su cuerpo hasta concentrarse en su entrepierna. Con habilidad le bajó los pantalones, llevándose los calzoncillos con el movimiento. Su pene saltó enhiesto delante de sus ojos, provocando que se pasara la lengua por los labios. Sin perder más tiempo, se arrodilló delante de él, envolvió su miembro con la mano y lo apretó con suavidad, recibiendo un jadeo ahogado como recompensa.

Sus labios se acercaron a su glande e inhaló su perfume almizclado antes de deslizar la punta de su lengua por toda su longitud. Mientras su lengua lo torturaba, llevó la mano a sus testículos y los masajeó con estudiada levedad.

—Me vuelves loco —susurró a la vez que deslizaba la mano en su cabeza, enredando los dedos en su melena para imponer su ritmo y asumir el control, induciéndola a acogerlo en toda su dimensión.

Su excitación tuvo un efecto inmediato en ella y cada vez que emitía un gemido se humedecía de placer.

—Joder, Ainhoa, tu boca es deliciosa, pero quiero correrme en tu coño.

Ella tembló al escuchar su petición y, complaciente, lo obedeció. Él no perdió el tiempo y la sujetó por las caderas, elevando su trasero y poniéndola a cuatro patas.

—Luke —jadeó de necesidad mirándolo por encima del hombro, deleitándose con la visión de su cuerpo y de su poderosa erección.

Tuvo que cerrar los ojos de placer al sentir cómo la punta de su pene se deslizaba por su entrada, provocándola, preparándola para recibirlo.

Él la contemplaba embelesado, era perfecta y le hacía sentir cosas que nunca había experimentado, algunas demasiado inquietantes. Su gemido le hizo estremecer y ya no pudo contenerse. La sujetó con firmeza de las caderas y la penetró lentamente, disfrutando de su

estreches, de su calor. Siguió una cadencia destinada a enloquecerlos, entraba y salía, hundiéndose cada vez más en su interior, conduciéndolos a un clímax demoledor.

Capítulo 14

Con la respiración agitada, se dejó caer en la cama y la colocó sobre su pecho. Sus enormes manos acariciaron su espalda hasta llegar a su trasero, provocando que ella suspirara de satisfacción.

—Da miedo lo bien que se nos da esto —dijo Ainhoa depositando un beso en su torso a la vez que se acurrucaba más sobre él.

—Se nos da de maravilla. —Estuvo de acuerdo—. Creo que nunca tendré suficiente. Siempre querré más —añadió y el temor a perderla en cualquier momento lo invadió. Sabía que, cuando solucionara lo que fuera que la había llevado hasta allí, se iría y nunca más la volvería a ver. Esa certeza le causó un doloroso vacío en el pecho.

—¿Qué tal el asunto familiar que te trajo hasta aquí? —preguntó sin poder evitarlo.

La pregunta provocó que se tensara aunque, al instante, se relajó. Su abuelo le había comentado que estaba orgulloso de ella y que no pretendía ocultárselo a nadie, menos aún, a su amigo.

—Hmmm… se puede decir que lo he solucionado. —Se incorporó y lo miró a los ojos—. Creo que lo mejor será que te lo explique todo, de alguna forma estás involucrado. —Pudo ver el desconcierto en su cara y pensó que sería necesario contarle todo desde el principio. Se levantó en busca de su móvil. Le enseñaría la foto que lo desencadenó todo.

—¿Dónde vas? —inquirió ansioso al verla agacharse a por su ropa. Había cogido su teléfono y volvía a la cama con una sonrisa en los labios. Dejó salir el aire que había retenido.

—Te quiero enseñar esto. —Le pasó el aparato.

—¡Pero si es una foto de Iñaki! —exclamó más confundido que antes.

—Sí, mi abuela era la prometida de Iñaki antes de que viniera a Estados Unidos, pero le hicieron creer que estaba muerto. Y cuando vio esta foto, cincuenta y seis años después, tuvo la certeza de que se trataba de él, del único amor de su vida, del padre de su hija. —Se emocionó al pensar en su madre.

—Joder, joder. ¿Me estás diciendo que tú eres nieta de Iñaki?

Ainhoa no pudo evitar reír al ver su cara de espanto. Él no tardó en recuperarse y la avasalló a preguntas, y ella las respondió con todo lujo de detalles. Había merecido la pena cada esfuerzo. No solo había encontrado a su abuelo, también había conocido a personas maravillosas como Irune, su marido y Luke. Su corazón se encogió al pensar en él. No estaba segura de lo que significaba para ella.

—El parecido con tu abuela es impresionante. Ahora entiendo la

reacción de Iñaki al verte. —Sonrió al acordarse de su metedura de pata—. Cuéntame más. Quiero saberlo todo.

Ella lo hizo y él absorbió cada una de sus palabras. Estaba alucinado con la forma en la que el destino había jugado con la vida de Iñaki y Begoña; bueno, el destino y Sharon. Ella tuvo un papel decisivo en su desencuentro. Mientras le contaba lo que había sucedido por la mañana, dejó escapar la trama que había urdido para endosarle a su amigo un hijo que no era suyo. La historia era un culebrón mexicano y él temía que fuera solo la punta del iceberg. Una mujer como Sharon no se tomaría bien que su exmarido pregonara a los cuatro vientos que tenía otra familia.

Se quedó sin aliento al pensar en Gia. Se había llevado a la cama a las dos nietas de Iñaki, a pesar de que una de ellas no lo era. Le había prometido a Ainhoa que no abriría la boca porque ella le había revelado ese secreto en un descuido.

En este momento fue consciente de que estaba a punto de perderla, ya nada la retendría en Boise. No podía permitírselo, todavía no.

—No pensarás irte ahora que acabas de encontrar a tu abuelo, ¿verdad? Le has devuelto la alegría y sería un palo muy grande para él perderte ahora. —«Y para mí también», pensó para sus adentros.

—Me quedaré todo lo que pueda, tengo que vigilar que sigue el tratamiento con el traumatólogo. Me abuela quiere que lo deje como nuevo. —Soltó una risita.

Él también sonrió. Conociendo a su amigo como lo conocía, sabía que esa misión no sería tan simple como ella se pensaba. Respiró aliviado y la besó con suavidad. Una vez, dos veces, hasta que el beso se volvió intenso y reavivó las llamas del deseo.

—No me tientes. Debo irme —dijo Ainhoa escapando de sus brazos. Por mucho que le encantara estar allí, tenía que llamar a casa. Su abuela la estaría esperando y no se dormiría hasta que no hablaran.

No fue fácil salir de la cama. Luke era muy convincente.

Una vez en su habitación, y después de una rápida ducha, llamó a su abuela. Eran las doce de la noche en España y se sintió culpable por haberla hecho esperar tanto tiempo.

—Por fin me has llamado, estaba que me iba a dar algo. ¿Has hablado con tu abuelo? ¿Ya le has contado la verdad?

—Hola, abuela, siento no haber llamado antes. ¿Está Marga contigo? —preguntó para asegurarse de que no estaba sola al enterarse de la noticia. Temía que se pudiera desmayar de la emoción y hacerse daño.

—Sí, está aquí. Ahora, deja de hacerme sufrir y cuéntame lo que ha pasado.

Ainhoa buscó las palabras correctas para explicarle todo sin hacerle

demasiado daño. Ya no tenía sentido ocultarle que su abuelo se había casado. Los motivos por los que lo había hecho eran los causantes de su separación y tenía que saberlo. La escuchó en silencio y varias veces llegó a pensar que se había desfallecido. Cuando terminó, siguió sin escuchar ningún comentario por su parte.

—¿Estás bien, abuela? —preguntó preocupada.

—Sí, mi vida. Estaba segura de que nuestro amor resistiría al paso del tiempo. ¿Cuándo podré hablar con él? —dijo con una tranquilidad que la dejó a cuadros. Esperaba que la emoción la embargara y que se deshiciera en un mar de lágrimas.

—Mañana hablarás con él. Ahora descansa, es tarde. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, cariño. Estoy bien. Te quiero muchísimo, mi niña.

—Yo también te quiero, abuela —confesó con voz entrecortada—. Ahora, pásame con Marga.

—Soy yo. Lo he escuchado todo, tu abuela había puesto el manos libres. Espera un momento que lo voy a quitar. —Oyó que su abuela le decía algo, pero no pudo comprenderlo—. Ya está, se ha ido a acostar. La veo muy entera después de todo lo que ha escuchado, lo estará procesando. Qué fuerte, yo todavía estoy que flipo.

—Imagínate yo, que estoy aquí. Ha sido una mañana de lo más movida, y eso que todavía no sabes lo mejor.

Le contó los pormenores de su encuentro con Gia.

—Así que el buenorro de Luke se ha cepillado a las dos primas —dijo de guasa.

—Qué bruta eres —la reprendió molesta, aunque no pudo evitar reírse por lo absurdo de la situación—. Aunque si lo conocieras, no cabríamos todas en su cama —añadió siguiéndole la broma.

—Jo, no digas eso, porque sé que luego me dejarás a dos velas.

Se partieron de risa. Pero ella tenía razón, no la dejaría acercarse a él ni dos milímetros y, si lo hiciera, la dejaría calva.

—Hablemos de cosas serias. ¿Qué tal las cosas con Max? —preguntó en un tono preocupado. Se hizo un silencio al otro lado de la línea y supo que había caído otra vez.

—Hey, no te sientas culpable. Quisiera disculparme por cómo reaccioné cuando me lo contaste. —Soltó el aire que había retenido—. Al conocer a Luke he entendido lo que es desear a alguien sin importarte nada ni nadie. Creo que si él estuviera casado me daría igual —añadió.

—Oh, amiga, no sabes lo aliviada que me siento. Me dolía que pensaras que era una persona débil y sin carácter —confesó emocionada.

—¿Y cómo estás?

—Bien, al acostarnos él rompió su promesa y pude presionarle un

poco más. Ahora me va a trasladar a la tienda del centro. Creo que, a partir de ahora, conseguiré mantenerme alejada de él. Ya sabes, corazón que no ve, ojos que no sienten.

Estuvieron hablando un ratito, la diferencia de huso horario era considerable y prefirió dejar dormir a su amiga. Ahora faltaba contarle la historia a Irune, que era otra que seguía los acontecimientos con interés. Aprovechó la hora de la cena para ponerles al día. Su marido también era un cotilla y quería saber hasta el más mínimo detalle. Eran buenas personas y se sentía afortunada por haberlos encontrado, hubiera sido imposible llevar a cabo la misión sin su ayuda.

En el silencio de su habitación se tumbó en la cama e hizo balance de todo lo que había ocurrido desde que inició la odisea. Habían pasado muchas cosas en tan poco tiempo, por primera vez se sentía agotada física y emocionalmente. Ahora le preocupaba su relación con Luke, no quería sufrir cuando todo se acabara. Sus ojos se llenaron de lágrimas solo de pensar en dejarlo atrás. Sabía que no estaba enamorada, era imposible. Lo conocía desde hacía tres semanas y el amor a primera vista era una excusa de las puritanas para acostarse en la primera cita. Ella no necesitaba ese argumento, era una mujer moderna y cogía lo que quería cuando le apetecía.

Decidió que lo mejor era no pensar y dejarse llevar por el momento, hasta ahora todo estaba yendo sobre ruedas. El universo había decidido alinearse para que los acontecimientos fluyeran de forma natural y encadenada. En un pispás su abuelo estaría recuperado y ella volvería a su país con el corazón intacto.

Mientras Ainhoa ordenaba sus ideas, al otro lado de la ciudad Sharon interrogaba a su nieta y exigía respuestas.

—Gia, ¿te has encargado de lo que te pedí?

—Sí, he ido a ver a Luke y no te puedes ni imaginar lo que descubrí. Cuando llegué a su casa se estaba preparando para salir, estaba claro que iba a ver a una de sus mujerzuelas. Por poco no me echa, ¿te lo puedes creer?

—Deja de contarme tus dramas. Solo me interesa lo que has averiguado de la muerta de hambre —dijo Sharon con altanería.

—Se llama Ainhoa, es española y el abuelo está encantado con ella. Y no solo él, la muy cerda esta liada con Luke.

—Quiero que te acerques a tu abuelo y no le quites ojo. Mantenme informada de todo.

—No sé por qué te preocupas por el abuelo. ¿Qué podría hacer ella con él?

—No hagas preguntas. Solo haz lo que te digo.

Sharon tenía una sospecha y no descansaría hasta averiguar si estaba en lo cierto.

A la mañana siguiente se presentó temprano en la casa de Iñaki. Sabía que estaría nervioso y no quería prolongar su estado de ansiedad.

—Hola, abuelo, buenos días —lo saludó al entrar por la puerta principal. No estaba en el salón y tampoco lo encontró en su saloncito —. Abuelo —volvió a llamarlo.

—Estoy aquí —respondió a la vez que salía de su habitación.

Ainhoa sonrió al verlo, se había puesto su mejor ropa. También se había peinado e, incluso, se había perfumado. Estaba guapísimo, a su abuela le iba a dar algo.

—Estás muy guapo —afirmó besándolo en la mejilla.

—¿Crees que le gustaré a Begoña? —preguntó inseguro.

—Se volverá loca. —Puso ojitos provocando que él se sonrojara—. ¿Preparado?

Su abuelo tragó saliva y le respondió con un movimiento de cabeza afirmativo. Era normal que estuviera así, su abuela también estaría subiéndose por las paredes. El día anterior había acordado con Marga no dejarla sola, temían que le diera un patatús de la emoción.

Lanzó una sonrisa tranquilizadora a Iñaki y procedió con la videollamada. El rostro de su abuela inundó la pantalla, estaba guapísima. Parecía que iba a una boda, hasta se había hecho la manicura.

—Hola, mi vida. ¿Estoy bien así? —Apartó el teléfono para que la viera de cuerpo entero—. Han pasado muchos años, ya no soy la que era. ¿Crees que le gustaré?

Ainhoa sintió pena por los dos. Les habían robado cincuenta y seis años de sus vidas.

—Estás más guapa que nunca, abuela. Lo dejarás con la boca abierta. —Le sonrió insuflándole todo su amor—. Te paso con él —dijo y, antes de entregarle el teléfono a su abuelo, le tiró montones de besos con la mano.

Se quedó impactada con la escena. Ambos se miraban sin decir nada, el amor que transmitían traspasaba la pantalla. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó la mano al corazón. Un amor así no se veía todos los días.

Estaba esperando expectante a que intercambiaran sus primeras palabras, pero se quedó con las ganas. Su abuelo le dio la espalda y entró en su saloncito cerrando la puerta a su paso, dejándole claro que ese momento era solo de los dos. Frustrada se dirigió a la cocina para prepararse el desayuno. Le gustaría ser una mosca para poder escucharlos.

Ya habían pasado dos horas y su abuelo seguía encerrado en la habitación, estaba que se tiraba de los pelos. Tuvo que controlarse

varias veces para no escuchar detrás de la puerta. Encima no tenía su teléfono para distraerse con otra cosa. Para no volverse loca decidió ir a jugar con Hulk. Se estaba preparando para liberarlo de sus cadenas cuando vio un coche asomarse por el camino. El animal se puso en alerta y, al ver que el vehículo se acercaba, se puso a ladrar histérico. Por primera vez lo temió y, sin pensarlo dos veces, se apartó con cuidado.

Capítulo 15

El visitante inesperado no era otro que la Barbie oxigenada. Ahora entendía la reacción del animal. Detectaba a las arpías a distancia.

—Hola —saludó por educación.

Ella la ignoró y, después de maldecir al perro, se dirigió a las escaleras que llevaban al porche. Ainhoa salió corriendo para adelantarla, tendría que avisar a Iñaki. No iba a permitir que esa bruja estropeara el momento más importante de sus abuelos.

—Espera un momento, que voy a llamarlo —dijo dejándola plantada en mitad del salón.

—¿Tú de qué vas? Yo no necesito que me anuncies, esta es la casa de mi abuelo y conozco bien el camino.

—Es por si te has olvidado. Como no vienes mucho —retrucó Ainhoa al tiempo que veía cómo la puerta del saloncito se abría dando paso a su abuelo. Le sonrió con cariño, pero no obtuvo respuesta. Perdió la sonrisa y una sensación amarga la invadió.

—No te preocupes, Ainhoa, es mi nieta. —Pasó a su lado sin apenas mirarla.

—Ya, la conocí ayer en la casa de Luke. —Se dio cuenta de lo que había dicho al ver la mirada divertida de su abuelo. Lo que ella no sabía era que su vecino le había hecho una visita el día anterior para enterarse de los pormenores de la conmovedora historia. Él asintió como si no conociera ese detalle.

—Hola, Gia. ¿Otra vez por aquí? —preguntó a la vez que la abrazaba con afecto.

—Hola, abuelo. Es que ayer te vi muy inquieto. Quería comprobar que estabas bien. —Le tendió una caja de dónuts rellenos de crema. La muy fresca estaba comprando la sonrisa de su abuelo con azúcar. No podía soportarlo, los celos la estaban corroyendo por dentro—. Ainhoa, tráenos un café, quiero disfrutarlos con mi abuelo preferido.

—Qué mentirosa eres. Si no me soportas —respondió Iñaki con una mueca de falso disgusto.

—No te quedes ahí parada. Es para hoy —pidió Gia con tono autoritario.

Lo que faltaba. Ahora la trataban como si fuese una chacha. Se dirigió a la cocina como alma que lleva el diablo. Que Gia la tratara así lo esperaba, era igual de desagradable que Sharon, pero lo que le hervía la sangre era que su abuelo se lo permitiera. ¿Esa era su manera de proclamar a los cuatro vientos que la quería, que estaba orgulloso de ella? Pues no la conocían. Puede que la hubiese pillado desprevenida y no hubiera reaccionado a tiempo para poner en su

lugar a la Barbie oxigenada… Pero de ahí a serviles. Que esperaran sentados.

Cogió su casco y las llaves de su moto y pasó por el salón sin ni siquiera mirarlos a la cara. Creyó oír a su abuelo llamarla, pero ni se inmutó. Estaba demasiado cabreada para pensar con claridad.

Sin darse cuenta tomó la dirección del rancho de Luke. El resentimiento le nublaba los sentidos. No era justo que él la tratara así, no después de todo lo que había hecho. Le dolía, le dolía demasiado, tanto que tuvo que reducir la velocidad porque las lágrimas empañaban su visión.

Estaba franqueando el portón de entrada cuando vio un jinete acercándose al galope. Era impresionante, parecían uno solo. Se detuvo para obsérvalo mejor y se sorprendió al ver que era su chico. Por poco no se le caen las bragas. Si ya era *sexy* por naturaleza, montado en ese portentoso y bello animal era… era orgásmico.

Se bajó de la motocicleta y se quitó el casco para esperarlo, sin perder detalle.

Luke estaba en los pastos que colindaban con el rancho de Iñaki cuando escuchó el sonido de una moto. Al momento pensó que era Ainhoa, la mayoría de sus visitantes venían sobre cuatro ruedas. Azotó su caballo para alcanzarla en el portón de entrada. Su sonrisa se ensanchó de oreja a oreja, ya era la segunda vez que lo buscaba. Sin embargo, su alegría se esfumó al verla deshacerse del casco. Tenía las mejillas húmedas, señal que indicaba que había estado llorando. Desmontó de un solo movimiento y se acercó para abrazarla.

—Hola. ¿Qué te ha pasado?

Lo miró sin entender el motivo del deje de preocupación en su voz. Hasta que estuvo lo suficientemente cerca para seguir con la punta de los dedos el rastro que habían dejado sus lágrimas.

—Ah, eso. No es nada —dijo avergonzada.

Había ido a su casa siguiendo un impulso. Pero no quería contarle el motivo de su disgusto, no lo entendería. Había que excavar hondo y exponer su alma. Su vida estaba marcada por la pérdida de seres queridos. Para una vez que pensó que había ganado, se llevaba un zasca. Su abuelo tenía prioridades y ella no era una de ellas.

—Si te ha hecho llorar es porque es algo importante. —La besó con suavidad en los labios provocando que su corazón latiera desbocado. Él la hacía sentirse especial—. Ven, vamos a dar un paseo. —La guio hasta el caballo.

Cuando se dio cuenta de sus intenciones opuso resistencia e intentó liberarse de su agarre.

—Ni loca me subo a ese bicho. —El animal respondió con un resoplido.

—Tranquilo, amigo. Ella no ha querido insultarte. —Lo acarició en

el cuello para tranquilizarlo—. Lo has enfadado, nena. No puedes llamar bicho a un purasangre.

Le daba igual que fuera purasangre, mestizo o lo que fuese, no pensaba acercarse.

—Pues discúlpate con tu amigo y dile que muchas gracias, pero prefiero ir caminando. —Se apartó al ver que él cogía el cabestro para acercarle el animal.

—De acuerdo, hoy no insistiré, pero tienes que superar este miedo. No hay nada más excitante que cabalgar por estos campos. —Abarcó con la mano toda la extensión de tierra.

Ella no estuvo de acuerdo y le sonrió con picardía.

—Pues yo conozco una cabalgada mucho más excitante que esta. —Se deleitó con su reacción, su mirada se había vuelto oscura y pecaminosa.

Luke la miró con ganas de desnudarla allí mismo, delante de los ojos de cualquiera. Se puso duro como una roca con solo recrear la imagen en su cabeza. ¿Cómo había pasado de querer consolarla por sus lágrimas a querer follársela sin descanso? Quizás era eso lo que ella quería, provocarlo para que no hablara del tema. En otro momento le hubiera dado igual, su polla tenía preferencia. Sin embargo, con ella todo era diferente, le importaban sus sentimientos. Quería verla feliz.

—Sígueme con la moto —pidió con voz queda y se subió al caballo con un ágil movimiento. Un movimiento que se complicó cuando se sentó: montar empalmado no era nada recomendable.

Ainhoa lo miraba atolondrada. No era justo que un hombre fuera tan perfecto. ¿Cómo un simple mortal podía pensar con objetividad teniéndolo cerca? Con su mirada oscura, con sus músculos marcados sobre la montura, con su sombrero de vaquero. Definitivamente era imposible pensar, y mucho menos con objetividad.

Lo siguió por un camino que desconocía, era más estrecho y conducía al bosque. Cuando llegaron a una rústica cabaña de madera se detuvieron. El paisaje quitaba el aliento y los sonidos que emitía la naturaleza eran embriagadores. Cerró los ojos por un instante y pudo escuchar el murmullo de un riachuelo; debía de ser de tamaño considerable por el sonido que emitía.

Sintió un suave cosquilleo en sus labios y abrió los ojos para encontrarse con una mirada que la hacía sentir cosas que no comprendía. Cosas que temía y, a la vez, anhelaba. Él no dijo nada, solo le sonrió con esa sonrisa de medio lado que le aceleraba el corazón. A continuación, la cogió de la mano y la guio por un caminito que bordeaba la cabaña. No estaba equivocada: detrás de la construcción se podía ver el riachuelo, era más pequeño de lo que había pensado.

Luke la condujo a un pequeño muelle de madera rústica. Era el sitio al que acudía cuando estaba estresado y en verano solía meter los pies en el agua. Era refrescante y tranquilizador a la vez. No entendía por qué quería compartir con ella sus rincones especiales, era como si quisiera que se enamorara de ellos como lo había hecho él.

—Quítate los zapatos —pidió antes de que se sentaran.

Ainhoa miraba todo maravillada, nunca había tenido tanto contacto con la naturaleza. La verdad era que su única experiencia en el campo había sido practicar senderismo por la sierra de Córdoba con sus compañeros del gimnasio.

—Jo, está helada. —Sacó los pies apresurada.

—No está helada, es solo la primera impresión. Vuelve a meterlos.

Lo hizo y ya no la sintió tan fría, era agradable. La corriente masajeaba los pies y la sensación de relajación no tardó en llegar.

—Ahora, cuéntame lo que ha pasado —pidió mirándola con una intensidad abrumadora. Tenía la sensación de que podría acceder a su alma.

—He ido a ver a Iñaki esta mañana y le he puesto en contacto con la abuela. Tendrías que haberlo visto, fue conmovedor. Y estaban tan guapos, se habían vestido con sus mejores galas. Pero todo se torció con la llegada de Gia, no la soporto.

—¿Habéis discutido? —preguntó preocupado.

—No, solo me trató como la chacha. Aunque era de esperar, es clavadita a la bruja de su abuela. Lo que me dolió fue que Iñaki no me defendiera y me tratara como si no fuera nadie para él. —Volvió a sacar los pies del agua, estaban anestesiados—. Me había dicho que estaba orgulloso de que yo fuera su nieta y que quería gritarlo a los cuatro vientos. Mentía, se avergüenza de nosotras y nos quiere mantener ocultas —respondió en un hilo de voz.

—Joder, nena. La culpa es mía. Hablé con tu abuelo ayer y le aconsejé que fuera prudente. Una mujer que obliga a un hombre que está enamorado de otra a casarse con ella a base de engaños es capaz de cualquier cosa.

Ainhoa pensó en sus palabras y se sintió horrible por el comportamiento que había tenido con su abuelo. Luke tenía razón. Sharon era una mujer orgullosa y ambiciosa, no le iba a sentar nada bien que se supiera la verdad.

—Tengo que irme, Iñaki estará preocupado. Cogí la moto y me marché sin despedirme —dijo a la vez que se ponía las botas.

Luke no pensaba dejarla ir a ninguna parte, menos ahora que el momento de crisis había pasado.

—No tienes por qué irte, llámalo. Ayer le dejé un móvil. Se ve que piensa llamar a tu abuela a todas horas. —La acercó a su cuerpo y la abrazó—. Además, me debes una cabalgada —le susurró al oído con

voz ronca.

—No tengo mi teléfono —jadeó de placer al sentir un mordisco en el cuello.

—Usa el mío. —Le tendió el aparato con la llamada en curso y, mientras ella hablaba con su abuelo, le acariciaba los pechos bajo la camiseta. Sus caricias eran cada vez más atrevidas y tuvo que colgar al no ser capaz de decir una palabra coherente.

—Luke —gimió cuando le capturó un pezón con los labios.

—No tienes ni idea de lo mucho que te deseo. No puedo estar cerca de ti sin tocarte, sin sentirte. Me tienes embrujado, nena.

El móvil se quedó olvidado en el suelo de madera mientras él la alzaba en brazos y la llevaba a la cabaña. Pensaba hacerla gritar de placer.

Ya era bien entrada la noche cuando Ainhoa llegó a su casa. Había pasado una tarde maravillosa al lado de Luke. Después de enseñarle sus dotes como amazona, la había llevado a pescar. Y había disfrutado como una enana, a su lado todo era una aventura; bueno, una aventura regada de sexo desenfrenado. Estaba empezando a desear una vida así, una vida con él. Pero sabía que era solo un deseo, un deseo imposible. No podía abandonar a su abuela y su chico no sería feliz en otro lugar. No había futuro para ellos, solo estos momentos que atesoraría durante toda su existencia.

¿Sería esto la antesala del amor? ¿Sería amor el sentimiento que se estaba fraguando en su corazón? No podía dejar que eso pasara, tenía que protegerse. Pero ¿cómo? Esa simple pregunta estuvo dando vueltas en su cabeza hasta las tantas de la madrugada. Se durmió vencida por el cansancio y sin encontrar respuesta.

Al día siguiente se presentó a su hora en la casa de su abuelo, deseaba disculparse como era debido. Cuando habló con él por teléfono sufría enajenación mental, ni se acordaba de lo que le había dicho.

—Hola. Siento lo de ayer —dijo su abuelo nada más la vio subir por las escaleras.

—No te preocupes. Luke me lo ha explicado y tiene razón. Sharon no se lo tomará bien, hay que paliar los daños colaterales.

—Ya estoy en ello, en breve dejaremos las cosas claras. Ahora tenemos un tema primordial. Tu abuela me ha amenazado con no hablarme más si no empiezo con la rehabilitación. No me acordaba de que fuera tan mandona.

Ainhoa soltó una carcajada, un día de charla y ya parecían un matrimonio. Era increíble lo que una persona era capaz de hacer por amor.

—Y lo que te queda por ver, abuelo. —Le sonrió y se encargó de pedirle la cita. La consiguió para el miércoles de la semana siguiente.

El tiempo pasaba rápido y cada día su partida estaba más cerca.

Capítulo 16

Su abuelo se había metido en su saloncito y eso indicaba que estaba hablando con Begoña. Ahora pasaba de ella y se sentía perdida, se había acostumbrado a tenerlo pegado a su espalda mientras ejecutaba las tareas.

A media mañana ya tenía todo arreglado y se subía por las paredes de aburrimiento. Le hubiera gustado llamar a Luke, pero se contuvo, los dos últimos encuentros los había propiciado ella. Había que dar tiempo a que la otra persona la echara de menos. Esa era una regla de oro y pensaba mantener sus manos quietecitas, nada de llamadas ni de visitas inesperadas.

El ruido del motor de un coche la liberó de sus divagaciones. Se asomó al porche con la esperanza de ver la camioneta de Luke. No tuvo suerte, una vez más era la Barbie oxigenada. La veía hasta en la sopa, iba a empezar a tener pesadillas. Quizás debería de soltar a Hulk, su amigo estaba deseando hincar el diente en algo. Sería divertido verla corriendo campo a través para librarse de un mordisco en el trasero.

—¿Quieres dejar de hacer el vago y ayudarme con esto? —ordenó la arpía de malos modos.

Ainhoa la ignoró y siguió disfrutando de su chocolate caliente mientras la veía hacer malabares con un montón de bolsas que estaban en el maletero del coche. Solo había una palabrita mágica capaz de hacerla moverse de allí y dudaba mucho que ella la fuera a decir o que siquiera la conociese.

—Eres una incompetente. Te estás aprovechando de la buena fe de mi abuelo. Yo que tú no me reiría tanto. Haré que te ponga de patitas en la calle.

—¡Qué miedo! Mira mis arrugas de preocupación —le respondió con sorna.

—Te crees muy especial, ¿no? Piensas que porque te acuestas con Luke lo tienes todo asegurado. Pero, entérate bien, eres solo un polvo fácil. Se cansará de ti y te tirará a la basura, que es de donde nunca deberías de haber salido.

Ainhoa lo vio todo rojo y no se lo pensó dos veces. Se dirigió a la caseta de Hulk que, como de costumbre, ladraba como si estuviera poseído. Se agachó y sujetó la cadena por la parte que se enganchaba en el suelo; tenía dos mosquetones, uno que lo ataba al gancho que estaba clavado al suelo, y otro a un cable que iba de una punta a otra de la casa. Esto, sumado a la extensión de la correa, permitía al perro un amplio margen de movimiento. La bruja se iba a llevar el susto de

su vida.

—Has firmado tu sentencia de muerte, Barbie oxigenada. Tienes tres segundos para montarte en tu escoba y salir de aquí volando o serás comida de perro —gritó y, tras contar hasta tres, liberó a Hulk.

Gia se quedó paralizada durante un segundo pero, cuando vio que el animal avanzaba como si fuera a destrozarla, tiró las bolsas al suelo y prácticamente voló hasta su vehículo.

Una vez fuera de peligro, se dio cuenta de que Hulk no la hubiera alcanzado, la sujeción no se lo permitía. Con el cuerpo descompuesto y la cara más blanca que la de un fantasma, accionó el botón de la ventanilla con los dedos trémulos:

—Estás loca —gritó casi sin aliento.

—Esto es para que aprendas a no insultarme más, la próxima vez lo libero del todo. —Se acercó al animal y posó la mano en su lomo para tranquilizarlo—. Si te queda alguna neurona en esa cabeza oxigenada que tienes no aparezcas por aquí los lunes, los miércoles ni los viernes. Si no, atente a las consecuencias.

—Esto no se va a quedar así —respondió mirándola con odio antes de encender el coche.

Todo su cuerpo temblaba de impotencia, de rabia. Nadie se había atrevido a hacerle una afrenta tan grave nunca, menos aún una empleaducha de tres al cuarto.

Ainhoa sonreía satisfecha. Había puesto a la Barbie en su sitio. Dudaba de que volviera a aparecer por allí los días que le correspondían. Que su abuelo se buscara una buena excusa, ella no pensaba respirar el mismo aire que la pija emperifollada.

Volvió a poner la cadena de Hulk en el punto fijo, después recogió las cinco bolsas que estaban esparcidas por el suelo y entró como si no hubiera roto un plato en su vida.

Su abuelo llegaba al salón en ese momento y miró las bolsas con el ceño fruncido.

—¿De dónde ha salido eso?

—Papá Noel se ha adelantado. —Dibujó una sonrisa inocente—. Vamos a ver lo que te ha traído.

—¿De dónde han salido todas estas bolsas, Ainhoa? —volvió a preguntar.

—Ya te lo he dicho, del hombre de la barba blanca. Ese que va vestido de rojo y viaja por todo el mundo repartiendo felicidad —respondió soltando una risita. Después de lo que le había hecho a Gia estaba de un humor excepcional.

—Niña, no sé qué te has tomado esta mañana, pero no lo hagas más. Estás de lo más rara.

—No te preocupes, abuelo, me he tomado un chocolate caliente. —Rio por su ocurrencia—. Vale, te los ha traído Gia —confesó al final

para que se tranquilizara. Por lo menos hasta que se enterara de lo sucedido.

Le había comprado un Mac Pro de última generación, además de ropa, calzado y productos de higiene personal. Estaba impresionada, todo era de marca. La tipeja debía de estar forrada. No como ella, que buscaba gangas en los *outlets*.

—¿Siempre te compra la ropa? —preguntó invadida por la curiosidad.

—Algunas veces, principalmente en los cambios de estación. Pero es una exagerada y no me quedará vida para poner toda la ropa que me ha comprado.

—Bueno, por lo menos ha acertado con el ordenador, ¿no? —dijo sin poder ocultar los celos.

—No estés celosa, niña. Ayer le comenté que necesitaba comprar uno y me ofreció el suyo, dijo que no lo usaba. —La miró—. No es mala chica, lo que pasa es que mi exmujer le ha llenado la cabeza de paja. Es la única de mi familia que se preocupa por mí.

Sus palabras hicieron que se arrepintiera de lo que había hecho, aunque su arrepentimiento solo duró unos segundos. Nunca había permitido que nadie la pisoteara y no iba a empezar ahora. Si Gia estuviera dispuesta podrían hacer borrón y cuenta nueva. Pero que no se equivocara, a la primera de cambio le daría su merecido.

La mañana pasó con ella esperando que la bomba explotara. Incluso llegó a escuchar cómo sonaba el nuevo móvil de su abuelo. Sin embargo, se fue sin que nada sucediera. Le parecía muy raro, pensaba que la bruja reina aparecería por allí en persona para vengar a su nieta.

Eso no le gustaba nada. Temía a las personas que creían que la venganza era un plato que se servía frío. Ella era impulsiva y no guardaba rencor, una vez solucionado el tema pasaba página. Esperaba que Gia fuera así.

Esa tarde quiso darle una sorpresa a Irune y a su marido preparándoles la cena. Su especialidad, tortilla de patatas. Cuando cruzaron el umbral de la puerta ya sabían lo que les estaba preparando.

—Como esté buena, ya no te dejaremos volver a España —prometió Irune mirando la enorme tortilla con ojos golosos.

Ainhoa le sonrió y, mientras su marido se duchaba, pusieron la mesa.

—¿Qué tal va todo con los tortolitos?

—Ya me gustaría a mí saberlo. Se mete en su saloncito y se pasa allí toda la mañana. Cuando sale tiene una sonrisa de oreja a oreja, pero no suelta prenda. A ver si la abuela me cuenta algo.

La charla durante la cena fue amena y la tortilla triunfó. Phil acabó

suplicándole que enseñara a su mujer a prepararla. Después recogieron la cocina entre todos y bajaron al sótano como todas las noches. Allí, además de un pequeño gimnasio, había una tele gigantesca, un billar y un futbolín. En esta ocasión se decantaron por el billar y estaba recibiendo una paliza de los dos.

—Este fin de semana es el cumpleaños de Jeffrey, le daremos una fiesta sorpresa y estás invitada. Vendrás, ¿no? —preguntó mientras veía cómo la bola blanca se deslizaba por el tapete con suavidad, alcanzaba su objetivo y la eliminaba de la partida.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada —dijo con efusividad a pesar de la aplastante derrota.

La invitación era la respuesta a su pregunta de la noche anterior. Necesitaba una distracción —no en plan sexual, en eso sería fiel a la palabra que le había dado a Luke—, porque cuanto más tiempo pasaba con él, más exponía su corazón.

Una vez en su cama el sueño tardó en llegar y cuando lo hizo estaba agotada de tanto dar vueltas.

A la mañana siguiente se despertó casi las once, no iría a ver a su abuelo. Esperaba que Gia se hubiera creído su amenaza y aprovechara los días en los que no trabajaba para visitarlo. Sentía curiosidad por saber su versión de los hechos, seguro que dramatizaría la historia, convirtiéndola en una asesina en serie. Apartó esos pensamientos de su cabeza y decidió dar un paseo por el parque que estaba cerca de la casa de Irune. Se tomaría el día con calma, disfrutando de su propia compañía.

Había ido caminando hasta Boise Greenbelt, un sendero arbolado situado a lo largo del río que se extendía desde el Área de Recreación Estatal Lucky Peak hasta West State Street y South Eagle Road. Al llegar descubrió que se podían alquilar bicicletas por cinco dólares la hora. También se enteró de que habían creado una búsqueda del tesoro, el mapa y las pistas se encontraban en un sitio web; la iniciativa pretendía incentivar a los visitantes a explorar el camino y aprender más sobre la historia de la ciudad. Le pareció una idea brillante y divertida. Si no fuera por la avanzada hora que marcaba su reloj, o por el calor sofocante que empezaba a hacer, no dudaría en lanzarse a la aventura.

Decidió que ya era suficiente y empezó el camino de vuelta. Ya estaba por la mitad del trayecto cuando su móvil empezó a sonar. Era Luke y por poco no empezó a pegar saltitos de alegría.

Respiró un par de veces antes de contestar y, poniendo una voz neutra, lo saludó:

—Hola, Luke.

—Estás loca. ¿Cómo pudiste hacerle eso a Gia? ¿Dónde estás? —Como no obtenía respuestas, añadió—: Esconderte no te va a servir de

nada, me vas a oír.

La decepción cayó como un jarro de agua fría sobre su cabeza. Ahora lo entendía todo. La arpía le había ido con el cuento al príncipe encantado y le había implorado que la defendiera de la bruja malvada que, en esta mierda de historia, era ella.

—En primer lugar, no tengo ni idea de lo que te ha contado Gia, pero seguro que ha distorsionado los hechos; en segundo lugar, no me escondo de nadie; y, en tercer lugar, ya que está claro que has tomado partido por la damisela en apuros, te diré una cosa: vete a la mierda. No tengo nada que hablar contigo.

Colgó furiosa y toda la rabia que sentía contra Gia la trasladó hacia él. Pero ¿quién se creía que era para hablarle así? Lo primero que tenía que haber hecho era preguntarle lo que había pasado. No hubiera tenido ningún problema en aceptar su parte de culpa si le hubiese dado la oportunidad de explicarse.

Al tiempo que volvía a casa cabizbaja y pensativa, Luke se rompía la cabeza para descubrir dónde vivía. Era increíble que ni su abuelo ni él lo supieran. Todavía no podía creerse que ella le hubiera colgado en sus narices. Principalmente después de todo lo que había pasado ayer.

Gia había llegado a su casa el día anterior sobre las doce del mediodía en un estado lamentable. Parecía que había visto la muerte. Después de vomitarle hasta el desayuno de la semana anterior, prácticamente se desfalleció entre sus brazos. Tuvo que meterse en la ducha con ella para librarse del pestazo que tenían encima. El baño la reanimó y por fin le pudo contar lo que había pasado. Él no podía creérselo, Ainhoa no sería capaz de achucharle un perro enfurecido. No obstante, la evidencia estaba allí, el estado en el que se encontraba la chica era real, el pánico que había visto en sus ojos al narrarle lo sucedido era real.

Ainhoa estaba muy equivocada si creía que se iba a librar de él. Iba a escucharlo, le echaría la bronca del siglo y, después, un polvo de reconciliación. Quizás se la follara primero, necesitaba tranquilizarse.

—Luke —lo llamó su capataz liberándolo de sus elucubraciones—. Un tal Jack ha telefoneado y me pidió que te diera esta dirección. —Le entregó el papelito con las señas.

—Gracias, Gorka. Estaré fuera toda la tarde. Si necesitas algo, soluciónalo tú mismo, no me llames —recalcó enérgico y, sin esperar respuesta, se montó en su camioneta y salió a toda marcha.

En quince minutos estaba llamando a la puerta de Phil.

Ainhoa salía de la ducha cuando escuchó el timbre. Pensaba ignorarlo, sin embargo, el molesto visitante no pensaba permitirlo. Se secó y se vistió lo más rápido que pudo.

—Joder, ¿es que no tienes educación? —gritó enfurecida mientras bajaba los escalones de la primera planta de dos en dos. En sus prisas

por librarse del molesto sonido ni se preocupó en mirar por la mirilla. Al abrir la puerta se topó con su torturador personal—. ¿Qué haces aquí? Creo que he sido clara cuando te dije que no tenemos nada de qué hablar —soltó a la vez que hacía fuerza con el hombro para cerrar la puerta.

—Tenemos mucho de qué hablar y lo haremos te guste o no —afirmó y, sin mucho esfuerzo, abrió la puerta y casi la tira al suelo.

Ella lo fulminó con la mirada. No quería hablar con él, no quería verlo más. Bueno, eso no era verdad. Lo que ella quería era que él colaborara en su intento de apartarlo de su lado, aunque por la determinación que veía en sus ojos sabía que no se marcharía hasta que no dijera todo lo que tenía en mente. Resignada, se cruzó de brazos y esperó con la barbilla en alto.

—¿Tienes idea de la tarde que pasé ayer por culpa de tu insensatez? No, ¿verdad? Pero te lo voy a explicar. Ayer Gia llegó a mi casa en un estado lamentable, vomitaba, temblaba y apenas podía articular palabra. Y cuando pudo hacerlo, me quedé de piedra con lo que me contó. —Respiró profundo para mantener la calma—. ¿Me puedes explicar que se te pasó por la cabeza para hacerle algo tan cruel? Podrías haberla matado —concluyó en un tono cansado.

Capítulo 17

Ainhoa se esperaba algo dramático, pero la actuación de la Barbie había superado sus expectativas.

—No fue para tanto. Solo le di una lección para que dejara de humillarme.

—¿Cómo que no fue para tanto? Le soltaste al perro encima —la interrumpió.

—Eso es mentira. Hulk estaba atado al cable y se detuvo a más de un metro de ella. ¿No te das cuenta de que su ataque de pánico no tiene que ver con el susto sino con el veneno que le corre por las venas? Es como Sharon, se creen mejores que los demás y piensan que pueden ir por la vida pisoteando y humillando a la gente. Luego, cuando las cosas no les salen bien, tienen pataletas.

Luke las conocía bien y podía imaginarse lo que había tenido que escuchar. Eran expertas en menospreciar a los que no consideraban de su misma clase. Y ahora, conociendo las dos versiones de los hechos, se veía obligado a darle la razón a Ainhoa. Gia era una niña mimada que estaba acostumbrada a salirse con la suya. Seguramente, habría sido la primera vez en su vida que alguien la puso en su lugar.

Y había sido su chica, su guerrera, la que le había dado su merecido. Con ella cualquier cosa podía pasar, era demasiado impulsiva y tenía un temperamento explosivo. A él le encantaba su manera de ser, estaba preciosa cuando se enfurecía. Pero eso no se lo podía decir, debería de tranquilizarla, no echar más leña al fuego.

—No puedes ir por ahí de justiciera. Ayer tuve que controlarla para que no presentara cargos contra ti. Además, está el tema del perro, no te quiero ver cerca de Hulk, es inestable y podría atacarte —recalcó con firmeza.

Eso para Ainhoa fue la puntilla, no se tomaba bien las órdenes. Y menos aún las de un hombre que conocía de dos ratos, y que estaba luchando por mantener alejado de su corazón con todas sus fuerzas.

—No eres nadie para decirme lo que debo o no debo de hacer —dijo en actitud desafiante. Sin embargo, al advertir la pena en los ojos de Luke, se arrepintió de sus palabras. Lo consideraba su amigo y sabía que su preocupación era sincera. Pero no se disculpó, siguió mirándolo impávida.

Luke la miraba en busca de alguna señal de arrepentimiento, sus palabras le habían dolido. No esperaba que estuviera enamorada de él, ni mucho menos, pero que dijera con esa frialdad que no era nadie le había calado hondo. Quizás fuera mejor dejar las cosas como estaban y seguir con su vida de antes. Desde luego, tendría menos dolores de

cabeza.

—Tienes toda la razón, no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer. Adiós, Ainhoa.

La puerta se cerró con un suave clic. Un clic que ponía fin a lo que fuera que tenían porque, por el dolor que estaba sintiendo, estaba claro que no era solo sexo. Era mucho más que eso y lo había estropeado todo por no controlar su bocaza.

Parecía muy valiente a la vista de los demás pero, en el fondo, era una cobarde, siempre controlando y catalogando los sentimientos, urdiendo estrategias y planes para no sufrir. Sabía muy bien que no se podía evitar lo inevitable. Lo había experimentado con el fallecimiento de su padre y, después, con la enfermedad de su madre y su posterior muerte. Ni su promesa de dejarse llevar por el momento había impedido que volviera a tropezar con la misma piedra.

Subió a su habitación, se tumbó boca arriba en la cama y buscó en su móvil la canción *My Love* de Sia, ahora podía llorar a gusto. La letra tenía algo que le tocaba el alma y esta vez la sintió como nunca lo había hecho.

Esa noche no bajó a cenar con sus anfitriones, ni tampoco llamó a casa. Quería estar sola, quería regodearse en su dolor. Había que purgarlo para liberarse.

Otro día asomaba en el horizonte y, a pesar de la resistencia de su cuerpo a levantarse, se puso de pie y se dirigió al cuarto de baño como una zombi. La cara que se reflejaba en el espejo estaba hinchada y tenía unas ojeras de campeonato. Ni todos los potingues del mundo lo solucionarían.

Hizo lo que pudo y con una ropa acorde con su estado de ánimo, o sea, totalmente negra, se marchó a casa de su abuelo.

Una vez allí lo encontró hablando con su abuela. «¿Es que se pasan todo el día enganchados al teléfono?», refunfuñó malhumorada.

Cuando la vio acercarse, susurró algo a su abuela y colgó.

—Hola, mi niña. No tienes buen aspecto. Es por lo que pasó anteayer con Gia, ¿verdad? Luke me lo ha contado.

—Buenos días, abuelo. Si ya te lo ha contado él, no hace falta que te lo vuelva a explicar —dijo de forma áspera y huyó al cuarto de la colada. No estaba de humor para entablar conversaciones.

—No me hables así, soy tu abuelo y merezco respeto. Sé que Gia te provocó, como también sé que serías incapaz de hacerle daño.

«No estés tan seguro, abuelo. Ahora mismo le arrancaría la lengua por mentirosa y manipuladora», pensó mientras volvía a entrar en la cocina, donde su abuelo la esperaba.

—Lo siento. Me he levantado con el pie izquierdo. —Se acercó y depositó en su mejilla el beso que le había negado cuando llegó.

—Debes de tener paciencia, Ainhoa. Pronto se sabrá la verdad.

—Lo intentaré, pero no voy a dejar que me pisotee. Como me provoque me va a encontrar.

Su abuelo no puedo evitar soltar una carcajada.

—Tu abuela me contó que te pareces a mí, sacamos la escopeta y luego pedimos perdón —sus palabras le sacaron una sonrisa de los labios —. Bueno, te dejo, que voy a seguir hablando con Begoña.

—¿De qué habláis tanto? —preguntó sin poder contener la curiosidad.

—Hija, tenemos cincuenta y seis años de conversaciones pendientes.

Se alegraba muchísimo de haber propiciado este reencuentro. Y debería de tenerlo siempre presente. No se trataba de un viaje para que ella confraternizara con su abuelo o para que conociera al hombre de su vida. El objetivo era encontrar el amor perdido de su abuela, lo demás era secundario. Tendría que controlar su carácter y dejar sus sentimientos a un lado o estropearía lo que ambos habían conseguido.

Las agujas del reloj avanzaban y ella seguía cabizbaja. Necesitaba hablar con alguien. Cogió su teléfono y llamó a su amiga Marga.

—Hola. Estábamos preocupadas por ti. Ayer no diste señales de vida.

—Uff, si tú supieras la que he liado —dijo antes de contarle su hazaña.

Su amiga se partía de risa. Pero cuando empezó a enumerar una serie de torturas, cada una más espeluznante, para que ella tuviera opciones en sus futuras venganzas, se sintió como un angelito.

—Pero hay algo más, ¿verdad? No estás así solo por eso —inquirió tras un rato de silencio.

—He metido la pata con Luke. Bueno, no pasa nada, es mejor así. Total, dentro de nada me voy. Dejemos de hablar de mí. Cuéntame cómo van las cosas con Max.

—Creo que a partir de ahora todo va a ir bien. Dentro de unos días empiezo en la tienda del centro. Estoy ilusionada, allí tienen un volumen mayor de ventas y podré sacar mejores comisiones. Además de perder a Max de vista.

—Me alegro, amiga, Maximiliano ya es historia.

Siguieron hablando un ratito más, pero tuvieron que cortar. Marga había quedado con unos amigos y tenía que ponerse guapa. Hablar con ella le había levantado el ánimo, aunque ahora se sentía nostálgica. Se acordó de que al día siguiente ella también tendría un motivo para arreglarse y ponerse bella.

Su abuelo salió justo a la hora de la comida. Se preguntaba hasta cuándo seguirían así.

—¿Qué hay para comer? Me muero de hambre —preguntó

acercándose a los fogones para husmear—. Hmmm, albóndigas con patatas, me encantan.

Por suerte, la genética estaba de su parte y se mantenía delgado a pesar de estar inactivo y comer como una lima.

Este día almorzaron en silencio. Ainhoa había vuelto a sumergirse en su autocompadecimiento. Iñaki observaba cómo ella movía la comida de un lado a otro sin llevarse nada a la boca. Conocía los signos. Si a eso le sumaba el cabreo que tenía Luke cuando lo llamó el miércoles, no era difícil de adivinar lo que había pasado.

—¿Por qué no vienes mañana? Puedo pedirle a Luke que te enseñe el rancho. Estoy convencido de que te encantará.

—Gracias, abuelo, pero estoy segura de que Luke tiene cosas más importantes que hacer. —Agachó la mirada para que él no viera su malestar—. Además, mañana es el cumpleaños de Jeffrey, un compañero de Phil. Le darán una fiesta sorpresa y me han invitado.

—Bien, me alegro de que te diviertas un poco. Me siento mal por no poder llevarte de la mano.

—Ya lo sé, abuelo. Lo importante es que tú y la abuela os habéis reencontrado —dijo tragándose el nudo que tenía en la garganta—. Lo demás ya vendrá con el tiempo.

Iñaki la miró con pesar, sabía que no estaba bien. Y sospechaba que no era solo por tenerla oculta ante su familia. No obstante, no quería presionarla. Ya le contaría lo que quisiera cuando confiara en él.

—Ah, antes de que se me olvide. —Le entregó un sobre—. Te has ganado cada dólar, niña.

Ainhoa lo cogió y lo abrió. Se sorprendió al ver la cantidad: mil doscientos dólares por un mes de trabajo. No estaba nada mal. Pero no podía aceptarlo, no cobraría por cuidar de su abuelo.

—No lo puedo aceptar. El trabajo solo fue una excusa para acercarme a ti. —Le sonrió y le devolvió el dinero—. A pesar de lo gruñón que eres me gusta cuidarte.

Él se emocionó con sus palabras, sabía que su nieta tenía un corazón de oro, ya le había contado Begoña todo lo que había sacrificado con la enfermedad de Leire, su niña, su niñita, la que nunca iba a poder abrazar. Llevaría ese dolor en el alma hasta el día de su muerte.

—Lo aceptarás como un regalo. Y no admito un no como respuesta. Llevo veintisiete años de retraso y tengo que resarcirte.

Ainhoa no se hizo de rogar y aceptó el regalo, su economía estaba temblando y el dinero le iba a venir bien. Pensaba darse un capricho este fin de semana. Se fue a su hora. Si la situación fuera diferente no tendría por qué cumplir horarios, incluso había pensado en irse a vivir con él. En el poco tiempo que hacía que lo conocía había aprendido a quererlo.

Cuando llegó a la intersección que daba acceso al rancho, miró el camino que conducía a las tierras de Luke y sintió un vacío inmenso en el pecho. Era una sensación opresiva, le faltaba el aire.

Tardó unos minutos en recomponerse y, sin mirar atrás, puso en marcha su motocicleta.

Ainhoa no era la única que estaba pasándolo mal. Pero al contrario que ella, Luke no pensaba tirar la toalla. Le había dado muchas vueltas al tema y había llegado a la conclusión de que no tenía derecho a sentirse dolido con sus palabras. Ellos sabían a lo que iban desde el principio, era solo sexo. No obstante, él no estaba siendo sincero del todo. La quiso desde el primer momento en que la vio y cada paso que dio fue con la intención de enamorarla; deseaba que amara estas tierras como lo hacía él, que no fuera feliz en otro lugar que no fuera este, que sintiera lo mismo que él.

Por eso había reaccionado así, le frustraba que sus sentimientos no fueran correspondidos. Volverían a estar juntos, usaría todas sus cartas para enamorarla de tal manera que ya no pudiera estar sin él. Era un hombre obstinado y siempre conseguía lo que se proponía. Estaba seguro de que esta vez no sería diferente.

Pasó todo el día trabajando como un mulo para mantener la mente ocupada y por la noche decidió acercarse al rancho de su vecino para tener noticias de Ainhoa, le iba a dar ese fin de semana de respiro. El lunes volvería a la carga con todas sus fuerzas.

—¿Os habéis peleado por lo que pasó con Gia? —preguntó Iñaki. No pensaba interferir, pero al verlo desesperado por sacarle información decidió echarle una mano.

—No —respondió sin más.

—Pues parecía disgustada; bueno, en realidad, más triste que disgustada. Incluso intenté animarla con una visita por el rancho, pero me contó que ya tenía un compromiso para este fin de semana.

—¿Qué clase de compromiso? —inquirió poniéndose en pie de un salto.

—La han invitado al cumpleaños de un compañero de trabajo de Phil, al parecer le harán una fiesta sorpresa. —Tuvo que contener la risa al ver su cara.

La cosa marchaba bien, mejor de lo que se esperaba. Quería ver a su nieta feliz y Luke era como su hijo, le encantaría verlos juntos.

—¿Ha dicho el nombre del compañero? —preguntó entre dientes.

—Joffre, Geofrrey, algo así, ya no me acuerdo.

—Ya, es Jeffrey, lo conozco. Tengo que irme, llevo unas semanas sin tocar las cuentas del rancho y ya sabes cómo es esto.

Nada más salir de las tierras de su vecino volvió a ponerse en contacto con Jack, un antiguo compañero del instituto que ahora trabajaba con Phil. Él le había facilitado la dirección del bombero y


ahora lo invitaría a esa fiesta sorpresa. No pensaba dejarle el camino libre al rubiales.

Capítulo 18

Ainhoa tenía muchos planes para el sábado. Pensaba comprarse un vestido nuevo para la fiesta sorpresa del bombero, y también iría a la peluquería. Quería estar fantástica esa noche. Pensaba divertirse al máximo, necesitaba olvidar el vacío que se había instalado en su corazón.

Irune se ofreció a acompañarla y ella no pudo sentirse más agradecida. Estar sola era lo último que quería en esos momentos. Además, su amiga también necesitaba un modelito nuevo para la ocasión. El cumpleaños se celebraría en el rancho del cuñado de Jeffrey, que era unos de los hombres más ricos de la región. Sus fiestas eran muy concurridas y, a pesar de ser informal, había que estar a la altura.

Las dos disfrutaron de una tarde de chicas y retornaron a casa con las manos llenas de bolsas. Había gastado casi todo el dinero que su abuelo le había regalado. Debería de prohibirse la entrada de una mujer deprimida o despechada en un centro comercial. Era una ruina para cualquier bolsillo.

El momento había llegado y, tras arreglarse con esmero, se miró en el espejo para contemplar el resultado. Le gustaba lo que veía. El vestido era de corte asimétrico en color negro, la envolvía como un guante y dejaba a la vista sus estilizadas piernas. Unas sandalias Jimmy Choo de infarto completaban el *look*. Su pelo había sido cuidadosamente alisado y el maquillaje ahumado alrededor de los ojos intensificaba su mirada.

—*Wow*. Estás fantástica —dijo Irune al verla entrar en el salón.

—Tú también estás guapísima. El rojo es tu color.

—Estáis preciosas. Tendré que llevar una escopeta para espantar a los moscardones —bromeó Phil acercándose a su mujer. La miraba con orgullo y deseo. Ainhoa estaba segura de que esa noche su amiga iba a ver las estrellas.

El rancho estaba a cuarenta minutos de Boise y, al llegar, Ainhoa se quedó impresionada por el lujo del lugar. Phil le presentó a los más allegados y Jeffrey se encargó de presentársela a su hermana y a su cuñado. Ella le había hecho ir a su casa con la excusa de que se había quedado encerrada en el cuarto de baño; el pobre había llegado en pantalón corto y zapatillas de deporte. Por suerte, su atuendo fue sustituido por unos pantalones de vestir y una americana, estaba muy guapo. Qué pena que no la hiciera vibrar como Luke. Otra vez pensaba en él. No podía quitárselo de la cabeza.

—Espero que te guste. —Ainhoa le entregó el regalo al

cumpleañero.

—Joder, me encanta. ¿Cómo lo has sabido? —preguntó mirando con satisfacción el guante de béisbol. Era de una conocida marca de deporte.

—Dale las gracias a Phil, él es el culpable. —Le sonrió.

—Prefiero dártelas a ti. —La traspasó con la mirada y después posó sus labios en su mejilla, muy cerca de los de ella. No sintió nada, cero chispas.

No tuvo que mantener la sonrisa congelada por mucho tiempo. Como homenajeado era requerido continuamente por los demás invitados. La situación se estaba volviendo un poco violenta, era como si él diera por sentado que al acudir sola a su fiesta estaba disponible y, lo que era aún peor, disponible para él. Y eso no iba a suceder, solo quería pasárselo bien sin complicaciones.

Un par de horas después, estaba un poco achispada. Jeffrey continuaba en plan cazador, aunque como seguía estando muy solicitado, podía ir toreando la situación. El problema vendría más tarde, ya se lo estaba oliendo.

—Han contratado a un barman que hace unos cócteles divinos. Prueba este. —Irune le ofreció un cóctel de color azul eléctrico.

—Está bueno —dijo sorbiendo de la pajita—. Muy bueno. —Sorbió de nuevo. Y justo en este momento miró a su alrededor. Llevaba un rato sintiendo que estaba siendo observada, pensaba que era Jeffrey, pero en ninguna de las ocasiones lo había pillado mirándola.

—Oye, que era solo para que lo probaras. Devuélvemelo.

—Voy a por uno, pero primero tengo que ir al servicio. ¿Sabes dónde está? —preguntó a la vez que le devolvía la copa.

Ainhoa siguió las instrucciones de su amiga, aunque le extrañaba que la hubiera enviado a la planta de arriba. Una vez en el largo pasillo, buscó la tercera puerta de la derecha. Y allí estaba, el gigantesco baño de mármol verde. Con las prisas por vaciar la vejiga no echó el pestillo. Se dio prisa y mientras se aliviaba no quitaba los ojos del pomo de la puerta. Tenía la sensación de que entraría alguien en cualquier momento.

Se lavó las manos, se retocó el maquillaje y se puso las medias en su lugar. Estaba distraída y no se dio cuenta de que alguien había entrado. Cuando se dio la vuelta se quedó con la boca abierta. Allí estaba Luke, más guapo que nunca, mirándola con una intensidad que provocaba que le temblara el alma.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un susurro al tiempo que sentía cómo se le aflojaban las rodillas.

Él la observaba embelesado. Estaba tan preciosa que quitaba el aliento. Llevaba persiguiéndola con la mirada desde que había llegado. Varias veces había estado a punto de acercarse, pero el

rubiales no la dejaba en paz. Ya iba a cometer una locura cuando la vio subir las escaleras, y decidió seguirla. Tardó un rato en dar con ella, había muchas puertas que revisar; sin embargo, la visión que tuvo de sus piernas al entrar en el cuarto de baño había hecho que la espera mereciera la pena.

—Necesitaba verte. —Respiró hondo para tranquilizarse—. Quería disculparme por lo del otro día, no tenía derecho a reprocharte nada —dijo al fin con voz queda acercándose con lentitud. Se detuvo a escasos centímetros controlando las ganas de tomarla en sus brazos.

—Yo también quiero disculparme, no quería decir lo que dije —confesó y supo que estaba perdida. Ninguno de sus planteamientos le valían en ese instante. La fuerza que la atraía hacia él era más poderosa que su sentido común.

—Dime que me has echado de menos. Dime que quieres esto tanto como yo. —Contorneó sus labios con el pulgar y pegó su pelvis a la de ella, quería que sintiera cómo reaccionaba su cuerpo al suyo—. Dime que quieres que te folle. —Presionó las caderas un poco más.

Ainhoa gimió al sentir la urgencia de su deseo. No pensaba contenerse, lo deseaba tanto como él.

—Sí —susurró.

—Dilo. —Deslizó una mano entre sus piernas.

—Fóllame.

Luke jadeó al escuchar la palabra que tanto ansiaba. Con ímpetu estampó su boca contra la suya y, aferrando su labio inferior entre los dientes, tiró de él mordisqueándolo, para luego deslizar la lengua por la zona marcada, volviéndola loca antes de profundizar el beso. Ainhoa se dejó dominar por el frenesí que la envolvía y la cautivaba. Sentía cómo su corazón golpeaba enloquecido en su pecho a medida que sus respiraciones se volvían erráticas.

—Date la vuelta —pidió interrumpiendo el beso. Ella obedeció sumisa y sus miradas se encontraron en el espejo. Ambos estaban embriagados por la pasión.

Apresó su pelo en un puño y la obligó a echar la cabeza a un lado, dejando su cuello al descubierto para que pudiera degustarlo a su antojo. Mientras se empapaba de su olor, olor que le volvía loco, deslizó una mano entre sus piernas y la acarició sobre las medias de seda, excitándola, provocando que se humedeciera de deseo.

—Luke —murmuró cuando la presión en su clítoris se hizo insoportable.

—Me vuelves loco —dijo tras aspirar los dedos impregnados por su esencia—. Inclínate hacia delante —pidió al tiempo que le subía el vestido hasta la cintura y deslizaba las medias y las braguitas por sus piernas hasta la altura de los tobillos. Le quitó las sandalias y la liberó de las molestas prendas—. Vuelve a ponértelas —ordenó con voz

enronquecida y la ayudó a subirse sobre sus tacones.

Ainhoa miró sobre sus hombros y tembló de anticipación al verlo arrodillarse. Sus manos empezaron a deslizarse por todas partes, tentándola, seduciéndola, llevándola a un estado de excitación irresistible.

—Necesito sentirte, por favor…

—Aún no. —Acarició su abertura con los dedos, luego le apretó las nalgas y las abrió, dejando su sexo expuesto. Se acercó como un león hambriento e introdujo su lengua en el centro de su placer. Lo paladeó, lo besó, se emborrachó de su sabor. Cuando sintió que ella estaba cerca se levantó, se bajó los pantalones y frotó su miembro contra su trasero—. Siénteme, siente cómo te lleno —susurró con voz ronca y la penetró despacio, con sensualidad, intensificando el momento.

Volvió a cogerla del pelo y, mientras deslizaba la lengua en su boca, inició un ritmo desquiciante destinado a enloquecerlos de lujuria.

—Ainhoa… —gritó al borde del clímax—. Córrete conmigo —pidió a la vez que le mordía la parte de atrás del cuello.

Ella cerró los ojos y se dejó llevar por las olas de placer que le sacudían el cuerpo.

—¿Todo bien? —preguntó Luke rozándole con la nariz el cuello.

—Sí. Debo bajar —dijo intentando liberarse de sus brazos—. Estarán preocupados por mí.

Él salió de dentro de ella con cuidado y la ayudó a recuperar sus prendas. Se limpiaron y se vistieron en silencio. Era como si por primera vez fueran incapaces de esconder sus sentimientos.

—No hagas esto. —La abrazó apoyando la frente sobre la suya.

—¿El qué? —preguntó con un hilo de voz, apartándose para mirarlo a los ojos.

—Ignorar lo que sentimos. —Estiró la mano para acariciarle la mejilla.

Ainhoa tragó saliva. Era justo lo que estaba haciendo.

—No lo ignoro. Solo quería evitar que nos hiciéramos daño —dijo con total sinceridad. No tenía sentido negar lo que estaba escrito en su mirada—. Dentro de poco me iré…

—Olvidémonos de ese detalle. Centrémonos en lo que sentimos y dejémonos llevar. Vivamos el momento, nena —pidió dominado por el miedo a perderla.

Por más que la vocecita que estaba en su cabeza le pidiera que no complicara más las cosas, no podía apartarlo. Estaba segura de que caería en sus redes cada vez que se acercara. Quizás negarse a lo que estaba sintiendo era justamente lo que estaba provocando que se obsesionara. Ese pensamiento hizo que moviera la cabeza de forma

afirmativa. El tiempo lo diría.

Salieron del cuarto de baño cogidos de las manos. Al pasar por la puerta se dio cuenta de que él la había cerrado con anterioridad. Sonrió al pensar que en la vida todo dependía del prisma con el que se miraba; antes estaba preocupada por si la pillaban sentada con las bragas en las manos, después le importó poco que la encontraran sin ellas.

Irune la recibió con una sonrisita en los labios, pero se quedó con la boca abierta al ver quién la acompañaba.

—Ahora entiendo por qué has tardado tanto en volver. Menos mal que no fui a buscarte —dijo en voz baja para que solo lo escuchara ella—. Qué suerte tienes —añadió mirándolo de soslayo con evidente admiración.

Luke saludó a sus amigos y los atrapó con su envolvente magnetismo. Era difícil ignorarlo: su altura, su porte, su mirada oscura y penetrante, su sonrisa traviesa, su masculinidad, todo en él estaba diseñado para seducir. Habría que ser de piedra para no caer en sus redes. No obstante, no se sentía amenazada por el terrible interés que él despertaba en el público femenino.

El ambiente se puso un poco tenso cuando Jeffrey se unió a ellos. No esperaba encontrar a Luke y menos aun rodeando la cintura de Ainhoa con el brazo. Todos notaron su desagrado y la chica se sintió culpable. No le había incitado a conquistarla, pero tampoco había dejado claras sus intenciones. Se había hecho la despistada y ahora se arrepentía. Había perdido un posible amigo, lo veía en su mirada.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Luke en voz baja acercándose más a ella. No pensaba tolerar las miraditas del rubiales. Lo estaba provocando y, como lo buscara, lo iba a encontrar. Le daba igual que estuvieran rodeados de gente pija y que fuera su cumpleaños.

—Sí, creo que es lo mejor —aceptó por miedo a que la cosa fuera a más. Jeffrey estaba pasado de copas y parecía a punto de explotar.

Se despidió de sus amigos y tuvo que soportar el desplante del cumpleañero cuando se acercó para darle un abrazo. Mantuvo la sonrisa en los labios para no tensar más el ambiente.

—No te preocupes por él, ya se le pasará. Disfruta, que uno así no se encuentra todos los días —dijo Irune con voz susurrante.

Ainhoa le guiñó un ojo y, con un amago de sonrisa en los labios, siguió a su adonis hasta el coche.

De camino a casa le pidió que pasara el resto del fin de semana con él. No había nada que ella deseara más, así que antes de tomar el camino al rancho pasaron por la casa de sus amigos para que recogiera algo de ropa. Le había pedido que eligiera ropa cómoda y un

calzado resistente.

—¿Qué tienes planeado? —preguntó curiosa al entrar en la camioneta con su pequeña mochila.

—Ahora mismo pienso llevarte a mi cama. Te desnudaré y después te comeré entera —respondió y le depósito un beso húmedo y caliente sobre el dorso de la mano.

—Me parece un buen plan, vaquero —susurró con voz ronca al tiempo que sentía cómo su corazón se revolucionaba.

Había intentado tomar otro camino porque lo que sentía por él era demasiado intenso. A su lado se sentía protegida, como si nada pudiera alcanzarla, y eso la asustaba sobremanera.

Una vez en el rancho cumplió su promesa y la hizo delirar de pasión. Horas después se durmieron uno en brazos del otro, agotados y completamente saciados.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, Luke se despertó con los rayos de sol que se colaban por las rendijas de las persianas, no la había cerrado del todo y las láminas estaban separadas. Nunca se había quedado en la cama hasta tan tarde, la vida en el rancho empezaba a las cinco y media de la mañana de lunes a lunes, día tras día. Sonrió al pensar en el motivo que le había mantenido en posición horizontal. Con una deliciosa sensación de plenitud, se giró sobre sí mismo y palpó el otro lado de la cama. Estaba vacío, aunque las sábanas conservaban el calor del cuerpo de Ainhoa.

De pronto oyó cómo tiraba de la cadena en el cuarto de baño y un gran alivio lo invadió. Decidió hacerse el dormido y se dio la vuelta abrazándose con la almohada. Sintió su proximidad y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no delatarse.

—Madre mía, es un pecado que seas tan perfecto —dijo Ainhoa con un tono suave y casi inaudible.

A continuación deslizó la yema de los dedos por su espalda, dibujando el definido contorno de sus músculos. Cuando las caricias descendieron por su trasero no pudo soportarlo y se lanzó sobre ella, la puso boca abajo y se sentó a horcajadas sobre su cuerpo. Con agilidad le inmovilizó las piernas con las suyas y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Acaso estabas aprovechándote de mí? —preguntó en tono burlón.

Ainhoa contenía la risa mientras se contorsionaba intentando escapar de su agarre. Era imposible, parecía que tenía un bloque de mármol encima.

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso?

—Ninguno, siempre que yo pueda hacer lo mismo —manifestó con voz ronca antes de atrapar con la boca un pezón endurecido.

Y vaya si lo hizo, una y otra vez. Hasta que cada recoveco de su cuerpo se vio marcado con fuego.

Horas más tarde, Luke le apartaba el pelo de la cara y le ponía un sombrero Stetson que había comprado especialmente para ella.

—Ni hablar, ahí no me monto —dijo categórica dando un paso atrás. Le daba vértigo solo con mirar la distancia de la montura al suelo.

—No seas cobarde. Es el caballo más noble que tengo, incluso un niño podría montarlo.

—Pues búscate un niño para que monte contigo, porque yo de aquí no me muevo —volvió a afirmar y esta vez se sentó en la valla.

Ella era cabezota, pero él lo era mucho más y, tras un rato poniendo a prueba su poder de persuasión, consiguió que montara en el caballo. No se le daba mal y pronto se hizo con el control del animal.

Ainhoa estaba disfrutando y agradecía que la hubiera presionado. El rancho tenía rincones escondidos que eran una auténtica maravilla. Era fácil de entender la fascinación que Luke sentía por aquellas tierras, nunca podría competir con ellas. Lo había sabido desde el principio, se lo había dejado claro. Sin embargo, en el fondo, de forma inconsciente, fantaseaba con un final distinto.

—¿Dónde están los bichos de este rancho? No veo ninguno, solo pastos y pastos de vegetación herbácea —preguntó con el ceño fruncido desviando el rumbo de sus pensamientos.

Él soltó una sonora carcajada provocando que su estómago se encogiera.

—Qué manía tienes de llamar bichos a mis animales. No son insectos —protestó con un amago de sonrisa en los labios antes de explicarle que trabajaba con un sistema de rotación y que sus dos mil cabezas de Black Angus estaban pastando más al norte.

A Ainhoa no le interesaba la raza de sus vacas, le daba igual que fueran Angus, Brangus o Wagyu, lo que le fascinaba era la pasión que él ponía hablando de su explotación ganadera, de sus tierras y de todo lo relacionado con su mundo.

Le dio cuerda para que hablara y hablara, así no tendría que contarle nada de su tediosa vida en España. ¿Qué le podía decir? No tenía una carrera universitaria, no tenía trabajo, no tenía un proyecto que la motivara o la ilusionara. Solo tenía a su abuela, a la que amaba por encima de todo. No quería pensar en lo que sería de su vida si la perdiera. Sin embargo, no pudo eludir el interrogatorio durante mucho tiempo y tuvo que compartir con él su maravillosa y emocionante existencia.

Luke también le habló de su madre, que actualmente vivía en Portland con una pareja diez años más joven que ella. Le contó lo enamorado que estaba su padre y lo mucho que sufrió con la separación, su progenitora no estaba hecha para la vida en el campo. Odiaba la naturaleza, los animales, el silencio, todo lo que allí abundaba. En ese instante entendió que su afán por enseñarle su santuario ocultaba el deseo de obtener su aprobación. No tuvo el valor de hacerse la pregunta.

Dos horas después, dieron por terminada la cabalgata.

—¿Y ahora qué? —preguntó indicándole con la mirada que quería bajarse.

—Desmonta por el lado más fácil.

—No hay lado más fácil. La única manera fácil de bajar de aquí es

volando, pero no tengo ese poder. Así que deja de hacerte el interesante y ayúdame. —Se puso nerviosa al ver que el animal empezaba a impacientarse.

—Prueba apoyando el pie izquierdo —le recomendó, y eso la irritó todavía más.

—¿Cómo voy a apoyar el pie si no siento las piernas? Tampoco el trasero. —Lloriqueó al darse cuenta de que le dolía todo.

—Confiesa, nena, lo que quieres es que te coja en brazos —apuntó con picardía. Le encantaba picarla y ella siempre se tragaba el anzuelo.

—Idiota, bájame de aquí.

La bajó y la besó como si no hubiera un mañana. Cuando el aire escaseó, la cogió en brazos y la llevó a su habitación. Ella no tardó en tranquilizarse, se sentía en una nube y no le importaba pasar por ese rato de tortura si después recibía su recompensa. Un baño de espuma cremoso y caliente seguido de un masaje relajante.

Era imposible no enamorarse así y desconfiaba de que esa fuera su intención. Todo estaba orquestado para atarla al rancho y a él.

Por primera vez desde que había llegado a Boise, perdió la noción del tiempo. Estaba muy cansada por el intenso fin de semana y, además, tenía agujetas en todo el cuerpo por la cabalgada. Pero era feliz, como nunca lo había sido antes.

—Estaba preocupado. Pensé que te había pasado algo. Te comenté que no me gusta que vayas por ahí en este trasto.

—Hola, abuelo. No ha pasado nada, me he dormido más que la cama. —Le sonrió y lo besó en la mejilla.

—Te veo muy contenta esta mañana. ¿Disfrutaste en la fiesta? —preguntó curioso, pues sospechaba que Luke había ido tras ella.

—Estuvo genial. Me lo pasé de maravilla —respondió poniéndose colorada al acordarse del memorable encuentro sexual que había mantenido con Luke en el cuarto de baño. Con él era difícil hacer balance, cada vez era mejor y más intenso.

Su abuelo la miró de manera enigmática y, contra todo pronóstico, siguió merodeándola mientras hacía su trabajo.

—¿No vas a llamar a la abuela?

—Ahora no, tenía una reunión con sus amigas, no sé qué historia de un club de lectura. Lo más curioso es que le pregunté el nombre del libro para leerlo también y me dijo que no se acordaba. ¿No te parece eso sospechoso? —dijo mosqueado y Ainhoa tuvo que controlar la risa. Le gustaría verle la cara cuando supiera a qué tipo de lectura era aficionada su inocente abuela.

—No solo se reúnen para leer, también juegan a las cartas y hacen ganchillo. Y la abuela no siempre lee el libro asignado. Es un poco

rebelde.

—Bueno, será eso. —Pareció quedar convencido con la respuesta; sin embargo, su semblante volvió a oscurecerse—. He llamado a Sharon para que reúna a toda la familia. En dos semanas vendrán aquí para que pueda hablarles de ti. No más secretos, mi niña, todos sabrán que eres mi nieta —comunicó mirándola de forma afectuosa.

Ainhoa sintió un escalofrió recorriéndole la columna vertebral. De repente tuvo miedo a lo que pudiera pasar. Enfrentarse a Sharon y a Gia a la vez no iba a ser agradable, estaba segura de que se armaría la de San Quintín.

—No tengas miedo, Ainhoa, todo va a salir bien. Confía en mí —dijo al ver la preocupación estampada en su rostro.

—No se lo tomarán bien, abuelo, lo sé. Y Gia no querrá verme ni en pintura después de nuestro último encuentro. Por cierto, ¿te ha comentado algo de lo sucedido?

—No ha vuelto por aquí. Creo que todavía no se ha recuperado del susto —dijo con un amago de risa.

—Quizás deberíamos reunirnos en un sitio público, por si acaso.

Su abuelo soltó una carcajada, pero a ella no le hacía ninguna gracia. Tal vez lo mejor fuera dejar las cosas como estaban. Ella se iría en breve y quien se quedaría con el marrón sería él. Estaba segura de que le harían la vida imposible.

Apartó las preocupaciones a un lado y se puso con sus quehaceres.

Se encontraba planchando al son de Rosalía, su nueva cantante preferida —su estilo aflamencado, sus letras y la fuerza de su voz conseguían ponerle los pelos de punta—, cuando Luke la sorprendió. Llevaba toda la mañana sin poder quitársela de la cabeza, habían pasado un fin de semana inolvidable y le estaba costando soportar su ausencia. Se había enamorado hasta las trancas y solo de pensar en que podría perderla en breve se le revolvía el estómago.

—Si mueves así las caderas te dejo planchar mi ropa —susurró al tiempo que la rodeaba por la cintura con sus brazos y le acariciaba la nuca con los labios.

—Claro, guapo, espera sentado. Con lo que me gusta planchar. —Sonrió disfrutando de su contacto.

—Sabes que no tienes por qué seguir haciendo eso, buscaré a otra persona para que ayude a tu abuelo —prometió con voz ronca introduciendo las manos bajo su camiseta.

—No me importa. Me gusta cuidarlo —casi gimió al sentir cómo liberaba sus pechos de las copas del sujetador—. ¿No sabes que está prohibido manosear al servicio? Te puedo demandar —jadeó al sentir cómo le apretaba los pezones.

—Creo que correré el riesgo —susurró a la vez que le mordisqueaba el cuello.

—¿Se puede saber qué pasa aquí? Huele a quemado —gritó su abuelo desde la puerta.

Todo sucedió a la velocidad de la luz, el sujetador volvió a su sitio y Luke ya no estaba pegado a su espalda. La plancha tampoco estaba en su mano, del susto que se había llevado al escuchar la voz de su abuelo la había tirado al suelo.

—No ha pasado nada. No se le da muy bien la plancha y la estaba aconsejando —dijo con una sonrisa torcida mientras que enseñaba la camisa de Iñaki con un enorme agujero en el centro. Ainhoa tuvo ganas de pegarle. ¿Cómo era capaz de decir eso?

—¡Fuera de aquí! La estás descentrando. Nunca me había quemado ninguna prenda —dijo mirándolos con desconfianza.

Luke le guiñó un ojo antes de salir del cuarto de la colada detrás de su abuelo. Se quedó un rato paralizada por la impresión. Después, al mirar el desastre que había ocasionado, empezó a reírse. Su chico era travieso y eso le gustaba, le gustaba mucho. Le haría pagar por echarle la culpa de todo.

Él no tardó mucho con su abuelo y, antes de irse, le robó un beso y le pidió que fuera al rancho cuando saliera del trabajo. No pudo negarse, no había nada que deseara más que estar en sus brazos.

Las agujas de reloj no avanzaban y antes de su hora habitual ya estaba poniendo rumbo a la casa de Luke.

Iba por la mitad del camino cuando un estallido provocó que perdiera el control de la moto. Sus reflejos hicieron que reaccionara a tiempo, aunque no lo suficiente para evitar hacerse daño.

Muerta de dolor intentó entender lo que había sucedido. Parecían piedras, como si alguien la hubiera apedreado. Miró a su alrededor con miedo, pero no había nadie ni se escuchaba ningún ruido. ¿Podría haber sido una roca que, al fragmentarse, desperdigó trocitos por todas partes? ¿Sería eso posible? La verdad era que no tenía ni idea, no estaba acostumbrada a conducir por caminos.

Se levantó y evaluó los daños, parecía que no se había roto nada. Tenía una raspadura de tamaño considerable a la altura de la pantorrilla, la tela de los vaqueros no le había servido de mucho. También tenía otra en el antebrazo, que sangraba bastante en algunos puntos. Se acercó a la moto y la levantó con mucho esfuerzo; además, le empezaba a doler la muñeca.

Decidió que lo más seguro era ir caminando hasta la casa de Luke, estaba muy cerca. Aunque lo mejor sería llamarlo por teléfono, así se llevaría la moto. No era suya y no quería que le pasara nada.

—Hola, preciosa. ¿No me digas que no vas a venir? —preguntó decepcionado.

—No es eso, estaba de camino, pero me caí de la moto. ¿Podrías…?

Luke no escuchó más, salió corriendo como alma que se lleva el

diablo. Tenía el corazón que se le salía por la boca. Cuando la encontró todavía tenía el teléfono en la mano y lo miraba con el ceño fruncido.

—Nena, por Dios. ¿Qué ha pasado? Casi me matas del susto. —Se bajó de la camioneta y se acercó a ella en dos zancadas.

—No es nada, estoy bien —intentó tranquilizarlo, había perdido el color.

Luke la tocó con cuidado y, después de recorrer todo su cuerpo con las manos, se centró en la pierna y en el antebrazo. La herida de la pantorrilla era más aparatosa; sin embargo, la del brazo le preocupaba más, era más profunda. Le depositó un suave beso en los labios y la abrazó con cuidado, como si fuera de cristal.

—Joder, tengo el corazón que se me sale por la boca —dijo volviendo a revisarla en busca de más heridas—. Vámonos. Te llevaré a que te curen esto. Hay que desinfectarlo.

Estuvo de acuerdo pero, cuando vio que pasaba de la motocicleta, le pidió:

—¿Puedes poner la moto en la camioneta? No me gustaría dejarla aquí, es prestada.

Ainhoa se sentó en al asiento para esperarlo, le empezaba a doler la pierna y todo lo demás. Luke entró en la cabina en el momento en el que luchaba con el cinturón de seguridad.

—Déjame a mí, cariño. —Su corazón se revolucionó al escuchar esas palabras. Parecían tener un significado diferente en su boca.

Capítulo 20

—¿Qué ha pasado para que perdieras el control?

—No tengo ni idea, ha sido todo muy raro. Era como si las piedras saltaran como las palomitas. ¿Eso tiene sentido para ti? —preguntó mirando distraída el paisaje.

Luke se tensó y apretó el volante con todas sus fuerzas. Lo que ella le estaba describiendo tenía mucho sentido para él. Alguien le había disparado con una escopeta de perdigones. No a ella directamente, había disparado al suelo para provocarle un accidente. ¿Sería una venganza de Gia por el episodio del perro? No, ella no estaría tan loca como para hacer algo así. Podría haberla matado en la caída.

No le iba a decir nada, inspeccionaría la zona primero y después hablaría con Iñaki. Era muy sospechoso que Sharon apareciera de repente en el rancho, pidiéndole que lo vendiera para ayudar a su hijo, estando forrados. Su amigo ya había repartido sus bienes para librase de ellos. No tenía sentido, había algo que se les escapaba.

Mientras él seguía perdido en sus pensamientos, Ainhoa lo observaba. Agarraba el volante con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. No podía estar así por ella, ya le había dicho que no era nada, y él también lo había comprobado, más de una vez.

—¿Estás bien? De repente te has puesto muy serio.

—Estaba pensando en lo que podría haber pasado. —Apretó el volante con más fuerza. Lo iba a romper—. No vas a subirte más en esa moto.

—Mira, no me apetece discutir. Pero no voy a aceptar que me des órdenes —dijo contando hasta diez para no enviarle a la mierda. Odiaba ese comportamiento en los hombres. Ella no era una damisela en apuros. «Jolines, si solo había sido una caída insignificante. Si hubiera sido algo grave, la encerraría en casa», pensó mientras lo miraba con determinación.

—Preciosa, no te lo tomes a mal. No lo digo solo por el accidente. Vas a necesitar un coche para llevar a Iñaki al fisioterapeuta y no tiene sentido que estés cambiando de transporte cada dos por tres. —Su sonrisa se ensanchó y relajó su agarre sobre el volante—. ¿Estamos de acuerdo?

Ella gruñó y a continuación hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Le encantaba su carácter guerrero. Pero esta vez podría guerrear lo que quisiera, no volvería a subirse en una moto. La vigilaría de cerca, no descansaría hasta que no averiguara lo que estaba pasando.

Le curaron las heridas en una clínica privada. Luke conocía a uno

de los médicos que trabajaban allí, la habían atendido de forma rápida y eficiente. Por fortuna su seguro de viaje cubría este tipo de intervención.

—Menos mal que no tenía la muñeca rota, hubiera sido un fastidio —comentó al salir de la clínica. Cuando le dijeron que le iban a hacer una placa pensó lo peor.

—Tuviste suerte, Ainhoa —dijo y la besó con dulzura. Fue un beso diferente a todos los demás, este la había hecho flotar y sentir, literalmente, mariposas en el estómago. Ahora entendía lo que era eso.

En un cómodo silencio se dirigieron a la casa de Irune. Una vez más la había vuelto a besar con necesidad y pasión.

—Mañana te recojo para ir a comprar el coche —susurró con la respiración acelerada mientras la observaba bajar de la camioneta.

Ella permaneció en la calzada, despidiéndose con la mano, pretendía quedarse allí hasta que el coche se perdiera de vista. Sin embargo, no pudo soportar las miradas interrogantes que le lanzaban los transeúntes que pasaban a su lado. En ese momento se dio cuenta de las pintas que tenía: su ropa estaba sucia de polvo y sangre; además, le habían cortado los vaqueros a la altura de la rodilla, parecía que venía de la guerra.

Una vez en su habitación, lo primero que hizo fue quitarse la ropa y tirarla a la basura, estaba hecha un asco. Después tuvo que hacer malabares para ducharse sin mojar los apósitos. Lo peor era que tenía que estar así por lo menos una semana. Debería de sentirse agradecida, como dijo Luke, había tenido mucha suerte.

Luke. Pensaba en él y se derretía. Había sido tan atento, no se separó de ella en ningún momento y, cada vez que la enfermera le hacía daño, le pedía que tuviera más cuidado. «Dios, ¿cómo voy a vivir sin él?», pensó y no pudo evitar que unas gruesas lágrimas se deslizaran por sus mejillas. No había posibilidad alguna de quedarse, como tampoco había ninguna de que él renunciara a su vida en el rancho por ella, no sería feliz, y ella tampoco si abandonaba a su abuela en España.

No estaban destinados a estar juntos.

Pasó toda la tarde en su habitación, solo salió cuando escuchó a sus amigos trasteando en la cocina. Cuando la vieron entrar se llevaron un susto tremendo.

—Por Dios. ¿Qué te ha pasado? —preguntaron los dos casi a la vez.

—Sufrí una caída con la moto. No fue nada serio. Luke la tiene en la camioneta, espero que no le…

—Ni te atrevas a continuar. Lo único que nos importa es que estés bien —dijo y la abrazó con cariño. Su marido también se acercó y le removió el pelo de forma fraternal. No pudo evitar que sus ojos se humedecieran. Estaba muy llorona últimamente.

A la mañana siguiente se despertó con la llamada de Luke. Era muy temprano o eso le parecía por la mala noche de sueño que había tenido.

—Hola. ¿Qué hora es? —preguntó todavía medio adormilada.

—Hora de levantarse, perezosa. ¿Cómo te encuentras?

—Dormida.

—Ya son las nueve, nena, levántate. Te recojo dentro de media hora —dijo con firmeza y colgó. Ainhoa tiró el móvil a un lado, se abrazó a la almohada y siguió durmiendo.

Media hora después, el timbre de la puerta sonó de manera insistente. Se levantó de un salto y se dio cuenta de que los cinco minutos que había pensado dormir de más se habían convertido en treinta. Bajó cojeando las escaleras y abrió la puerta sin preocuparse por su aspecto.

—Pero, niña, ¿cómo es que todavía estás así? —preguntó Iñaki mirándola con reprobación. De forma automática se llevó la mano al bajo de la camiseta para estirarla, pero no le sirvió de nada, apenas le tapaba las bragas. Y, para empeorarlo, tenía el pelo alborotado e iba descalza.

—Lo siento. Volví a quedarme dormida —se disculpó—. Pasad. No tardaré nada. —Se quedó en la esquinita de la puerta protegiéndose de las miradas ajenas. Cuando Luke pasó a su lado la miró con deseo y le tiró de la camiseta para robarle un beso.

Su abuelo carraspeó y ella se sonrojó avergonzada. Ahora no podrían negar que estaban juntos. Se acordó de lo que había pasado en el cuarto de la colada y voló hasta la segunda planta, dejándolo con la palabra en la boca. No estaba preparada para lo que fuese que pretendía decirle. Que podría ser sobre su relación con Luke o sobre su forma de conducir.

Se arregló lo más rápido que pudo y, minutos después, bajó las escaleras con un vestido de entretiempo. No era su atuendo preferido, pero los vaqueros le hacían daño en la herida. Completó su vestimenta con un cárdigan de algodón, la temperatura estaba cambiando y empezaba a refrescar. Con su pelo no pudo hacer mucho, una cola de caballo alta y listo. En sus pies, unas cómodas manoletinas negras.

—Ya estoy —anunció entrando de sopetón en el salón. Ellos dejaron la conversación a medias, como si no quisieran que los escuchara.

Y no se equivocaba. Tras dejarla en su casa, Luke fue directo a inspeccionar la zona del accidente y no tardó en confirmar sus sospechas. Le habían disparado con una escopeta de aire comprimido. Tras salir de allí con ganas de matar a alguien se reunió con Iñaki para ponerle al tanto de lo sucedido.

Ambos tiraron de sus contactos para averiguar si Sharon o su hijo estaban pasando por problemas financieros. La respuesta fue la que ya conocían: les sobraba el dinero. Cabía pensar que, de alguna manera, ella se hubiera enterado de que Ainhoa era nieta de Iñaki y, por miedo a que heredera algo, quería quitarla de en medio. Esa conclusión hizo que su amigo transfiriera el rancho, de manera inmediata, a nombre de su nieta. Se lo haría saber en la reunión.

Todavía seguía habiendo cabos sueltos y no descartaban otras conjeturas, como la posibilidad de una venganza por parte de Gia. Pensaban zanjar el asunto en las próximas semanas.

—Estás preciosa, mi vida —dijo su abuelo mirándola con orgullo—. ¿Y qué tal te encuentras? Luke me ha contado lo que pasó. ¿Ves por qué no me gustan estos trastos? No volverás a cogerla —añadió en un tono alterado.

—Estoy bien, abuelo, no fue nada.

Estaba claro que habían hecho un complot en contra de su medio de transporte. Pero prefirió no discutir, no serviría de nada y solo tensaría el ambiente.

Dos horas después, y teniendo en cuenta las necesidades de su abuelo, salieron del concesionario con un Subaru Outback de color gris. Bueno, en realidad no salieron con él, tardaría dos días en estar disponible.

—Cuando nos entreguen el coche daremos una vuelta por la cuidad y haremos el camino del rancho hasta la clínica —dijo Luke mirándola con picardía—. A ver si te considero apta.

Ainhoa gruñó al tiempo que le enseñaba el dedo corazón, dedo que él tuvo el descaro de coger y morder sin preocuparse por la presencia de su abuelo, que se hacía el loco mirando por la ventanilla como si le interesara el tráfico. Luke lo aprovechó para seguir provocándola. La mordía, la besaba, la chupaba. Estaba a punto de entrar en erupción.

—Paremos a comer en algún sitio, me muero de hambre —pidió Ainhoa mirando a Luke, quería darle a probar un poco de su propia medicina.

Estuvieron jugando a ese peligroso juego lo que duró el almuerzo. Dejaron a Iñaki en su casa y no aguantaron hasta llegar a la casa de Luke. Se amaron en el coche, en mitad del campo, a la vista de cualquiera que pasara por allí.

—No sé qué me pasa contigo, Ainhoa. Nunca tengo suficiente, siempre quiero más —susurró mientras le depositaba un reguero de besos por el cuello.

Desde entonces se volvieron inseparables, ya no escondían sus sentimientos ni la necesidad de estar el uno en los brazos del otro. Prácticamente vivía en su casa. Por eso, cuando su amiga le preguntó si se había mudado sin decirle nada porque llevaba doce días sin

aparecer, casi se muere de la vergüenza. Estaba tan obnubilada que no se había dado cuenta del desplante que le había hecho.

—Perdona, es que han pasado tantas cosas… Pero creo que lo mejor es que me mude con el abuelo. Tengo que ayudarlo todos los días con la fisioterapia y, como a partir de mañana todos sabrán que soy su nieta, ya no hay motivo para disimular que soy su asistenta.

Le vino a la memoria todo lo que había sucedido y se asustó al constatar que el tiempo había pasado volando.

El día de la consulta, como todavía no le habían entregado el coche, Luke fue el encargado de llevarlos a la clínica. El diagnóstico era bueno; sin embargo, el tratamiento sería doloroso y podría durar varios meses. Además de tres sesiones de fisio a la semana, debería de complementar la terapia con una serie de ejercicios que ejecutaría a diario en su casa.

El jueves había estrenado el coche para llevarlo a su primera sesión. No había sido fácil y hubo momentos en los que pensó que se tiraría sobre el fisioterapeuta. En casa tampoco había sido diferente, la había insultado con todos los insultos conocidos y por conocerse. Tuvo que recurrir a su abuela para conseguir que él colaborara. Y era sorprendente cómo empezaban a verse los primeros resultados. Las horas restantes se las había dedicado a Luke.

—Claro, tonta, no tienes que justificarte. Me alegro de que te vayas a vivir con tu abuelo, así debería de haber sido desde el principio. Pero quiero que sepas que aquí tienes tu casa para lo que necesites. —Ainhoa se emocionó y la abrazó.

—No tengo palabras para agradecerte lo que habéis hecho por nosotras. Aunque no pienses que te librarás de mí, vendré a verte.

—Más te vale.

—Además, el abuelo quiere conoceros. A ver si hacemos una reunión en el rancho este fin de semana. Te llamo para avisarte.

—Ok. Suerte con lo de mañana.

—La necesito, amiga. Tantas arpías juntas me ponen de los nervios.

—No te preocupes, tu abuelo y Luke van a estar presentes. No se atreverán a insultarte delante de ellos. ¿Tu abuela sabe lo que está pasando?

—Sí, el abuelo le cuenta todo.

—Es increíble todo lo que ha pasado desde que llegaste. Sin contar que te ha tocado el premio gordo con el macizo. Jolines, Ainhoa, está tan bueno que es imposible no babear cerca de él. Y mira que mi bombero es guapo. Pero Luke es… es de otra galaxia.

Justo en ese momento sonó el claxon. Era él.

—Termina de recoger tus cosas, ya le recibo yo —dijo con una amplia sonrisa en la cara.

Luke tenía ese efecto en las mujeres, daba igual que fueran solteras,

casadas, jóvenes o mayores. Todas caían rendidas.

Capítulo 21

Luke no se había separado de Ainhoa desde el accidente, había usado todo su encanto para mantenerla entretenida y a salvo. Ella se había convertido en lo más importante de su vida, no lo soportaría si le pasara algo. La amaba con una entrega que jamás pensó que fuera posible. Iba mucho más allá del deseo, lo que ella despertaba en él superaba con creces cualquier lujuria que su cuerpo hubiera experimentado antes.

Sentía una necesidad imperiosa de escuchar su voz, de hacerla sonreír, de compartir cada instante con ella; bueno, también le gustaba provocarla. El resultado siempre era jodidamente placentero.

Pero lo más increíble de todo era que se sentía correspondido, lo percibía en cada beso, en cada cruce de miradas, cada vez que hacían el amor. Se entregaban sin reservas, eso le fascinaba con la misma intensidad que lo aterraba. Porque sabía que no duraría mucho, pronto la perdería. No sabía cómo lo iba a soportar.

Intentaba no pensar en ello, prefería pensar que su amor era lo suficientemente fuerte como para mantenerla a su lado.

—¿Qué llevas aquí dentro, un muerto? —preguntó con una media sonrisa.

—No te metas con mis maletas. No sabía cuánto tiempo me quedaría y no podía permitirme el lujo de ir de compras.

Otra vez escuchó la palabra que más odiaba: tiempo. El tiempo que le quedaba con ella, el tiempo que faltaba para que se fuera, el tiempo que pasaba rápido e implacable.

—Ahora puedes comprar todo lo que quieras. Tu abuelo no permitirá que te falte de nada. —«Y yo tampoco», pensó para sus adentros.

—No necesito su dinero, sé ganarme la vida por mi cuenta —contestó con firmeza.

No quería que nadie pensara que era una interesada. Él sonrió orgulloso, esa era una de las muchas cosas que admiraba de ella, no le deslumbraba el dinero.

Se estaban acercando a la confluencia que conducía a la casa de Iñaki y la tentación de pedirle que se quedara en su casa le estaba consumiendo. A sabiendas de que estaba siendo egoísta y de que su amigo se llevaría una enorme decepción. No podía evitarlo, el deseo de tenerla a su lado era más fuerte que cualquier otro sentimiento.

—¿Por qué no te quedas en mi casa? —Detuvo la camioneta antes de tomar el desvío.

—Luke, sabes que no puedo hacerle eso al abuelo. Por favor, no

insistas.

Le había comentado que a su abuelo le hacía ilusión que viviera con él. Era verdad. Sin embargo, el verdadero motivo de su negativa era que temía no tener fuerzas para abandonar su casa cuando llegara la hora de partir. Era una tontería, lo sabía, estuviera donde estuviera sería igual de doloroso.

Luke aceptó su negativa con resignación y la llevó a la casa de su amigo, que los recibió con una amplia sonrisa de felicidad. Una sonrisa que hizo que se sintiera culpable.

—Espero que te guste. La idea ha sido mía, pero Luke ha sido el ejecutor —dijo entusiasmado enseñándole su nueva habitación. Ella se quedó con la boca abierta al entrar. El rústico y anticuado dormitorio se había convertido en uno de diseño con todas las comodidades imaginables.

—Abuelo, es precioso. Pero ¿cuándo habéis hecho esto? Es imposible que no me diera cuenta.

—Hija, has pasado más tiempo en la casa de Luke que aquí. —Ella se sonrojó.

En ese momento entró Luke con las dichosas maletas.

—Gracias a los dos. Me encanta. —Se acercó a su abuelo y lo besó en la mejilla.

—¿No hay besos para mí? —protestó Luke con una falsa mueca de disgusto.

—Tu recompensa te la daré después —dijo sin pensar dominada por la sorpresa del momento.

Su abuelo carraspeó y salió de la habitación refunfuñando algo sobre que ya no se respetaba a los mayores o que tenía muchos años para escuchar ciertas cosas.

—Joder, se me ha escapado —justificó Ainhoa aguantándose las ganas de reír.

—Quiero mi recompensa esta noche. —La atrapó entre sus brazos —. Me cuesta dormir cuando no estás a mi lado. —Hundió la nariz en su cuello. Le embriagaba su olor.

—Eso no es verdad. Cuando estoy a tu lado duermes muy poco —jadeó al sentir cómo sus dientes apresaban su piel—. No me tientes. Es mi primera noche aquí y no puedo hacerle eso al abuelo.

Él cerró los ojos y, después de varias respiraciones profundas, la liberó de su agarre.

—De acuerdo, no insistiré. Pero mañana serás mía, nena, toda mía. —La estrechó de nuevo contra su cuerpo y la besó, despacio, con sensualidad, dejándole una muestra de la pasión que los esperaba al día siguiente.

La dejó sola en la habitación totalmente aturdida. Se llevó los dedos a los labios, los tenía hinchados. Sonrió como una tonta y se

dejó caer de espaldas sobre la cama. Quién le iba a decir que, además de encontrar a su abuelo, también encontraría al amor de su vida.

Un amor que dejaría atrás cuando se fuera.

Se levantó de un salto y apartó esos pensamientos de su cabeza. No permitiría que nada empañara el momento.

Miró la hora y decidió llamar a Marga. Llevaba unos días sin hablar con ella.

—Hola. ¿Qué tal va todo?

—Hola, mala amiga. Estaba empezando a deprimirme entre que tú no me llamabas y que la abuela se pasa todo el día pegada al ordenador charlando con Iñaki. Hay que hablar con estos dos, están enganchados. Esto no es bueno, no, no. Hay que poner medios —dijo del tirón provocando que Ainhoa se partiera de risa.

—¿Me lo dices a mí, que tengo que pelearme con él para que haga sus sesiones de fisioterapia? Me dijo que tienen cincuenta y seis años de conversaciones pendientes. Creo que dentro de un tiempo las cosas se normalizarán. Ahora, cuéntame qué tal con tu nuevo trabajo.

—Bien, me gusta el ambiente.

—Pues por el entusiasmo que has puesto en la respuesta, es difícil de creerte.

—No es eso. La nueva tienda está genial y los compañeros son muy majos. —Respiró profundo antes de continuar—. Max ha dejado a su mujer.

—¿Qué? —preguntó estupefacta.

—Como lo oyes. Me sentí muy mal porque pensé que la culpa era mía por meterme en un matrimonio en crisis. Pero él me contó el calvario que estaba sufriendo desde que se quedó embarazada. Lo hizo a propósito para que no se separara y, como vio que no conseguía recuperar lo que tenían antes, abortó sin decirle nada. Pretendía seguir con la tortura más tiempo; sin embargo, él lo descubrió y la dejó.

—Madre mía, estoy que flipo. Entonces, ¿volvéis a estar juntos?

—Como amigos, creo que tiene que poner su vida en orden antes de que empecemos algo.

—Sí, es lo más sensato —dijo mientras le daba vueltas a la situación—. Joder, esa mujer tiene que estar muy mal de la cabeza para hacer algo así.

—Pienso igual. Por eso quiero mantenerme alejada hasta que no haya una separación definitiva. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. Cambiemos de tema.

Se tiraron casi una hora hablando de los últimos acontecimientos. Y en todos ellos salía el nombre de Luke, una y otra vez.

—Me parece que tu definición de solo sexo se está quedando muy corta.

Ainhoa lo sabía, pero no serviría de nada reconocerlo.

—Es como un amor de verano, de esos que vienen y van. Como una tormenta tropical, arrasan con todo pero luego sale el sol. —Sí, había encontrado la definición perfecta para lo que estaba sintiendo, solo esperaba no vivir eternamente con un nubarrón gris sobre su cabeza.

—Espero que tengas razón, amiga —le dijo antes de despedirse.

Aunque sabía que no era así.

Ainhoa estaba irremediablemente enamorada de Luke.

A pesar de lo confortable que era su nueva cama, no tuvo una buena noche de descanso. Demasiadas inquietudes pululando por su mente.

Se levantó y se metió en la ducha, que no era como la de Irune. En ese momento se dio cuenta de que la que tenía Luke era todavía mejor y, encima, estaba él para enjabonarla, para hacerla gritar de placer. «Dios, será que no puedo hacer nada sin acordarme de él», pensó disgustada consigo misma.

Se vistió con algo cómodo y se dirigió al salón. Su abuelo ya llevaba un rato despierto. Era un hombre de costumbres: se levantaba a las siete, le daba de comer a Hulk, se tomaba un café solo y luego se metía en su saloncito para darle los buenos días a Begoña, aunque en España fueran las cuatro de la tarde.

En los días anteriores lo había dejado a su aire; no obstante, ahora tenía que arrastrarlo de los pelos para que cumpliera con sus ejercicios. Prefería hacerlos a primera hora, después desayunaban y volvía a dejarlo en paz hasta la hora de la comida, cuando nuevamente tenía que rescatarlo. Por suerte, las sesiones con el fisio eran por la tarde y a esa hora su abuela estaba durmiendo el sueño de los justos.

La mañana había pasado sin percances y, entre una cosa y otra, había conseguido sobrellevar la espera con tranquilidad. A falta de una hora para que empezara la reunión, decidió arreglarse. Quería estar impecable, necesitaba sentirse segura para enfrentarse a ellos. Luke ya la había llamado y no tardaría en llegar. Su abuelo también se estaba arreglando, se le veía nervioso.

Se había decidido por un pantalón pitillo color *nude,* una camisa de seda negra y unos zapatos de tacón del mismo color. Su pelo estaba perfectamente peinado y su maquillaje de coloración natural le daba un aire elegante y sofisticado. Estaba echándose un poco de perfume en la muñeca cuando la puerta de su habitación se abrió y entró Luke.

Su mirada recorrió su cuerpo y le calentó el alma.

—Hola —susurró con voz suave y dulce. Cada vez que lo veía era como la primera vez. La emoción le atravesaba el cuerpo y despertaba cada partícula de su ser.

—Hola —dijo con voz queda alcanzándola en dos zancadas—. Estás hermosa. —La abrazó y hundió la nariz en el hueco de su clavícula—. Hmmm, hueles tan bien. No sé si te dejaré salir de esta habitación.

—Muchacho, pareces un pulpo. Suéltala, que ya están llegando —dijo su abuelo al pillarlos in fraganti mientras pasaba por delante de la puerta para dirigirse al salón.

Ainhoa sonrió y se pegó más a él.

—Creo que prefiero quedarme en el dormitorio contigo.

—Preciosa, no tienes por qué preocuparte. No consentiremos que te falten al respeto. —Le sujetó el rostro entre sus manos y pasó el pulgar por el contorno de sus labios—. Confía en mí. Todo saldrá bien. —La besó con suavidad y la cogió de la mano para conducirla hasta el salón.

Cuando llegaron a la habitación, ya estaban todos allí. Un espeso silencio dominaba el ambiente y ella sintió cómo se le encogía el estómago. El odio y el rencor que emanaban era palpable.

—¿Qué clase de broma es esta? ¿Por qué has invitado a esta mujerzuela a participar?

Ainhoa sintió que Luke se tensaba. Estaba a punto de contestarle, sin embargo, su abuelo se adelantó.

—No es ninguna broma, Sharon. Y, por tu bien, te aconsejo que la trates con respeto. O atente a las consecuencias.

—Abuelo, no es justo que trates así a la abuela. Esa delincuente casi me mata.

—¡Deja de mentir, Barbie oxigenada! —dijo Ainhoa enfurecida y desde un rincón del salón se escuchó una risita. Miró en la dirección del sonido y provenía de un chico con aspecto desgarbado. La risa pertenecía al hijo de Gia y casi sintió pena por ella. Casi.

—Cierra la boca, Gia —pidió su abuelo de malos modos al tiempo que le hacía señas para que se acercara—. Ainhoa, a Sharon y a Gia ya las conoces. Ahora quiero presentarte a mi hijo, Donovan, y a mi bisnieto, Caden.

Luke le sonrió dándole ánimos y ella, tras unos minutos de indecisión, se acercó a su abuelo. Donovan era un esnob como su madre y la saludó con un seco gesto. Caden le hizo un saludo militar desde el rinconcito donde intentaba pasar desapercebido.

Después del incómodo silencio, su abuelo empezó a recordarles a todos sus orígenes y los motivos que lo llevaran a Boise. El corazón de Ainhoa se aceleraba con cada palabra. El momento estaba cerca y la reacción de rechazo era palpable. Sharon estaba pálida y la miraba con auténtico pavor. Tenía la certeza de que ella sabía lo que se avecinaba.

—No me interesa saber nada de tu vida en España, Iñaki. No he venido aquí para que me cuentes tus miserias. Imaginaba que querías

hablar del rancho.

—No te preocupes, Sharon, vamos a hablar del rancho. Ten un poco de paciencia.

—Yo me largo, no tengo tiempo para vuestras tonterías. He dejado una reunión importante porque mamá me contó que querías invertir el dinero de la venta del rancho en la empresa. Pero presiento que esto va por otro camino y realmente no me interesa —dijo en tono frío—. Gia, Caden, venid conmigo —ordenó y se marchó.

—Bueno, solo quedas tú, Sharon. No te preocupes, seré breve. —Buscó con la mirada a Ainhoa y sonrió para tranquilizarla—. Le he dejado el rancho a mi nieta Ainhoa. Y como no te interesa mi pasado, no tengo nada más que contarte. Ah, se me olvidaba, aquí tienes el documento notarial, por si acaso no me crees e intentas librarte de mí. —Se acercó hasta casi arrollarla con la silla.

—Me lo imaginaba. Es clavada a la mujer de la foto, la que mirabas con adoración día tras día, sin importarte el daño que me estabas haciendo.

—Nunca te he mentido, me obligaste a casarme contigo sabiendo que amaba a otra. ¿A qué viene esto ahora? Dejaste bien claro que lo único que te importa es el dinero.

—Te equivocas. Todo lo que he hecho lo hice para proteger a nuestra familia.

—¿Protegernos de qué, Sharon? ¿De tu egoísmo y de tu codicia?

—Ya no importa, lo has arruinado todo —gritó histérica al tiempo que rompía el documento en varios trocitos y se los lanzaba a su exmarido.

Capítulo 22

Ainhoa estaba estupefacta, no podía creer lo que había hecho. Ella solo quería poder llamarlo abuelo sin tener que esconderse, solo quería poder visitarlo cuando le diera la gana sin tener que pasar por su asistenta. Se sentía decepcionada con él, no tenía derecho a involucrarla en una disputa familiar por unos miles de dólares, o millones, le daba igual. No los quería.

—Otra cosa, como vuelvas a tocarle un pelo a Ainhoa, acabaré contigo —amenazó Iñaki.

—¿Qué sandeces estás diciendo?

—Se refiere al accidente de moto que sufrió Ainhoa hace varios días. Podrías haberla matado —acusó Luke con un tono intimidante.

—¿Qué está pasando, Luke? ¿Cómo iba a ser ella culpable de mi caída? —preguntó Ainhoa confundida. ¿Qué diablos sucedía?

—Ya te lo contaré, cariño —respondió Luke sin apartar la mirada amenazante de Sharon.

—No seas ridículo, yo jamás me prestaría a algo tan primitivo —se jactó con arrogancia dirigiendo su atención a la chica—. Pero deberías de estar acostumbrada, querida, las bromas siempre acaban volviéndose contra uno mismo. —Sonrió con aprobación.

Ainhoa no daba crédito a sus palabras. Parecía que había sido Gia la responsable de su accidente, aunque todavía no entendía cómo, y la estaba justificando. Estaba ante una horda de psicópatas.

—Estáis mal de la cabeza. Yo en ningún momento puse en peligro la vida de Gia, el perro estaba atado. Dile que no se acerque más a mí, la próxima vez no habrá cadenas.

Sharon la miraba con el semblante desencajado y se dio cuenta de que su nieta le había mentido.

—Hablaré con Gia, no volverá a pasar —prometió y se dirigió a Iñaki—. Haz tú lo mismo. —Cogió su bolso de firma y se dirigió hacia la puerta con paso elegante.

—Espero que esta sea la última vez que nos veamos, Sharon —dijo Iñaki con fiereza.

—Y yo espero que la decisión que has tomado no la paguemos todos —vaticinó con un tono enigmático antes de meterse en su coche.

Los tres se quedaron en silencio analizando sus palabras. No tenían sentido.

—¿Qué habrá querido decir esa loca? —preguntó Ainhoa.

—Nada. Le gustan las salidas dramáticas. Olvidémonos de ella —pidió su abuelo respirando con alivio. Por fin se había librado de su exmujer.

—Joder, Iñaki, ya sabíamos que Sharon era una arpía ambiciosa. Pero no me esperaba esto de Gia. Me va a escuchar cuando la pille —prometió Luke a la vez que se dejaba caer en el sillón.

La tarde había sido tensa y todos se sentían agotados. Sin embargo, Ainhoa necesitaba respuestas y no estaba dispuesta a esperar.

—¿Queréis explicarme qué ha pasado aquí? ¿Por qué me habéis mentido? ¿Por qué me involucraste en esto, abuelo? Yo no quiero tu rancho —dijo mirándolos a los dos, ambos le habían mentido. Y odiaba que la manipularan.

—Lo hice por tu bien, para que nos dejara tranquilos. Además, eres mi nieta y tienes los mismos derechos que los demás. Si hubiera sabido de tu existencia antes, no te habría tocado solo el rancho. Ahora, si me disculpáis, tengo que llamar a Begoña para contarle lo sucedido.

—¿La abuela está enterada de esto?

—Claro, yo le cuento todo —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Las demás explicaciones te tocan a ti, Luke. Suerte. —Soltó una risita burlona antes de darles la espalda.

Luke tuvo ganas de matarlo. Se había lavado las manos y lo había dejado con el culo al aire.

—Estoy esperando, Luke.

—Nena, siéntate aquí —pidió poniendo su mejor sonrisa.

Ainhoa tenía mucho carácter, era explosiva, pero una vez que reventaba se le pasaba enseguida, no era rencorosa. Todo lo contrario que él que, a pesar de tomarse las cosas con sentido del humor, una vez hacía la cruz casi podía decirse que ya no había vuelta atrás.

No se equivocó. Primero le explicó lo sucedido, luego aguantó el chaparrón. Escuchó estoico cómo lo llamaba imbécil, idiota, controlador y otras lindezas más. Cuando vio que se había quedado a gusto, la besó. La besó con furia, con hambre.

—No vuelvas a ocultarme cosas —exigió con la respiración entrecortada.

—No lo haré, cariño. —Iba dejando un rastro de besos desde su boca hasta su cuello—. Te mantendré al tanto. —Le abrió los primeros botones de la camisa y pasó la lengua por su canalillo mientras bajaba la copa del sujetador exponiendo su seno—. Quiero mi recompensa. —Le chupó un pezón y le dio un pequeño mordisco, provocando que gimiera y arqueara la espalda.

—Luke —jadeó—. El abuelo puede entrar en cualquier momento.

—Vamos a mi casa —suplicó con voz ronca mientras le ponía el sujetador en su lugar y le cerraba la camisa.

No pensaba hacerse de rogar. Deseaba estar con él, el tiempo corría y había que aprovechar cada segundo.

Se dirigió al saloncito donde se refugiaba su abuelo y llamó a la

puerta antes de entrar. Quería comprobar si se encontraba bien antes de irse. El encuentro con su familia había sido violento. No entendía cómo había podido vivir con esa gente tanto tiempo, no se salvaba ninguno.

Lo encontró mirando a la pantalla del ordenador con cara de atolondrado. Se acercó dejándose llevar por la curiosidad. Su abuela le había enviado un álbum cronológico, el paso del tiempo estaba registrado en cada instantánea.

—Los años no pasan para Begoña, sigue siendo hermosa —dijo orgulloso.

—¿Estás bien? —preguntó a la vez que posaba sus manos en sus hombros y le daba un suave apretón. Él acarició una de sus manos con la suya.

—Mejor que nunca. —Ainhoa sonrió y lo besó en la mejilla.

—Me voy a casa de Luke, volveré mañana.

Su abuelo no contestó y siguió mirando las fotografías obnubilado.

Horas más tarde se encontraban en la cama, desnudos, sudorosos aún, pero relajados. Luke la abrazaba y le acariciaba la espalda con la punta de los dedos, mientras ella jugaba a trazar líneas en su torso.

—¿Te gusta vivir aquí, nena? Digo con tu abuelo, en el campo —preguntó tanteando el terreno.

—Sí, la verdad es que nunca imaginé que me gustaría. Pensaba que me volvería loca sin el ajetreo y el bullicio de las calles. Pero fue justo eso lo que me gustó, el silencio, la complejidad del silencio. No tienes ni idea de lo que uno escucha cuando todo está en reposo, es fascinante —contestó y siguió deslizando sus dedos perezosamente por sus abdominales.

La entendía, había disfrutado de esa paz cuando se vino a vivir con su padre hacía cinco años. No todas las personas soportaban ese tipo de vida. Ella era su mitad, estaba seguro. No podía dejarla marchar. ¿Cómo iba a vivir sin esto, sin sus besos, sin sentir el calor de su cuerpo, sin su carácter explosivo, sin el sexo ardiente y fogoso que tenían tras cada pelea? No podía renunciar a ella.

—¿Por qué tu abuela no se viene a vivir aquí?

—La abuela tiene pánico a volar, una vez tuvieron que abortar un despegue para sacarla del avión. Incluso hizo terapia.

—Podría venir en un transatlántico —sugirió exasperado. Cada vez que pensaba que pronto regresaría a su país algo se retorcía en su interior.

—Es un viaje muy largo y, desde que se murió mi madre, la abuela ha estado delicada de salud. De lo contrario hubiera venido ella a buscar a Iñaki, a nado si hubiera sido necesario.

—Me alegro de que hayas venido tú —dijo estrechándola más entre

sus brazos.

—Yo también me alegro de haber venido —susurró con voz queda al sentir un nudo en la garganta.

—No quiero que te vayas. Estamos bien juntos, creo que…

—Por favor, Luke, no sigas —pidió con un hilo de voz.

—Joder, Ainhoa. ¿Qué quieres que haga? Pretendes que te vea partir sin decir nada, sin intentar convencerte para que te quedes. —Se giró sobre ella poniéndola de espaldas sobre la cama. Se posicionó entre sus piernas y ella sintió cómo su miembro volvía a ponerse duro.

—No puedo quedarme —gimió al sentir cómo entraba en ella con una fuerte estocada.

—No puedo aceptarlo, nena, no puedo. —Entró en su boca con el mismo ímpetu con el que entraba en su cuerpo. La castigó, la torturó, la hizo gritar su nombre una y otra vez. Le negó la liberación hasta llevarla a las lágrimas. Y ella lloró, de frustración, de necesidad, de rabia por querer lo que no podía tener.

—Lo siento, cariño, no pretendía… —dijo secándole las lágrimas con sus besos mientras empezaba a moverse con la intensidad que ambos necesitaban para que encontrara la liberación que tanto ansiaba.

Ainhoa llevaba dos semanas viviendo con su abuelo y no podía estar más feliz. Iñaki avanzaba con su tratamiento a pasos agigantados, ya podía mantenerse de pie sin que le temblaran las piernas y empezaba a dar sus primeros pasos sin perder la estabilidad. Todo un logro según el fisioterapeuta.

Esa tarde había grabado un vídeo con sus progresos para enviárselo a su abuela. Se volvería loca cuando lo viera a la mañana siguiente. Ella era la responsable de que Iñaki se empleara a fondo. Si dependiera solo de él, ya lo habría dejado. Tuvo que amenazarlo varias veces con llamar a su abuela para que hiciera los ejercicios. Parecían un matrimonio, con sus risas, sus enfados, sus peleas, sus reconciliaciones. Su abuela era un hueso duro de roer y la mayoría de las veces era su abuelo el que cedía. Eso de que era un cascarrabias y de que tenía mal carácter se acercaba más a una leyenda urbana.

A pesar del precio que tendría que pagar, había merecido la pena dejarlo todo para encontrarlo. «¿Para encontrar a Luke o a tu abuelo?», se preguntó a sí misma. Conocía bien la respuesta. Luke la había conquistado y jamás se arrepentiría de los momentos que había pasado a su lado, los guardaría como un tesoro. Regresaría a España y dejaría un trocito de su corazón con él.

Le hubiera gustado que las cosas fueran diferentes, hubiese deseado que este cuento tuviera un final feliz. Pero sabía desde el principio a qué se atenía. Estaba claro que la brutal atracción sexual que sintió

por él cuando se encontraron la primera vez sería su perdición. No se había equivocado, asistió sentada en primera fila a cómo el acto de follar duro y sudoroso se convertía en hacer el amor, lento y profundo.

No podía echarse la culpa por haber caído en sus brazos al instante, hubiera dado igual que esperara una semana, o dos, o un año. Era inevitable. Y lo que más le dolía era que él sentía lo mismo por ella. No se había declarado, pero lo sentía en cada gesto, en cada caricia, en cada mirada. Esperaba que, con el paso del tiempo, ambos pudieran rehacer sus vidas.

En ese momento se proyectaron en su mente varias imágenes: la de él sonriéndole a una mujer que no era ella; la de él felizmente casado con una mujer que no era ella; la de él disfrutando de la paternidad con una mujer que no era ella.

Nunca sería ella.

Buscó en su móvil una canción lacrimógena. Se decantó por *Someone Like You* de Adele, y dio vía libre a las lágrimas.

Mientras Ainhoa exteriorizaba su dolor, al otro lado de la ciudad Gia se preparaba para salir de caza. No pensaba dejar que su prima se apoderara de Luke. El rancho le daba igual, no le interesaba, eran migajas comparado con el dinero que había heredado. El amor de su abuelo era prescindible, era un cascarrabias y no sabía ni por qué se preocupaba por él, quizás fuera porque estaba solo. Ahora ya no la necesitaba, tenía a la barriobajera de su primita para cuidarlo.

Se puso un conjunto de lencería *sexy* y se vistió para la guerra. Porque esto era una guerra. Se convirtió en madre soltera siendo apenas una adolescente, una noche de borrachera que truncó su vida. Y ahora que había encontrado al hombre perfecto para que fuera el padre de sus hijos no permitiría que nadie se interpusiera en su camino.

Seguiría los pasos de Sharon para ganar esta batalla. Ella sabía muy bien cómo conseguir las cosas.

Media hora después pasaba de largo por el camino que llevaba al rancho de su abuelo, su objetivo estaba a unos metros más de distancia.

Ajeno a lo que se le venía encima, Luke estaba sentado en su porche tomando una cerveza mientras miraba las imponentes montañas, que pronto estarían cubiertas de blanco. Era una época dura para el trabajo en el rancho; sin embargo, para la vista era un espectáculo. No pudo evitar sentir una opresión en el pecho al pensar que Ainhoa no estaría allí con él en invierno, que no le haría entrar en calor.

En realidad, ya jamás entraría en calor. Su corazón se congelaría sin ella.

En los momentos de bajón incluso se planteaba marcharse a

España, aunque pronto se daba cuenta que no podría ser feliz en otro lugar. Necesitaba respirar aire puro, necesitaba cabalgar por las mañanas, necesitaba el contacto con la naturaleza. Podría funcionar por un tiempo, pero dejaría de ser él para transformarse en otra persona; al final acabaría frustrado y le echaría la culpa a ella.

Todavía albergaba la esperanza de que ella cambiara de opinión, lo hacía para no volverse loco.

Estaba dando el último trago a su cerveza cuando escuchó el ruido de un coche. Sabía que no era Ainhoa, la había llamado hacía un rato y, como no contestaba, llamó a Iñaki, que le comunicó que estaba dormida. Una sonrisa de satisfacción se formó en las comisuras de su boca, las noches que pasaba con él no la dejaban dormir mucho, en realidad, apenas dormía.

Estaba bien que recuperara las horas atrasadas. Había preparado algo especial para ellos el fin de semana y la necesitaba en forma y dispuesta. Sintió cómo su miembro pulsaba bajo la tela de sus pantalones. Se levantó incómodo y perdió la sonrisa cuando vio quién se estaba acercando.

Capítulo 23

Ainhoa se despertó con los ladridos de Hulk. Solo se ponía así cuando alguien que no fuera ella, Luke o su abuelo se acercaba. Se levantó y se dirigió al salón, encendió la luz del poche y miró a través de la ventana en busca de algo sospechoso. El perro miraba el matorral que estaba detrás de su caseta. En ese momento entró su abuelo en la habitación con una escopeta en las manos.

—No pensarás salir ahí afuera ¿verdad? —preguntó cuando vio las intenciones de su abuelo.

—Claro que voy a salir —respondió con un tono áspero.

Parecía que se había ofendido pensando que ella cuestionaba su valentía por su condición física. Nada más lejos de la realidad, le daba igual que estuviera en una silla o que fuera Rambo. Lo único que quería era que estuviese a salvo.

Se asomó a la puerta y vigiló desde la distancia sus movimientos.

—Todo ese escándalo por unas ardillas. ¿No te da vergüenza, Hulk? —Su abuelo se acercó al animal y le echó la bronca. Lo sorprendente era que parecía que lo entendía.

—Tranquila, niña. Unas ardillas que han decidido mudarse al árbol que está cerca de la caseta. —Pasó a su lado y, tras cerrar la puerta, la miró con escrutinio—. ¿Te ocurre algo? Tienes mala cara.

—Me dolía un poco la cabeza, pero ya estoy mejor —dijo con medias verdades dibujando una sonrisa en la cara para tranquilizarle.

—Luke te ha llamado hace unas dos horas —dudó un segundo en si abordar o no el tema. Ainhoa era muy reticente al respecto y prefería darle su espacio; sin embargo, Begoña desconfiaba, sabía que su nieta estaba enamorada y quería saber detalles—. Tu abuela me está haciendo preguntas sobre Luke y no me gusta mentirle. ¿Por qué no le contaste que estáis juntos?

—Porque nuestra relación tiene fecha de caducidad. Y no quiero que la abuela me esté dando la lata cuando vuelva a casa.

—Te estás equivocando, Ainhoa. No puedes poner a tu abuela como excusa para no vivir tu vida.

—Claro, para ti es fácil hablar. La abandonaste y nunca te preocupaste por saber si estaba viva o muerta —dijo dominada por la rabia y, sin preocuparse por el daño que le había causado, se dirigió a su cuarto.

No iba a permitir que justo él le diera lecciones de moral. Aceptó con mucha facilidad lo que le pasó, nunca se preocupó por saber qué había sucedido con su abuela. Dio por buenas las mentiras de su madre y se lavó las manos. Ella era leal, su abuela había dado la vida

por cuidarlas y no la iba dejar en la estacada justo ahora, que era cuando más la necesitaba, después de todo lo que había sufrido en su vida. Por más que le doliera y le rompiera el corazón, volvería a España.

El arrepentimiento empezó a hacer mella en ella. No pensaba con claridad cuando estaba enfadada y soltaba todas las lindezas que le venían a la mente. Tenía ganas de gritar, de llorar y de abrazar a Luke, sobre todo de abrazar a Luke.

En ese momento se acordó de lo que le había dicho su abuelo. Se puso a buscar el móvil como una loca, se le había caído al suelo al quedarse dormida. Nada más recuperarlo miró la hora, eran las once de la noche y todavía era pronto para que Luke estuviera dormido.

Luke ya no sabía qué hacer para librarse de Gia. La había regañado por el accidente de Ainhoa y se había puesto a llorar como una histérica. Estaba de los nervios, se veía a la legua que estaba allí para seducirlo. De repente su llanto cesó como por arte de magia y, con una mirada que le ponía los pelos de punta, se acercó.

—Permíteme que me sirva una copa de vino, tengo la boca seca. —Sin esperar respuesta se dirigió a su mueble bar. Instantes después volvía con una sonrisa seductora en los labios y dos copas en las manos.

Luke sabía que tenía que quitarle esos pájaros de la cabeza, entre ellos no volvería a suceder nada. Dispuesto a acabar con la incómoda situación, se acercó a ella con brusquedad y, sin calcular su impulso, se chocaron; mejor dicho, él se chocó con las copas, vertiendo el líquido de color burdeos sobre él.

—Gia, creo que esto ya ha ido demasiado lejos. Es mejor que te vayas —dijo enfadado y se dirigió a la cocina a por un recogedor.

Mientras Luke se quitaba la camisa empapada y la metía en la lavadora, Gia maldecía su suerte. Todo le estaba saliendo mal y acababa de perder su última oportunidad. Con el humor que tenía en estos momentos sería difícil seducirlo. Se estaba dirigiendo a la puerta cuando escuchó el sonido del móvil del ranchero. Lo buscó con la mirada y, sin pensarlo dos veces, lo cogió. Apresurada se dirigió a la salida y, una vez en el porche, puso una sonrisa de satisfacción en los labios al ver quién llamaba.

—Lo siento, ¿te he despertado? —preguntó Ainhoa con voz melosa. Había tardado tanto en coger el teléfono que estuvo a punto de colgar.

—Yo diría que está despierto, muy despierto, pero no gracias a ti. —Soltó una risita cínica.

—Gia, ¿qué haces ahí? Pásame con Luke —pidió con voz trémula, no podía creer que estuviera en su casa, y menos haciendo lo que estaba insinuando.

—No va a ser posible, primita, está en la cocina preparándonos unos bocadillos. Hemos consumido mucha energía —se burló—. Te dije desde el principio que solo se estaba divirtiendo contigo. ¿Habías imaginado de verdad que se enamoraría de alguien tan insignificante como tú? —añadió con sarcasmo y colgó, dejándola hecha una furia.

Ainhoa no se creía sus palabras, Luke no le haría esto. Seguro que había una explicación para que la bruja contestara su teléfono. Gia estaba muy equivocada si pensaba que ella iba a caer en su juego sucio. Ahora mismo iba a solucionar el tema. Y, como la pillara, la iba a despellejar viva.

Cogió las llaves del coche y salió dejando una estela de polvo a su paso. Llegó en la mitad del tiempo y, al ver el coche de la Barbie oxigenada, sintió cómo su estómago se retorcía. Había una explicación, se repitió una y otra vez hasta que se detuvo ante la puerta. Dudó un segundo entre anunciar su presencia o sorprenderlos. Se quedó con la segunda opción.

Abrió la puerta y lo encontró en el mueble bar. Tenía una copa en la mano con un líquido ambarino, se lo llevó a la boca y lo tomó de un solo trago. Estaba sin camisa, lo que significaba que Gia estaba arriba en su habitación como había afirmado. Sintió que la bilis le subía por la garganta.

—Desgraciado. Eres un cabrón hijo de puta —gritó y se lanzó sobre él con el puño en alto. Al escuchar el sonido de su voz, Luke se dio la vuelta justo a tiempo de recibir el primer golpe en el pecho.

—Por Dios, Ainhoa. ¿Qué haces? ¿Estás loca? —preguntó sorprendido a la vez que le sujetaba las muñecas para impedir que lo siguiera golpeando.

—Suéltame, gilipollas de mierda —gruñó moviéndose con violencia para zafarse de él—. ¿Cómo puedes ser tan cínico? ¿Cómo has podido acostarte con ella? Yo creí en lo que teníamos —dijo casi al borde de las lágrimas.

—Nena, tienes que calmarte. No sé de qué me estás hablando. ¡No me he acostado con nadie más!

—Ah, ¿no? Pues te he llamado hace unos minutos y no fue eso lo que me contó Gia al contestar tu móvil. ¿Cómo me explicas eso? —volvió a gritarle. Quería creerle, sin embargo, las evidencias eran apabullantes.

Luke la miraba sin comprender nada. ¿Cómo podía Gia haber atendido la llamada si hacía un rato que se había ido? Además, habían estado todo el tiempo juntos en el salón, era imposible que contestara su teléfono. Algo se le escapaba.

—Es cierto que Gia ha estado aquí, quería disculparse por lo que te hizo, pero hace casi media hora que se fue. —Respiró profundo para tranquilizarse—. No me he acostado con ella —afirmó categórico.

Estaba empezando a cabrearse. No le gustaba que lo acusaran injustamente y, menos aún, que la persona que amaba dudara de su palabra.

—¿Cómo puedes ser tan hijo de puta? El coche de Gia sigue ahí afuera, y estoy segura de que te está esperando en tu cama.

Gia escuchaba todo desde el pasillo de la segunda planta. Cuando le colgó el teléfono a su prima una idea se le cruzó por la cabeza. Sin perder el tiempo, subió a la habitación de Luke y se desnudó. Sabía que Ainhoa no tardaría en llegar, era demasiado previsible. Solo tuvo que esperar el momento oportuno para hacer su entrada triunfal. Con una sonrisa malvada en los labios, empezó a descender los escalones.

—No te equivocas, primita, pero si quieres puedes unirte. No soy celosa —dijo para provocarla soltando una carcajada sarcástica.

—Eres patética, Gia. Al contrario de ti, a mí no me gustan las sobras. Quédatelo, ya no me interesa. —La miró asqueada.

—¿Qué mierda es esta, Gia? ¿De dónde has salido? —preguntó cogiéndola del brazo—. Yo no me he acostado contigo. Dilo —gritó enfurecido. No podía creerse lo que le estaba pasando. Tenía que ser una pesadilla. Buscó la mirada de su chica, necesitaba que le creyera —. Nena, tienes que creerme. No me he acostado con ella —soltó a Gia con brusquedad y se acercó a Ainhoa.

—Cierra la puta boca, Luke, no haces más que mentir —vociferó muerta del dolor—. Os merecéis el uno al otro —dijo y salió corriendo, no querría derrumbarse delante de ellos. Le dolía tanto que le estaba costando respirar.

Luke la siguió y la alcanzó antes de que entrara en el coche.

—Ainhoa, mírame. ¿De verdad la crees a ella? ¿Después de todo lo que hemos compartido? —preguntó afligido—. ¿De verdad…? ¿De verdad crees que te engañaría?

Ella pudo ver la sinceridad en su mirada, pero prefirió aplastarla. Era más fácil romper en estos términos.

—Ya no importa, Luke. Esto tenía los días contados.

Luke estaba aturdido y tardó unos segundos en interpretar sus palabras. Cuando lo hizo, la cólera lo dominó.

—Y una mierda. No voy a permitir que uses este pretexto para poner fin a nuestra relación. —La cogió en brazos.

—Luke, no hagas las cosas más difíciles, por favor —imploró con un hilo de voz. Le estaba costando la vida mantenerse impasible. Se moría por tocarlo, por sentir el roce de los labios sobre su piel. Dios, no podía flaquear ahora—. Suéltame, debo irme —pidió sin ser capaz de mirarlo a los ojos.

—No, Ainhoa, no te lo voy a poner fácil. Me he enamorado de ti, tenía esperanzas de que al final me escogieras, que eligieras nuestra relación. Pero veo que me he equivocado. —La soltó como si su

contacto le repugnara—. Veo que lo que tuvimos no significa nada para ti, que yo no he significado nada para ti —su voz tembló y tuvo que tragarse el nudo que tenía en la garganta para no hacer el ridículo delante de ella.

Ainhoa no fue capaz de aguantarlo más y, sin decir nada, se metió en el coche y arrancó pisando a fondo el acelerador.

Miró por el espejo retrovisor y pudo ver que él andaba de un lado a otro mientras se pasaba las manos por el pelo de forma desesperada.

Luke se quedó mirando hasta que perdió de vista su coche. Se sentía furioso, decepcionado. Se había hecho ilusiones, había creído que ella sentía lo mismo que él. Por lo visto había estado cegado por sus sentimientos.

Caminó con pasos derrotados hacia su casa. Al entrar encontró a Gia ya vestida y sentada en su sillón como si no hubiera hecho nada. Tuvo ganas de cogerla por los pelos y lanzarla por la ventana. Nunca había sentido tanto odio hacia una persona.

—¿Qué haces todavía aquí, Gia? Desaparece de mi vista —ordenó con voz fría y severa.

—Sé que ahora estás enfadado, pero con el tiempo me lo agradecerás. Mereces una mujer…

—Deja de decir estupideces, loca psicótica —gritó interrumpiéndola—. ¡Fuera de mi casa! ¡No vuelvas a acercarte a mí en tu puta vida! —vociferó al tiempo que la cogía del brazo sin ninguna delicadeza y la lanzaba fuera de su salón.

Gia no dijo nada. Sabía que se había pasado tres pueblos. No obstante, se sentía contenta, ella no lo tendría, pero la idiota de su prima tampoco.

Luke escuchó cómo el coche se distanciaba y una vez más se dirigió a su mueble bar, con la diferencia de que una copa de coñac no le serviría para aliviar su dolor. Ahora necesitaba algo que le hiciera perder la consciencia.

Él no era el único que quería perder el sentido. Ainhoa llegó a duras penas a la casa de su abuelo. Sentía que su corazón se había roto en mil pedazos. Le había hecho daño al no reconocer que le creía y eso la estaba matando.

Hasta ese instante su dolor había sido abstracto. Sabía que sufriría al dejarlo, pero nunca pensó que fuera tan insoportable.

El vacío que sentía en su pecho crecía y devoraba todo a su paso, secándola por dentro.

Iñaki estaba en el salón y la miró preocupado. Hizo intención de preguntarle algo, pero lo ignoró y se metió en su cuarto, donde dio rienda suelta a su pena.

Al día siguiente no salió de su habitación, no le apetecía comer ni saber nada del mundo exterior. Incluso olvidó los ejercicios de su

abuelo. Él estaba preocupado por ella y, cuando cayó la tarde sin haberle visto la cara, supo que algo más grave había sucedido. Sin preocuparse por lo que le diría, se acercó a su cuarto y dio tres toques a la puerta a modo de aviso, esta vez no esperaría a ser invitado.

La imagen que encontró le enterneció. Su nieta estaba encogida sobre sí misma en posición fetal, su cabeza reposaba sobre la almohada, a la que se agarraba como si fuera su tabla de salvación. Su rostro estaba surcado por las lágrimas y algunos mechones de pelo le caían por la frente, pegándose a la piel.

Capítulo 24

—Mi niña, ¿qué te ha pasado? —preguntó en un susurro estirando la mano para apartar su cabello de la cara.

Ainhoa no estaba dormida y, al sentir la caricia de su abuelo, se sentó de golpe en la cama y se tiró a sus brazos.

—Siento haberte hablado como lo hice. No sé qué me pasó. —En realidad lo sabía, aunque no se lo iba a explicar.

—Lo sé, cariño, pero no estás así por eso. Cuéntame qué te ocurre —pidió con voz suave al tiempo que le acariciaba la espalda para consolarla.

—He encontrado a Gia en la cama de Luke.

—¿Qué? Es que este muchacho es tonto. Lo voy a matar —dijo apartándola con brusquedad por la impresión.

—Sí, un poco tonto es por recibirla en su casa. Pero no se acostó con ella. No sé lo que pasó, porque no le permití que se explicara. —Respiró profundo para mitigar la opresión que sentía en el pecho—. Hemos terminado, abuelo.

—No lo entiendo, si no se ha acostado con ella —consideró un segundo—, entonces tiene que ver con lo que hablamos ayer. Hija, creo que…

—Iñaki, por favor, no quiero hablar más de esto. Hemos terminado y punto. No hay vuelta atrás.

Su abuelo la miró con pesar, sabía que se estaba equivocando y, cuando se diera cuenta, sería demasiado tarde. Luke no era de los que mendigaban. Solo esperaba que lo que sentían el uno por el otro fuera lo demasiado fuerte para superar esta crisis. Le encantaría verlos juntos. Sentía que se complementaban a la perfección, como él y su Begoña.

Almas gemelas destinadas a encontrarse.

Ainhoa se quedó dormida en los brazos de su abuelo. Él depositó su cabeza sobre la almohada y salió de la habitación sin hacer ruido.

De momento no había nada que él pudiera hacer.

Los siguientes días no fueron fáciles para Ainhoa. Pasaba el tiempo ensimismada en sus recuerdos, recreando los momentos vividos con Luke en los dos meses que llevaba allí. Por más que su abuelo intentara levantarle el ánimo, no lograba su objetivo. El pobre hombre ya no sabía qué hacer para que su nieta recuperara la sonrisa.

—Niña, tu abuela quiere hablar contigo —le dijo pasándole el teléfono. Prefirió dejarla sola, tenía la esperanza de que se desahogara con Begoña.

—Hola, mi vida. Llevas unos días sin llamar. Estamos preocupadas por ti.

Hasta entonces Ainhoa no había tenido el valor de verbalizar lo que rondaba por su cabeza. Incluso a ella misma le costaba admitirlo, pero al escuchar la voz de su abuela lo tuvo claro. Quería volver a casa, lo necesitaba.

—Estoy bien, abuela, pero he estado pensando y he decidido volver a casa. Os echo de menos. —Respiró hondo antes de continuar—. El abuelo se está recuperando a pasos agigantados y sé que no dejará su tratamiento. Buscaré a alguien para que lo ayude con los ejercicios y con las tareas del hogar. —Tomó otra bocanada de aire—. No puedo posponerlo más. Necesito recuperar mi vida —concluyó en un tono derrotado, cansado.

Estaba decidida a seguir adelante y no podría hacerlo si seguía allí, tan cerca de él y, al mismo tiempo, tan lejos.

Begoña se quedó un instante en *shock*, todavía no estaba preparada para que su nieta abandonara a Iñaki. En cierta forma, que estuviera con él la hacía sentirse más cercana a su amor. Sin embargo, el tono suplicante de su niña la hizo ser consciente de lo egoísta que había sido. La había apartado de todo lo que amaba para que buscara a un hombre que no significaba nada para ella. A pesar de que al final todo había salido bien y se querían como si llevaran toda la vida juntos.

—Claro, cariño. También te echamos de menos y estamos deseando tenerte en casa. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea—. Creo que Marga podría seguir viviendo con nosotras. ¿Qué te parece?

Ainhoa no pudo evitarlo y soltó una carcajada.

—Menos mal que vuelvo pronto, un poco más y me quedo sin abuela y sin habitación.

—Deja de decir tonterías, niña. Se hace querer pero, entre nosotras, está un poco loca y hay que enderezarla. —Soltó una risita.

—¿Está ahí?

—No, hoy llegará más tarde. Se ha ido a tomar algo con sus nuevos compañeros de trabajo.

—De acuerdo. Dile que la llamo mañana. Adiós, abuela. Te quiero.

—Yo también, mi vida. Pásame con Iñaki, deja que sea yo la que le cuente que vas a volver. Se va a poner muy triste, te quiere mucho.

—Lo sé, yo también lo quiero. Pero mi lugar está allí.

Ainhoa salió de su habitación en busca de su abuelo, lo encontró en su saloncito y le pasó el móvil. Iba a extrañarlo muchísimo, en el poco tiempo de convivencia se había hecho un hueco en su corazón.

Mientras ella planeaba su vuelta a casa, Luke trabajaba de sol a sol para olvidarla. Dormía fatal y apenas comía, se notaba por la holgura de sus ropas que había adelgazado.

Esa mañana se armó de valor y llamó a Iñaki con la excusa de saber

cómo estaba, aunque él sabía, y su amigo también, que lo que en realidad quería era saber cómo estaba Ainhoa. Y se alegró al enterarse de que estaba tan jodida como él.

Se sentía tan perdido que ya no encontraba paz ni en su refugio. Le había enseñado sus lugares secretos, los lugares que usaba para relajarse y encontrarse a sí mismo. Ahora esos lugares estaban llenos de recuerdos que, lejos de calmarlo, lo enfurecían. Había sido un idiota iluso, desde el primer instante ella le había dejado claro que no se quedaría más de lo necesario. Él solito había cavado su tumba. No era justo que la culpabilizara por su sufrimiento, lo sabía, aunque necesitaba hacerlo para aligerar su dolor.

Solo esperaba que el tiempo mitigara el enorme vacío que sentía.

Una vez tomada la decisión, Ainhoa puso en marcha el plan «vuelta a casa». Había hablado con una de las recepcionistas de la clínica donde acudía su abuelo, que tenía una amiga que necesitaba un trabajo. Habló con ella y estaba dispuesta a ayudar a su abuelo con su tabla de ejercicios diarios, con llevarlo a las sesiones de fisioterapia por las tardes, además de cocinarle y limpiarle la casa dos veces a la semana. Eso sí, a cambio de una buena remuneración.

Superado el principal impedimento para su vuelta a España, puso fecha a su billete de avión. El próximo jueves, once de octubre, a las tres de la tarde, empezaba su odisea. Le daba pánico solo de pensar en las escalas que tenía que hacer hasta llegar a su destino. También le daba pánico pensar en lo que estaba dejando atrás. No había un solo momento en el día en el que no pensara en Luke, en el que no ansiara estar en sus brazos, en el que no necesitara sentir sus caricias, sus besos. «Dios, cómo echo de menos su sonrisa», pensó al tiempo que se secaba el rostro con la manga de la camisa.

Había llorado tanto en los últimos días que no sabía cómo todavía le quedaban lágrimas.

—Iñaki, no empieces. Samantha es un cielo y te va a atender muy bien. Dale una oportunidad, por favor, hazlo por mí. No me gustaría irme sin que tuvieras una persona de confianza cuidándote —pidió Ainhoa exasperada. Desde que su abuelo se había enterado de que se iba estaba muy irascible.

—Parece buena chica, pero no eres tú. Te quiero mucho, hija, me has devuelto las ganas de vivir. Va a ser muy difícil para mí estar lejos de ti. —La emoción le embargó y no pudo contener las lágrimas. Ainhoa tampoco pudo controlar sus emociones. Ambos terminaron consolándose mutuamente.

—Yo también te echaré de menos, abuelo. Prometo que vendré a verte lo más pronto posible. —Le borró el rastro de humedad de la cara.

—Más te vale. No te olvides que ahora el rancho es tuyo. Tendrás que tomar decisiones…

—Ni hablar, no quiero saber nada del rancho. Mientras vivas seguirá siendo tuyo. A mí solo me interesas tú, abuelo. No quiero tu dinero. —Iñaki la abrazó emocionado, era el único familiar que lo quería de verdad.

—Tu madre, donde esté, se sentirá muy orgullosa de ti. Eres buena hija, buena nieta, buena persona. Eres un ser humano excepcional. No cambies nunca, Ainhoa, aunque las lecciones de la vida sean duras, sigue así, manteniendo tu corazón a salvo.

—Jo, abuelo, no me digas esas cosas. Te estoy poniendo la camisa perdida.

—Sí, tienes razón, ya hemos llorado lo suficiente. —Le dedicó una sonrisa carente de alegría—. Estaba pensando, a ver qué te parece, que podíamos hacer una barbacoa de despedida este fin de semana. Todavía no he conocido a Irune ni a su marido —ponderó durante un instante—. Invitaremos a Luke, estoy seguro de que querrá despedirse de ti.

—No vendrá, abuelo. Lo sé. Y quizá sea lo mejor —dijo tragándose el nudo que tenía en la garganta. Esperaba que un día dejara de doler tanto.

Los dos días siguientes estuvo preparando todo para la reunión. Solo faltaba encontrar el valor para llamar a Luke. Iba a hacer caso a Iñaki e intentaría que la despedida no les dejara un mal recuerdo, principalmente después de los maravillosos momentos que habían compartido. Decidió coger el toro por los cuernos y lo llamó.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono ácido cuando vio que era Ainhoa.

Iñaki le había telefoneado unos días atrás para contarle que ella ya había reservado el billete de vuelta a España. Se volvió loco al enterarse de la noticia. Sabía que sucedería, ella mismo se lo había dicho. Pero poner fecha a su partida le desquició.

—Eh… nada, bueno, quería invitarte a la barbacoa que haremos mañana en la casa del abuelo. Hmmm, me gustaría que nos despidiéramos como amigos. Quisiera borrar todo lo que ocurrió la última vez que nos vimos. Quisiera…

—Lo siento, pero tengo muchas cosas que hacer mañana.

—Luke, por favor —pidió con un hilo de voz.

—Adiós, Ainhoa. Que tengas un buen viaje de regreso a casa.

Ella se quedó con el teléfono en la mano, mirándolo a través de las lágrimas como si en cualquier momento pudiera volver a encenderse. La frustración y el dolor dieron paso a la rabia. Nunca le había prometido nada, no se merecía que la tratara así.

Intentó olvidarlo y se dispuso a preparar su maleta. Tenía la

sensación de que su ropa se había multiplicado y realmente no lo entendía. Había comprado cuatro cosas. ¿Cómo era posible? Tras varios intentos tuvo que sentarse encima para poder cerrarla. Así la encontró su abuelo al entrar en la habitación.

—¿Qué estás haciendo, niña?

—No consigo cerrarla —dijo frustrada mientras botaba sobre la dichosa maleta.

—¡Por Dios! Bájate de ahí o vas a acabar haciéndote daño.

Escuchar a su abuelo hablar así desencadenó las emociones retenidas por las duras palabras de Luke y por la frustración que sentía por tener que dejar atrás algo más que unas simples piezas de ropa.

—No sé qué ha pasado, abuelo, se ha encogido —murmuró con la voz entrecortada a la vez que limpiaba las lágrimas de su rostro con el dorso de la mano—. Lo he llamado, abuelo, pero no vendrá, no vendrá a despedirse.

Su llanto era imparable. Iñaki la miró con pena, sabía de sobra lo que era sufrir por amor. También sabía que su nieta se estaba equivocando. Por más que fuera leal a Begoña y no quisiera dejarla sola, no sería feliz lejos de Luke, lo que los unía era más fuerte de lo que ella pensaba. Y mucho se temía que solo lo entendería cuando lo hubiera perdido del todo.

—Tesoro, bájate de ahí y siéntate aquí. —Palmeó la cama.

Cuando lo hizo, su abuelo la cogió de la mano y le sonrió.

—¿Qué te ha dicho Luke?

—Que mañana estaría muy ocupado y me deseó un buen viaje de vuelta a casa. No es justo, fui sincera con él desde el principio.

—Lo sé cariño, y él también lo sabe. Pero no es fácil ver a la persona que amas partir y no poder hacer nada para impedirlo. Ambos estáis sufriendo y necesitáis una pausa para poder ver las cosas desde otra perspectiva. Estoy seguro de que vuestra historia no acaba aquí. —La abrazó con cariño—. El tiempo se encargará de poner cada cosa en su lugar, mi vida.

Luke miraba el reloj de forma compulsiva. Faltaban diez minutos para que el vuelo de Ainhoa despegara y, por más que corriera, no llegaría a tiempo. Había estado tan cegado por el dolor que ignoró las llamadas de Iñaki. Su amigo había insistido para que fuera a la barbacoa a despedirse. Le había advertido de que se arrepentiría de no hacerlo, y no se había equivocado.

Dejó su coche en el primer hueco disponible que encontró, sin importar si estaba prohibido o no, y se lanzó al interior de la terminal. Una vez localizó la puerta de embarque en el panel informativo, emprendió una carrera hacia allí con la esperanza de pillarla antes de que pasara el arco de seguridad.

Mientras él vencía los últimos metros, ella era cacheada por un agente de seguridad. Todavía tenía los ojos húmedos por la dura despedida que acababa de producirse. Su abuelo había llorado como un niño provocando que ella e Irune lloraran como Magdalenas. Era increíble lo que había conseguido una simple foto.

Había terminado de recoger sus cosas de la bandeja y, antes de seguir su camino, lanzó una última mirada a Iñaki y a su amiga, que permanecían detrás del cordón de seguridad. Sin embargo, el rostro que encontró no fue el de ellos, Luke estaba allí y le dedicó una sonrisa que provocó que su corazón se detuviera. Ya no podía volver atrás para abrazarlo, tampoco podía decirle nada sin que todos se enteraran. Apenas le quedaba devolverle la sonrisa y despedirse con la mano.

Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos y diciéndose con la mirada lo que no se habían atrevido a decir con palabras. El hechizo solo se rompió cuando Ainhoa escuchó por los altavoces la última llamada de su vuelo y no tuvo más remedio que coger su equipaje de mano y salir corriendo.

Una vez dentro del avión, sentada en su asiento, con el corazón latiendo a mil por hora, pudo saborear y recrear lo que había sentido en el momento en el que sus miradas se cruzaron. Él le había pedido perdón, la había besado y acariciado cada rincón de su cuerpo, le había agradecido cada instante que habían compartido, le había dicho que la seguiría queriendo a pesar de la distancia. A esas alturas lloraba a moco tendido.

¿Qué haría sin él? ¿Cómo iba a sobrevivir a su ausencia? ¿Cómo iba a sobrevivir sin su sonrisa traviesa, sin las noches de pasión, sin escuchar su voz? La angustia por no conocer la respuesta empezó a hacer mella en ella. Esperaba que esos sentimientos desaparecieran al retomar su vida en España. Estaba segura de que, con la misma fuerza que llegaron, se esfumarían. Con la esperanza de que su enamoramiento era temporal, se quedó dormida.

Al tiempo que ella se dejaba llevar por el sueño, Luke salía del aeropuerto como el alma que se lleva el diablo. Su amigo Iñaki había intentado detenerlo, pero pasó de largo. Lo único que quería era llegar a su rancho y cabalgar hasta que sus sentimientos estuvieran tan anestesiados como su cuerpo.

Había apostado alto y había perdido su corazón.

Capítulo 25

Veintidós horas después, Ainhoa llegaba a su destino. Tenía la sensación de que volvía de una dimensión paralela. Sentía que todo lo que había pasado había sido una alucinación.

—¡Ainhoa! ¡Estamos, aquí! —gritó Marga saltando y moviendo las manos para llamar su atención. Se habían puesto más apartadas porque a Begoña la agobiaban las aglomeraciones.

Ella oyó a su amiga y, tirando del carrito, regateó al gentío hasta alcanzarlas. Su abuela estaba a su lado y se veía tan rejuvenecida que no pudo controlar la emoción y se puso a llorar. En los últimos tiempos se le daba de maravilla.

—Mi niña, cómo te hemos echado de menos. —La abrazó con fuerza—. Deja que te mire bien. —Se apartó y aprovechó para saludar a su amiga.

—Da otra vueltecita, creo que te ha crecido el culo —dijo Marga sin poder contener la risa.

—Calla, petarda. También te he echado de menos. —La estrechó entre sus brazos.

El trayecto de una hora y media de Sevilla a Córdoba lo pasó respondiendo al interrogatorio al que ellas la estaban sometiendo.

—Sé que estás cansada, hija, ya mismo estaremos en casa y podrás dormir todo lo que quieras —se disculpó Begoña—. Pero solo respóndeme una cosa más. —Se quedó en silencio dudando si hacerle la pregunta—. ¿Es guapa la tal Samantha? ¿Crees que a tu abuelo podría interesarle?

Los celos de su abuela la despejaron del todo. Le enterneció su inseguridad.

—Abuela, Samantha está felizmente casada; además, Iñaki está enamorado de ti hasta la médula. No te preocupes, no tienes competencia.

—Begoña, si haces lo que yo te dije no mirará a ninguna otra mujer —puntualizó Marga y Ainhoa tembló solo de pensarlo, su amiga era un peligro.

—¿Qué te ha dicho Marga? —Su abuela agachó la cabeza para ocultar la sonrisa que se estaba formando en sus labios.

—Abuela, ¿qué has hecho?

—Deja de atosigarla, Ainhoa. Ella no ha hecho nada malo —interrumpió su amiga—. Cuéntaselo, Begoña, no hay de qué avergonzarse. —Como no contestaba y seguía con la cabeza agachada, Marga continuó—: Bueno, te lo diré yo. Le dije que se comprara lencería *sexy* y que practicara cibersexo con Iñaki. ¿A que no es para

tanto?

Ainhoa se quedó con la boca abierta durante unos segundos. No por el hecho en sí, era algo que aprobaba y hubiera animado a cualquier amiga suya a practicarlo. Pero no a su abuela. Solo con imaginarlos juntos se le ponían los pelos de punta.

—No, no es para tanto, pero prefiero que me ahorréis los detalles.

—¡Qué aburrida eres! Suerte que Begoña me tiene a mí.

Su abuela soltó una risita. Joder, ahora entendía por qué Iñaki pasaba tantas horas encerrado en su saloncito.

Llegaron a casa a las once de la noche. Por suerte esta vez no tenía que esperar para dejarse caer sobre la cama. Aunque le costó trabajo librarse de su abuela y de su amiga, ambas estaban hambrientas de noticias.

—Aprovecha bien la noche de sueño, porque mañana no te me escapas. Quiero saberlo todo sobre Luke y, como no me enseñes una foto suya, no te cuento lo que sé —ese comentario la espabiló.

—¿Qué es lo que sabes de él?

—Siento decepcionarte, pero me refería a tus abuelos. —Apartó la mirada para que Marga no sospechara que le había mentido, se había esforzado demasiado en aparentar que la ruptura no le afectaba en absoluto—. Descansa, mañana hablaremos.

Ainhoa estaba muy cansada para hacer suposiciones. Cerró los ojos y se dejó llevar por la somnolencia. Soñó que todavía estaba en Boise, en los brazos de Luke.

Se despertó a la mañana siguiente al escuchar un sonido estridente que provenía del salón. Luego escuchó la voz de Marga. Estaba echándole la bronca a alguien. Se levantó de un salto y se vistió apresurada.

Al entrar en el salón vio a dos muchachos saliendo por la puerta con la cama de la habitación de su abuela.

—¿Qué diablos pasa aquí? ¿Qué hacen con los muebles de la abuela?

—Hola, dormilona. Ya era hora, son las doce del mediodía. —Le sonrió y volvió su atención a otro repartidor que entraba empujando una gran caja—. Tened cuidado con el parqué, como lo arañéis, estáis muertos.

—¿Quieres hacer el favor de explicarme lo que está pasando?

—Esta vez no he tenido nada que ver. —La miró con cara de niña buena que nunca había roto un plato—. Tu abuela se fue con dos de sus amigas a una tienda de muebles y ha cambiado el dormitorio. Yo solo me encargo de que hagan bien su trabajo.

Ainhoa la siguió hasta la habitación. No entendía por qué su abuela quería cambiar su cama por una de matrimonio.

—¿Dónde está?

—Esa era una de las cosas que quería contarte ayer a cambio de que me enseñaras la foto del ranchero —le dijo sin apartar la mirada de los repartidores.

—Joder, Marga, déjate de rodeos y suéltalo de una vez por todas.

—Desde que se ha reencontrado con Iñaki, tu abuela está revolucionada. Ha renovado su vestuario, va a la peluquería con asiduidad, hace yoga dos veces a la semana y los sábados por la mañana hace *aquagym*. Tiene una agenda más intensa que la mía.

—Pero ¿y todos los achaques que tenía? ¿Tú has visto la cantidad de pastillas que toma? —No entendía nada, cada vez que su abuela hacía una visita al médico volvía a casa con un arsenal de medicamentos, además de una lista de recomendaciones y prohibiciones.

—Tomaba, ahora le quedan solo cuatro. Por lo visto, la mayoría de sus dolencias eran psicosomáticas.

—¿Y por qué no me has contado nada?

—Porque te conozco y sé que no te hubieras quedado tranquila hasta que no lo vieras con tus propios ojos.

Ainhoa estaba flipando. Siempre había creído en el poder de la mente, sin embargo, nunca había tenido una prueba tan convincente. Al final, el resultado de su aventura no solo había devuelto la felicidad a sus abuelos, también les había devuelto la salud.

Una vez que los repartidores se marcharon, limpiaron la habitación y la ordenaron lo mejor que pudieron. Begoña apenas tendría que preocuparse de distribuir los objetos decorativos que estaban esparcidos en varias bolsas por el suelo.

—Ahora ve sacando la foto del buenorro, si no, cuando llame tu abuelo se la pediré a él —la amenazó Marga mientras intentaba cogerle el móvil.

—Qué pesadita eres —protestó antes de ponerla en la pantalla para enseñársela.

Escogió una fotografía donde aparecía montado a caballo. Estaba impresionante y no pudo evitar sentir una punzada de dolor en el corazón.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Qué bueno está! ¿Cómo has podido dejarlo tirado? Yo me encuentro a uno así y me pego a él como una garrapata —dijo comiéndoselo con los ojos. Y sin pedirle permiso a su amiga tocó la pantalla en busca de más fotos. En la siguiente estaba en la cama, boca abajo, completamente desnudo—. ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Qué culo! ¡Qué cuerpo! No me extraña que hayas caído rendida.

—Dame eso. —Saltó sobre ella para recuperar su teléfono.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y aprovechó la distracción de Marga para recuperarlo. Con el aparato en las manos, protegido de los ojos golosos de su amiga, se dirigió a su abuela.

—Hola. Marga me ha contado tus hazañas.

—El deporte y el amor son las mejores medicinas para la salud. Y te lo debo a ti, mi vida. Gracias a tu valentía soy la mujer más feliz del universo. —Se acercó a su nieta y la abrazó con cariño—. ¿Han venido los de la tienda a traer mi dormitorio? —preguntó mientras se dirigía al cuarto de la colada para dejar su bolsa del gimnasio.

—Sí. ¿Por qué lo cambias, abuela? Te gustaba como estaba.

—Porque mi cama era de soltera y yo quería una de matrimonio por si acaso Iñaki decide visitarme algún día.

Ella y Marga se miraron escépticas, pero ambas prefirieron no decir nada. Su abuelo no parecía dispuesto a salir de su rancho. Por lo menos nunca lo había manifestado en su presencia.

Ainhoa se sentó a la mesa para desayunar y su amiga la acompañó. Esperó hasta que Begoña se dirigió a su habitación para empezar con las preguntas comprometidas.

—Estás enamorada, ¿verdad?

—No lo creo —mintió descaradamente—. Nadie se enamora de un día para otro. Lo que pasa es que todo fue muy intenso, demasiadas emociones en tan poco tiempo. Y no me refiero solo a nuestra relación. Digo en general. He cortado con mi novio, he perdido mi trabajo; bueno, en realidad lo he dejado yo porque no hice el menor esfuerzo para conservarlo, y tú lo sabes. Me fui a otro país a buscar a un hombre al que había creído muerto desde que tengo uso de razón. —Respiró hondo—. Luego conocí a Luke, que no hace falta que te diga lo bueno que está.

—No, no hace falta. Lo tengo grabadito en mi memoria —confesó poniendo ojitos y Ainhoa forzó una sonrisa para esconder sus celos—. Quizá tengas razón. Has estado en una montaña rusa desde que salió a la luz la historia de tu abuela.

—Sí, solo necesito recuperar mi vida para que todo vuelva a la normalidad. Ahora, háblame de ti. ¿Cómo van las cosas con Max? —preguntó y el silencio de su amiga le valió como respuesta.

—He intentado mantenerme al margen hasta que la situación estuviera resuelta. —Retorció las manos, nerviosa—. No he podido, lo quiero. Me ha costado reconocerlo, sin embargo, es la verdad. No puedo estar sin él. —Desvió la mirada como si estuviera avergonzada.

—Amiga, no tienes que justificarte. Eres dueña de tu vida y yo te apoyaré siempre. Pero como te haga daño, le corto las pelotas —dijo provocando que la tensión se disipara.

Se quedaron en silencio, cada una perdida en sus pensamientos.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —inquirió Marga.

—Descansaré este fin de semana y el lunes empezaré a buscar trabajo. Si te enteras de algo, ya sabes.

Los días fueron pasando y Ainhoa sentía cómo se deslizaba cuesta abajo, como en un tobogán. No conseguía sacarse a Luke de la cabeza, su ausencia le dolía cada día más. Era desgarrador, llegaba a ser un dolor físico.

No sabía qué hacer para librarse de esa agonía.

Había albergado la esperanza de que, después de unas semanas, sus sentimientos por él fueran menguando, quedando apenas en un bonito recuerdo. Sin embargo, no había sido así. Llevaba un mes en España y su desazón solo aumentaba. Y para empeorar su estado de ánimo no conseguía encontrar trabajo. Se había pateado toda Córdoba dejando currículums y nada. No lo entendía, ya estaban prácticamente en diciembre y en esa época del año se incrementaban las ofertas. Quizás fuera su cara de alma en pena la que estaba impidiendo que consiguiera sobresalir en las entrevistas.

En casa intentaba mantener el tipo, aunque cada día le resultaba más difícil esconder sus sentimientos y fingir que su estado anímico se debía a su situación laboral. Pero a su abuelo no había podido engañarlo. Era conocedor de sus sentimientos por Luke, y aprovechaba los momentos de soledad para desahogarse con él.

—Hija mía, ¿por qué no lo llamas? Te puedo asegurar que está desolado. No ha vuelto a ser el mismo desde que te fuiste.

—No puedo, abuelo, solo nos haría más daño. Él no dejaría su rancho por mí y yo no abandonaría a la abuela por él. No tiene solución. Espero que, con el paso del tiempo, pueda olvidarlo.

—No, mi vida, hay amores que son imposibles de olvidar. Son parte de ti, de tu alma.

Ainhoa se despidió de Iñaki con un nudo en la garganta y ni se dio cuenta de que estaba llorando. ¿Cómo había podido pasarle algo así? Nunca imaginó que fuera posible sentir algo tan profundo en tan poco tiempo. No entendía cuándo el deseo había dado paso a ese sentimiento que llamaban amor. Pero era cierto, se había instalado en su corazón, en su alma, y era parte de ella. Como dijo su abuelo, estaba marcada de por vida.

Solo le quedaba aprender a vivir con ese vacío inmenso que se había instalado en su pecho.

Era irónico. Había ido a Estados Unidos en busca del amor perdido de Begoña, lo había encontrado y le había devuelto la felicidad y las ganas de vivir. En contrapartida, había perdido al hombre de su vida y, con él, la alegría y su paz mental.

No sabía cómo iba a salir de esta.

Decidió dar un paseo, las paredes de su piso la estaban asfixiando. Echaba de menos mirar por la ventana para contemplar la naturaleza, o respirar el olor a tierra mojada que flotaba en el aire tras las fugaces lloviznas que presenció estando en el rancho. Y el silencio, cuánto lo

echaba de menos. No era una ausencia de sonido usual, era un despertar de los sentidos. Le permitía conectarse con todo lo que estaba a su alrededor y, lo más importante, consigo misma. Aunque al parecer no había sido lo suficiente como para que intuyera lo mucho que sufriría estando lejos de esas tierras, lejos de Luke.

Su móvil sonó, liberándola de sus ensoñaciones. No era un número conocido y, al pensar que podía ser una oferta de trabajo, lo atendió con el corazón en la mano.

—Sí, dígame.

—Hola, Ainhoa.

—Hola. ¿Quién es?

—Soy yo, Gonzalo, he cambiado de número. Me he enterado de que estuviste en Estados Unidos dos meses largos y me sorprendió mucho. —Su silencio lo estaba poniendo nervioso—. Y… eso… quería saber si iba todo bien.

Lo que le faltaba, que los muertos resucitaran. No tenía ganas ni humor para aguantar sus tonterías.

—Va todo bien. Adiós.

—¡Espera! Por favor, no cuelgues.

—Mira, Gonzalo, no quiero ser grosera, pero es que estoy esperando una llamada de trabajo.

—Tómate un café conmigo, solo quería disculparme. Me he dado cuenta de que tenías razón en muchas cosas. —Cogió aire para continuar—. Te prometo que no estoy queriendo recuperar nuestra relación. Es solo que me gustaría que acabáramos como amigos. Como los que fuimos antes de empezar a salir.

Ainhoa no estaba muy segura, en realidad no se acordaba de tal amistad. De lo que sí se acordaba era de lo borde que había sido la última vez que hablaron. Quizás fuera verdad que quería disculparse. Eso no se lo creía ni después de pegar cabezazos contra la pared. Lo que pasaba era que se sentía tan deprimida que hasta un lobo con piel de cordero le parecía apropiado. Así que, sin pensarlo mucho, aceptó.

—De acuerdo, pero no te hagas ilusiones, no voy a volver contigo. —Mejor ir de frente y dejar las cosas bien claras. No volvería con él ni por todo el oro del mundo. Le daba repelús solo de pensar en el sabor de sus besos, en realidad en los suyos y en los de todos los demás. Los únicos labios que quería probar eran los de Luke.

—¿Te parece bien que nos veamos dentro de un rato en la cafetería que está cerca de tu casa, la que hace esquina?

—De acuerdo. En media hora bajo.

Se duchó y se arregló sin muchas pretensiones. Hablarían y, si consideraba que estaba siendo sincero, lo disculparía; en caso contrario, lo mandaría a tomar viento. Estaba saliendo de su habitación cuando se encontró con su abuela en el pasillo, tenía el

móvil pegado a la oreja. Y por su sonrisita estaba claro con quién estaba hablando.

—¿Dónde vas, hija?

Capítulo 26

Luke ya no podía soportar la ausencia de Ainhoa. Había intentado retomar su vida anterior y había tenido sexo, no podía negarlo. Sin embargo, había sido algo automático, un mero ritual que no lo llegaba a satisfacer, solo servía para dejar en evidencia lo que sentía por ella. Era una puta mierda, cuanto más follaba, más la echaba de menos. No solo su cuerpo y su olor, echaba de menos su sonrisa, su temperamento explosivo, sus locuras, todavía se reía cuando se acordaba del episodio con el perro. Si hubiera sabido en ese momento la serpiente venenosa que era Gia, le hubiera echado la bronca por mantener al animal encadenado. Debería de haberle comido la lengua. Por su culpa, todo se había precipitado.

Esa mañana había decidido visitar a Iñaki, necesitaba hablar con él de la posibilidad de mudarse a Córdoba. Estaba tan desesperado por recuperarla que empezaba a planteárselo, aun a sabiendas de que dejaría una parte de su corazón en aquellas tierras.

Como siempre, su vecino había dejado la puerta abierta, confiaba en que Hulk le alertaría de cualquier intruso. Y era cierto, siempre que el intruso no fuera él.

Lo llamó para avisarle de su presencia y entró en el salón. Le bastó dar unos pasos para escuchar que hablaba desde su saloncito particular. Lo volvió a llamar y se dirigió al pasillo. Estaba a punto de tocar la puerta cuando escuchó el nombre de Ainhoa. Retuvo la respiración y dejó su mano suspendida en el aire.

—Me ha parecido oír que Ainhoa se iba a encontrar con su exnovio —preguntó su amigo y se desesperó al no poder escuchar la respuesta. Ella nunca le había hablado de ningún ex.

—No estará pensando en volver con el impresentable ese, ¿no?

Luke no pudo esperar la respuesta, se sentía un imbécil. Se había montado una película en su cabeza, una en la que ella sentía lo mismo que él. Qué equivocado estaba. Había sido su premio de consolación, lo había utilizado para olvidar a su exnovio. Por eso no le había hablado de él, lo seguía queriendo y le dolía reconocerlo.

Tuvo que parar la camioneta, no podía respirar. Se bajó del coche y gritó hasta quedarse sin voz. Costara lo que costara, la iba a borrar de su mente, de su cuerpo y de su corazón.

Mientras Luke retomaba la marcha y se dirigía a su rancho con la firme decisión de olvidarla, Iñaki continuaba su charla con Begoña.

—No sé qué le pasa a la niña, Iñaki, desde que llegó no ha levantado cabeza. Nos contó que es porque no encuentra trabajo, pero no me lo trago. Tú tienes que saberlo, dime qué le ha pasado —

preguntó con firmeza y a él no le quedó más remedio que romper su promesa.

—Está así por Luke, se ha enamorado de él. No se separaron ni un momento desde que se conocieron, y el muchacho también está hecho polvo.

Begoña ató cabos y no le fue difícil llegar a la conclusión de que era la culpable del regreso precipitado de su nieta.

—Dios mío, es por mi culpa, ¿verdad? Por no abandonarme prefirió dejarlo a él.

—Me temo que sí, cariño —dijo con voz pausada—. Pero no te preocupes, he estado pensando estos días y he encontrado la solución.

—¿Qué solución, Iñaki? La única que podría haber me produce taquicardia con solo pensarla. Yo no me puedo subir en un avión, lo he intentado con todas mis fuerzas. —Empezó a llorar—. Soy una egoísta, lo sé. Después de todo lo que ha hecho por mí, no soy capaz de subirme a ese maldito pájaro del demonio para estar contigo.

—No llores, amor. Esa no es la única opción. He decido mudarme contigo. Si me quieres en tu casa, claro. Si no, me buscaré un pisito cercano —le temblaba la voz de la emoción—. Hemos perdido muchos años de nuestra vida separados, Begoña. Y los que me quedan quiero pasarlos a tu lado.

—Pero… pero…

—Antes que me digas algo de mi tratamiento, quiero comunicarte que ya estoy caminando. Con la ayuda de un bastón, es cierto, sin embargo, el médico no ha puesto ningún impedimento a que coja un vuelo de larga duración. La única recomendación es que nada más llegar me ponga en contacto con un traumatólogo y que siga con el tratamiento. ¿Qué te parece? ¿Te hace feliz tenerme allí? —preguntó al tiempo que se tragaba el nudo que tenía en la garganta.

—No hay nada que quiera más en esta vida que estar a tu lado.

Los dos perdieron la noción del tiempo proclamando su amor y confabulando para que su nieta también pudiera ser tan dichosa como ellos. Como en menos de una semana estaría en España, decidieron ocultarlo. Ainhoa se llevaría la sorpresa de su vida.

A la vez que sus abuelos seguían con sus maquinaciones, ella se despachaba a gusto con su ex.

—Gonzalo, lo que haga con mi vida no te concierne. No eres nadie para recriminarme que dejara mi trabajo —afirmó levantándose de la mesa enfadada. Había empezado bien, se había disculpado y había reconocido sus errores. Pero cuando vio que había bajado la guardia, empezó con los reproches, como si tuviera algún derecho sobre ella—. Ha sido un error, no debería de haber venido. Espero, por tu bien, que pases página.

—No te lo tomes a mal. Te lo estoy diciendo como amigo.

Ainhoa gruñó al escuchar su excusa. Era un caradura y no iba a perder el tiempo con él.

—No vuelvas a llamarme —dijo con firmeza antes de marcharse.

Había sido una pérdida de tiempo. Y le fastidiaba saber que por culpa de un momento de debilidad se había puesto en esta situación.

—¿Qué ha pasado? ¿Acaso te ha dejado plantada ese impresentable? —inquirió su abuela al verla entrar tan pronto. No le había dado tiempo ni de tomar un café.

—No sé ni por qué he accedido a verlo. Sigue siendo el mismo idiota de siempre —respondió y se dirigió al pasillo. Deseaba estar sola.

—Hija, espera. Tenemos que hablar —pidió con voz firme y ella tembló. Cuando su abuela usaba eso tono no había escapatoria—. ¿Por qué no me has contado que estabas enamorada de Luke? Me he tenido que enterar por tu abuelo. ¿Es que no confías más en mí?

Ainhoa sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Sabía que su abuela le haría un tercer grado, pero no se esperaba eso. Confiaba en que Iñaki no la traicionaría.

—No es eso, abuela. Solo es que no quería que te preocuparas por una relación pasajera sin importancia. —Apartó la mirada para que no viera que estaba mintiendo.

—No es verdad, mi niña. Pareces un alma en pena desde que volviste —afirmó acercándose y, cogiéndola de la mano, la guio hasta el sillón—. Sé por qué lo hiciste. Pero estás equivocada. Que vivas tu vida o que te mudes al otro lado del océano no significa que me estás abandonando. —Le secó las lágrimas que en ese momento caían a borbotones—. Jamás podría ser feliz a tu costa, Ainhoa.

»Olvídate de mí y aclara tus sentimientos. Si realmente ese muchacho es el hombre que tu corazón ha escogido, no lo dejes escapar. Yo sé lo que es pasar toda una existencia anhelando un amor perdido. —Cogió sus manos entre las suyas y la miró con ternura—. Día tras día desearás volver a verlo, desearás escuchar su voz, desearás sentir sus caricias, desearás que te consuele en los momentos difíciles. No, cariño, no puedo consentir que vivas así.

—Abuela, eres muy importante para mí, no puedo…

—Shsss. No digas nada. Solo quiero que mires en tu interior y que seas sincera contigo misma. —La besó en la mejilla y se dirigió a la cocina a preparar la cena.

Se sentía muy culpable por todo lo que le estaba pasando. Desde que Leire murió entró en bucle, su único deseo era unirse a ella, nada le importaba, ni siquiera su nieta. Su dolor era demasiado grande para pensar con claridad. Había sido egoísta y ahora su niña estaba sufriendo por su culpa. Únicamente esperaba que la llegada de Iñaki la ayudara a tomar la decisión correcta.

Ainhoa se quedó un buen rato en el salón, mirando a la nada. Era incapaz de conectar con su interior. La verdad era que tenía miedo, miedo a saltar al vacío sin una red de protección, miedo a entregarse sin reservas y después perderlo todo.

Estaba muy confundida, Luke había roto sus esquemas y su mente era un hervidero de pensamientos contradictorios.

El ruido de la llave en la cerradura provocó que pegara un salto y saliera disparada a su habitación. Con su abuela había tenido suficiente y no le apetecía otra dosis de realidad. De momento lo único que podía afirmar era que su corazón estaba herido por la ausencia de Luke. Lo echaba de menos cada instante del día, día tras día, noche tras noche.

Al tiempo que Ainhoa ponía en orden sus ideas, Iñaki empezaba a organizar su viaje. Y el primer punto de su lista era visitar a su vecino.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Hola, muchacho. Necesito hablar contigo.

—Pasemos adentro. Dile a Samantha que se baje —sugirió Luke.

—Déjala, no quiere bajarse. Además, no tardaré, tengo que ir a la ciudad antes de que cierre el banco.

—Adelante, te escucho —le dijo a la vez que le ofrecía una cerveza sin alcohol. Solo esperaba que no le contara nada sobre Ainhoa. No quería saber nada de ella.

—He tomado una decisión. Me mudaré a España en unos días.

—¿Qué me estás contando? ¿Cómo que te vas a ir?

—Mi lugar está al lado de Begoña, hemos estado muchos años separados y los pocos que me quedan quiero pasarlos con ella.

Luke lo escuchaba y con cada palabra sentía una opresión en el pecho. No solo por la partida de su amigo, sentía que se estaba rompiendo el último vínculo que lo ataba a Ainhoa. Después de que su vecino se fuera, nunca más tendría noticias suyas. El aire empezó a escasear.

—Todo lo que necesites o cualquier problema que tengas con el rancho, hablas con mi abogado, él estará informado. También quería pedirte que te quedaras con Hulk. —Pareció pensar durante unos segundos—. Por lo menos hasta que mi nieta venga.

—¿Ainhoa va a venir? No entiendo nada. —Su corazón latió desbocado. ¿Qué iba hacer ella allí? Lo único que le importaba era su abuelo y ya no estaría.

—Lo entenderás cuando esté aquí. Espero que la hagas feliz o tendrás que vértelas conmigo.

—Creo que te equivocas. Ainhoa me dejó claro que lo nuestro no ha significado nada para ella. Además, está ese exnovio suyo. Seguro que ha vuelto con él —aseguró y el dolor del rechazo le oprimió el pecho como una plancha de plomo.

—¿De dónde has sacado esas sandeces? —preguntó y, como no obtuvo respuesta, dedujo que había escuchado su conversación con Begoña—. Ya veo, pero estás equivocado. No ha vuelto con el mequetrefe de su exnovio ni va a volver. Ahora deja de hacer el tonto y dame un abrazo. Te aprecio, muchacho, y te voy a extrañar.

Luke lo abrazo. La verdad era que lo iba a echar de menos, se había apoyado por completo en él después de la muerte de su padre.

—Volverás algún día de visita, ¿no? —preguntó tragándose la emoción al verle con los ojos vidriosos.

—Más bien irás tú a visitarme. Y no tardéis demasiado, porque Begoña no querrá estar mucho tiempo sin ver a su nieta. Además, está loca por conocerte. —No esperó su réplica y continuó—: Espero que no metas la pata, hijo. Puede que esta sea la última oportunidad que tengas.

Luke lo acompañó hasta el coche en silencio, estaba inmerso en sus pensamientos. La amaba, no tenía duda, pero quién le garantizaba que ella no saldría corriendo a su país cuando surgiera el primer obstáculo.

Sabía que no estaba preparado para aguantar una segunda ruptura.

Ainhoa pasó la siguiente semana sumida en una desazón que le absorbía las fuerzas, llevándola a un evidente estado de apatía. Las palabras de su abuela seguían resonando en su cerebro y eso era lo que la estaba matando. Porque ser sincera consigo misma implicaba reconocer ante todos que Luke era el amor de su vida, y eso, a su vez, la llevaría a coger el próximo vuelo a Estados Unidos.

—Levántate ya de esta cama, amiga. Pareces una marmota, incluso te están saliendo bigotitos. Unos días más en esa posición y no podré reconocerte, estarás redonda y peluda —vaticinó Marga mirándola con los ojos desorbitados y sacando los dientes hacia fuera mientras hacía un extraño ruidito.

Ainhoa no pudo controlarse y soltó una sonora carcajada. Llevaba tiempo sin ejercitar los músculos de su rostro.

—Creo que la única roedora que hay aquí eres tú. —Siguió riéndose de sus payasadas.

—Ahora en serio, levántate de esta cama y arréglate. Vas a venirte conmigo de marcha. —La apuntó con el dedo—. Y no pierdas el tiempo diciendo que no, me conoces bien y sabes que, si hace falta, te daré la lata toda la noche.

Ainhoa la miró con desesperación, pero ella seguía inamovible. Sabía que cuando se ponía así no había manera de llevarle la contraria. Era bien capaz de invitar a todos sus conocidos y montar una fiesta en su habitación si no reaccionaba.

—De acuerdo, pero me largaré cuando me dé la gana.

—Bien. Tienes una hora para arreglarte. Y aprovecha para quitarte los pelos de las cejas y del bigote, lo de marmota iba en serio. —Una vez más imitó al simpático roedor—. El tiempo corre, nena, ponte guapa. —Le guiñó un ojo y salió de la habitación.

Ainhoa sacudió la cabeza todavía sonriendo con sus ocurrencias. De no ser por su amiga, seguiría en la inopia.

Una vez en el cuarto de baño, se miró en el espejo y buscó los pelos que había enumerado la loca de Marga. Los del bigote eran inexistentes, puesto que se había hecho depilación a láser, pero no podía decir lo mismo de las cejas. Necesitaría más de una hora para despoblarlas.

Se puso manos a la obra y, a la hora acordada, apareció su amiga para reclamarla.

Estaba dispuesta a pasárselo bien.

Capítulo 27

La noche estaba siendo un auténtico desastre. Se encontraba rodeada de parejas enamoradas y estaba a punto de vomitar con tanta ñoñería. Lo único que la salvaba de tirarse de los pelos era ver a su amiga tan feliz. Max realmente parecía enamorado. La manera que tenía de mirarla le recordaba a cómo la contemplaba Luke. ¿Podría pasar el resto de su vida sin sentir cómo todo su cuerpo vibraba cada vez que sus ojos se encontraban? Conocía la respuesta y no podía tardar en tomar una decisión o sería demasiado tarde.

—¿Estás bien? Te has puesto seria de repente.

—Ya me he divertido lo suficiente. Me voy a casa —dijo Ainhoa con firmeza. No pensaba dejarse convencer por la lianta de su amiga.

—Espera un ratito y me voy contigo. Los padres de Max se alojan en su casa este fin de semana y no pasaré la noche con él —pidió poniendo cara de cordero degollado.

Una hora después, las dos regresaban a casa. Una vez cruzaron el umbral de la puerta advirtieron que algo inusual pasaba. Se escuchaban susurros y estos provenían de la habitación de Begoña. Se miraron extrañadas y, sin hacer ruido, caminaron de puntillas por el pasillo. A escasos pasos de la entrada se detuvieron y agudizaron el oído para poder identificar la procedencia de las voces. Begoña no solía desvelarse por la noche viendo películas o hablando con Iñaki, era una mujer de arraigadas costumbres y a las once, como mucho, ya estaba contando ovejitas.

Se dieron cuenta casi al instante de que había alguien en la habitación con ella.

—¿Está acompañada? —susurraron a la vez que se miraban sorprendidas.

—No te tapes, Begoña, deja que te contemple. —Escucharon las dos y casi gritaron de la impresión.

—Joder con la abuela. Tiene un amante y no nos hemos enterado —murmuró Marga mientras retrocedían unos pasos.

—¿Te das cuenta de que está traicionando al abuelo? No me puedo creer que le esté haciendo eso. No lo entiendo, siempre ha estado sola. Me dijo que nunca había estado con otro hombre —comentó Ainhoa en voz baja. Estaba consternada—. Esto es culpa tuya. —Apuntó con el dedo a su amiga—. La has incitado a practicar sexo virtual y se ha calentado más de la cuenta.

Marga ahogó una carcajada al escuchar los reclamos de Ainhoa. Le iba a contestar, pero justo en ese momento escucharon un gemido de placer y salieron despavoridas del pasillo. Las dos se metieron en la

antigua habitación de Leire, era la más retirada y podían hablar sin miedo a que las escucharan.

Ya protegidas entre las cuatro paredes, no pudieron aguantar la risa.

—Jolines, todavía estoy en *shock* —manifestó Ainhoa mientras se quitaba los tacones—. ¿Con quién crees que está? ¿Lo conoceremos? ¿Y si es un aprovechado de esos que buscan viejecitas para desplumarlas?

—Tu abuela no está forrada para que la desplumen, por lo menos de dinero. —Ahogó una carcajada con las manos y a continuación dijo —: Yo creo que es el viudo del quinto. Últimamente ha estado muy servicial con ella.

—¡Qué dices! Si es más feo que el culo de un mono.

—Para lo que necesita tu abuela no hace falta que sea guapo —dijo Marga ganándose un manotazo de su amiga—. ¡Ay, qué bruta eres! —protestó y se tapó la boca al ver que había elevado más de la cuenta el tono de voz.

En este momento oyeron el chirrido de una puerta al abrirse. Contuvieron la respiración y agudizaron el oído. Cuando se dieron cuenta de que los pasos iban en dirección a la cocina, respiraron aliviadas.

Entreabrieron la puerta un poco y miraron expectantes por la rendija. Unos minutos después Begoña se asomó por el pasillo, llevaba una bandeja de comida en las manos y tenía una sonrisa luminosa en los labios. Estaba claro que, fuera lo que fuera que había hecho en esa habitación, le había sentado de maravilla.

—Jolines, están reponiendo fuerzas para el segundo *round* —murmuró Marga llevándose otra colleja—. Oye, yo no tengo la culpa de que tu abuela haya decidido darle una alegría al cuerpo —protestó tocándose la nuca.

—Deja de decir tonterías y céntrate. ¿Qué hacemos ahora?

—No sé qué harás tú. Pero yo me pondré unos tapones en los oídos y me iré directa a la cama, son casi las cuatro de la madrugada y mañana trabajo. —Se despidió moviendo unos cuantos dedos—. A ver si te quedas de plantón y consigues descubrir quién es nuestro Romeo.

Tras decir esas palabras, se perdió en la oscuridad del pasillo. Ainhoa se quedó inmóvil mirando a la nada durante unos segundos. Tenía sueño, pero no sabía si podría dormir estando al corriente de que, a escasos metros de su habitación, había un hombre desconocido durmiendo con su abuela.

Se desvistió, se lavó los dientes y se metió en la cama. Intentó cerrar los ojos y, a pesar de que no se escuchaba ningún ruido, le fue imposible, todos sus sentidos estaban en alerta. Le estaba costando

digerir lo que había hecho Begoña, quería a su abuelo y sabía que esto le rompería el corazón.

En este momento la imagen de Luke le vino a la mente y sintió un dolor profundo al pensar que él podía estar con otra. No, no podía permitírselo. Pero ¿qué iba a hacer con su abuela? ¿Podría irse sin mirar atrás dejándola a su suerte? Necesitaba encontrar una respuesta rápido o sentía que sería demasiado tarde.

El cansancio la venció y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Tres horas después, un alboroto la despertó. Le costaba despejarse del todo por el sueño acumulado. Pero cuando escuchó la voz alta y clara de Marga diciendo «Estás hecho un toro, nadie diría que has estado postrado en una silla», pegó un salto de la cama y salió disparada de la habitación.

Las voces provenían de la cocina y, una vez allí, se quedó con la boca abierta al ver a su abuelo cómodamente sentado en la silla. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Marga fue la primera en percatarse de su presencia y, con su conocido desparpajo, dijo:

—Al final no le estaba poniendo los cuernos. —Sus palabras dejaron a los implicados estupefactos. Ainhoa se hizo la despistada para no avergonzar a su abuela, que en ese momento estaba más roja que el tomate que tenía en las manos.

—¡Abuelo, estás aquí! No me lo puedo creer. —Se tiró sobre él y se dejó envolver por sus brazos—. Cuánto te he extrañado —murmuró con la voz embargada por la emoción.

—Yo también, mi vida. Desde que te fuiste me he sentido muy solo. —Le acarició el pelo y tuvo que ocultar el dolor que sentía por no poder abrazar a su hija.

Jamás podría sostenerla como lo estaba haciendo con su nieta. La vida no había sido justa quitándole a su niña. Por lo menos le había permitido recuperar a la mujer de su vida y a su nieta. Las recompensaría por el tiempo perdido. Su amor se acercó y ellos la incluyeron en el abrazo.

—Parece un sueño que podamos estar aquí los tres juntos —dijo Begoña con la voz entrecortada. Solo faltaba su hija para que su alegría fuera completa.

El grupo estaba en sintonía, todos tenían sus pensamientos puestos en la gran mujer que había sido Leire.

Mientras ellos demostraban lo mucho que se querían, Marga miraba la escena desde fuera con los ojos húmedos. Nunca había experimentado algo parecido en su familia y, en ese momento, una oleada de celos la envolvió.

—Ven, hija. Ahora tú también eres de la familia. —Ella no esperó a que terminara de pronunciar la frase para ir al encuentro de los brazos abiertos que la acogían con genuino cariño.

Tras la emotiva muestra de afecto, Marga tuvo que salir corriendo para no llegar tarde al trabajo y ellos pudieron al fin disfrutar de un suculento desayuno.

—Qué calladito lo habéis tenido, ¿eh? No he desconfiado de nada.

—Queríamos darte una sorpresa —dijo su abuelo mirando a Begoña con complicidad.

—Y lo habéis conseguido. —Sonrió mientras disfrutaba viéndolos juntos. Era tangible la conexión que tenían, parecían uno. Solo esperaba que su abuela no se deprimiera cuando se fuera—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar, abuelo? —Era preferible tener los pies en el suelo desde el principio.

—He venido para quedarme, hija —contestó provocando que su abuela esbozara una sonrisa de oreja a oreja.

Ainhoa se quedó patidifusa, estaba segura de que nunca tomaría esa decisión. Lo veía unido al rancho de la misma forma que lo estaba Luke.

Pensar en él la entristeció. Con su abuelo aquí jamás tendría la oportunidad de volver a verlo.

Intentó mantener la sonrisa en los labios para no estropear el momento. Aunque sus abuelos fueron conscientes del instante exacto en el que la tristeza se apoderó de su mirada. No necesitaron dar muchas vueltas para intuir cuál era el motivo, pero tenían la esperanza de que pronto se solucionaría la situación.

La llegada de su abuelo había revolucionado a todos. Begoña desfilaba por el barrio presumiendo de pareja y sus amigas hacían cola en la puerta de su piso para conocerlo, incluso le prepararon una fiesta de bienvenida. Y por increíble que pareciera, y teniendo en cuenta su carácter huraño, él estaba encantado de ser el centro de las atenciones.

Los cambios que la llegada de Iñaki estaba provocando en sus vidas eran importantes, y el de mayor calibre estaba a punto de suceder.

—Hija, llevo unos días aquí y todavía no he tenido tiempo de sentarme contigo para charlar tranquilamente. Aprovechemos que estamos solos y hablemos —le pidió Iñaki mientras la guiaba hasta el sillón.

Ainhoa sintió un vuelco en el corazón, presentía que le iba a hablar de Luke. Sin poder articular palabra, asintió con la cabeza.

—Te voy a preguntar algo y quiero que me respondas con total sinceridad. —Volvió a asentir de forma afirmativa —. ¿Eres feliz con la decisión que tomaste?

Ella sabía que aludía a su postura de posponer su vida por estar con su abuela. Y por más que quisiera negarlo, bastaría con que la mirara a los ojos para conocer la repuesta.

—No, no lo soy, abuelo. Lo amo demasiado y me duele estar lejos

de él —confesó al borde de las lágrimas.

—Lo sé, mi vida. Él también está pasándolo mal. Por eso quiero que aceptes mi regalo. —Sacó un sobre del bolsillo trasero del pantalón y se lo entregó—. Ya no tienes excusas para ir en busca de tu felicidad.

Ainhoa cogió el sobre y lo abrió. Dentro había dos billetes de avión solo de ida, uno a San Francisco y otro a Boise. Los miró detenidamente y su mano tembló al ver que estaban fechados.

—¡Cuatro días! No puedo irme en cuatro días. La abuela…

—No uses a Begoña como excusa. Está bien de salud y ya no estará sola. Es hora de que vivas tu vida, hija. No ignores el amor o te arrepentirás.

Se levantó y se tiró a su abuelo, no iba a ignorar lo que sentía por Luke. Lo necesitaba como el aire que respiraba. Jamás sería feliz si dejaba escapar esa oportunidad. Estaba segura de que él era el hombre indicado.

—Gracias, abuelo. Empezaré a preparar mis cosas —dijo con entusiasmo y eufórica se dirigió a su habitación. No podía perder tiempo, había muchas cosas que hacer antes de su partida.

Una vez en marcha los preparativos, no tuvo tiempo de parar un momento para analizar la decisión que había tomado. Se había dejado llevar por los acontecimientos. Y sin darse cuenta se encontraba en el aeropuerto de Sevilla, rodeada por su familia, y a punto de cruzar el charco con un billete solo de ida.

—Sé feliz, mi vida, y no tardes en venir a visitarnos. Estoy deseando conocer a Luke —dijo su abuela tras darle un fuerte abrazo.

—Vendré lo más pronto que pueda. Os quiero mucho y os echaré de menos —murmuró con la voz entrecortada mientras almacenaba en su memoria las facciones de cada uno.

—Estaré más tranquilo si no te quedas sola en el rancho pero, si lo haces, no te olvides de poner la alarma —le pidió su abuelo y, a continuación, la achuchó entre sus brazos.

—Jo, amiga. Si Luke no estuviera tan bueno, no te dejaría marchar. ¿Con quién podré desahogarme ahora? —Hizo un mohín y se lanzó sobre ella.

Volvió a abrazarlos y, tras una última mirada, se dirigió a la zona de control de seguridad. Esta vez todo estaba siendo diferente, empezando por el vuelo, que era en primera clase y duraba dieciséis horas, ocho menos que el anterior, y terminando por el motivo del viaje. Ahora no se trataba de su abuela, ahora se trataba de ella, de su futuro.

La azafata la acompañó hasta su asiento y le deseó un buen viaje. No había compañeros de asiento entrometidos ni niños llorones. Era otro nivel y estaba segura de que después de probar todas las comodidades de la cabina le iba a resultar traumático viajar en clase

turista.

Se acomodó en el confortable asiento y esperó el momento crítico. Una vez el avión surcó los cielos se relajó, cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos.

A pesar de que su abuelo le hubiera asegurado que Luke la quería y la echaba de menos, no podía evitar que la inseguridad la embargara. Estuvo a punto de llamarlo para tantear el terreno, pero tuvo miedo de escoger las palabras equivocadas y provocar una ruptura definitiva. Necesitaba mirarlo a los ojos para que sus corazones se conectaran, necesitaba sentir en cada partícula de su cuerpo lo que su intensa mirada le provocaba cada vez que se encontraba con la suya.

El comunicado de la azafata anunciando el eminente aterrizaje en Portugal la liberó de sus ensoñaciones.

Después de una escala en Lisboa de casi tres horas, ya se encontraba nuevamente en el aire. Ahora le tocaban doce horas de vuelo hasta el Aeropuerto Internacional de San Francisco. Aunque con las comodidades de que disponía en este vuelo ni se enteraría.

Una vez más se relajó, se puso los cascos y dejó que la canción la condujera a los brazos de Morfeo.

Capítulo 28

Mientras Ainhoa surcaba los cielos, Luke se preparaba para salir. No pensaba hacerlo, pero necesitaba un respiro. Imaginaba que con el tiempo sus sentimientos irían remitiendo, pero no había sido así. Cada día que pasaba sus recuerdos se volvían más nítidos, lo que provocaba que su rencor hacia ella creciera al no poder olvidar la conversación que había escuchado sin querer en la casa de Iñaki.

Por más que su amigo lo hubiera negado, una parte de su cerebro no le dejaba creerlo. Principalmente cuando tenía en cuenta el hecho de que ella se lo había ocultado de forma deliberada. Si tan superado lo tenía, ¿por qué no le había hablado de él? Que le hubiera utilizado para olvidarlo no dejaba de corroerle por dentro.

Se había reunido con su capataz y con algunos vaqueros en el local de siempre.

—Me alegra que te hayas animado a salir. De un tiempo para acá estás irascible —dijo Gorka levantando su vaso de cerveza en un ademán de brindar.

—Si no quieres que te ponga a recoger la mierda de los establos, te sugiero que no hagas ningún comentario —replicó devolviéndole el gesto. Su capataz sonrió y levantó la mano en son de paz.

Luke barrió el establecimiento en busca de alguna cara conocida. Y se topó con una rubia de infarto que estaba a unos pasos de él, en la barra. La chica se lo comía con la mirada y le sonreía de forma insinuante. No tenía pensado intimar con nadie cuando salió de casa, sin embargo, debía de seguir con su vida. No podía sufrir eternamente por ella.

—Veo que esta noche no regresarás solo a casa —vaticinó Gorka al tiempo que apuraba su cerveza y miraba a la chica morena que estaba en la esquina opuesta.

—Esta vez no te has equivocado, amigo. —Sonrió con suficiencia, sacó un par de billetes y los dejó sobre la barra—. Pero estás mirando en la dirección equivocada.

Con una sonrisa en los labios se alejó y se dirigió a la chica.

—Perdona, ¿estás sola? —preguntó con voz suave mientras la miraba con descaro. Llevaba un vestido rojo que marcaba sus exuberantes curvas.

—Estoy completamente sola —contestó mirándolo con unos impresionantes ojos verdes.

—Bueno, habrá que remediar esta situación. —Le dedicó una de sus sonrisas más *sexys* y se sentó en el taburete de al lado. Ella cambió de postura para tenerle de frente y, al hacerlo, él no pudo evitar mirar

cómo el vestido se le subía a medio muslo dejando a la vista sus kilométricas piernas—. ¿Te puedo invitar a otra copa? —Apuntó con el dedo al vaso que estaba vacío.

—Me encantaría, gracias —contestó con coquetería.

Pidió al camarero dos Manhattan y, mientras disfrutaban de las bebidas, se fueron conociendo mejor. Ella le dijo que se llamaba Charlotte, que trabajaba en la industria farmacéutica y que era de Portland. Había venido a Boise por trabajo y estaría una semana. Luke evitó decirle que su madre también vivía en esa ciudad, no le gustaba hablar sobre sí mismo con sus rollos de una sola noche. Solo comentó que llevaba un rancho en las afueras y que le gustaba montar a caballo.

—Me encantan los animales —murmuró al tiempo que sorbía de su cóctel y se pasaba la lengua por los labios de manera provocativa—, y podríamos estar hablando toda la noche sobre el tema. Pero ambos sabemos que toda esta conversación solo tiene un objetivo y, si estás de acuerdo, podríamos ir a mi hotel que está a solo unos metros de aquí —sugirió con descaro.

Unos minutos más tarde, los dos se comían a besos dentro del ascensor. Charlotte le tocaba la erección por encima de los pantalones a la vez que él le estrujaba una teta.

Estaba muy excitado y por eso no entendía cómo su cerebro sacaba a relucir justo en ese momento el rostro de Ainhoa. No podía dejar de pensar en su sonrisa, en su olor, en el sedoso tacto de su cuerpo, en lo que sentía cuando la besaba.

El pitido del ascensor al llegar a la planta lo salvó de hacer el ridículo, había estado a punto de pronunciar su nombre. Notó que ella le tiraba de la mano y lo guiaba hacia su habitación. Una vez delante de la puerta, observó impasible cómo sacaba la tarjeta magnética del bolso y la introducía en la ranura. La cerradura de la puerta emitió un corto chasquido indicando que ya se podía entrar. Ella colocó la tarjeta en el soporte y la estancia se iluminó por completo.

—¿Estás esperando una invitación para entrar? —preguntó a la vez que se llevaba la mano a la espalda y bajaba la cremallera del vestido. Su pechos llenos y firmes se quedaron al descubierto en una clara incitación.

—Joder. Lo siento mucho, pero no puedo —dijo, nervioso, dando un paso atrás.

—¿Qué dices? Eres gilipollas, ¿o qué?

—De verdad que lo siento. —Se pasó las manos por el pelo de forma frenética despeinándolo—. No tiene que ver contigo, eres preciosa. Es solo que… —titubeó por un instante y ella le cerró la puerta en las narices mientras profería una sarta de insultos.

Cabizbajo se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. Esta vez había

metido la pata hasta el fondo. No podía culparla por su enfado, si una chica le hiciera algo así estaría subiéndose por las paredes de frustración. Ella tenía razón, era un gilipollas descerebrado. Había rechazado a un auténtico pibón por una chica que estaba a miles de kilómetros y que pasaba de él; y, lo que era aún peor, que podría estar en este momento echando un polvo de reconciliación con su exnovio.

Avergonzado, frustrado y con un dolor de huevos de mil demonios se montó en su camioneta y salió quemando llantas. Una vez en su casa se sirvió una triple dosis de *whisky* y se dirigió a la ducha, donde se masturbó pensando en la única mujer que era capaz de llevarlo al paraíso.

Mientras Luke tenía la peor noche de su vida, Ainhoa dormía como un angelito en el confortable asiento de primera clase.

La insistente voz de la azafata anunciando el tiempo estimado de vuelo la despertó. Faltaban dos horas y veinte minutos para llegar a San Francisco, había dejado Portugal al anochecer y, debido al huso horario, diez horas después continuaba reinando la noche.

Se levantó para estirar las piernas y se fue al servicio. Se sentía descansada, como si hubiera pasado la noche en su propia cama. Cada dólar que su abuelo había empleado en la primera clase había merecido la pena.

Tras acicalarse, se puso a curiosear por la cabina. Necesitaba distraerse para no mirar el reloj cada instante. Parecía mentira que en pocas horas estuviera en Boise. Todo había sucedido tan rápido que se había olvidado de llamar a su amiga Irune para que la recogiera en el aeropuerto. Se iba a quedar de piedra cuando apareciera delante de su puerta.

Tenía pensado llamarla cuando aterrizara en San Francisco, pero las cosas se torcieron en la aduana. La retuvieron y la interrogaron como si se tratara de una terrorista. No se creyeron los motivos que la habían hecho regresar a Estados Unidos en tan poco tiempo, y eso que no les contó la fantástica historia de sus abuelos ni que estaba allí para recuperar el amor de su vida. Únicamente les explicó que había heredado un rancho. Por suerte poseía el teléfono personal del abogado de Iñaki y ellos pudieron llamarlo para corroborar su versión. El hombre incluso tuvo que enviarles una copia del testamento para que la dejaran entrar.

Debido al percance con los agentes aduaneros perdió su vuelo a Boise y tuvo que pasar la noche en el aeropuerto. El siguiente vuelo disponible saldría las cinco de la mañana. Había un refrán que decía: Qué poco dura la alegría en la casa del pobre. No podía estar más de acuerdo. Su espectacular experiencia con la primera clase se había acabado, ahora se encontraba cansada, dolorida, despeinada y

malhumorada.

Por fin había llegado a su destino y, dada la hora que era, prefirió no molestar a su amiga en el trabajo. Cogió un taxi en el aeropuerto y le pidió al taxista que la llevara a un hotel económico y que no estuviera muy lejos. Lo de económico el hombre se lo había pasado por el forro, y la llevó a uno que estaba cerca del The Basque Market y que costaba ciento noventa y tres dólares la noche.

Mientras esperaba que la atendieran en recepción, una rubia con unos impresionantes ojos verdes se acercó y se coló delante de ella de forma descarada. Pensaba dirigirle un par de palabras no muy agradables pero, cuando vio el rapapolvo que le estaba echando a la recepcionista, reculó. No estaba en condiciones físicas para enfrentarse con ella. Solo esperaba que hubiera tenido una noche de mierda.

Una vez en la habitación, se duchó y cayó rendida en la cama. Horas más tarde se despertó hambrienta y, tras disfrutar de un suculento desayuno, llamó a casa. Estaban afligidos por la falta de noticias. Una vez consiguió tranquilizarlos, llamó a Irune.

—Hola, guapa. ¿Qué tal las cosas por ahí? —preguntó Ainhoa como si estuviera a miles de kilómetros.

—Hola, preciosa. Qué sorpresa, llevaba días sin saber nada de ti. Aquí todo sigue igual. Phil apagando fuegos y yo provocándolos. —Soltó una risita llena de segundas intenciones, y Ainhoa sonrió y se alegró por lo contenta que estaba esta mañana. Por lo visto la noche había sido caliente —. Y tú, ¿qué me cuentas? ¿Cómo están los tortolitos? Todavía me cuesta creer que Iñaki se haya mudado a España.

—Tenías que verlos, parecen dos adolescentes. Es desesperante, están todo el día metiéndose mano. —Escuchó una sonora carcajada al otro lado de la línea—. Eso, ríete.

—Joder, quisiera verlos. —Se hizo un minuto de silencio—. Y tú, ¿has encontrado trabajo? —preguntó en tono serio.

—Bueno, ahora tendré que buscarlo en otro país. Ya no estoy en España —confesó ocultando la risa.

—¿Cómo que no estás en España? Entonces, ¿dónde estás?

—En una ciudad preciosa rodeada de montañas y llena de árboles, incluso la conocen como la ciudad de los árboles. ¿Te suena de algo?

—¿Estás en Boise? —pegó un gritó y se escuchó cómo maldecía al caérsele el móvil—. No me puedo creer que estés aquí. ¿Por qué no me llamaste? Te hubiera ido a recoger —dijo de forma atropellada una vez recuperó el aparato.

Le explicó lo que había pasado en la aduana y, tras decirle que estaba alojada en un hotel, le exigió que le diera la dirección para recogerla. Un rato después, la esperaba en recepción.

—¿Me vas a contar por qué has venido? —preguntó mientras la

ayudaba a meter las maletas en la habitación de invitados de su casa.

Si le hubiera hecho esa pregunta unos meses atrás, probablemente le contestaría con una mentira. No obstante, ya no tenía ningún inconveniente en reconocer lo que sentía por Luke.

—Antes de que me fuera, Luke me confesó que se había enamorado de mí, y yo preferí ignorar tanto sus sentimientos como los míos —admitió con un tono nostálgico—. Espero poder remediarlo. —Se armó de valor y preguntó—: ¿Sabes algo de él?

Irune tuvo que desviar la mirada. Había visto a Luke desfilar por Boise del brazo de varias mujeres diferentes, aunque no podía negar que estaba desmejorado. Había adelgazado bastante y tenía unas ojeras de campeonato. Así que prefirió omitirlo.

—Me he cruzado con él algunas veces y lo he visto muy abatido. Ojalá podáis arreglarlo, formáis una bonita pareja. —Le sonrió con cariño—. Ahora tengo que volver al trabajo, más tarde hablamos.

Ainhoa esperó a que su amiga saliera por la puerta para ir al rancho a recoger el coche de su abuelo. Hacía demasiado frío para usar la moto sin la indumentaria adecuada. El vehículo también le facilitaría llevar sus pertenencias. No pensaba quedarse en casa de Irune, aunque estuviera yendo en contra de las recomendaciones de Iñaki. La casa tenía alarma y ella no veía ningún peligro; además, estaría Hulk para protegerla de cualquier intruso.

Su corazón se aceleró cuando el taxi la dejó en el portón de entrada. Estaba tan cerca de Luke y a la vez tan lejos. Se moría de ganas de verlo, aunque no podía negar que estaba acojonada. Le dolería demasiado que ya no quisiera saber nada de ella.

La casa parecía más grande y fría sin la presencia de su abuelo, y cuando decía fría no se refería solo a la temperatura, que era gélida. Lo primero que hizo fue encender la chimenea, por suerte su abuelo había dejado una gran reserva de leña. Después se dirigió a la cocina e hizo una lista de los enseres que necesitaría. No pensaba quedarse en el rancho sola, aunque le daba seguridad saber que tenía opciones si la reconciliación se prolongaba más de la cuenta.

Pasó la tarde limpiando y ordenando todo a su gusto. Había hablado con su abuelo sobre el lamentable estado en el que se encontraba la parte exterior de la casa y él le recordó que ahora era la dueña y la responsable de su mantenimiento. Él aprovechó el momento para comentarle que había abierto una cuenta corriente a su nombre y que los ingresos recibidos por los arrendamientos le pertenecían. Casi dio saltos de alegría cuando supo que el alquiler era de seis mil quinientos dólares mensuales, pero lo que la hizo saltar de verdad fueron los cuarenta mil dólares que tenía de saldo en su cartilla.

Gracias a Iñaki ya no tendría que contar monedas para llegar a fin

de mes. De no ser por su ayuda no hubiera podido volver a Estados Unidos en este momento. Encontrar a su abuelo había supuesto un cambio radical para todos.

Había dejado la casa como a ella le gustaba. También había hecho una lista de las cosas que quería hacer en el exterior. Estaba ilusionada y con la mente llena de ideas; además, este proyecto le había permitido pasar la tarde sin volverse loca pensando en Luke.

Dejó el rancho antes de que cayera la noche, deseaba llegar a la casa de Irune para pedirle su opinión como profesional. Sospechaba que estaría encantada de ayudarla con la reforma.

Y no se equivocaba. Su amiga se volvió loca cuando le contó sus planes para el rancho. En el mismo momento la arrastró a su escritorio y empezaron a plasmar en el papel todo lo que rebullía en sus mentes creativas.

Se encontraban tan entretenidas que se olvidaron completamente de la cena. Por suerte, Phil estaba en todo y se encargó de pedir unas *pizzas* y, mientras cenaban, siguieron intercambiando ideas. Su amiga tenía prisa por empezar, quería tenerlo todo antes de las Navidades.

Era la una de la madrugada cuando, por fin, pudo poner la cabeza en la almohada. Mañana sería un día decisivo en su vida, deseaba con todo su corazón que Luke se alegrara de verla.

Capítulo 29

Luke llevaba horas trabajando sin descanso, pero el esfuerzo físico ya no era suficiente para entorpecerle la mente. Desde el incidente con Charlotte dos noches atrás no daba pie con bola. Había llegado a un punto en el que nada lo llenaba.

Maldecía el día en el que había conocido a Ainhoa, ella era la responsable de arruinar su mundo perfecto. No sabía cómo eliminarla de su cabeza, ya lo había intentado todo y todo había resultado infructuoso.

—Luke, los vaqueros están esperando que les digas a qué pasto trasladan los toros que acaban de llegar. —Su capataz lo sacó de sus cavilaciones.

—Llevadlos al sur —ordenó y se montó en su caballo—. Te dejaré al mando, tengo que preparar la documentación para la venta de los terneros.

En parte era verdad, tenía que preparar el papeleo para el traslado; sin embargo, no pensaba hacerlo en ese momento. Ahora le apetecía una ducha caliente y un buen desayuno. Llevaba cuatro horas despierto funcionando a base de cafeína.

Se estaba desnudando cuando escuchó los ladridos de Hulk. Desde que estaba viviendo con él el animal se había calmado, apenas ladraba a los que se acercaban a la casa. Incluso estaba pensando en dejarlo en libertad.

Los ladridos cesaron y se dispuso a disfrutar del agua humeante que le caía por la espalda, ajeno a todo lo que sucedía en la planta baja de su casa.

—Solo lo he visto así con Luke —dijo la cocinera, provocando que Ainhoa casi se cayera del susto.

Ella se había acercado al rancho para hablar con él pero, justo cuando estaba a punto de tocar el timbre, escuchó los ladridos de Hulk y, sin pensarlo o posponiendo el momento que deseaba y temía con la misma intensidad, siguió la dirección del sonido.

—Hola, María. Nos hicimos muy amigos durante los meses que viví con mi abuelo. ¿Verdad, chico? —Le acarició el lomo mientras evitaba que saltara sobre ella para lamerle la cara—. He venido a ver a Luke. ¿Sabes dónde está?

—Has tenido suerte, está en casa, en la ducha. —Le sonrió de forma enigmática—. Ven, acompáñame. Estoy terminando de prepararle el desayuno y entretanto me cuentas cómo está Iñaki. Me sorprendí mucho cuando Luke me dijo que se había mudado a España.

Ainhoa la siguió hasta la cocina. Apenas habían coincidido y la

verdad es que nunca habían hablado con tanta confianza.

—Está de maravilla. Se ha integrado con el vecindario como si llevara toda la vida allí. Además, él y la abuela están recuperando el tiempo perdido, parecen dos quinceañeros.

—Me alegro por él. ¿Sabes? Hubo una época en la que intenté conquistarlo, pero desistí cuando me contó que su corazón ya tenía dueña.

Ainhoa se quedó sorprendida, su abuelo le había ocultado muy bien sus pretendientas.

—Lo siento —dijo y la mujer soltó una carcajada.

—Hace más de veinte años de eso, niña. Después de tu abuelo conocí a John, mi verdadero amor, llevamos juntos desde entonces. —Le dedicó una sonrisa cariñosa y apartó la sartén con los huevos revueltos del fuego—. ¿Te importa si te dejo sola? Casi se me olvidaba que tengo que llevarles el café a los vaqueros.

—No, claro que no. ¿Necesitas que haga algo? —preguntó mirando a su alrededor por si se le ocurría alguna cosa.

—Falta prepararle el zumo de naranja. Si no te importa, y quieres hacerlo, te lo agradecería mucho. —Dejó el delantal doblado en un rincón de la encimera—. Puedes encontrar todo en la despensa —añadió y salió agitando la mano en señal de despedida.

Por un instante se quedó paralizada sin saber qué hacer. Al final se decidió y se dispuso a prepararlo. En ese momento se dio cuenta de que María le había mentido, no llevaba nada en las manos al salir. Lo del café era solo una excusa para dejarla a solas con Luke. Su corazón se aceleró al pensar que pronto lo tendría delante.

Estaba exprimiendo la última pieza de fruta cuando sintió su presencia. Su cuerpo empezó a temblar de arriba abajo, apenas podía sostenerse. Sus rodillas parecían hechas de gelatina. Tuvo que aferrarse al borde de la encimera para no caerse redonda al suelo.

Armándose de un valor que pensaba inexistente, se dio la vuelta y, al hacerlo, sintió cómo el tiempo se detenía y retrocedía.

Ainhoa no era la única que estaba atada al poderoso hechizo hipnótico que los envolvía. Luke podía jurar que sentía cómo la sangre bombeaba por sus venas, incluso estaba seguro de que ella podía escuchar el latido desbocado de su corazón.

Era difícil de creer que ella estuviera preparándole el desayuno en su cocina. Debía de tratarse de algún tipo de alucinación, se había vuelto loco y ahora la veía por todas partes. Parpadeó y volvió a fijar la mirada en su rostro. No, no estaba loco, Ainhoa estaba allí, apoyada en la encimera, mirándolo con esos ojos brillantes y expectantes. Estaba mucho más guapa de lo que recordaba.

En este momento, las palabras que Iñaki le dijo al despedirse invadieron su mente, pero fue incapaz de pensar con claridad. Ahora

mismo lo único que quería era estrecharla entre sus brazos y perderse en ella, en su contacto, en su dulzura. Necesitaba eternizar este momento. Lo demás lo solucionaría más tarde.

—Me gusta el cambio. Espero que sepas preparar tarta de manzana —dijo con coquetería provocando que el corazón de Ainhoa diera un vuelco. No estaba preparada para encontrarse con un Luke desenfadado y juguetón.

—Hola —saludó con un hilo de voz—. María ha tenido que salir un momento y me pidió que te preparara el zumo. Eh… ah… ¿quieres que te sirva el desayuno? —preguntó titubeando.

Estaba tan nerviosa que no sabía ni lo que estaba diciendo. Y como él le respondiera que sí, se iba a enfadar. No soportaba a los hombres que esperaban que las mujeres fueran serviciales.

—No, gracias. Soy capaz de servirme solo —respondió en tono suave sin perder la sonrisa. Ella lo miró confundida, parecía que se estaba refiriendo a otra cosa—. No esperaba verte por aquí. —Se acercó en dos zancadas. Deseaba con locura abrazarla y besarla, pero una perversa necesidad de castigarla por haberlo dejado con tanta facilidad empezaba a dominar sus sentidos. Dio un paso más al frente y se situó a escasos centímetros de ella—. ¿Por qué has vuelto, Ainhoa?

Su pregunta y la intensidad de su mirada provocaron que todo su cuerpo temblara. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Luke aguardaba expectante su respuesta y mientras tanto su olor, olor que lo volvía loco, le inundaba las fosas nasales, nublándole los sentidos.

—Porque quería estar contigo —susurró con voz queda y él ya no pudo contenerse más. Se lanzó sobre ella y capturó su boca con ímpetu—. Tenemos que hablar —le susurró en los labios cuando se separó para coger aire.

Deseaba decirle tantas cosas. Pero él no se lo permitió y ahondó en el beso de forma ardiente y posesiva, provocando que ella jadeara en su boca. Su respuesta lo alentó y apretó el agarre de su cintura, pegando su cuerpo al suyo. Su deseo era evidente y Ainhoa no pudo evitar emitir un pequeño gemido de placer.

—Necesito olerte. —Hundió la nariz en su cuello y aspiró profundamente, como si necesitara su fragancia para seguir viviendo —. Necesito tocarte. —Introdujo una mano bajo su jersey buscando la suavidad de su piel—. Necesito sentir cómo gozas con mis caricias. —Deslizó los dedos por el borde del sujetador y atrapó un pezón entre los dedos—. Dime que también lo necesitas.

Ainhoa sintió cómo el placer le recorría el cuerpo y se instalaba en su entrepierna. No había nada que deseara más en ese momento que sentirlo dentro de ella. Y para demostrarlo, estiró los brazos y le sujetó

el rostro con las manos, atrayéndolo hasta ella. Una vez consiguió que la boca estuviera a la altura de la suya, deslizó la lengua sobre sus labios una y otra vez, probando y saboreando cada sensación. Él la atrajo con más fuerza hacia su cuerpo y se hizo con el control del beso.

—Luke… —susurró con voz entrecortada al sentir cómo le liberaba los pechos del sujetador—. María puede volver en cualquier instante.

Sin abandonar su boca deslizó sus manos por sus muslos hasta llegar a la altura de las rodillas y la alzó para que le envolviera las caderas con las piernas. Acto seguido subió las escaleras como si ella no pesara nada y, una vez en la habitación, se desnudaron mutuamente mientras se devoraban con la mirada.

Ainhoa se estremeció al sentir el tacto suave y frío de las sábanas sobre su piel caliente. Luke se acercó a ella como un felino dispuesto a devorar a su presa y no pudo evitar soltar un gemido de placer cuando sus pezones sensibles rozaron su fuerte torso. Le pasó la mano por el cuello y le atrapó los labios con avidez, él respondió de manera feroz invadiéndole la boca con su lengua. Era la mejor sensación del mundo.

—Joder, nena, me vuelves loco —murmuró a la vez que su mano llegaba hasta su pecho y lo amasaba con pasión.

Lo elevó rodeando su pezón con la lengua, provocando que ella se arqueara de placer mientras hundía los dedos en su pelo. Lo mordisqueó con delicadeza al principio, luego usó la presión necesaria para llevarla al límite. Cuando introdujo un dedo en su interior chilló de sorpresa al sentir cómo el goce sexual la recorría de los pies a la cabeza.

—Eso es, cariño, déjate llevar —dijo con la voz embargada por la pasión intensificando la caricia. Mareada, observaba sin poder apartar la mirada cómo pasaba la lengua por su sexo. Cuando chupó su clítoris, presionándolo con suavidad entre los dientes, fue como si la traspasara un rayo, y se dejó caer en la cama gritando de éxtasis.

Luke sonreía satisfecho, le encantaba hacerla delirar de placer. Se deslizó sobre su cuerpo apoyándose en los antebrazos para no aplastarla. Ainhoa lo abrazó por el cuello y jadeó al sentir cómo entraba en su interior con una fuerte estocada. Sin perderse cada una de sus reacciones, salió de su interior con premeditada lentitud.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos —confesó Ainhoa con los ojos nublados por las lágrimas.

Luke empujó en su interior con ímpetu, haciéndola gritar de placer. Se aferró a su cuello y él atrapó su boca mientras entraba en ella una y otra vez, volviéndola loca. Lo sentía tan adentro que tenía la sensación de que la iba a partir en dos. No tardó en sentir cómo su cuerpo se tensaba buscando la liberación.

—Joder, nena —gimió cerrando los ojos y apretando los dientes al

sentir cómo las paredes de su vagina le presionaban el miembro. Tenía que hacer uso de todo su autocontrol para prolongar al máximo el momento. Se hundía profundamente en su sexo antes de retroceder entre gemidos al sentir cómo ella palpitaba a su alrededor. Repetía el movimiento una y otra vez, hasta que llegó a un punto en el que ya no fue capaz de controlar sus embestidas—. Córrete para mí —pidió con voz ronca.

Sus movimientos se tornaron frenéticos y el cuerpo de Ainhoa respondió con una explosiva y ardiente liberación. Él siguió moviéndose, alargando su placer de manera exquisita, provocando que tocara el cielo con la punta de los dedos. Luke la acompañó rugiendo su nombre y enterrando el rostro en su cuello mientras un poderoso orgasmo le sacudía todo el cuerpo.

Jamás se había sentido tan satisfecho y tan completo en toda su vida.

Estaba seguro de que no soportaría verla marchar otra vez.

Se giró a un lado y la colocó sobre su torso. Sus enormes manos acariciaron su espalda hasta llegar a su trasero, elevándola hasta él. Todavía con la respiración entrecortada, Ainhoa lo miró con una sonrisa bobalicona en la cara. No deseaba estar en otro lugar que en sus brazos. Era su alma gemela y esperaba construir un precioso futuro a su lado. Necesitaba decirle cómo se sentía y esperaba ansiosa escuchar de su boca las palabras que veía reflejadas en sus ojos.

—Dejarte para regresar a España fue lo más difícil que he hecho en mi vida. No hubo un solo día en el que no pensara en ti. Te amo, Luke —confesó con voz queda sin apartar la mirada.

Él sintió cómo su pecho se inflaba de felicidad con su declaración; sin embargo, las dudas y los miedos que lo habían asolado cuando la vio impidieron que le respondiera.

—¿Hubieras vuelto si Iñaki no te hubiese convencido? —cuestionó sin poder evitar que la inseguridad hablara por él.

Ainhoa se tensó, la conversación no estaba tomando el rumbo que esperaba.

—Eso es irrelevante ahora, ¿no crees? Lo importante es que volví —dijo con un ligero tono de irritación en la voz. Irritación que subió varios escalones al no obtener respuestas—. ¿Qué te pasa? ¿No te alegras de que esté aquí? —preguntó completamente alterada y al borde de las lágrimas. A estas alturas ya se había levantado de la cama y había escondido su desnudez bajo el holgado jersey de punto que le llegaba hasta medio muslo.

—¿Por cuánto tiempo, Ainhoa? ¿Quién me garantiza que mañana no te largarás en el primer vuelo?

Ella no podía dar crédito a sus palabras. ¿Cómo era capaz de inventarse una excusa tan barata? ¿Cómo era posible que estuviera tan

equivocada?

—Eres un puto cobarde. Si ya no quieres estar conmigo, no hace falta que vengas con cuentos. —Se puso los vaqueros sin preocuparse de buscar sus bragas. Lo único que quería era largarse de allí lo más rápido posible para que él no presenciara su humillación—. Me pides garantías, ¿no? Y tú, ¿cuáles me vas a dar? Quizás podrías garantizarme que mañana no te romperás el cuello al caerte del caballo —lanzó con crueldad para demostrarle que en esta vida no había garantías. Las personas enferman y se mueren de un día para otro; o se caen del caballo, como su padre, sin que nadie pudiera impedirlo.

Él la miraba impávido. Todavía no se había dado cuenta de que sus paranoias estaban a punto de provocar que perdiera a la mujer que amaba. Únicamente salió de su trance cuando escuchó cómo cerraba la puerta de un portazo. Pegó un salto de la cama y, en pelotas, salió corriendo detrás de ella.

Capítulo 30

Ainhoa bajó los escalones con determinación y, con las botas en la mano, se dirigió a la cocina para recuperar su abrigo. Sin perder ni un solo minuto salió corriendo de la casa directa a la caseta de Hulk, lo desató y continuó su carrera hasta el coche. Estaba a dos pasos de alcanzarlo cuando escuchó los gritos de Luke.

—¡Ainhoa! Espera. No sé qué me ha pasado. —En realidad lo sabía, pero tendría que encontrar la manera de superarlo porque no estaba dispuesto a perderla. Volvió a llamarla al ver que ella no se había detenido—. ¡Ainhoa! Por favor, no te vayas. Deja que me explique. —Desde el porche de la cocina observó impotente cómo ella abría la puerta trasera del coche para meter a Hulk. No podía dejarla marchar así—. Joder, Ainhoa, no te puedes ir, tenemos que hablar.

Ella por fin lo miró y se quedó de piedra al verlo desnudo en el porche. Hacía un frío espantoso y, como siguiera así en la intemperie, iba a coger una neumonía. En ese momento se dio cuenta de que no sentía los pies, estaba descalza. Lo miró procurando que no se notara que su desnudez le afectaba y le hizo una peineta. Luego entró en su vehículo, lo arrancó y salió marcha atrás. No pensaba acercarse a él para realizar la maniobra.

Luke vio cómo el coche retrocedía y, en un acto reflejo, salió corriendo detrás de ella, sin importarle el dolor que sentía por las bajas temperaturas, era como si mil agujas estuvieran clavándose en su piel. Cuando se dio cuenta de que no se detendría, y que lo único que conseguiría con su persecución era una hipotermia, se dio la vuelta corriendo para ponerse a cubierto. A mitad de camino se encontró con María, que lo miró con los ojos desorbitados.

—Madre del amor hermoso. ¿Qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? Vas a coger un catarro —le echó una bronca, aunque no perdió la oportunidad de darle un repaso. No todos los días se topaba con un dios griego en vivo y en color—. Date una ducha bien caliente, te prepararé un caldo para que entres en calor —gritó al verle subir los escalones que conducían a la cocina.

Algo no había salido bien con la visita de Ainhoa. Esperaba que pudieran arreglar las cosas entre ellos, estaba claro que se querían. El muchacho estaba hecho polvo desde que ella se fue a España.

Luke había entrado en su casa temblando y castañeando los dientes. Había escuchado las recomendaciones de su cocinera, aunque no eran necesarias, tenía la intención de meterse bajo el agua hasta que volviera a sentir las extremidades.

Mientras el ranchero entraba en calor flagelándose por lo necio que

había sido, Ainhoa llegaba a su casa hecha una furia.

—¿Has visto lo que me ha hecho este idiota, Hulk? Si no fuerais tan amigos, te hubiera soltado para que le mordieras el trasero —le dijo al perro.

Estaba indignada con lo que había pasado. La había llevado a la cama y la había amado con una pasión desenfrenada. En ese momento no parecía importarle si su regreso era definitivo o temporal.

—Cabrón de mierda, lo único que querías era echar un polvo —gritó colérica asustando al animal.

Se dirigió a su caseta para atarlo; sin embargo, a la mitad de camino le dio pena y cambió de idea, hacía demasiado frío para dejarlo afuera.

La rabia contenida fue dando paso a las lágrimas. No podía entender cómo había estado tan ciega, estaba segura de que él la amaba. No podía haberla olvidado en tan poco tiempo; además, lo había visto en su mirada, igual que hoy.

«Puede que haya visto lo que deseaba ver». El dolor le atravesó el pecho y el llanto se volvió incontrolable. Se desplomó en la cama y se acurrucó en posición fetal. Sintió que el colchón a su espalda se hundía, y una bola de pelo calentita se tumbaba a su lado y apoyaba la cabeza en su hombro. El perro emitía pequeños gemidos, como si estuviera sintiendo su dolor. Se giró y lo abrazó. Sabía que su amor era incondicional y que nunca le fallaría. Al poco rato se quedó dormida bajo la atenta vigilancia de su fiel compañero.

Mientras ella caía rendida por la desazón, Luke disfrutaba del sabroso y reconstituyente caldo de pollo que María le había preparado. La mujer había intentado sonsacarle información, pero se había mantenido hermético. Era demasiado entrometida para su gusto pero, por consideración a su padre, se lo permitía y no le decía nada, llevaba toda la vida trabajando para él y la tenía en muy alta estima.

Se levantó después de apurar hasta la última gota y dejó el tazón en el fregadero. Pensaba acercarse a la casa de su amigo. No saldría de allí hasta que Ainhoa no lo escuchara. Había reflexionado sobre sus sentimientos y sobre los motivos que lo habían llevado a comportarse de forma tan desacertada. No permitiría que se fuera nuevamente, antes usaría todo lo que estuviera a su alcance para convencerla de que la amaba con toda su alma. Aunque sabía que no iba a ser fácil, por lo menos hasta que se le pasara el cabreo. Le esperaban unos días muy entretenidos.

Aparcó delante del rancho y se percató de que Hulk no estaba en su caseta. Llevó la mano al pomo de la puerta y se alegró al ver que estaba cerrada. No le gustaba que estuviera sola y agradecía las medidas de seguridad que había tomado Iñaki antes de partir. Según le comentó había cambiado todas las cerraduras por otras más

modernas que incluían antirrobo. Además, había hecho instalar un moderno sistema de alarmas, cuya clave, por supuesto, tenía en su poder, como también una copia de las nuevas llaves.

Abrió la puerta y comprobó que el modo parcial de día no estaba activado en el panel de control. Ya tendría una charla con ella al respecto. Cuando se dio la vuelta, Hulk lo estaba esperando. Había entrado de forma silenciosa y, si fuera un intruso, ahora estaría en serios problemas.

—Muy bien, amigo. Hay que proteger a nuestra chica. —Lo acarició antes de que saliera disparado hacia la habitación de Ainhoa. Avivó el fuego de la chimenea echando algunos leños y, a continuación, siguió los pasos del perro.

Su corazón se enterneció al verla hecha una bolita en la cama, parecía tan frágil. Aunque sabía que de frágil no tenía nada, su chica era fuego puro. Se acercó con cuidado y le apartó el pelo que le cubría la cara, todavía se podía apreciar el rastro de las lágrimas. No pudo evitar sentirse enojado consigo mismo, por culpa de su debilidad le había hecho daño.

Cogió la manta que estaba a los pies de la cama para taparla y, al ver que llevaba las botas puestas, la descalzó. Al hacerlo se percató de que sus pies estaban helados y en ellos se podían apreciar restos de tierra y algunas piedrecitas que se habían quedado pegadas. Por lo visto él no era el único inconsciente, aunque tenía que reconocer que a la hora de hacer el tonto le ganaba con holgura.

Le limpió los pies con delicadeza y buscó en los cajones del armario un par de calcetines. Estaban vacíos. En este momento vio que sus maletas se encontraban en un rincón de la habitación, todavía no las había deshecho. Sintió un nudo en el estómago al pensar que tal vez ya no quisiera desempaquetarlas. Eso no pasaría, no se lo permitiría.

Apartó esos pensamientos de su cabeza y se dirigió a la habitación de Iñaki. Allí encontró varios pares, escogió unos de lana que parecían nuevos y volvió junto a ella. Con cuidado de no despertarla se los calzó y, después de taparla con la manta, la besó en los labios, provocando que emitiera un tímido gemido de satisfacción. Su corazón se aceleró al instante, se moría de ganas de meterse en la cama con ella, aunque fuera solo para abrazarla. Habían hecho el amor con ardor y abandono, sin embargo, no había sido suficiente, nunca lo era. Sonrió dichoso y salió de la habitación.

Horas más tarde, Ainhoa se despertó con una agradable sensación de bienestar. Estaba cobijada bajo una mullida y esponjosa manta de punto. No se acordaba de habérsela echado encima. Se estiró como un gato y se dio cuenta de que sus botas habían desaparecido, en su lugar llevaba unos cómodos calcetines. En ese momento la realidad explotó en su cara, congelando su cuerpo y su corazón. Se había quedado

dormida después de agotar todas las lágrimas de las que disponía su organismo.

Se dio la vuelta buscando a Hulk y lo encontró con la cabeza apoyada en el borde de la cama. La miraba con expectación, como si estuviera evaluando su estado anímico.

—Hola, guapo. —Le rascó el cuello y lo acarició detrás de las orejas—. No sabía que tenías superpoderes.

El animal movió la cabeza de un lado a otro, parecía ponderar lo que le estaba diciendo. Soltó una carcajada por lo absurdo de la situación. Había cruzado el océano para estar con Luke y él la había rechazado. Ahora se encontraba lejos de casa, con el corazón roto y barajando la posibilidad de que su perro poseyera habilidades extraordinarias. Estaba claro que la respuesta era negativa y eso solo le dejaba una opción.

La imagen de Luke besándola en los labios se coló en su mente, pensaba que había sido un sueño. Constatar que estaba equivocada la dejó confundida. Si lo que buscaba era echar otro polvo podía esperar sentado. Antes se colocaba un cinturón de castidad.

Un ruido en la cocina la sacó de su ensimismamiento. No podía creer que todavía estuviera en su casa. Se iba a enterar. Pegó un salto de la cama y salió de la habitación pisando fuerte.

Se quedó con la boca abierta cuando entró en la cocina. Parecía que había pasado un tornado.

—Pero ¿qué diablos estás haciendo? —preguntó mirando a su alrededor. El fregadero y la encimera estaban repletos de cacharros sucios. Además, la batidora, el suelo y parte de la pared se encontraban salpicados por una salsa verde.

Luke casi dejó caer la fuente de pasta que tenía en las manos al escuchar la voz de Ainhoa. Había decidido prepararle tallarines al pesto genovés, aunque estaba siendo más difícil de lo que él se esperaba.

—Hola, preciosa. He tenido un pequeño percance con la batidora, pero ya está todo controlado —dijo poniendo esa sonrisa que quitaba el aliento. Actuaba como si no hubiera pasado nada, como si no la hubiera rechazado después de que le confesara su amor. Ainhoa sintió cómo la sangre entraba en ebullición en sus venas.

—Fuera de aquí. No te he dado permiso para que entres en mi casa —gritó acercándose a él para conducirlo hasta la salida.

—Sé que tienes razones de sobra para estar enfadada y decepcionada conmigo, pero no pienso irme de aquí hasta que me escuches —dijo con voz firme sin moverse ni un ápice.

—No me interesa nada de lo que me puedas decir. Y como no salgas inmediatamente, llamo a la policía —amenazó mirándolo con fiereza. Estaba seguro de que no era un farol. Lo veía en sus ojos.

—Tengo el derecho a estar aquí, Iñaki me dejó las llaves. —Las movió delante de su cara provocando que se pusiera roja de rabia. No había sido una maniobra muy inteligente, al parecer en su presencia carecía de esa facultad —. Solo quiero que me escuches, prometo que después me iré —añadió en tono conciliador, aunque prefirió ocultar que pensaba volver todas las veces que hiciera falta hasta que ella lo perdonara.

—Me importa una mierda que Iñaki te haya dado las llaves, el rancho es mío y no te quiero aquí. ¡Fuera! —vociferó.

Y, ante su cabreo, Luke consideró que lo más prudente era recular, no conseguiría nada de ella en ese estado. Pero, antes de partir, le dejaría claras un par de cosas.

—No puedes echarme del rancho, tengo un contrato de arrendamiento que me permite estar aquí —omitió intencionadamente que la casa no estaba incluida en el acuerdo—. Así que, si no quieres que me mude a esta casa, te aconsejo que me escuches —observó con escrutinio su rostro evaluando su reacción. Estaba tan enfadada que se había quedado bloqueada, era mejor emprender la retirada—. Te daré una tregua hoy para que te tranquilices pero, mañana, volveré. —La sorprendió al cogerla por la cintura con firmeza, pegándola a su cuerpo—. Hablaremos y me perdonarás mi estupidez. Porque yo te amo y tú me amas y no tiene sentido que estemos separados. —Se acercó a su boca y deslizó la lengua a través de sus labios entreabiertos. La besó con ímpetu, explorando y saboreando cada rincón.

Ainhoa se había quedado en *shock* al escuchar que como arrendatario tenía derechos sobre su casa. Tendría que hablar con el abogado de su abuelo, seguro que le estaba mintiendo. Ese pensamiento la ayudó a recuperarse de la impresión. Sin embargo, cuando él afirmó que la amaba y que deberían de estar juntos, volvió a caer al vacío. Lo siguiente que sintió fueron unos labios ardientes contra los suyos. Por un instante consiguió dejar a un lado su rencor y disfrutó del sabor de sus besos.

Un gemido de puro placer vibró en su pecho al sentir su poderosa erección presionando contra su bajo vientre. El sonido monocorde emitido por su garganta la liberó del trance sexual en el que estaba atrapada. En ese momento, la rabia que había estado conteniendo salió a la luz con toda su fuerza, pillando a Luke por sorpresa.

Él pensaba que había salido airoso hasta que sintió un sabor metálico en la boca, seguido de una brutal patada en la espinilla que lo dejó sin respiración.

—Joder, joder —gritó a la vez que saltaba a la pata coja—. Joder, nena, me gusta salvaje pero no tanto —se quejó con sorna sentándose en el suelo y masajeando la zona afectada para aliviar el dolor—. Creo

que me has roto la pierna. —Sobreactuó como los futbolistas tramposos, recibiendo como recompensa una mirada de preocupación de su chica, aunque sus palabras intentaban demostrar lo contrario.

—Tú te lo has buscado. Ahora, vete de aquí y no vuelvas más.

Él prefirió no forzar la situación, demasiado bien le había salido después de todo. Recuperó su sombrero y cojeando se dirigió a su camioneta. Ainhoa observaba apenada cómo Luke se marchaba arrastrando la pierna. Tuvo que morderse el labio inferior para no caer en la tentación de disculparse. A fin de cuentas, había permitido el beso y había disfrutado tanto como él.

—Hasta mañana, preciosa —afirmó mirándola con una intensidad que hizo que su corazón latiera desbocado.

Observó impávida cómo su coche se perdía en el horizonte. Una vez a salvo de su mirada, sonrió esperanzada. Algo le había impulsado a portarse como un imbécil, pero se había dado cuenta de su error y se le veía arrepentido. Estaba dispuesta a escucharlo y a perdonarlo. Lo amaba demasiado para dejar que un malentendido los separara para siempre. Aunque antes le haría sudar la gota gorda. Se lo merecía tras el mal rato que le había hecho pasar.

Al entrar en la cocina y ver el estropicio que había provocado su incursión en los fogones, se reafirmó aún más en su decisión de hacerle pagar penitencia. Por lo menos los tallarines estaban comestibles, más que eso, estaban deliciosos.

Mientras ponía orden en la cocina, reflexionaba sobre los últimos acontecimientos. A pesar del carácter desenfadado de Luke y de la seguridad que mostraba en sí mismo, había tenido un momento de debilidad, al igual que ella. Ambos habían sido arrollados por un amor profundo y apasionado, un amor que no creían que existiera. Y cada uno se había protegido a su manera, ella huyendo a España y él aferrándose a su error para protegerse. Pero estaba segura de que se querían lo suficiente para superar sus miedos, lo que sentían el uno por el otro les fortalecería.

El sol despuntaba en el horizonte dando paso a un nuevo día. Un día que empezaba más temprano de lo que Ainhoa se esperaba. Hulk la había despertado con sus ladridos. Y por su reacción, se trataba de un intruso indeseable. Miró la hora en el móvil y soltó una maldición al ver que eran las siete de la mañana. Esperaba que fuera urgente o le serviría de desayuno a su perro.

Antes de abrir la puerta, miró por la ventana. Había dos hombres con aspecto de vaqueros, uno aparentaba la edad de su abuelo y el otro era más bien joven. No tenía ni idea de quiénes eran ni de lo que podrían querer. Quizás eran conocidos de Iñaki. Dudó por un instante si abrir la puerta o no, al final decidió abrir la ventana para

interrogarlos.

—Hola. Buenos días —saludó intentando no mostrar miedo.

—Buenos días. Soy Bud, mi rancho colinda al norte con el de Iñaki y necesitaba hablar con él. ¿Sabes decirme cuándo va a volver de sus vacaciones?

Ainhoa lo miró confundida, pero después se acordó del trato que su abuelo tenía con el vecindario.

—Mi abuelo no va a volver. Se ha mudado definitivamente a España —informó contundente. El hombre le daba mala espina y estaba deseando perderle de vista.

—¿Qué tonterías son esas que estás diciendo, niña? ¿Desde cuándo Iñaki es tu abuelo? —preguntó elevando el tono.

—Mire, no lo conozco y no tengo por qué compartir temas familiares con usted. Si quiere dejarle algún mensaje a mi abuelo, se lo haré llagar.

El tal Bud estaba enfurecido y, sin responderle nada, se dio la vuelta seguido por su acompañante y se dirigieron a la camioneta. Estaban discutiendo, al parecer por una mujer, le echaban la culpa de algo. Intentó afinar el oído para escuchar lo que decían, pero solo pudo distinguir algunas palabras sueltas como arpía, mentirosa, cuentas, arrepentir.

Cerró la ventana y, tras comprobar la alarma, volvió a la cama. Hacía mucho frío y todavía tenía sueño. Por la noche se había desvelado pensando en Luke, pensando en sus besos y en lo mucho que lo amaba. Se quedó dormida nada más poner la cabeza en la almohada, dejando el incidente con el ranchero en el olvido.

Capítulo 31

Hulk volvió a despertarla dos horas más tarde. Una vez más se levantó malhumorada, esperaba que no fuera otro vecino desagradable. Aunque su compañero le decía con sus ladridos que era un visitante inofensivo. Por precaución abrió la ventana primero. Se quedó sorprendida al ver que era Irune.

—Hola. ¡Qué sorpresa!

—Hola, guapa. No interrumpo nada, ¿no? —preguntó parada en el umbral de la puerta mientras trataba de atisbar tras su amiga, buscando algún indicio de que Luke estuviera allí.

—No, pasa. Estoy sola —afirmó apartándose para que ella pudiera entrar—. ¿Qué ha ocurrido? ¿No trabajas hoy?

—Estoy en ello. —Le sonrió y le enseñó el material que llevaba encima. Ainhoa miró preocupada todo el arsenal que ella estaba desplegando encima de la mesa del comedor.

—Joder, me estás asustando. —Observó cómo sacaba del tubo telescópico tres láminas de dibujo—. No te olvides de que mi presupuesto es limitado. Apenas puedo costear la entrada y la fachada de la casa.

—Ya lo sé. He hecho un proyecto acorde con tus necesidades.

—De acuerdo. Pero deja que me arregle un poco. Acabo de levantarme.

—Claro. Mientras iré a dar una vuelta por la finca. Necesito tomar unas medidas y hacer unas fotos.

Ainhoa se dio cuenta de que estaba metida en un buen lío. Cuando le comentó los planes que tenía para el rancho se había sentido afortunada con su entusiasmo, ahora ya no estaba tan segura. Era una yonqui del trabajo y la iba a convencer de cambiar hasta los cimientos.

Después de la ducha, se vistió con ropa cómoda y preparó un café para las dos. Mientras lo degustaban le contó cómo habían ido las cosas con Luke. Bueno, no todo, había ocultado la parte desagradable. A continuación, se volcaron de lleno en la remodelación del rancho. Irune se transformaba cuando se metía en su papel de arquitecta.

Estaban barajando varios nombres para poner en el cartel de madera que sustituiría al que estaba en la entrada desafiando las leyes de la gravedad, cuando la puerta del salón se abrió y vieron a Luke. Estaba tan guapo que Ainhoa tuvo que controlar las ganas de salir corriendo para tirarse en sus brazos. Él se acercó a ellas con una sonrisa de infarto dibujada en su boca.

—Buenos días, cariño —saludó a Ainhoa con un beso en los labios

dejándola obnubilada—. Irune. —Le dio un abrazo afectuoso—. ¿Qué estáis tramando? —preguntó mirando el material que estaba esparcido por la mesa.

Ainhoa abrió la boca para contestarle; sin embargo, su amiga se le adelantó y le explicó el proyecto con el mismo entusiasmo que había empleado con ella.

—¿Por qué quieres hacer todas estas reformas? Si no vas a vivir aquí —inquirió mirando a Ainhoa. Ella fue consciente de su desconcierto, pero no pudo resistir la tentación de pincharle.

—Ah, sí, ¿y cuándo he dicho yo eso?

—No empieces, nena. Vas a vivir conmigo.

—Ya veremos, vaquero, antes tenemos que aclarar algunos puntos —le advirtió con la mirada. No tenía ganas de discutir delante de su amiga.

—No tienes por qué vivir aquí. Puedes alquilar la finca por temporadas, ahora está de moda y podrás sacar un pastón —sugirió Irune mirando a Luke con admiración.

Ainhoa puso los ojos en blanco, era increíble el poder que ejercía sobre las mujeres.

—Bueno, tengo que irme. Hablaremos más tarde. Te recojo a las siete.

—¿Adónde vamos? —preguntó curiosa.

—Es una sorpresa. Ponte guapa. —Volvió a besarla en los labios antes de desaparecer por la puerta bajo la atenta mirada de las dos.

Irune suspiró y Ainhoa gruñó, provocando que su amiga soltara una carcajada.

—No tengo la culpa de que esté tan bueno —se justificó.

Intentaron volver al proyecto, pero fue imposible. Ainhoa tenía la mente en la cita de esa noche e Irune en ayudarla a encontrar el vestuario perfecto.

Horas más tarde se encontraba sola y más nerviosa que nunca. Después de la marcha de su amiga, aprovechó para terminar de deshacer su maleta. Necesitaba distraerse para no estar mirando la hora cada dos segundos. También llamó a sus abuelos y a Marga, estaban desesperados por saber cómo había sido la reconciliación. Pero prefirió ocultarles el malentendido que tuvieron, por lo menos a sus abuelos, con su amiga hablaría en otro momento.

Había llegado la hora de arreglarse y, tras la ducha, se secó el pelo e hidrató el cuerpo con su crema preferida. Después seleccionó un corsé transparente de encaje negro y un tanga minúsculo, le había costado una pasta pero la lencería fina era su debilidad. Se miró en el espejo y quedó satisfecha con el volumen que la prenda le daba a sus pechos, por lo menos le había subido dos tallas. Decidió poner más chispa en el modelito incorporando un liguero, pretendía dejar a su

vaquero con la boca abierta.

Sonrió contenta a la imagen que veía reflejada en el espejo. La naturaleza había sido muy generosa con ella; bueno, eso y las horas que había pasado en el gimnasio. A continuación, se enfundó en un vestido de tubo rojo y se subió a sus Jimmy Choo de doce centímetros. Aplicó unas gotas de perfume en las zonas estratégicas y, tras comprobar su maquillaje, salió de la habitación y se dirigió al sitio preferido de su abuelo, el saloncito con vistas a las montañas. Ahora entendía por qué le gustaba tanto ese sitio, el paisaje era terapéutico.

Las siete en punto. Hulk se levantó de su lado y salió corriendo en dirección al salón. El perro era más fiable que cualquier alarma. Además, distinguía entre los visitantes bienvenidos y los indeseables. No podía estar más protegida.

Cogió su bolso de mano, las llaves de la casa y, con el corazón saliéndosele por la boca, se dirigió a su encuentro. Era una noche muy especial para ellos, porque además de aclarar los malentendidos, marcaría el inicio de su vida en común. Abrió la puerta con una sonrisa expectante en la cara, sonrisa que se congeló al verlo. Llevaba el pelo castaño recogido en una coleta y su barba estaba cuidadosamente recortada. Su mirada abandonó su rostro y recorrió su cuerpo. Lucía un traje gris oscuro hecho a medida que le quedaba como un guante y desprendía un olor que le estaba nublando los sentidos.

—Hola —susurró con voz queda.

Él también se había quedado embelesado contemplándola. Lo había recibido con esa sonrisa que le calentaba el pecho y le provocaba un cosquilleo en la boca del estómago, era una sensación desconcertante. No se trataba solo de un deseo sexual, iba más allá de todo lo que había experimentado jamás.

—Hola, nena. Estás impresionante. —La miró de arriba abajo deleitándose con la silueta que el vestido rojo dejaba entrever.

—Tú también estás muy guapo. —Sonrió con descaro comiéndoselo con los ojos.

—Joder, preciosa. No me mires así o te quedarás sin sorpresa. —La rodeó por la cintura y la pegó a su costado mientras hundía la nariz en su cuello, empapándose con su fragancia. Ainhoa tembló al sentir la presión de sus labios sobre su cuello. Tenía razón, como siguieran así la sorpresa quedaría relegada a un segundo plano.

Luke tuvo que usar todo su autocontrol para apartarse y guiarla hasta el coche.

—¿Me vas a decir a dónde me llevas?

—Aún no, pronto lo descubrirás. —Entrecruzó la mano con la suya y le depositó un suave beso en los nudillos.

Un electrizante silencio los envolvió al entrar en el coche. La

temperatura subió varios grados y la tensión sexual que había entre ellos hacía que saltaran chispas. Lo miró sorprendida cuando tomó un desvío desconocido para ella; no se dirigían a su rancho ni tampoco a la ciudad. Volvió a mirarlo con las cejas levantadas. ¿Qué habría allí en medio de la nada? Él le lanzó una sonrisa traviesa y siguió conduciendo.

Pocos metros después se paró en mitad del camino, sacó un antifaz de la guantera y, como si fuera lo más normal del mundo, le pidió que se lo pusiera.

—Es para no estropear la sorpresa, nena. No seas mal pensada —susurró con voz ronca acercándose para taparle los ojos.

Ainhoa tenía el corazón a mil por hora. No saber cuáles eran sus intenciones la estaba volviendo loca. También le preocupaba que le gustara el rollo ese, a ella no le hacía ninguna gracia. Como la azotara con una fusta se la metería por donde no sale el sol.

—¿Falta mucho para llegar?

—No, preciosa. Ya casi estamos. —Acarició con suavidad su rodilla provocando que ella pegara un salto y él tuvo que aguantarse las ganas de reír. La conocía muy bien y, por la tensión de su cuerpo, sabía que se estaba montando una película en la cabeza que nada tenía que ver con lo que había planeado para ella.

Luke redujo la velocidad a la vez que tomaba el estrecho camino de grava que daba acceso a la cabaña. Sin decir nada, la cogió de la mano y la condujo a la entrada. Una vez en el acogedor calor de la estancia, le quitó el abrigo y se posicionó a su espalda.

—Espero que te guste la sorpresa —le susurró al oído mientras le quitaba el antifaz.

Ainhoa se quedó con la boca abierta al ver que estaban en la cabaña que Luke tenía en su rancho. La había transformado en un rincón romántico y mágico. Incluso había contratado a un chef para que les cocinara. El hombre se encontraba entre los fogones de la modesta cocina americana moviendo una sartén con la destreza que solo poseen los profesionales. El olor que desprendía llenaba los sentidos, lo que provocó que su boca salivara.

El toque final quedaba a cargo de las miles de velas distribuidas por la estancia que, junto con la suave melodía, vibraban en armonía con las sombras que proyectaba la tenue luz de las candelas.

—Es perfecto, Luke. ¿Cómo lo has logrado? —preguntó emocionada.

—Me ha ayudado María, el chef es su sobrino. —El susodicho se giró y le sonrió. Luego apagó el fuego y les comunicó que la cena estaba lista para servir cuando ellos desearan.

—Ven, sentémonos. Tengo mucha hambre —dijo con voz ronca pasándose la lengua por los labios y mirándola como si ella formara

parte del menú.

Se sentaron y aguardaron expectantes a que les sirvieran la cena. La comida estaba exquisita y, cuando el vino empezó a hacer efecto, se relajaron y se olvidaron de que no estaban solos. Eso sí, la distancia que había entre ellos y el chef era suficiente para que pudieran hablar con cierta privacidad. Luke fue el primero en arrancar.

—No quería decir lo que dije el otro día. Estaba muy enfadado. —Cogió su mano derecha entre las suyas y empezó a acariciar la palma con el índice—. Desde que te fuiste no he tenido un minuto de paz. Ya nada me hacía feliz, el rancho dejó de ser mi refugio. Incluso pensé abandonar todo para ir a buscarte. Pero entonces escuché a Iñaki decirle a tu abuela que habías vuelto con tu exnovio. —Cerró los ojos como si ese recuerdo todavía le causara daño—. Me volví loco…

—No es verdad, yo no he vuelto con Gonzalo. —Apresurada lo interrumpió para negarlo. Se había quedado de piedra al escuchar su confesión, su ex había estado a punto de arruinar sus posibilidades con Luke.

—Lo sé, tu abuelo me lo aclaró antes de partir a España —esclareció y se preparó para la pregunta que había estado rondando su cabeza durante mucho tiempo—. ¿Por qué no me contaste nada de él?

Ainhoa esperó que el chef retirara los cubiertos para contestarle. El hombre había sido silencioso y discreto, era como si estuvieran solos. Una vez concluido su trabajo lo vio desaparecer por la puerta, sospechaba que en esta ocasión para no volver. Retornó su mirada a Luke, él la esperaba expectante, y le contestó:

—Porque no significaba nada para mí. —Entrelazó sus dedos con los de él—. Desde que te conocí no pude pensar en nada más que no fueras tú —confesó en un susurro.

—Me alegra mucho saber que no he sido el único en caer noqueado. —Le dedicó una de sus sonrisas. Después se puso serio y desvió la mirada—. Cuando te vi en mi casa pensé que estaba teniendo una alucinación. Había soñado tanto con ese momento… Pero una parte de mí, una de la que no me siento muy orgulloso, quería castigarte —su voz estaba impregnada de dolor y vergüenza—. Quería castigarte por haberme dejado, por haberte despedido con tanta facilidad. Por haber menospreciado lo que teníamos...

—No, no fue fácil dejarte. Me fui de aquí con el corazón roto —volvió a interrumpirlo con los ojos brillantes por las lágrimas.

Luke sintió cómo el corazón se le encogía al verla a punto de llorar. Se levantó y la envolvió con sus brazos. Necesitaba tocarla, olerla, necesitaba sentir su corazón latiendo al compás del suyo.

—Lo sé, cariño. Y por eso me siento un miserable por lo que te dije ayer. Te amo demasiado y me dejé llevar por el miedo. No soportaría verte partir nuevamente. —Deslizó las manos por su cuerpo y la

acercó más a él.

—Eso no va a pasar —susurró con total seguridad. Había emprendido este viaje solo para encontrarlo, su destino estaba a su lado—. Te amo y he venido para quedarme.

Sus bocas se buscaron desesperadas, sedientas la una de la otra. Luke se apartó un segundo para mirar el rostro de Ainhoa, mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Era tan hermosa y excitante, salvaje y delicada a la vez. Se sentía afortunado por tenerla a su lado. Dibujó con la punta de los dedos el contorno de sus labios, estaban deliciosamente hinchados por sus besos.

Luke volvió a tomar posesión de su boca, la saqueó con una ferocidad desmesurada, el deseo se había adueñado de su cuerpo y de su voluntad. Y mientras le robaba el aliento, sus manos se deslizaban suavemente por su espalda, hasta detenerse en su trasero, donde se recrearon volviéndola loca de pasión. Ainhoa gimió en su boca cuando él movió las caderas haciendo evidente su erección.

—¡Dios! Cómo te deseo, nena. Necesito sentirte, necesito estar dentro de ti —murmuró jadeando al tiempo que posaba su frente sobre la de ella.

Ainhoa tembló al escuchar sus palabras, ella también deseaba sentir su piel contra la suya. Sin dejar de mirarlo a los ojos, dio un paso atrás y se llevó las manos a la espalda para bajarse la cremallera del vestido. Deslizó la tela por su cuerpo con premeditada lentitud, disfrutando de la reacción de Luke al desvelar lo que tenía escondido debajo de la prenda.

—¡Joder! ¿Quieres volverme loco? —Se acercó a ella en una zancada y, tomándola por sorpresa, la cogió en volandas y la depositó sobre la cama.

Ainhoa observó cómo se incorporaba y, pieza a pieza, se fue deshaciendo de su ropa, hasta quedar completamente desnudo ante sus ojos. Su mirada se detuvo en su potente erección y el deseo de saborearla la hizo salivar. Pero sus intenciones se vieron frustradas cuando él le dio la vuelta y la puso boca abajo. Se estremeció al notar cómo el colchón se hundía con el peso de su cuerpo.

—Luke… —gritó de placer al sentir cómo él deslizaba su lengua por entre sus nalgas, siguiendo la línea de su tanga. Él se moría por volver a experimentar esa parte de su cuerpo, pero había que dejarla para otro momento, en el estado en el que estaba apenas duraría un minuto. Le rompió el insignificante trozo de tela dejando su delicioso sexo a su alcance. Tras darse un festín, le desabrochó los cordones del corsé y volvió a darle la vuelta.

Ainhoa todavía temblaba por los efectos del brutal orgasmo que había barrido su cuerpo. Tener el trasero en pompa le propició un placer oscuro y perverso que la había hecho delirar de placer.

—Me encanta tu sabor, tu olor. Me pasaría la vida alimentándome de ti.

Se colocó sobre ella, teniendo el cuidado de no aplastarla, al tiempo que deslizaba su lengua por sus labios, dándole a probar su propio sabor. Ella gimió cuando él le mordisqueó el labio inferior, una vez más la lujuria se propagó por su cuerpo.

Le dejó un reguero de húmedos besos, descendiendo por su barbilla hasta sus senos. Su boca hambrienta capturó un pezón entre los labios, chupando y tirando suavemente de la punta, que se endurecía y crecía bajo sus caricias. Luke alternaba de uno a otro a la vez que sus manos se deslizaban por la curva de sus nalgas, induciéndola a elevar las piernas para enroscarlas alrededor de su cintura.

—Luke, te necesito dentro de mí, ahora —le exigió desesperada.

Sin esperar que atendiera a su petición, buscó su miembro erecto con la mano y lo situó en su entrada. Luke no pudo contenerse al sentir cómo su humedad lo envolvía y le empapaba el sexo. Entró en su interior con ímpetu, con desesperación, tan profundo que casi resultaba doloroso. Ella no pudo evitar soltar un gemido gutural, gemido que él ahogó en su boca mientras entraba y salía de su interior con una cadencia enloquecedora.

—Me encanta estar aquí, enterrado profundamente en ti —dijo en un susurro y, a medida que sus embestidas se tornaban más potentes, su respiración se hizo jadeante. Ainhoa sintió cómo las oleadas de placer comenzaban a atravesarla. Como siguiera con ese ritmo no duraría mucho.

—Luke —gritó su nombre arqueando la espalda al sentir cómo él capturaba su pezón entre los dientes.

Era demasiado y el orgasmo estalló en su interior, provocando que los músculos de su sexo se aferrasen a su miembro. Él la acompañó tras un par de embestidas y, mientras se derramaba en sus entrañas, soltó un desgarrador gruñido. Se dejó caer a un lado y la atrajo hacia su cuerpo, envolviéndola en un fuerte abrazo. Permanecieron así, exhaustos, unidos, acompasando el frenético ritmo de sus respiraciones.

Ainhoa se sentía en el cielo. No le quedaban dudas de su arrepentimiento; además, había superado sus expectativas con creces. La verdad era que se había quedado sorprendida, nunca hubiera imaginado que tuviera un lado tan romántico.

Estaba segura de que, a partir de ahora, nada más los separaría.

Capítulo 32

A la mañana siguiente, tras haber hecho el amor de forma apasionada gran parte de la noche, se despertaron famélicos. Y para deleite de Ainhoa, había una cesta delante de la puerta con todo lo necesario para un desayuno de campeones. Su chico había pensado en todo, incluso había metido una muda de ropa para ambos. Era tan perfecto que daba miedo.

Una vez saciada el hambre, se ducharon y nuevamente dieron rienda suelta a la pasión.

Al mediodía volvieron a casa, con una sonrisa de oreja a oreja y más acaramelados que nunca. Luke decidió que era el momento idóneo para sacar el tema de la reforma. No pensaba permitir que ella viviera allí sola, pero tampoco quería que la burbuja de felicidad en la que estaban estallara en su cara.

—Todavía no me has contado por qué quieres reformar el rancho —preguntó tanteando el terreno.

Con Ainhoa había que ir con cautela, una vez que explotaba ya no había forma de llegar a un consenso. Por lo menos hasta que se le pasara el cabreo. Pero él la conocía muy bien y sabía cómo torearla. O eso quería pensar, a veces sospechaba que cedía con mucha facilidad. Ella era todo su mundo y no había nada que le hiciera más feliz que recibir una sonrisa suya, sonrisa que le había cautivado desde el primer momento en que la vio, sonrisa que le calentaba el alma.

—No pienso reformar todo el rancho, solo se trata de la entrada y la fachada. Están muy deterioradas y me da pena verlo así. —Ainhoa le sonrió y aguantó la risa.

Tenía claro que estaba escogiendo las palabras con extrema cautela. Él ya la iba conociendo y sabía que no se llevaba bien con las actitudes dictatoriales. Decidió no hacerle sufrir más. No le gustaba verlo tenso. Tenía una sonrisa que quitaba el aliento y, mientras pudiera, haría lo que fuese para que siguiera con ella dibujada en los labios. Aunque no le importaba incendiar un poco la relación de vez en cuando, los polvos de reconciliación eran la hostia. Estaba segura de que no se aburrirían.

—Luke, no he cruzado el océano para vivir sola en el rancho.

—Joder, nena. Ya estaba planeando cómo mantenerte atada a mi cama hasta que entraras en razón —dijo de broma pero, en el fondo, no iba muy mal encaminado.

Ainhoa sintió un ramalazo de placer en su entrepierna al pensar en la posibilidad de estar atada a su cama. Por voluntad propia, por supuesto. Repudiaba todo lo que iba en otra dirección.

—Pero no voy a hacerlo hasta que termine con las obras. Irune ya está preparando todo y me ha dicho que empezarán en los próximos días. Quiere tenerlo todo antes de Navidad.

—Creo que podré soportarlo. —Le cogió la mano y le dio un suave mordisco en los nudillos. Ella le lanzó una sonrisa bobalicona.

Luke estaba dispuesto a esperar sin protestar; sin embargo, no perdería la oportunidad de trasladar hoy mismo todas sus cosas. No estaba dispuesto a dormir lejos de su mujer. Qué bien sonaba esa palabra. Ella era su mujer y pronto le pondría un pedrusco en el dedo, pensaba pedirle matrimonio antes de que terminara el año. Aunque sabía que tendrían que esperar para pasar por el altar hasta que pudieran ir a España, su chica no aceptaría casarse sin la presencia de sus abuelos.

No le resultó difícil convencerla. Por la tarde ya tenía todas sus cosas metidas en su armario o, por lo menos, las que había traído. Le había encargado a una empresa de transporte el traslado del resto de sus pertenencias desde España. Necesitaba que tuviera todo a su alcance para que se olvidara de los kilómetros que la separaban de su tierra. Esa era la manera que había encontrado de mitigar el miedo que tenía de perderla, esperaba superarlo del todo con el tiempo.

Por la noche se había despertado pensando que todo era un sueño. Necesitó atraerla hacia sus brazos para que su corazón se tranquilizara.

—Haré todo lo que sea necesario para que nunca te arrepientas de haber apostado por nosotros —susurró con voz suave a la vez que le depositaba un suave beso en los labios. Ella sonrió en sueños y él pudo volver a dormir en paz.

La burbuja de felicidad siguió intacta en los siguientes días. Ainhoa pasaba casi todo el día en el rancho de su abuelo supervisando las obras. Todo iba viento en popa y solo faltaba que decidiera el nombre que pondría en el cartel de la entrada. Algo rondaba su cabeza, pero tendría que hablar con Marga para pedir su ayuda, pretendía darles una sorpresa a sus abuelos. El resto del tiempo lo pasaba con Luke, habían congeniado a la perfección y la vida de ranchero era más entretenida de lo que hubiera podido imaginar jamás. Por casualidad había descubierto que le encantaba el manejo del ganado, llevarlo de un lado a otro era excitante. El único inconveniente eran las bajas temperaturas, pero estaba segura de que no se aburriría cuando cambiara de estación. Aunque tendría que lidiar con la nueva faceta que había descubierto de su chico, era tremendamente protector y la trataba como si fuera de cristal.

En España, sus abuelos seguían disfrutando de su amor. Se dedicaban a gozar de la vida. Iban al bingo, hacían yoga, salían de

escapada los fines de semana. Intentaban recuperar los momentos que el destino les había robado. Su amiga Marga le comentaba que tenían más marcha que ella, decir eso de su amiga eran palabras mayores. Ella quería a sus abuelos como si fueran los suyos propios, en realidad más, mucho más. El sentimiento era recíproco. Ellos la habían tomado bajo sus alas, y la protegían con uñas y dientes. Cualquiera que la dañara tendría que vérselas con los dos. Que se lo contaran a Max. El pobre había tenido que salir corriendo en varias ocasiones para librarse de llevarse unos bastonazos de Iñaki. Las cosas entre él y su amiga iban bien, habían formalizado su relación y estaban superando el doloroso divorcio juntos. Se alegraba por Marga, se la veía muy feliz. En realidad, la felicidad se había instalado a su alrededor y pensaba disfrutar de estos instantes sin culpa. Porque sabía por experiencia propia que de un momento a otro todo podía truncarse.

Y no iba mal encaminada. Un ligero cambio en los acontecimientos estaba fraguándose justo en ese momento.

Sharon llevaba varios días evitando a Bud. Le había dicho que Iñaki se encontraba de vacaciones en un balneario, le aseguró que era por recomendación médica, como parte de su tratamiento. Al principio pareció creerla, pero Ainhoa había regresado y estaba segura de que no tardaría en averiguar que le había mentido.

Bud había sido el mayor error de su vida. Lo conoció cuando tenía dieciocho años y se enamoró locamente. Pero él estaba comprometido, aunque eso no fue impedimento para que se hicieran amantes. Él le pedía paciencia y le prometía que pronto pondría fin a su compromiso. No obstante, lo que hizo fue poner fecha a la boda, situación que provocó que ella cortara definitivamente con él.

El problema vino dos meses después cuando descubrió que estaba embarazada, y no podía reclamarle la paternidad de su hijo porque ya se había casado. Sería un escándalo y quedaría señalada delante de la alta sociedad. A ella solo le quedó una opción: buscar a un incauto que asumiera las consecuencias.

Iñaki era un buen hombre y, a pesar de la diferencia de clase, tenía la admiración de su padre. Siempre le decía que hombres como él quedaban pocos. Así que no fue difícil elegirlo. Aprovechó una noche de borrachera para atraparlo, no le importó que amara a otra. Ella necesitaba proteger su reputación.

Con el tiempo se enamoró de él e hizo lo posible para que él también la amara. Durante unos años mantuvo la esperanza; sin embargo, con el transcurso del tiempo el rencor fue agriando su carácter y su vida marital se convirtió en un infierno. Hasta que un día, en medio de una brutal discusión, le confesó que no era el padre de la criatura. Iñaki se volvió loco y ella, por miedo a que se supiera la verdad, puso a toda la familia en su contra. No le resultó difícil

interpretar el papel de mujer vejada y abandonada. En cierta manera se sentía así, era muy orgullosa y nunca pudo aceptar que no la amara.

Los años pasaron y el destino quiso que Bud volviera a entrar en su vida. Ella se encontraba con la guardia baja y, como él se había quedado viudo, simplemente dejó que sucediera. Por un tiempo la relación funcionó de maravilla, el ranchero había conseguido devolverle la autoestima y el deseo de volver a vivir en pareja. Y fue ese anhelo lo que desencadenó lo que sucedió después.

En su afán de ser libre para volver a tener la familia perfecta que tanto ansiaba, decidió ponerse de acuerdo con Iñaki. Él llevaba años pidiéndole el divorcio, incluso le había propuesto darle más de lo que le correspondía con la separación de bienes con tal de verse liberado. Así que aprovechó la oportunidad y firmó los papeles. Su exmarido les dejaría la parte que les correspondía a su hijo y a su nieta, y se quedaría únicamente con el rancho. Un rancho que él había ampliado y sacado de la ruina con la muerte de su padre; en realidad, toda su fortuna era fruto del trabajo de su exmarido. Había sido un negocio redondo según su abogado.

Cuando salió la sentencia y el acuerdo se hizo efectivo, quiso darle una sorpresa a Bud. En realidad tenía dos sorpresas para él: una era su libertad y la otra que era padre. Nada más salir del despacho del abogado, se dirigió a su finca. Como siempre la recibió con efusividad; sin embargo, no ocurrió lo mismo cuando recibió las noticias. La primera, le era indiferente; Bud era mucho más rico que ella y las ventajas de su divorcio no le deslumbraban en lo más mínimo. La segunda, pasada la impresión por la revelación, pareció entusiasmarle.

El batacazo vino cuando él mostró interés en comprarle el rancho. Se puso como un poseso al saber que no era suyo. La humilló y la insultó de todas las formas posibles. En ese momento se dio cuenta de que solo se había acercado a ella por las tierras. No le quedó otra opción que recoger lo que le quedaba de orgullo y desaparecer de su vista.

Cuando salió del rancho escuchó varios disparos y se estremeció al pensar que podían ir dirigidos a ella. Aceleró todo lo que pudo y solo se detuvo al llegar a la seguridad de su casa. Al día siguiente se enteró de lo que le había pasado al padre de Luke y a su exmarido. No hacía falta ser ningún genio para sumar dos y dos. A partir de ese día lo evitó a toda costa, temía que le hiciera algo. Los días pasaron y pensó que, como no lo había denunciado, la dejaría en paz.

Pero no fue así. Llegaba de una comida con sus amigas y lo encontró sentado en su cama, esperándola con una pistola en las manos. Ese día conoció su peor cara. Le pegó, la sodomizó y la

amenazó con contarles a todos que era el padre de su hijo si abría la boca. También le exigió que encontrara la manera de recuperar el rancho.

Sharon sintió cómo su mundo se venía abajo. Iñaki no podía ni verla, jamás conseguiría nada de él, estaba sentenciada. Sin embargo, en un último intento desesperado, decidió utilizar a su nieta para que fuera sus ojos y sus oídos, debía de estar bien informada para conseguir su objetivo.

La oportunidad no tardó en presentarse. Su exmarido había estado ingresado en el hospital y aprovechó la excusa para visitarlo. Nada más pisar la finca se topó con su peor pesadilla, la chica que lo cuidaba era la viva imagen de la mujer que él había dejado en España, a la que amaba por encima de todo. Lo había visto llorar muchas veces mirando la dichosa fotografía, lo que había contribuido a acrecentar su resentimiento hacia él.

La impresión que la muchacha le había causado provocó que actuara de forma precipitada. No era ella quien debería de haber pedido ayuda a Iñaki. Tendría que haber sido Gia la encargada de suplicarle que vendiera el rancho. Ahora, solo un milagro la salvaría.

Semanas después, cualquier posibilidad que pudiera tener se vino abajo. Iñaki confirmó que sus sospechas no eran descabelladas al presentarles a la muchacha como su nieta y nombrarla su heredera. Todo se desmoronó a su alrededor. Su hijo se fue enfadado con ella y Gia decidió marcharse con su bisnieto tras lo ocurrido con Luke.

Se había quedado sola con sus miserias.

—Sharon, tienes que firmar la declaración. —Su abogado la sacó de sus cavilaciones. Ella cogió la pluma de Cartier que él le extendía y estampó su rúbrica—. Has hecho lo correcto. De ahora en adelante, la policía se encargará de todo. Tú solo descansa y recupérate lo más pronto posible. Sabes que me tienes para lo que necesites.

Ella lo miró con los ojos bañados en lágrimas, Clinton era su amigo y su abogado desde hacía más de treinta años. Ya se había jubilado y su bufete era el que llevaba sus asuntos, aunque él seguía asesorándola y acompañándola en los momentos difíciles.

Como el que estaba viviendo en este momento. Bud casi la mata al enterarse de que Iñaki se había mudado a España y le había dejado el rancho a su recién descubierta nieta. Llevaba una semana en el hospital y había estado a punto de no sobrevivir para contarlo.

—Gracias por todo, amigo, no sé qué haría sin ti —dijo con la voz embargada por la emoción—. Todavía necesito que hagas una última cosa por mí.

—Si está a mi alcance, por supuesto que la haré —afirmó categórico.

Mientras Sharon intentaba reconducir su vida resarciendo sus pecados, Luke interrumpía su jornada de trabajo para desayunar y despertar a su chica. Él madrugaba y, después de tres horas soportando un frío de mil demonios, se dio una ducha caliente y volvió a meterse en la cama.

—Buenos días, dormilona —le susurró con voz ronca al tiempo que depositaba un reguero de besos que empezaban en el cuello y bajaban por la espalda.

Ainhoa gimió de gozo. Le encantaba que la despertara para una sesión de sexo mañanero.

—Hola —respondió soñolienta, mientras sonreía y se daba la vuelta para mirarlo a la cara—. Prometo que te acompañaré cuando llegue el verano.

—Hmmm, ya veremos. Creo que trabajo más motivado sabiendo que estás aquí esperándome. —Atrapó su labio inferior con los dientes —. Desnuda. —Deslizó la mano por su vientre y se detuvo en su pubis —. Calentita. —Ainhoa jadeó al sentir cómo sus dedos la acariciaban íntimamente.

La pasión se desató entre ellos y se amaron sin restricciones.

Una vez saciado el deseo que los consumía, se levantaron, se ducharon y se dirigieron a la cocina, donde los esperaba un suculento desayuno. Nada más verlos entrar, María buscaba una excusa para desaparecer, lo hacía todos los días. Se alegraba mucho por la pareja, Luke había renacido desde que ella volvió a su vida. Solo esperaba que el resultado de tanta pasión no se hiciera esperar, deseaba tener a un par de niños correteando por la casa.

—Tengo que irme. He quedado con Irune. —Ainhoa le dio un último beso e intentó liberarse de sus brazos.

—Cuando termine de revisar la caballeriza con el veterinario, me acercaré al rancho. —Le rozó la punta de la nariz con la suya y ella se estremeció. Como siguiera tentándola, llegaría tarde—. ¿Te he dicho hoy que te amo? —Sujetó su rostro entre las manos.

—Un par de veces. —Sonrió al comprender lo que realmente estaba buscando—. También te amo, vaquero. Ahora, a trabajar, o llegaré tarde. —Volvió a besarlo antes de coger su bolso y las llaves del coche.

Se sentía pletórica y daba las gracias a Iñaki por darle el empujón que le faltaba para estar con él.

Llegó al rancho con media hora de retraso e Irune no era la única que la estaba esperando.

—Hola, perdona el retraso. Se me pasó la hora —la saludó avergonzada.

—Ya, te entiendo. —Le sonrió con picardía—. Si yo estuviera en tu lugar, tampoco sería puntual. —Las dos se miraron y soltaron una

carcajada que interrumpieron al escuchar un carraspeo—. Ah, este señor lleva un rato esperándote. Cuando llegué ya estaba aquí.

—Buenos días, señorita Ainhoa. Me llamó Clinton y vengo en representación de doña Sharon. Me gustaría hablar con usted en privado. —Ella miró a su amiga de forma interrogante y esta le respondió con un escueto movimiento de hombro.

—Claro. Acompáñeme, por favor —le dijo y lo condujo al salón.

Le intrigaba saber qué querría Sharon. Si era la dirección de su abuelo, podía esperar sentada. Jamás le daría esa información.

—Usted dirá. —Se cruzó de brazos y esperó a que el hombre hablara.

—Voy a ir directo al asunto. Sharon está hospitalizada y necesita hablarle con urgencia. Le garantizo que es un asunto de extrema gravedad y, si me permite, le sugiero que no lo deje para después. —El hombre sacó una tarjeta del maletín y se la entregó. Detrás estaba anotado el nombre del hospital y el número de la habitación de la exmujer de su abuelo.

Capítulo 33

Ainhoa permanecía parada en el porche mirando cómo el abogado entraba en su coche. Se había quedado sin palabras al enterarse de la petición de Sharon. ¿Qué podía querer esa mujer de ella? A lo mejor se estaba muriendo y quería purgar sus pecados.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese? —preguntó Irune acercándose a ella.

—No te lo vas a creer. Era el abogado de Sharon y me ha pedido que fuera a visitarla al hospital. Creo que se está muriendo y quiere hablar conmigo antes.

—Jolines, qué fuerte. ¿Vas a ir?

—No sé qué hacer. Su abogado me sugirió que no lo dejara para después. —Volvió a mirar la tarjeta. Tendría que ir. No le gustaría tener a su fantasma atormentándola para que la perdonara—. Creo que voy a ir.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, no hace falta, No me puede hacer nada en las condiciones en las que está.

Irune estuvo de acuerdo con ella y, después de solucionar unos imprevistos que habían surgido con una parte de la fachada de piedra, las dos se fueron juntas al centro de la ciudad, cada una en su coche y a una dirección diferente.

Ainhoa aparcó en el estacionamiento del hospital y, tras sopesarlo un rato, se armó de valor y se acercó al mostrador para pedir información. Una vez le indicaron dónde estaba la planta de Sharon, se dio prisa por llegar. Quería solucionar el misterio lo antes posible.

La puerta estaba entreabierta y, tras dar tres toquecitos, entró con cautela. Lo que se encontró la dejó con la boca abierta. Sharon estaba hecha un cromo en la cama. O había tenido un accidente de coche o alguien le había pegado una paliza de muerte.

—Hola —la saludó Ainhoa sin saber qué decir y sin poder apartar la mirada.

—Sé que impresiona un poco, pero lo peor ya ha pasado —le dijo con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó acercándose a ella—. ¿Por qué me has llamado? —Acababa de darse cuenta de que su presencia allí no tenía ningún sentido. Sharon era muy orgullosa para querer mostrar sus debilidades ante ella.

—Te agradezco que hayas venido, era muy importante para mí que supieras lo que está pasando. Tienes que estar prevenida cuando él vaya a por ti, porque estoy segura de que serás la siguiente. Está

obsesionado con el rancho y será capaz de hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Ainhoa la miró como si le hubieran salido dos cabezas. Le estaba diciendo un montón de sandeces. Definitivamente, le habían dado fuerte en la cabeza y había perdido el juicio.

—No me mires como si estuviera loca —dijo con altanería provocando que Ainhoa se apartara y manifestara su intención de abandonar la habitación—. Perdona, no te vayas. Si me dejas explicarme, lo entenderás —dudó durante un segundo, luego asintió con la cabeza y volvió a acercarse.

La escuchó con atención y, a medida que avanzaba en el relato, sus palabras fueron cobrando sentido. El tal Bud estaba obsesionado con el rancho y, después de ver cómo la había dejado, no dudaba de que fuese capaz de hacer lo mismo con ella. Esperaba que la denuncia que Sharon había interpuesto contra él esa mañana fuera suficiente para enviarlo a la cárcel.

No quería ni imaginar cómo se iba a poner Luke cuando se enterara de que el ranchero era el culpable de la estampida que había provocado la muerte de su padre. Su abuelo también se iba a volver loco. Intuía que se avecinaban tiempos convulsos, pero estaba segura de que lo superarían. La decisión de ir en busca de Iñaki había provocado una revolución en la vida de todos.

Ainhoa salió de la habitación con la certeza de que la mujer clasista y altiva que había conocido meses atrás había desaparecido. Se había disculpado y le había deseado que fuera muy feliz con Luke. También se había disculpado por Gia, le confesó que en gran parte era la culpable del comportamiento de su nieta. Ella no dudó en aceptar sus disculpas. Había que cerrar capítulos para avanzar. Aunque este no estaba del todo liquidado por culpa de Bud, pero estaba segura de que pronto lo estaría.

Una vez en el coche, buscó su móvil para llamar a Luke. Necesitaba contarle lo que había pasado. No se había llevado el teléfono, se lo había dejado olvidado en el salón de su casa cuando entró para hablar con el abogado.

Al tiempo que Ainhoa regresaba al rancho, Luke lo abandonaba. Se había acercado para estar con su chica, pero una vez allí le extrañó no encontrarla en ninguna parte. Irune tampoco estaba. Les preguntó a los obreros, pero desconocían su paradero. La llamó por teléfono, pero las llamadas eran desviadas al buzón de voz. No le quedó más remedio que volver a su finca y esperarla allí.

No habían coincidido por cuestión de minutos. Ella se había enterado por los obreros al aparcar el coche de que él acababa de marcharse. Tras revisar la obra y comprobar que había quedado como ella quería, entró en la casa en busca de su móvil y vio que tenía tres

llamadas perdidas de Luke.

—Hola, amor. Acabo de ver las llamadas. Lo siento. Me tuve que ir al centro de la ciudad con Irune y dejé el móvil en casa. —Prefirió no contarle nada, era un asunto muy delicado para tratarlo a distancia, quería estar a su lado cuando le dijera lo de su padre. La iba a necesitar mucho en los próximos días.

—Ya me recompensarás cuando llegues a casa. —Estaba cabreado por no haber podido hablar con ella; sin embargo, el apelativo cariñoso que había utilizado para dirigirse a él le había derretido el corazón. En este momento tenía una sonrisa de oreja a oreja en la cara —. No tardes.

—Lo intentaré. Ve pensando la recompensa que quieres, vaquero —dijo con voz queda. Aunque con la bomba que tenía entre manos sospechaba que se cobraría su premio en otro momento.

Ainhoa colgó y se puso a limpiar, había polvo por todas partes. Por suerte no quedaban muchas cosas por hacer, los albañiles estaban a punto de terminar su parte en el proyecto. Mañana vendría el paisajista y, al día siguiente, los pintores. Solo quedaría el cartel de madera de la entrada, lo estaba tallando un artesano de la zona. Le había costado encontrar un nombre, al final había decidido poner Rancho El corazón de Leire; también le había pedido que tallara el rostro de su madre. Era la manera que había encontrado de acercarla a Iñaki, además de mantenerla viva en su recuerdo.

Eran las doce y media, y los obreros ya estaban recogiendo. Pronto estaría con Luke y le daría una noticia muy dura. Le envió un mensaje para decirle que llegaría en unos diez minutos. Una vez que los muchachos cruzaron la verja, le quitó la cadena a Hulk. El animal salió disparado hacia la parte de atrás de la casa. Le había costado entender su comportamiento, hasta que lo siguió y lo encontró en la entrada del frondoso bosque desenterrando uno de sus huesos. Lo dejaría jugar un ratito mientras cerraba la casa.

Estaba terminando de sacar de la cocina las bolsas de comida que todavía quedaban en su despensa, no tenía sentido dejarla allí, cuando escuchó el sonido de un coche. Por el ruido del motor pensó que era Luke y sonrió por su impaciencia. Pero al llegar al porche perdió todo el color de la cara al ver que era Bud. Intentó ocultar el miedo que sentía, él no podía sospechar que ella sabía lo que había pasado con Sharon.

—Hola —saludó poniendo una sonrisa en los labios.

—Hola. Necesito hablar contigo —pidió a la vez que subía los escalones hasta ponerse a su altura. Ella no pensaba invitarlo a entrar en su casa. Por suerte, la puerta ya estaba cerrada. Dejó las bolsas en el suelo y le indicó que se sentara en uno de los bancos que había en el porche.

—Tengo un poco de prisa. Mi novio me está esperando —informó con la intención de mostrarle que no estaba sola.

—Pensé que no conocías a nadie de por aquí —dijo entre dientes provocando que Ainhoa se tensara. Él solo esperaba que su novio no fuera Luke, eso dificultaría mucho las cosas.

—Además de Luke, que es mi novio, tengo muchos amigos en Boise. —Por la mueca de contrariedad que se reflejó en su rostro supo que no debería de haberle dicho quién era su pareja. Su corazón latía desbocado, le estaba resultando imposible esconder sus sentimientos —. Espera, voy a llamarlo para que no se preocupe por mi retraso.

Se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón para coger el móvil, esperaba contenerlo con ese movimiento. Pero Bud lo veía todo rojo y ya no había nada que frenara su locura. Él no pensaba consentir que el imbécil de su vecino se quedara con su rancho.

—No vas a llamar a nadie. —Le apretó la muñeca para que soltara el aparato—. He venido aquí para hacerte una oferta por el rancho y espero que, por tu bien y el de tu novio, la aceptes.

—Suéltame, me estás haciendo daño —protestó al tiempo que intentaba librarse de su agarre.

En ese momento, Hulk surgió de la nada y saltó sobre Bud. Enfurecido, hincó las fauces en su brazo, provocando que el hombre se cayera de rodillas. El animal estaba fuera de control y lo zarandeaba como si fuera un muñeco de trapo. Ainhoa miraba en *shock* cómo la sangre brotaba de la herida a borbotones. Le iba a desgarrar la carne.

—Quítame a esta bestia de encima —pidió con voz agónica. Pero antes de que ella pudiera reaccionar, el perro se desplomó soltando un aullido de dolor.

—¡Hulk! —llamó Ainhoa con el corazón en la mano al ver el mango de una navaja sobresaliendo de su costado. Se agachó a su lado y le acarició el cuello—. Aguanta, amigo —susurró con la voz entrecortada por las lágrimas.

Tenía que pedir ayuda o se iba a morir desangrado. Miró a su alrededor en busca de Bud, que se encontraba tirado en el suelo presionando la herida de su brazo con una camisa empapada de sangre, parecía estar al borde del desfallecimiento. Estiró la mano y cogió el móvil que se había caído al suelo en el momento del ataque.

Mientras ella marcaba el número de Luke, él entraba por el camino que llevaba a la finca. Le pareció extraño que la cancela estuviera abierta y, a medida que avanzaba, le pareció todavía más raro que la camioneta de Bud se encontrara allí. Se bajó del coche y su mirada se conectó con la de Ainhoa; por un instante se quedó en *shock* al ver la agonía que reflejaban sus ojos.

Con el corazón en la mano corrió en dirección al porche. La escena que se presentó ante sus ojos era dantesca. Había sangre por todas

partes; por cómo Bud se sujetaba el brazo pudo deducir que Hulk lo había atacado y él se había defendido apuñalándolo.

—Dios mío, cariño. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Se arrodilló a su lado y la miró con escrutinio en busca de alguna herida. Luego volvió su mirada a Bud, que acababa de perder el sentido.

—Ha perdido mucha sangre, Luke. Llama al veterinario —rogó entre lágrimas.

Luke cogió su teléfono y pidió una ambulancia para Bud y después llamó a Hunter, su veterinario.

—Tienes que llamar también a la policía. Ese desgraciado se merece lo que le ha pasado —dijo muerta de pena al ver cómo Hulk la miraba implorando ayuda—. Hazlo antes de que se despierte y nos haga daño.

—¿Qué estás diciendo, nena? —preguntó acercándose a Bud con un maletín de primeros auxilios que había sacado de su coche mientras realizaba las llamadas.

—Hazme caso, Luke. Está loco y es capaz de cualquier cosa.

—Me estás preocupando, Ainhoa. ¿Qué te ha hecho Bud? —preguntó sin entender lo que estaba ocurriendo.

Ella no era consciente de que llamando a la policía complicaría las cosas para Hulk. No era la primera vez que atacaba a una persona y, con el poder que tenía su vecino, lo más probable era que condenaran al animal al sacrificio.

—Es un asesino, Luke —gritó histérica al ver que el ranchero empezaba a recuperar el sentido —. Te lo explicaré todo pero, por favor, llama a la policía —imploró en un susurro temiendo que Bud pudiera escucharla.

En ese momento, Luke supo que algo grave había sucedido. Sin perder más el tiempo, realizó la llamada y se quedó de piedra cuando le dijeron que ya estaban de camino y que anduviera con cuidado.

Esas palabras hicieron que quisiera tirarse sobre el cuello de Bud para exigirle explicaciones, pero desistió al ver cómo su chica negaba con la cabeza. Allí estaban pasando cosas que escapaban a su alcance.

—Ese perro tuyo me ha destrozado el brazo. Os lo haré pagar muy caro —amenazó Bud con las escasas fuerzas que le quedaban.

Luke intentó mantener la calma y se acercó a él con el maletín. Al sacar la camisa empapada de sangre se quedó impresionado por la herida, se veía el hueso y no había mucho que él pudiera hacer. Por suerte, la ambulancia llegó justo en ese momento, acompañada de la policía. Instantes después veía entrar por el camino la camioneta de su veterinario. Se habían puesto de acuerdo para llegar todos al mismo tiempo.

Ainhoa respiró aliviada al ver a la policía. No había podido contarle nada a Luke por miedo a que Bud la escuchara e intentara

algo. Una vez bajaron del coche, los agentes le entregaron el auto de prisión al ranchero y se lo llevaron escoltado al hospital.

—Ha perdido mucha sangre, Hunter. Por favor, no lo dejes morir —pidió Ainhoa desolada al tiempo que veía cómo trasladaban a Hulk a una camilla.

—Tranquila, Ainhoa, haré todo lo que esté a mi alcance —le respondió el veterinario.

Ella quiso acompañarlo, pero uno de los agentes que seguía allí quería hacerles una serie de preguntas. Luke se iba a enterar de la peor forma posible.

—¿Me estás diciendo que ese cabrón fue el responsable de la muerte de mi padre?

Se volvió loco cuando se enteró de todos los detalles. Sin embargo, en medio de toda esa locura la abrazó y, sin esconder el miedo que le rondaba por la cabeza, le preguntó qué le había hecho Bud, respuesta que también estaba esperando la policía. Ella se lo explicó y, después de tomarles declaración, el agente se marchó pidiéndoles que estuvieran comunicados para futuros interrogatorios.

Una vez solos, Luke la estrechó entre sus brazos y Ainhoa dejó que la tensión acumulada explotara en un llanto profundo e intermitente.

—Shhh, no llores, cariño. Lo importante es que estás bien. No hubiera podido soportarlo si te hubiese pasado algo.

—No quise contarte por teléfono lo que me reveló Sharon esta mañana, estaba esperando a llegar a casa. —Se estremeció al recordar su mirada—. Está loco, Luke.

—No te preocupes más por él. Pagará por lo que hizo. —Le secó las lágrimas con la punta de los dedos—. Vamos a la clínica veterinaria, Hunter ya estará operando a Hulk.

—No se puede morir —sollozó—, me ha defendido como una fiera.

Capítulo 34

Cuando llegaron a la clínica, Hulk todavía estaba siendo intervenido. No les quedaba más remedio que esperar. Lo hicieron en silencio y cogidos de la mano, cada uno sumergido en sus pensamientos. Ainhoa reviviendo el momento del ataque y Luke con los dolorosos recuerdos de la muerte de su padre. Él confiaba en que se hiciera justicia.

Una hora y media después salió Hunter del quirófano para comunicarles que la intervención había sido un éxito. La puñalada no había dañado ningún órgano vital, aunque habían tenido que hacerle una transfusión debido a la gran cantidad de sangre que había perdido. En ese momento se estaba recuperando de la anestesia, pero el veterinario les permitió pasar.

—Hola, amigo. ¡Qué susto me has dado! —exclamó Ainhoa con la voz embargada por la emoción—. Luke, ¿estoy alucinando o me está sonriendo?

—Joder, campeón. Nosotros comiéndonos las uñas y tú con un colocón de campeonato.

Ninguno pudo contener la risa, estaba muy gracioso con los ojos desorbitados y la lengua sobresaliéndole por los bordes del maxilar en lo que parecía una auténtica sonrisa. Ainhoa no pudo resistir la tentación e inmortalizó el momento con una foto.

El veterinario les explicó que era debido a la anestesia y podría estar así el resto del día. También les comentó que, a pesar de estar fuera de peligro, lo tendría en observación hasta el día siguiente. Tras hablarles un poco del posoperatorio y tranquilizarlos, los dos se despidieron y volvieron a casa. Tenían sentimientos encontrados. Por un lado, estaban contentos de que todo hubiera salido bien, pero, por otro, sentían un vacío por no poder tenerlo cerca, cuidarlo, mostrarle lo mucho que lo querían y agradecerle su lealtad. El vínculo que los unía se había hecho más fuerte.

Al llegar a casa, Luke quiso hablar con Iñaki. Al final, él era uno de los afectados. Mientras ellos charlaban, Ainhoa parloteaba con su abuela. Esta estaba más feliz que una perdiz y, a pesar de la impresión que se llevó en el momento en el que se enteró de los últimos acontecimientos, no se bajó de la nube.

—Te voy a pasar con Marga antes de que me rompa el teléfono.

—Adiós, abuela, te quiero mucho.

—Yo también te quiero, mi niña. Cuídate mucho. Ah… mándame más fotos de Luke, quiero presumir de nieto con mis amigas.

Ainhoa sonrió con gusto. Podía imaginar las caras de atolondradas

de las amigas de su abuela.
—Hola, qué fuerte lo que ha ocurrido. ¿Cómo estás? —preguntó Marga.
—Ahora que sé que Hulk está bien, estoy más tranquila. Pobrecito, casi pierde la vida defendiéndome.
Estuvieron un rato hablando sobre el tema hasta que Ainhoa percibió que a su amiga le pasaba algo.
—¿Qué tal las cosas con Max?
—Mejor imposible. Me ha pedido que me vaya a vivir con él. —Se hizo un instante de silencio en la línea telefónica.
—Pero… —añadió Ainhoa.
—Pero su exmujer no deja de tocar los cojones y tengo miedo de estropear lo que tenemos aceptando su propuesta. Si está así por nuestra relación, imagínate cómo se pondrá cuando nos vayamos a vivir juntos.
—Habla con Max, explícale cómo te sientes e intentad encontrar una solución entre los dos.
—Lo voy a hacer. Jo, qué pena que estés tan lejos, entre las dos podríamos deshacernos de esa bruja.
Bromearon sobre las diversas formas que podrían emplear para quitarla de en medio. Cuando colgó se encontró con la mirada divertida de Luke.
—Es bueno saber a qué me puedo enfrentar si cometo un desliz —dijo con voz suave al tiempo que la atrapaba por la cintura y la pegaba a su cuerpo.
—No, vaquero. A ti te haría algo mucho peor. —Deslizó la mano entre sus piernas y le atrapó los testículos, apretándolos suavemente. Él gimió haciendo una mueca de dolor.
—Ya veo por dónde van los tiros. —Sonrió pegándola más a su cuerpo—. ¿Qué tal estás? —Le quitó el flequillo que le caía sobre la cara con delicadeza.
—Bien, ¿y tú? —preguntó alisando las arrugas que se formaban en su entrecejo.
—Todavía lo estoy asimilando, pero en cierta forma me siento aliviado de saber que el responsable de su muerte va a pagar por ello. —Cerró los ojos y respiró profundamente. Cuando los volvió a abrir, su mirada se había oscurecido—. Contigo a mi lado puedo enfrentarme a cualquier cosa. —Sujetó su rostro con ambas manos y la besó con delicadeza, mostrándole todo el amor que sentía por ella. El beso se hizo más profundo y la pasión corrió por sus venas como el fuego corría por la pólvora.
—Ahora te voy a hacer el amor hasta que grites mi nombre, hasta que olvidemos todo lo que ha pasado…

En los sucesivos días, los problemas se fueron solucionando. Hulk estaba con ellos y se recuperaba a pasos agigantados. El muy pillín disfrutaba de sus mimos y cuidados y empezaba a volverse caprichoso. Se lo permitían como recompensa por su acto de valentía, pero Luke pensaba recuperar su puesto de macho alfa cuando estuviera totalmente recuperado.

Las obras habían terminado y Ainhoa había quedado encantada con el resultado, principalmente con el cartel de la entrada. Estaba segura de que sus abuelos se emocionarían con la sorpresa. Como estaban tan cerca de las Navidades, había decidido esperar a ese día para sorprenderlos, sería su regalo. Ninguno de los dos tenía la costumbre de celebrar esas fiestas. Ella perdió la ilusión cuando tenía diez años al morir su padre; desde ese momento, ese día en su casa pasaba inadvertido. A Luke le ocurría algo parecido, con el divorcio de sus padres dejaron de festejarlo, únicamente intercambiaban regalos delante de un penoso árbol artificial.

Sin embargo, este año sería diferente en ambos lados del mundo. Begoña e Iñaki querían recuperar todas las Navidades que habían pasado separados y transformaron el pequeño piso donde vivían en Papanoelandia, había decoración de todos los tipos y colores, además de un regalo por cada año perdido. Ainhoa y Luke no llegaban a tanto pero, en el poco tiempo que quedaba para tan ansiado día, compraron un gran abeto natural y lo decoraron con todo lujo de detalles. También se encargaron de poner los clásicos calcetines sobre la chimenea con un papelito con un deseo dentro. Aunque ambos no necesitaban nada, tenían lo que más ansiaban en la vida, el uno al otro.

En cuanto a Bud, todavía seguía en el hospital. El perro le había destrozado el brazo, tuvieron incluso que hacerle un injerto. Aunque ese era el menor de sus problemas. Habían decretado prisión preventiva y, cuando obtuviera el alta hospitalaria, se iría directo a la cárcel. Al hacerse público lo sucedido, algunos de sus trabajadores perdieron el miedo y decidieron contar lo que sabían. Sus declaraciones dejaron al ranchero sin salida. Su condena no aliviaría el dolor de Luke, pero saber que no se saldría con la suya aligeraba su pena. Además estaba Ainhoa, que lo acompañaba en cada paso y le daba la fuerza necesaria para enfrentarse a esa dura prueba.

Esa tarde, Ainhoa se iba de tiendas con Irune. Quería comprar un regalo especial para su chico. Él estaba muy misterioso y ella sospechaba que tramaba algo grande, por eso no quería quedarse atrás. La sorpresa se la llevaría él.

—Hola, guapa. ¿Qué tienes en mente?

—Hola. Había pensado en un reloj con una grabación personalizada.

—Me gusta. Conozco una tienda que te va a encantar.

Y no se había equivocado. Los relojes eran de madera y se había vuelto loca con la gran variedad que había. Al final se decantó por uno de madera de koa y acero inoxidable gris, con dial de mármol en color rojo oscuro. Llevaba grabado: «Solté el mundo para agarrarme de tu mano. Te amo». Se había quedado satisfecha con su elección y estaba deseando que llegara el día para poder dárselo.

Horas más tarde volvían a casa con varios paquetes de regalo. Había comprado algo para María, para Irune y para su marido. Tuvo que poner en práctica su ingenio para que ella no se diera cuenta.

—Nos vemos pasado mañana en la finca —dijo su amiga mientras se despedían con un abrazo.

Habían acordado conectar con sus abuelos a las cuatro y media del día veinticuatro, les felicitarían la Navidad y les enseñaría la sorpresa que había preparado. A pesar de la distancia y de la añoranza que la invadía, se sentía completa al lado de Luke. Estaba donde debía de estar. Como si el plan orquestado por el destino desde el principio fuera ese, llevarla a su verdadero amor.

Una vez en casa, entró de puntillas para esconder sus regalos, pero Luke estaba en su despacho y la oyó. Ahora el que iba de puntillas era él. Mientras ella se iba de compras con Irune, él recogía el anillo de compromiso que había encargado. Pensaba pedirle matrimonio en el momento de la videollamada. Ainhoa era la mujer de su vida y deseaba construir una familia con ella. No habían hablado de niños, pero deseaba verlos correteando por la casa. Ella le había cambiado la vida, había necesitado solo una mirada, más bien una sonrisa, para caer rendido a sus pies.

Guardó la cajita en uno de los cajones de su escritorio y lo cerró con llave. Luego entró en su habitación de forma sigilosa con la intención de pillarla desprevenida. No estaba, se disponía a salir cuando escuchó que estaba en la ducha. Una sonrisa llena de intenciones se dibujó en sus labios, se desnudó y se unió a ella.

Ainhoa tenía los ojos cerrados, se estaba enjuagando el pelo cuando oyó cómo se deslizaba la mampara. Abrió los ojos a través de la cortina de agua que se escurría por su rostro y vio que Luke se acercaba a ella completamente desnudo y con esa sonrisa que la volvía loca. Su cuerpo se estremeció de anticipación.

—Hola —susurró.

—Hola, preciosa —murmuró atrapándola por la cintura —. ¿Necesitas ayuda?

No hubo respuesta, solo gemidos y jadeos que dejaban claro lo que ambos necesitaban.

El tan ansiado día había llegado y, tras vestirse con sus mejores

galas, se dirigieron a la finca, donde ya los estaban esperando Irune y su marido. María les había preparado unos canapés, también llevaban vino, quesos, frutas y una botella de champán Rosé Brut Bollinger para el brindis. Sería una reunión breve porque su amiga cenaría en la casa de sus suegros. Habían podido llevarla a cabo gracias a la diferencia de huso horario, mientras allí eran las cuatro de la tarde, en España ya era Navidad y su familia acababa de cenar.

Ainhoa inició la conexión con los ojos bañados en lágrimas. Estaba más sensible de lo normal. Tras los efusivos saludos y las presentaciones, su abuela le puso cara a Irune y a su marido por primera vez; además estaba Max, que era un desconocido para la mayoría. Este último se veía muy cómodo en su casa, esperaba que su exmujer los dejara en paz para que pudieran vivir su amor sin esconderse.

Una vez consiguió la atención de los presentes, salió al porche para enseñarles la reforma que había hecho en la finca. La visita culminó en el cartel de la entrada, momento en el que Ainhoa y sus abuelos lloraron a moco tendido.

—Quería tener algo aquí que me la recordara, algo que nos uniera a todos —dijo Ainhoa con la voz entrecortada.

—No podías haber escogido un nombre mejor para el rancho, mi vida —comentó su abuelo—. La desventura me privó de estar al lado de mi niña, de verla dar sus primeros pasos, de balbucear sus primeras palabras, de enseñarla a ser una auténtica vaquera —su voz tembló—. Sé que hubiera amado esas montañas tanto como yo.

—Estoy muy orgullosa de ti, hija. Y no importa la distancia, siempre estaremos juntas.

La emoción había traspasado la pantalla y se había adueñado de todos los presentes. Luke la abrazó y la guio de vuelta a la casa. Ahora tocaba intercambiar los regalos, habían acordado en enviarlos después por correo. Los kilómetros que los separaban no iban a suponer un impedimento para que disfrutasen de los momentos importantes.

Cada uno de los invitados ya habían intercambiado sus obsequios, solo faltaban Luke y Ainhoa. Ella manifestó la intención de coger la caja de madera para dárselo, pero él se le adelantó y, de forma solemne, demandó la atención del resto.

—No todos tenemos la suerte de encontrar a la persona que nos completa, que nos hace sentir especiales. —Se acercó a Ainhoa y la cogió de la mano. Ella sintió cómo su cuerpo temblaba. Se iba a declarar delante de todos—. Yo tuve esa suerte, encontré a la mujer que hace que mi corazón se acelere con una sola mirada, que hace que el sol brille en los días nublados, que me hace querer ser mejor persona para que nunca pierda esa sonrisa que me conquistó el alma. —Sacó una cajita de la americana e hincó una rodilla en el suelo—.

¿Quieres casarte conmigo y hacerme el hombre más feliz sobre la faz de la tierra?

Ainhoa no necesitó pensárselo dos veces. Lo amaba como nunca pensó que fuera posible y quería pasar el resto de su vida a su lado.

—Sí, no hay nada que desee más. Te amo —susurró con la voz entrecortada por la emoción mientras miraba cómo él deslizaba un solitario con un diamante de considerable tamaño por su dedo anular. Luke se levantó y entrelazó sus dedos con los suyos.

Ajenos al alboroto que se había levantado a su alrededor, sus abuelos lloraban de felicidad, y Marga e Irune pegaban saltitos de alegría al tiempo que gritaban:

—¡Que se besen! ¡Que se besen! ¡Que se besen!

—Te amo —dijo Luke con un tono suave antes de besarla con todo el amor que bullía en su interior.

El tiempo se detuvo mientras sus bocas se unieron y sus lenguas se entrelazaron. Cuando se separaron, casi sin aliento, se dieron cuenta de que estaban solos. Ambos sonrieron y volvieron a besarse, esta vez con pasión y desenfreno.

—Todavía no te he dado mi regalo —dijo Ainhoa antes de que el deseo dominara sus sentidos.

—Tú eres mi regalo. —Le sonrió y se liberó de sus brazos para coger la caja—. Espero que te guste —dijo y esperó expectante a que la abriera.

Sabía que le gustaría, lo que quería era ver su reacción en el momento que leyera el mensaje. Luke cogió el reloj con extremo cuidado admirando cada detalle. Era muy original y le había encantado, aunque el grabado que estaba en el fondo era insuperable.

—Jamás soltaré tu mano. Haré que cada día merezca la pena.

Epílogo

Un año después…

Begoña llevaba más de un año viviendo en la más completa felicidad y no se sentía culpable por tanta dicha. Había sufrido muchísimo y se merecía esta recompensa. Lo único que le entristecía era estar lejos de su nieta. A pesar de que las nuevas tecnologías acortaban la distancia, no era lo mismo que tenerla delante para achucharla como lo hacía desde que era pequeñita.

Una fracción de ese vacío lo llenaba Marga. Había entrado en su vida y la había contagiado con su locura, con su risa, con su manera optimista de ver las cosas. Pero como había pasado con Ainhoa, ella también había volado. Llevaba unos meses viviendo con Max, un muchacho guapo y trabajador que la hacía muy feliz. Sus niñas habían tenido mucha suerte, sus parejas se desvivían por ellas.

Lo mismo que su Iñaki, que cada día seguía sorprendiéndola, aunque cuando se le metía algo en la cabeza no había nadie que pudiera con él. Su obsesión actual era leer el libro que le había tocado en el club de lectura. El muy cabrito había tenido el descaro de preguntarles a sus amigas cuál era el título. Por suerte, ellas estaban avisadas. Le entraba un sofocón solo con imaginar la cara que pondría si descubriera el tipo de lectura a la que era aficionada. No, ni loca se lo permitiría, seguiría leyendo encerrada en el cuarto de baño.

Su obsesión anterior fue beneficiosa para todos, tras enterarse de que su niña estaba embarazada y que, debido a un pequeño sangrado que había tenido, debería de guardar reposo todo el embarazo. A pesar de la inmensa alegría que la noticia les había proporcionado, eso impediría que ellos pudieran visitarlos en las vacaciones como habían prometido. Y fue ahí donde Iñaki empleó su cabezonería. Se empeñó en conseguir que ella perdiera el miedo a volar y, después de meses de terapia, había conseguido que se subiera a un avión y permaneciera en el aire durante hora y media sin sufrir un ataque de pánico. Esa fue la primera prueba, luego se fueron a Canarias y después a Escocia. Había sobrellevado bien ambos viajes.

Pero ahora daría un paso de gigante. Se iba a Boise, a estar con su nieta y a esperar el nacimiento de su bisnieto. Era un niño y llegaría al mundo dentro de dos meses, y ella no pensaba perdérselo por nada en el mundo. Le agradecería a Iñaki toda su vida su empeño en que venciera su fobia a volar.

Su nieta no tenía ni idea de que les darían esa sorpresa. Habían utilizado a Irune para que alquilara la finca para unos supuestos parientes suyos. Solo esperaba que a su niña no se le adelantara el

parto de la impresión.

—Cielo, ¿qué te falta por poner en la maleta? —preguntó Iñaki con la intención de ayudarla. No veía la hora de cruzar el charco, soñaba con poder abrazar a su nieta y coger en brazos a su bisnieto.

—Los regalos del niño, mis amigas han exagerado un poquito y creo que vamos a necesitar otra maleta.

Mientras los dos luchaban por meter todos los objetos en la maleta, al otro lado del océano la parejita intentaba ponerse de acuerdo en un tema recurrente.

—Ya te he dicho que me voy a la finca. Tiene que estar todo ordenado para recibir a los familiares de Irune —dijo Ainhoa con firmeza. No pensaba pasar el resto de su embarazo como una inválida en la cama.

El peligro de perder el bebé ya había pasado, pero él seguía comportándose igual. ¿Es que no se daba cuenta de que hacía mucho más esfuerzo cuando tenían sexo, y tenían mucho, que yendo a la finca que estaba al lado? No le restregaba ese argumento por la cara por miedo a quedarse a dos velas.

—Joder, nena, me voy a quedar calvo antes de que termine este embarazo. —La abrazó y le acarició la prominente barriga—. Llévate a María contigo, ¿de acuerdo? —Ainhoa sonrió, siempre pasaba lo mismo, se enfadaba, pataleaba, le decía que no, luego ella le pegaba un par de gritos y él reculaba; bueno, no siempre ganaba, pero siempre encontraban un término medio.

La vida a su lado era emocionante, estaba segura de que nunca se aburriría. Cada día que pasaba lo amaba y lo admiraba más. Todavía se acordaba del día que había descubierto que estaba embarazada. Se había levantado con el estómago revuelto y un poco mareada, pero prefirió no decir nada, tocaba cambiar las reses de pasto y le encantaba guiar el ganado. Había sido una mala decisión que casi acaba en tragedia. Justo cuando estaban cruzando el arroyo, se desmayó y se cayó del caballo. Luke estaba a su lado y la sujetó antes de que llegara a tocar el agua.

Desde ese día la vigilaba como un halcón y las cosas se complicaron cuando a los cuatro meses tuvo un pequeño sangrado. Ya estaba fuera de peligro, únicamente tenía que seguir algunas recomendaciones. Sin embargo, él no conseguía recuperarse del susto y seguía vigilante. Por suerte faltaba poco y pronto tendrían a su pequeñín entre los brazos. No podía pedirle nada más al universo, lo tenía todo.

A la mañana siguiente, la escena volvió a repetirse. Ainhoa quería dar la bienvenida a los familiares de su amiga y Luke quería convencerla de lo contrario.

—Cariño, sabes que voy a ir. ¿Por qué no te vienes conmigo?

Él pareció pensarlo durante un instante y, al final, decidió acompañarla. Ella le lanzó una sonrisa deslumbrante y, cogidos de la mano, se dirigieron a la camioneta. Hulk se montó detrás, en la carrocería, él no perdía la oportunidad de dar un paseo.

Antes de que el coche se hubiera detenido del todo, Hulk saltó y salió corriendo como un loco. No presentaba una actitud amenazante, al revés, movía la cola y saltaba con entusiasmo. Eso tranquilizó a Ainhoa.

—Espera aquí, voy a ver qué está pasando —le dijo y siguió al perro, que en ese momento se dirigía a la parte trasera de la casa.

Ainhoa decidió hacerle caso y, a través del cristal, lo siguió con la mirada. El comportamiento de Hulk no era normal, solo había tres personas que conseguían esa reacción del animal: Luke, su abuelo y ella. De repente, la puerta principal se abrió y una mujer mayor enfundada en un chándal rosa y que le recordaba a su abuela de forma sorprendente hizo acto de presencia.

—¡Joder! Es la abuela —gritó eufórica y salió disparada de la camioneta.

Begoña corrió en su dirección y la abrazó con fuerza. Ambas lloraban a moco tendido.

—Abuela, no me puedo creer que estés aquí. ¿Cómo es posible? ¿Y esta ropa? —La miró con atención y se dio cuenta de que tenía un mechón de pelo rosa—. ¿Te has pintado el pelo? —Begoña soltó una risita, sabía que se quedaría con la boca abierta cuando la viera. Y más cuando le contara que había sido idea de Marga. La iba a echar de menos estos meses.

—Hay que modernizarse, hija. Ahora deja que te vea bien. —Le acarició la barriga y las lágrimas volvieron a deslizarse por sus mejillas—. Estás preciosa, mi niña. He soñado tanto con este día, temía no conseguir estar a tu lado en el momento del parto. —Volvió a abrazarla con todo el amor que le profesaba.

—¿Cómo has podido superarlo? —preguntó sin soltarla, tenía miedo de que se desvaneciera ante sus ojos.

—Tu abuelo me ha ayudado, pero lo que verdaderamente me ha motivado a superarlo fueron las ganas que tenía de estar a tu lado, mi vida.

La emoción estalló nuevamente, era imposible controlar el llanto. Así las encontraron Luke e Iñaki; este último se le adelantó y las envolvió con sus brazos. Hubo un momento en que su vida no valía nada y agradecía no haber tomado una mala decisión. El destino le había reservado algo grande, algo que minimizaba todo su sufrimiento.

—Abuelo. —Ainhoa lo abrazó—. Gracias por traerme a la abuela.

—Gracias a ti, pequeña, por haber tenido el valor de dejarlo todo

para encontrarme. —La besó con cariño mientras ponía la mano en su barriga. En ese momento, el niño pegó una patada—. Se ha movido, Begoña. —Se giró hacia su abuela y la abrazó para ocultar las lágrimas. Luke aprovechó el momento para abrazar a su chica, estaba preocupado por los dos, tantas emociones podrían ser perjudiciales.

—¿Cómo te encuentras, amor? ¿Por qué no te sientas un ratito? —propuso con voz suave al tiempo que le quitaba el pelo de la cara.

—No te preocupes, me encuentro genial —le contestó mirándolo a los ojos, hipnotizada por lo que veía reflejado en su mirada. Sus bocas se buscaron sin que pudieran evitarlo y, mientras sellaban su amor, sus abuelos disimulaban estar contemplando el paisaje.

Bueno, Begoña no tanto. Estaba impresionada por la figura del muchacho. Su nieta tenía buen ojo, como ella. Sonrió mirando de soslayo a su Iñaki. Sabía que en la vida no todo eran flores, las espinas también eran importantes para que uno valorara lo que realmente importaba.

Pero estaba segura de que el amor que sentían era lo suficientemente fuerte para resistir al paso del tiempo.

Fin

Saludos, querido lector:

Si has llegado hasta aquí, espero que sea porque has leído la historia y, lo más importante, que te haya gustado y disfrutado con ella. Por eso me atrevo a pedirte que no te vayas sin dejar una breve reseña en Amazon o en el medio que estés acostumbrado. No te llevará ni dos minutos y así ayudarás a que otros lectores se interesen por la novela. Te lo agradezco de corazón y te espero en mi siguiente aventura. Un abrazo grande.

A.M. Silva

Agradecimientos

Gracias a Paco y a Pablo, mis amores. Sin vosotros sería imposible ver mi sueño convertido en realidad.

Gracias también a Lector Cero, en especial a Montse Martín, mi correctora, por su profesionalidad y por sus sabios consejos. Eres la mejor.

Y, por último, gracias a todos los lectores que me acompañan en esta gran aventura. Sus mensajes de ánimo y agradecimiento me alientan a seguir escribiendo.

Biografía:

A.M. Silva nació en Brasil y hace más de quince años que vive en España. En la actualidad reside en Córdoba junto a su marido y su hijo. Cuando vivía en su país trabajaba en atención al cliente en Correos.

A pesar de que la escritura y la lectura formaban parte de su vida porque creció con un libro bajo el brazo, por motivos diversos tuvo que posponer su sueño de ser escritora. No fue hasta hace poco que se armó de valor y decidió sacar de ese cajón olvidado sus fantasías.

El resultado de esa aventura dio paso a su primera novela romántica, *Cuando dejes de huir*. Luego llegaron *El amor no pide permiso* y *Tal para cual*, que conforman la serie «Amores a flor de piel».

En febrero de 2019 publicó su última novela, *El despertar de Olivia*, que, desde entonces, sigue conquistando a los lectores.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

cuandodejesdehuir@gmail.com
http://amsilvacuandodejesdehuir.blogspot.com.es
https://www.facebook.com/alexa.amsilva
https://twitter.com/amsilva15

Serie Amores a flor de piel

??Cuando Dejes de Huir (Vol.1: La historia de Alicia y Héctor)

http://amazon.es/dp/B013YZLZEM

??El amor no pide permiso (Vol.2: La historia de Helena y José)

http://amazon.es/dp/B01F0JKJHY

??Tal para cual (Vol.3: La historia de Raquel y Bastian Drake)

http://amazon.es/dp/B079P3FB3C

Trilogía completa por un precio especial

https://www.amazon.es/dp/B07B6TTRCY

??El despertar de Olivia

http://www.amazon.es/dp/B07NTM42M3